

EL CRISOL DE LA REPÚBLICA

REFLEXIONES EN TORNO A LA CONMEMORACIÓN
DEL BICENTENARIO DE LA BATALLA DE CARABOBO
(1821 - 2021)

José Alberto Olivar
Compilación

Rafael Arráiz Lucca / Carlos Balladares Castillo /
Napoleón Franceschi G. / René García Jaspe y José Manuel Milano Mata /
Carolina Guerrero / Ana Victoria Lepage y Francisco José Bolet /
Giannina Olivieri Pacheco / María Eugenia Perfetti Holzhauser /
Ismael Rodríguez Vásquez / Reinaldo Rojas



Caracas, 2021

EL CRISOL DE LA REPÚBLICA

Reflexiones en torno a la conmemoración
del bicentenario de la Batalla de Carabobo
(1821-2021)

José Alberto Olivar
Compilación

Rafael Arráiz Lucca / Carlos Balladares Castillo /
Napoleón Franceschi G. / René García Jaspe y José Manuel Milano Mata /
Carolina Guerrero / Ana Victoria Lepage y Francisco José Bolet /
Giannina Olivieri Pacheco / María Eugenia Perfetti Holzhauser /
Ismael Rodríguez Vásquez / Reinaldo Rojas



CARACAS, 2021

UNIVERSIDAD METROPOLITANA

Caracas, Venezuela, 2021

EL CRISOL DE LA REPÚBLICA

REFLEXIONES EN TORNO A LA CONMEMORACIÓN
DEL BICENTENARIO DE LA BATALLA DE CARABOBO (1821-2021)

© UNIVERSIDAD METROPOLITANA

Edición a cargo de:
PUBLICACIONES ARBITRADAS
UNIVERSIDAD METROPOLITANA
Diciembre 2021.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR:

Todos los derechos reservados de esta edición.
Registro de propiedad intelectual.

Depósito Legal: MI2021000523
ISBN: 978-980-247-295-6

Formato: 15,5 x 21,5 cms.

Número de páginas 328

Diseño de portada y diagramación de contenido:
Jesús A. Salazar S. salazjesus@gmail.com

**FOTOCOPIAR, ESCANEAR O REPRODUCIR
SIN AUTORIZACIÓN UN LIBRO ES UN DELITO,
ASÍ COMO POSEER O VENDER UNA COPIA ILEGAL**

Reservados todos los derechos.

Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso por escrito del editor.



Autoridades

Luis Miguel da Gama
Presidente del Consejo Superior

Natalia Castañón
Rectora (Encargada)

Natalia Castañón
Vicerrectora Académica

María Elena Cedeño
Vicerrectora Administrativa

Luis Santiago Perera Cabrera
Secretario General



Comité Editorial de Publicaciones de apoyo a la educación

Prof. Roberto Réquiz

Prof. Natalia Castañón

Prof. Mario Eugui

Prof. Rossana París

Prof. Alfredo Rodríguez Iranzo (Editor)

Contenido

Presentación	9
Simón Bolívar Palacios: «El hombre de las dificultades»	13
Rafael Arráiz Lucca	
El personalismo político y la Campaña de Carabobo	81
Carlos Balladares Castillo	
Bicentenario de la Batalla de Carabobo (24 de junio 1821-2021).	
Una primera aproximación al tema	103
Napoleón Franceschi G.	
Batalla de El Rodeo, el portal de Carabobo	133
René García Jaspe	
José Manuel Milano Mata	
Juan Germán Roscio y la idea republicana de soberanía	147
Carolina Guerrero	
La «nueva Iliada» venezolana: <i>Canto a la Batalla de Carabobo</i>, de José Tadeo Arreaza Calatrava	161
Ana Victoria Lepage	
Francisco José Bolet	

La representación artística también construye la historia: una mirada a la «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar	195
La «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar: una aproximación a la «cultura visual» patriótica y nacionalista en torno a la gesta libertadora	221
Las diversiones estratégicas de la Campaña de Carabobo de 1821. Una mirada al concepto de «operación» del Libertador Simón Bolívar	247
Batalla de Carabobo. Guerra, imaginario político y nación	263
Un epílogo del editor	291
Referencias bibliográficas	301

Presentación

Este trabajo colectivo que presentamos bajo el título de *El crisol de la República: reflexiones en torno a la conmemoración del bicentenario de la Batalla de Carabobo (1821- 2021)*, reúne diez visiones generosas, compactas, académicas y multidisciplinarias sobre el magno evento bélico que liberó a Venezuela de la corona —aunque es algo que varios autores discuten en estas páginas y a ellos remitimos— dando a Simón Bolívar y a los republicanos una victoria que fue disputada con no menor valentía por el bando realista, comandado por Miguel de la Torre. Convocadas tan variadas perspectivas en estas páginas, el lector podrá entender que el Libertador no fue un visionario cuando el 13 de junio le escribe a Francisco de Paula Santander: «Espere en la victoria de Carabobo que vamos a dar». En cambio, fue un estratega que, como él mismo confesó, padeció grandes dificultades.

El desarrollo temático que se expone en el cuerpo de este libro es tan amplio como el conjunto de voces que lo enuncia. Fue un desafío que desde el comienzo, cuando apenas la idea empezó a concretarse, se hizo imperativo: la necesidad de una pluralidad temática. Y es que no se trataba de narrar los hechos históricos —sobre los cuales hay bastante literatura en nuestras mejores bibliotecas—, sino de abrir cauces originales y novedosos de interpretación, una hermenéutica distinta, actualizada, y para ello el punto notable descansaría en las visiones a ser reunidas: militar, política, literaria, visual, plástica, ideológica, biográfica, simbólica... La idea era que cada entrega

iluminara un aspecto esencial del evento ocurrido en la sabana de Carabobo en 1821 y el lector se percatará a continuación de que fue un objetivo cumplido.

Este abanico de materiales pudo aglutinarse gracias a las contribuciones de Rafael Arráiz Lucca; Carlos Balladares Castillo; Napoleón Franceschi G.; René García Jaspe y José Manuel Milano Mata; Carolina Guerrero; Ana Victoria Lepage y Francisco José Bolet; Giannina Olivieri Pacheco; María Eugenia Perfetti Holzhauser; Ismael Rodríguez Vásquez y Reinaldo Rojas. Se trata de un grupo de autores tan diverso como sus propios discursos. Además, la tarea compilatoria estuvo a cargo del doctor José Alberto Olivar, experto en lides bélicas históricas, y por eso conocedor no solo de la materia profunda que la Batalla de Carabobo involucra en términos de pensamiento desde hace 200 años, sino también de los autores que se han decantado por examinarla y ofrecer horizontes nuevos de estudio.

Estamos seguros de que este conjunto de ensayos ayudará a rendir el justo homenaje a quienes hace dos siglos se cubrieron de gloria en el campo de Carabobo. Todos ellos, tanto quienes los antecedieron en esa lucha, como los que pelearon en la contienda, así como los que continuamos en la batalla hasta nuestros días celebramos este bicentenario.

Con esta entrega, la Universidad Metropolitana —y su Departamento de Humanidades— suma un nuevo volumen a la serie Bicentenarios iniciada en 2010. Muestra de ello está en la edición de *La crisis del mundo hispánico y sus implicaciones* (2011) y *La opción republicana en el marco de las independencias. Ideas, política e historiografía 1797-1830* (2012).

Al arribar en este año de 2021 a sus primeros 50 años de labor académica de excelencia, la Universidad Metropolitana hace suyo el compromiso de conmemorar el bicentenario de la Batalla de Carabobo,

el cual tiene importancia trascendental para la memoria del país, de todo el pueblo venezolano y de los intelectuales reunidos en esta y en otras casas de estudio.

Napoleón Franceschi G.

Simón Bolívar Palacios: «El hombre de las dificultades»

Rafael Arráiz Lucca*

Vamos a seguirle el rastro a un caraqueño que vive 47 años vertiginosos y exigentes, frecuentados por la derrota y la victoria, y a quien alcanza la muerte en Santa Marta en medio de su mayor fracaso: la integración colombiana. Fue un vástago de dos de las familias principales del período colonial venezolano: Bolívar y Palacios.

Hijo de Juan Vicente Bolívar y Ponte y María Concepción Palacios y Blanco; nieto de Juan de Bolívar y Villegas y María Petronila de Ponte y Marín de Narváez; y de Feliciano de Palacios y Gil de Arratia y Francisca Blanco Herrera. Casi todos sus ocho bisabuelos y 16 tatarabuelos nacieron en Caracas. Sus 32 cuartos abuelos nacieron en Caracas, Santo Domingo, Valencia, La Coruña, Trujillo, Burgos, Logroño, Vizcaya, Tenerife, Orense y San Mateo. Entre sus cuartos abuelos estaba Simón «El Mozo» Bolívar, quien nació en 1560 en Santo Domingo y llegó a Caracas siendo un joven, pero no fue el primero de los Bolívar en Venezuela; lo fue su padre, Simón «El Viejo» Bolívar, nacido en Vizcaya en 1535, quien pasó a Santo Domingo y luego a Venezuela hacia 1593, según nos informa

* Ensayista, historiador y poeta. Abogado. Magíster y doctor en Historia egresado de la Universidad Católica Andrés Bello. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Profesor Titular de la Universidad Metropolitana.

Antonio Herrera-Vaillant en su libro *El nudo deshecho: compendio genealógico de El Libertador*.

Juan Vicente Bolívar y Ponte nace en 1726 y fallece en 1786, a los 60 años. María de la Concepción Palacios y Blanco nació en 1758 y murió en 1792, a los 34 años. Como vemos, Juan Vicente le llevaba 32 años a María Concepción. Los Bolívar Palacios fueron María Antonia (1777-1842), Juana Nepomucena (1779-1847), Juan Vicente (1781-1811) y Simón (1783-1830). Cuando el padre fallece, Simón tiene tres años, cuando muere la madre, suma nueve. Es un huérfano y el mayorazgo lo tiene su hermano Juan Vicente. Así comienza su vida.

En 1802 se casó en Madrid con María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza (1781), quien fallece en Caracas el 22 de enero de 1803, y Simón José Antonio de la Santísima Trinidad pasa a ser viudo a los 20 años. Ni con ella ni con ninguna otra se tiene noticia de algún descendiente de Bolívar. Todo indica que no podía procrear.

Una infancia dolorosa, con muchísimo dinero (1783-1795)

Sus primeros 12 años no solo están signados por la muerte del padre y la madre sino por la vida con el abuelo, una vez ausente la madre. Don Feliciano Palacios les prodigó, según refieren los testimonios, un afecto robusto a los Bolívar Palacios, pero falleció en 1793, cuando Simón contaba 10 años. Entonces, pasa al cuidado del tío Carlos Palacios Blanco, de quien no tolera la severidad de sus prácticas domésticas y se escapa a vivir con la hermana mayor, María Antonia, ya casada con Pablo Clemente Palacios y quien, en algún sentido, fue una madre sustituta. Esto ocurre en 1795, cuando María Antonia es una señora de 18 años que acaba de parir a su primera hija, Josefa Clemente Bolívar, y se ocupa de su hermano menor, el adolescente de 12 años, Simón.

Este niño, por otra parte, ha recibido la herencia de su primo hermano, el sacerdote Juan Félix Xérez de Aristeguieta y Bolívar, quien falleció en 1785 y testó a favor de él. La herencia era cuantiosísima. Incluía una casa en la esquina de Gradillas, en la plaza Mayor de Caracas, y tres haciendas de cacao en San Francisco de Yare, con 95.000 árboles y un número cercano a los 50 esclavos. La recibió en 1789, a los 6 años, en presencia de su abuelo. Esta fue una de las cuatro herencias que recibió, junto a la de su padre, una vez muerto su hermano mayor; la de su madre y la de su abuelo. Naturalmente, en proporciones diferentes a la del Mayorazgo de La Concepción, que era suyo en su totalidad, gracias a la voluntad del cura Aristeguieta, como lo llamaban. De tal modo que, siendo un niño de 6 años, ya se sabía heredero de una inmensa fortuna. Según Frédérique Lange, citada por Juan Morales: «la fortuna más grande de esta época era la del marqués del Toro, que en 1781 ascendía a 504.632 pesos; le seguía el padre del Libertador, que recibió en herencia 120.000 pesos» (Morales, 1999: 134). Pues calculen ustedes que el hijo recibió cuatro herencias, como ya dijimos.

Una adolescencia característica (1795-1799)

Ante la negativa de volver a vivir bajo la égida de su tío Carlos Palacios es inscrito en la escuela que regenta en su casa Simón Rodríguez. Allí está en 1795 y vive en el recinto por unos meses hasta que regresa a la casa paterna, bajo la tutela del tío severo, superado el encontronazo. En 1796 lo hallamos recibiendo lecciones del joven Andrés Bello, quien le instruye en historia y geografía, siendo apenas dos años mayor que él, lo que revela la precocidad intelectual de Bello.

A los 15 años, el 26 de noviembre de 1798 es ascendido a subteniente del Batallón de Milicias de Blancos Voluntarios de los valles de Aragua. Esta etapa está muy bien estudiada por Fernando Falcón

en su trabajo *El cadete de los valles de Aragua*. En concomitancia, recibe clases en su casa de Caracas, junto a otros jóvenes de la élite, de matemáticas y física, por parte de fray Francisco de Andújar, favorablemente valorado por Humboldt en su paso por Venezuela.

Este año de 1798 su tío Esteban Palacios Blanco es designado ministro del Tribunal de la Contaduría Mayor de Cuentas de Madrid, un cargo importante. Por ello envía carta invitando a sus sobrinos Bolívar Palacios varones a que vayan a vivir un tiempo con él en España. Juan Vicente no acude al llamado, pero Simón sí. Comienza una primera etapa europea en su vida. Apenas tiene 16 años.

Viaje a Europa y matrimonio (1799-1802)

Zarpa de La Guaira el 19 de enero de 1799 y llega a Veracruz el 2 de febrero a bordo del navío «San Ildefonso». Sube a Ciudad de México y está allí una semana. El 20 de marzo parte a La Habana, donde está dos días, y llega a Santander el 16 de mayo. El 10 de junio el joven Bolívar está en Madrid.

El tío y su sobrino viven en casa de Manuel Mallo, entonces ministro de Hacienda y hombre de gran influencia ante la corona, protector de Esteban Palacios. Mallo había nacido en Popayán y había crecido en Caracas, de donde estimamos que nació la amistad con los Palacios Blanco. El tío Esteban se esmera en que el sobrino reciba clases de castellano, francés, que aprenda a bailar, que siga su aprendizaje de historia y de matemáticas. Luego, por vueltas de la política española, Mallo cae en desgracia y, con él, el tío Esteban, quien es hecho prisionero, cuando Manuel Godoy (favorito de Carlos IV) retoma sus influencias.

Entonces, Bolívar se muda a vivir a casa del marqués de Uztáriz (Gerónimo Enrique de Uztáriz y Tovar Suárez de Loreda: Caracas, 1735-Sevilla, 1809), amigo de su familia en sus tiempos caraqueños, y allí practica la esgrima, monta a caballo, asiste a salones de tertulias y agasajos. También estudia y lee, bajo la dulce conducción del marqués de Uztáriz, quien habiendo nacido en Caracas se había radicado en Madrid con muy buenas condiciones económicas. Por cierto, cierta hagiografía bolivariana lo invisibiliza como educador de Bolívar para destacar a Simón Rodríguez, que también lo fue, pero es evidente que el marqués es el tutor de sus años juveniles, el que le entrega las lecturas fundamentales, como el propio Bolívar lo confirma. Incluso podría decirse más: ante la ausencia de figura paterna, el joven se identifica con su abuelo Feliciano, primero; luego con Simón Rodríguez y, finalmente, con Uztáriz, a quien le profesa un gran afecto, como testimonió varias veces.

En una carta de Bolívar a Francisco de Paula Santander el 20 de mayo de 1825, desde Arequipa, le refiere que en esta estadía madrileña ha leído a «Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses» (Cartas Santander-Bolívar, 1988: 378). En casa del marqués de Uztáriz conoce a María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza, sobrina del marqués del Toro caraqueño, y de quien se enamora completamente y le propone matrimonio.

La novia pide tiempo y viaja a Bilbao con su familia en 1801. Bolívar también va a Bilbao a estar con ella y permanece allí todo el año. Sale el 20 de marzo de 1801 y allá estará hasta enero de 1802, cuando viaja a Bayona (País Vasco Francés), luego a Amiens, París y Burdeos. En abril está en Santander y Bilbao, en mayo en Madrid.

Sobre sus meses en Bilbao contamos con un estudio formidable: *Simón Bolívar y Bilbao. El hombre antes del héroe* de Alejandro Cardozo Uzcátegui. De los dos meses que pasó en París se sabe poco. No se conservan cartas escritas allí, si acaso las escribió y, como afirma Mijares en su biografía *El Libertador*, lo impresionó más el París de su segunda visita, en 1804, cuando ocurre la coronación de Napoleón.

En Caracas (1802-1803)

Los enamorados se casan el 26 de mayo de 1802 en Madrid en la iglesia de San José. Bolívar sumaba 19 años y María Teresa 21. Pocos días después se mueven hacia La Coruña, de donde zarpan el 15 de junio y llegan a La Guaira el 12 de julio. La única carta conocida que escribió la señora Bolívar fue el día de su llegada a La Guaira. Siete meses después, el 22 de enero de 1803, fallece de fiebre amarilla en la casa del Vínculo, en la esquina de Gradillas, la que Bolívar había heredado de Xérez de Aristeguieta.

Sus meses caraqueños de recién casado estuvieron dominados por la alegría de enseñarle sus vastas propiedades a su esposa, el trato con sus familiares, la organización de su fortuna personal y el sueño de la paternidad, que nunca llegó. Devastado por la muerte de María Teresa, decide regresar a Europa en octubre de este año fatídico. Tiene 20 años. En el *Diario de Bucaramanga* afirma:

Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creerse que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que adquirí en mis viajes, y en América no hubiera formado aquella experiencia, ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me han servido en todo el curso de mi carrera política (Bolívar, 2010: 218).

Europa y los Estados Unidos (1803-1807)

Zarpa de La Guaira el 23 de octubre de 1803. En enero está en Cádiz, en febrero en Madrid, y en mayo en París. Se reencuentra con Simón Rodríguez y conoce a Fanny du Villars, el segundo amor de importancia en su vida. Frecuenta a Humboldt y Bonpland, quienes ya están de vuelta de su periplo americano. Es asiduo de los salones parisinos y no sabemos si asistió a la coronación de Napoleón el 18 de mayo de 1804, a pesar de que estaba en París. Sus propios testimonios son contradictorios. Fanny du Villars estaba casada con el conde Dervieu du Villars, quien le llevaba casi 30 años de edad. Ella tenía 30 y Bolívar 21, y es evidente que sostuvieron una relación amorosa y confesional. Estos años europeos fueron de grandes convulsiones personales para Bolívar. En sus cartas se advierten estados depresivos y eufóricos, así como abundan testimonios sobre la vida festiva que llevó, cosa que Rodríguez le reconvenía permanentemente. En abril de 1805 Bolívar se despide de Fanny y sale hacia Italia con Rodríguez y Fernando Rodríguez del Toro, hijo del marqués del Toro caraqueño y su entrañable amigo.

Recorren Verona, Vicenza, Padua, Perugia, Ferrara, Bologna, Florencia, Venezia y llegan a Roma. Allí ocurre el célebre juramento del Monte Sacro el 15 de agosto de 1805, quizás inspirado en la visión recurrente de las glorias napoleónicas, a quien no solo ha presenciado en su coronación parisina sino que ahora está presente cuando ocurre la italiana, en Milán. Retórica aparte, el juramento no ha debido ser como quedó transcrito, sino algo coloquial que después fue reescrito, como lo aclara Mijares en su biografía del héroe:

Las palabras del Juramento que se dan en todas las narraciones proceden de una publicación hecha en 1883 por el escritor colombiano Manuel Uribe, de acuerdo con las confidencias que le hizo Don Simón Rodríguez. Pero claro está que esta versión de

segunda mano, y escrita tantos años después del suceso, apenas conservaría rasgos muy adulterados del original (Mijares, 1967: 113).

Bolívar estuvo en Nápoles antes de regresar a París, a donde llega en abril de 1806. De acuerdo con sus cartas de entonces, estaba harto de la vida disoluta que había llevado y se proponía regresar a Venezuela. Antes, recibe el segundo grado de la Masonería en la Logia Parisina de San Alejandro de Escocia. Años después (1828), le dice a Perú de Lacroix en el *Diario de Bucaramanga*:

que en París se había recibido de maestro, pero que aquel grado le había bastado para juzgar lo ridículo de aquella antigua asociación; que en las logias había encontrado algunos hombres de mérito, bastantes fanáticos, muchos embusteros y muchos más tontos burlados... (Bolívar, 2010: 221).

Viaja de Hamburgo a Charleston, donde desembarca el 1 de enero de 1807. Visita Filadelfia, Washington, Boston y Nueva York. Permanece casi seis meses en los Estados Unidos hasta que regresa en junio a Caracas, habiendo tomado el barco en «Filadelfia». Es obvio que esta estadía de casi cuatro años en Europa y los Estados Unidos fue decisiva en la formación política del joven caraqueño. Si en la primera estancia española el marqués de Uztáriz puso en sus manos los libros indicados, en esta la relación con Rodríguez, la presencia de Napoleón en todos los rincones de Europa, las ideas liberales y de la Ilustración hicieron de Bolívar otra persona. Llegó de 20 años y regresó de 24. Un viaje providencial en el momento preciso, en la edad propicia.

En Caracas (1807-1810)

Al no más llegar, se encarga de sus haciendas. En las de Yare tiene un pleito de linderos con Antonio Nicolás Briceño, quien le discute tierras. La sangre no llega al río, pero estuvieron a punto de dirimir en duelo las desavenencias. Se mueve entre Yare, San Mateo y Caracas, en especial en la hacienda que los Bolívar tenían en la ribera del Guaire, donde los jóvenes de la élite caraqueña se reúnen a leer, recitar, bailar, montar a caballo, y a escuchar a Simón que ha traído nuevas ideas de Europa.

En 1808 tienen lugar los sucesos de Bayona, cuando Napoleón coloca la corona de España sobre su hermano, y Carlos IV y Fernando VII quedan en cautiverio. Se inicia la crisis del mundo hispánico. El 19 de abril de 1810 el cabildo caraqueño crea la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, pero Bolívar no participa en los hechos, está en sus haciendas. La Junta lo asciende a capitán en mayo, y en junio lo designa comisionado ante el gobierno británico y viaja con Andrés Bello y Luis López Méndez, los otros dos integrantes de la comisión, a Londres. Desembarcan en Portsmouth el 10 de julio de 1810.

Viaje a Londres (1810)

El 14 de julio están en Londres. Miranda los asesora e, incluso, les gestiona entrevistas. No va con ellos a los encuentros, pero se reúne periódicamente a cotejar informaciones. Los lleva a conocer los sitios públicos principales: museos, jardines, el Observatorio y les presenta a Jeremías Bentham, James Mill, y el marqués de Wellesley, ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, entre otros.

Bolívar da por concluida su misión y zarpa el 22 de septiembre rumbo a Caracas, con escala en Trinidad. Ha permanecido dos meses y medio en la capital británica. Luis López Méndez y Andrés Bello se mudan a la casa de Miranda. Ambos ignoraban los años que estarían fuera de su país. Como sabemos, ninguno de los dos regresó a Venezuela.

En este encuentro londinense se han conocido el veterano Miranda, ya de 60 años, y el joven Bolívar, con 27. La admiración de este por la legendaria figura de Miranda es evidente y, de hecho, lo veremos actuar con reciprocidad. Al arribar a Caracas el 10 de diciembre de 1810 se aloja en casa de Bolívar, quien ha llegado pocos días antes, el 5 de diciembre. El 7 está Bolívar informándole a la Junta de su misión en Londres. Ha regresado a Caracas con un secretario francés, Pedro Antonio Leleux, un librero que vivía en Londres y era amigo de Miranda.

Dos años convulsos (1810-1812)

Miranda, Bolívar y Leleux fundan la Sociedad Patriótica en Caracas en diciembre, y ya en enero sostienen reuniones regulares a partir de las seis de la tarde en una casa que han conseguido en la esquina de las Ibarras. Integran la Sociedad Antonio Muñoz-Tébar, Vicente Salias, Francisco Espejo, Miguel Peña, Carlos Soublette, Francisco Coto Paúl, entre otros. Se constituyen en un frente de presión permanente para que el Congreso Constituyente, que se ha reunido en Caracas a partir de marzo de 1811, declare la independencia.

En la noche del 3 para el 4 de julio de 1811, Bolívar interviene en la Sociedad Patriótica con las siguientes palabras:

Se discute en el Congreso Nacional lo que debería estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la Nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundacional de la libertad sur-americana: vacilar es perdersenos. Propongo que una comisión del seno de este cuerpo lleve al Soberano Congreso estos sentimientos (Bolívar, 1947: 993).

Así fue, la comisión asistió al Congreso Nacional donde el 5 de julio se decidió la creación de una república con los límites de la abolida Capitanía General de Venezuela. Juan Germán Roscio redactó el Acta, así como antes había redactado el Estatuto electoral que dio pie al Congreso, y así como corredactó la Constitución Nacional de 1811, aprobada el 21 de diciembre.

No hallamos a Bolívar presente en la sesión que declara la creación de la república porque no era diputado, como sí lo era Miranda. De inmediato Bolívar se va a alguna de sus haciendas (algunos afirman que por motivos de salud) y lo tenemos de vuelta en la escena caraqueña en octubre de 1811.

Y luego lo volvemos a hallar en Caracas el 26 de marzo de 1812, cuando escarbaba entre los escombros buscando sobrevivientes del terremoto de ese día. Esto lo refiere José Domingo Díaz con detalle en su libro *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Para entonces, ya

Monteverde había desembarcado en Coro procedente de Puerto Rico, enviado por el Consejo de Regencia a recuperar el territorio venezolano, y venía obteniendo victorias, con el apoyo de los hombres de Reyes Vargas, quien le sumó su ejército de 500 indígenas. Ya Miranda era el Generalísimo designado para enfrentarlo, y Bolívar estaba por asumir la plaza de Puerto Cabello por designación de Miranda, en mayo.

Señala la leyenda que Bolívar pronunció unas palabras aquel 26 de marzo de 1812 que se han hecho célebres: «Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella, y haremos que nos obedezca». No resulta probable que así haya sido; parece, como suele suceder, obra de la mitología posterior que se ha posado sobre el personaje, más que una realidad constatable. En todo caso, el terremoto obró a favor de la causa realista y no de la patriótica, entre otras razones porque no pocos sacerdotes lo consideraron como una admonición divina contra los revolucionarios republicanos.

Como sabemos, Miranda al ver que está perdida la guerra contra Monteverde, propone la firma de una capitulación que regularice la derrota, y vienen las negociaciones, hasta que se firma la capitulación en San Mateo el 24 de julio de 1812. Algunos pensaban que ha debido seguirse en batalla, pero Miranda creía que no, y como Generalísimo, firmó la rendición, provocando la ira de sus coroneles. La verdad, había argumentos para ambas posiciones.

Por su parte, el 12 de julio de 1812, un Bolívar deprimido y autoculpabilizado por la pérdida de Puerto Cabello le escribe a Miranda, desesperado. Dice:

Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salven la patria; pero ¡ah! esta se ha perdido en mis manos (Bolívar, 1970: 29).

Los hechos se precipitan el 31 de julio de 1812, cuando los coroneles de Miranda lo hacen preso en La Guaira y se lo entregan a Monteverde, después de que este ha firmado las Capitulaciones de San Mateo. Entre las muchas versiones sobre los hechos ocurridos este día, la de Caracciolo Parra-Pérez en *Historia de la Primera República de Venezuela* nos resulta la más convincente. Señala el historiador que Miranda llegó a La Guaira el 30 de julio a las siete de la noche y que se hospedó en casa del comandante militar de la zona, Manuel María de las Casas. Apunta que se juntaron en secreto De las Casas, el doctor Miguel Peña, los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón, José Landaeta, Juan José Valdés y los coroneles Juan Paz del Castillo, José Mires, Manuel Cortés Campomanes y Simón Bolívar. Todos juzgaban tan severamente a Miranda que Bolívar propuso que se le fusilara de inmediato por traidor, pero no aceptaron la moción.

En el atardecer de la llegada de Miranda a La Guaira, el capitán del «Saphire», Haynes, instó al Generalísimo a embarcarse y zarpar de inmediato, pero este no quiso y optó por salir al amanecer. Pues en la madrugada del 31 de julio estando dormido Miranda irrumpieron en su habitación quienes le hicieron preso: Bolívar, Chatillón y Montilla. El Generalísimo le pidió la linterna a su asistente, el muy joven Carlos Soubllette, e iluminó los rostros de sus captores. Dicen que entonces pronunció su famosa frase: «Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche».

De las Casas, siguiendo instrucciones de Monteverde, lo entrega a Cervéz y este lo introduce en la celda del castillo de San Carlos, en La Guaira. En enero de 1813 es trasladado al castillo de San Felipe, en Puerto Cabello; en junio es enviado al castillo del Morro, en Puerto Rico, y en diciembre a la cárcel de La Carraca, en Cádiz; allí fallece el 14 de julio a la una y cinco minutos de la madrugada de 1816. Sumaba 66 años.

Ríos de tinta han corrido para explicar este momento trágico de la historia de Venezuela en el que el Precursor de la Independencia es entregado a los realistas por el futuro Libertador, entre otros. Los hechos son crudos. Bolívar se detuvo ante un dilema: si las Capitulaciones firmadas por Miranda eran buenas, ha debido quedarse a hacerlas respetar; si se quería ir es porque era un traidor. ¿Esta lógica sencilla de Bolívar también podía esconder otra razón?

El 26 de agosto le escribe Monteverde al Consejo de Regencia afirmando:

...los que fueron contagiados, pero de algún modo obraron opuestamente a la maligna intención de los facciosos... En esta clase, Excelentísimo Señor, se hallan D. Manuel María de las Casas, D. Miguel Peña y D. Simón Bolívar... Yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Casas ni el de Bolívar y Peña... (Parra-Pérez, 1939: 382).

¿Habría obtenido pasaporte el coronel Bolívar de parte de Monteverde sin haber prestado sus «interesantes servicios»? No parece probable. ¿De no haber hecho preso a Miranda y entregado a Cervéz al reo habría corrido la misma suerte de este? Seguramente. Los mirandinos consideran que la entrega fue una infamia de Bolívar y acaso su error más desgraciado; los bolivarianos se dividen en el análisis de los hechos: unos consideran a Miranda un traidor; otros, que se trató de la única alternativa que tuvo Bolívar para salir del trance. En cualquiera de los casos, no es un momento afortunado de la vida del Libertador y, por supuesto, es el más desdichado de la vida de Miranda.

Bolívar con el pasaporte viaja a Curazao el 1 de septiembre, después de haber estado a buen resguardo mientras obtenía el salvoconducto. Está dos meses en Curazao hasta que llega a Cartagena el 2 de noviembre. El 15 de diciembre escribe su primer texto político

de importancia, la *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño*, texto que se ha divulgado con el título de *Manifiesto de Cartagena*. Antes, el 27 de noviembre de 1812, le envía al Congreso de la Nueva Granada un texto analítico de las causas de la pérdida de la república en Venezuela, con los mismos argumentos que el segundo, que fue el que se hizo célebre.

Veamos lo sustancial del *Manifiesto de Cartagena*. Lo primero es que todo el texto se fundamenta en hallar las causas de la pérdida de la república en Venezuela. La que más se acentúa será la adopción del federalismo en la Constitución de 1811. Según Bolívar, esta fue la causa principal. Por supuesto, no es cierto que lo haya sido, pero es evidente que el caraqueño aprovecha la coyuntura para denostar del federalismo y enarbolar sus tesis centralistas, de unidad de mando. En esto Bolívar fue coherente toda su vida, a tal punto que su centralismo se fue acentuando hasta tornarse en la Presidencia Vitalicia propuesta en la Constitución de Bolivia de 1826 o en la Dictadura que asumió en 1828, al margen de la Constitución de 1821. La Presidencia Vitalicia es una tesis monárquica y no republicana, por donde se le vea.

La otra causa aludida es notoriamente cierta, el terremoto de 1812, que no solo afectó severamente a Caracas sino a la región centro-occidental del país, dejando a las ciudades prácticamente en el suelo. También, alude a cierta misantropía que, según él, se apoderó de las autoridades venezolanas a la luz de la Constitución de 1811. Este espíritu, además, impidió que se fortalecieran las fuerzas militares y, también refiere entre las causas el faccionalismo, que debilitó a la república ante el desafío bélico.

Es de hacer notar que no menciona a Miranda entre las causas, cosa curiosa, cuando al momento de entregarlo a Monteverde, él mismo lo señaló como el único culpable del desastre. Tampoco indica que la pérdida de la plaza de Puerto Cabello, a su cargo, fue

la acción determinante para que se perdiera la república. Ni un hecho ni otro, sino el texto constitucional es la causa príncipe. No deja de ser desconcertante que de las derrotas bélicas se responsabilice a la Constitución. Es absurdo, pero en verdad el *Manifiesto* es una oportunidad, como dije antes, de exponer sus tesis centralistas y buscar apoyo de los neogranadinos, anhelo que coronó el futuro Libertador.

Sigamos al propio Bolívar en un párrafo que resume las causas. Dice:

De lo referido se deduce, que entre las causas que han producido la caída de Venezuela debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su Constitución; que, repito, era tan contraria a sus intereses, como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero, la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la república y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto, el terremoto acompañado de fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente, las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro (Bolívar, 1970: 30-38).

Si prestamos atención a este párrafo advertiremos que en él está la nuez de la posición de Bolívar acerca del poder eficiente, es decir: centralismo y unidad de mando. Nótese que en su última proclama, la del 10 de diciembre de 1830, ante la inminencia de la muerte, alude a la cesación de los partidos para alcanzar la paz y la unión. Hasta su minuto final, Bolívar le atribuyó al faccionalismo una importancia enorme, quedando desnudo frente a una circunstancia propia del republicanismo: la disidencia, la convivencia de posiciones contrarias. Durante los años en guerra la invocación del faccionalismo como causa se comprende, pero en 1830 la guerra ya había terminado,

y lo que se dirimía en la República de Colombia, eran tesis, otra vez, centralistas y federalistas. Esto nos conduce a afirmar, sin la menor duda, que el centralismo bolivariano no era coyuntural, atribuido a la circunstancia guerrera, sino consustancial a su pensamiento.

La Campaña Admirable y un primer fracaso (1813-1815)

Antonio Nariño, entonces presidente de Cundinamarca, y Camilo Torres, presidente del Congreso en Tunja, deciden apoyar al joven coronel venezolano. Lo incorporan al Ejército de Nueva Granada con destacamento en Cartagena, donde gobierna el doctor Manuel Rodríguez Torices. Lo destinan al puesto de Barrancas, a orillas del río Magdalena, y este, sin esperar autorización, emprende una campaña con un grupo reducido de soldados para despejar al Magdalena de realistas. La campaña es fulgurante e inesperada, y ocurre entre el 23 de diciembre y el 8 de enero de 1813, cuando toma Ocaña. En 15 días ha logrado una sucesión de éxitos.

En febrero, Bolívar recibe la invitación del coronel Manuel Castillo para ayudarlo a combatir al general Ramón Correa en Cúcuta; para allá sale el 9 al frente de 400 hombres. El 28 de febrero vence en Cúcuta a Correa y se granjea el apoyo del gobierno neogranadino para seguir hacia Venezuela, lo autorizan el 7 de mayo de 1813. Lo nombran brigadier y le entregan el mando de un batallón comandado por Francisco de Paula Santander e integrado por los neogranadinos Atanasio Girardot, Antonio Ricaurte, José Luciano D'Elhuyar, José María Ortega, Hermógenes Maza, Joaquín París y su inseparable Rafael Urdaneta, factores clave de la campaña que está por iniciar. Va a comenzar la Campaña Admirable, que concluirá el 7 de agosto de 1813 con la entrada triunfal a Caracas.

La sucesión es vertiginosa: el 13 de abril vence el ejército patriota al realista en La Grita; el 23 de mayo entra Bolívar triunfante a Mérida y se le otorga el título de Libertador. El 10 de junio Girardot toma Trujillo y el 14 llega Bolívar. El 15 de junio el Libertador firma el *Decreto de Guerra a muerte*, una pieza estremecedora que solo se comprende en medio del fragor de las circunstancias. Lo primero que hay que señalar es que el origen del *Decreto* no es un capricho de Bolívar y que él mismo lo explica en el texto. Se trata de una venganza por los horrores cometidos por Monteverde. Después de enumerarlos, el Libertador afirma:

Así pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre; que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar a las naciones del universo que no se ofende impunemente a los hijos de América (Bolívar, 1970: 44-46).

Nótese que en 1813 ya habla «del suelo colombiano». Luego, coloca en un disparadero a los españoles y canarios. Señalando que si no se suman a las fuerzas patriotas serán dados de baja, y si lo hacen, recibirán un indulto pleno y serán tratados como americanos. A los americanos los perdona, incluso en el caso de hallárseles culpables de colaboración con los realistas. Las oraciones que se han hecho célebres son las finales que, si no se sigue el texto y se leen fuera de su contexto, resaltan por su ferocidad: «Españoles y Canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables» (Bolívar, 1970: 44-46).

La campaña continuó. El 18 de junio Girardot está en Carache. José Félix Ribas se suma y avanza sobre Boconó. El 2 de julio tiene

lugar la batalla de Niquitao, donde vence Ribas con el apoyo de Urdaneta y Campo Elías. Ribas sigue hacia El Tocuyo y lo ocupa el 18 de julio, para avanzar hacia Quíbor. En Los Horcones tiene lugar otro triunfo de Ribas y este entra victorioso a Barquisimeto. Ya el éxito de Ribas alarma a los realistas. El 29 de julio se reúnen Ribas, Urdaneta y Girardot en San Carlos, plaza que ha ocupado Urdaneta. El 2 de agosto ingresan en Valencia, que ha sido abandonada por Monteverde, ante las victorias patriotas, y huye hacia Puerto Cabello, perseguido por el incansable Girardot. Monteverde logra protegerse tras las murallas.

Como vemos, los ejércitos patriotas le han franqueado el paso a Bolívar y este entra en Caracas el 6 de agosto de 1813. Ha concluido la llamada «Campaña Admirable» para Bolívar; para algunos de sus seguidores no, ya que Monteverde espera en Puerto Cabello la llegada de refuerzos realistas, y estos arriban en septiembre de 1813, con el Regimiento de Granada, al mando de Miguel Salomón, y cerca de 1.000 soldados veteranos que han partido de Cádiz.

Con cerca de 1.000 hombres Monteverde avanza hacia Valencia para recuperarla, pero en Bárbula lo espera el ejército comandado por los neogranadinos Atanasio Girardot, Luciano D'Elhuyar y el marabino Rafael Urdaneta, el 30 de septiembre. La batalla sigue el 3 de octubre en Las Trincheras, donde Monteverde es herido en la mandíbula. El 30 en Bárbula vencieron los patriotas y cuando Girardot colocaba el pabellón nacional en la cima del cerro, fue abatido de un balazo en el pecho.

Monteverde huye de nuevo derrotado a Puerto Cabello y allí permanece hasta diciembre de 1813, cuando su sucesor, el capitán general Juan Manuel Cajigal, le sugiere que es hora de retirarse, viaja a España y sale de la escena venezolana para siempre. Lo vence Luciano D'Elhuyar, quien morirá en 1816 muy joven, regresando de

Jamaica en un naufragio, tanto como Girardot en Bárbula y Ricaurte en San Mateo. Girardot cae a los 22, Ricaurte a los 28 y D'Elhuyar a los 23 años.

En una proclama dirigida a los caraqueños, el mismo día 8 de agosto, Bolívar reconoce al Congreso de Nueva Granada el apoyo y se refiere al restablecimiento de la república. Su actividad es frenética y se traduce en un conjunto de proclamas y órdenes administrativas asombroso.

Los enfrentamientos bélicos no cesan, lo que demuestra que la llamada «Campaña Admirable» se refiere a la entrada de Bolívar en Caracas, más que al fin de una gesta. Vicente Campo Elías toma Cúa, San Francisco de Yare, Santa Lucía y Santa Teresa del Tuy. Luis María Rivas-Dávila toma Charallave; Marcelino Plaza, Ocumare del Tuy; Manuel Villapol, Paracotos y Táchata. Ramón García de Sena se enfrenta al indio realista Reyes Vargas y a Francisco Oberto, y los vence en Cerritos Blancos, cerca de Barquisimeto.

Para entonces, ya José Tomás Boves ha intentado unirse a los patriotas y ha sido rechazado, en 1811; ahora lo acoge Eusebio Antoñanzas, y comienza su epopeya llanera en septiembre de este año crucial. Va formando su propio ejército y a finales de 1813 lo veremos en el inicio de sus acciones autónomas, fuera del radio de instrucciones de las autoridades realistas. El 23 de septiembre vence Boves en Nutrias a Tomás Montilla y luego se dirige a ocupar Calabozo. Por otra parte, los hermanos Monagas, muy jóvenes, son vencidos en Cachipo, también en septiembre.

Bolívar está en Caracas de vuelta el 14 de octubre para recibir el nombramiento del cabildo caraqueño. Esta entidad habla en representación de los demás cabildos sin haber recibido autorización para hacerlo, pero la capitalidad caraqueña licenciaba estos excesos, sobre todo en tiempos de guerra. Designan a Bolívar como «Brigadier

de la Unión, General en Jefe de las Armas Libertadoras y Libertador de Venezuela». Era obvio que requería de estos títulos para poder imponer su autoridad sobre los otros jefes militares, en particular Mariño, quien permanecía con su ejército en Barcelona y no se decidía todavía a marchar hacia el centro.

Este mismo día de la aclamación de Bolívar en Caracas, Campo Elías se bate con Boves en Sabana de Mosquiteros, cerca de El Sombrero. La victoria es clamorosa, ya que Boves ha reunido un ejército de 2.500 hombres, mientras Campo Elías cuenta con 1.500, nada más. Al vencer a Boves, despeja Calabozo. La secuencia de triunfos de Campo Elías lo destaca particularmente.

Rafael Urdaneta es retenido en Barquisimeto por el desafío de Ceballos, y Bolívar parte en su auxilio para darle batalla el 10 de noviembre en Bobare, cerca de Yaritagua. La contienda se pierde y Barquisimeto cae en manos de los realistas. Bolívar se repliega en San Carlos. En cambio, José Félix Ribas y Luciano D'Elhuyar se batieron durante tres días en Vigirima, el 23, 24 y 25 de noviembre, venciendo al coronel Miguel Salomón, quien estaba al frente del Regimiento de Granada, como dijimos antes. Bolívar coordina las acciones en el campo de la batalla más larga de este período.

El 27 de noviembre, un joven de 23 años, llamado José Antonio Páez, que se ha sumado a las fuerzas patriotas a mediados de 1813, lucha contra Miguel Marcelino en el sitio de Matas Guerrereñas y gana. Es ascendido a capitán. Comienza la epopeya de quien será el hombre fuerte de Venezuela durante décadas. A su vez, será la primera de las batallas al frente de sus llaneros que, como veremos, serán el factor clave de las victorias futuras, después de perdida la llamada Segunda República. Por su parte, Boves y Francisco Tomás Morales someten a Manuel Aldao el 2 de diciembre a la entrada de Calabozo. Esta victoria les abre el camino hacia los valles centrales.

Ceballos junta su ejército con los hombres de José Antonio Yáñez y Miguel Correa en Araure y se preparan para la contienda. El 5 de diciembre de 1813 al amanecer comienza la refriega de la batalla de Araure. Bolívar, Urdaneta, Villapol, Campo Elías, Rivas Dávila, Florencio Palacios no solo dominan a los realistas sino que consiguen un parque significativo y deciden perseguir a los vencidos. Bolívar divide al ejército y sigue a Caracas, entusiasmado con el triunfo. Su optimismo le lleva a pensar que puede derrotar a los realistas sin el apoyo de Mariño, pero muy pronto se convence de lo contrario.

El 17 de enero de 1814 sale de Aragua de Barcelona Santiago Mariño al frente de un ejército de 3.500 hombres y va a encontrarse con Bolívar, por primera vez en su vida, en los primeros días de abril, en La Victoria. Entonces, se decide la unión de los dos ejércitos y se establece el cuartel general en Valencia. Ambos libertadores llegan a acuerdos sobre la base de objetivos específicos. La guerra estaba en pleno desarrollo.

Por otra parte, Boves avanza desde Calabozo hacia Villa de Cura y San Juan de los Morros, Campo Elías sale a su encuentro y tiene lugar la primera batalla de La Puerta, el 3 de febrero. Es un desastre para los patriotas. Urdaneta recupera Barquisimeto, García de Sena y Palacios siguen su campaña hacia Barinas y Apure, en continuación de la campaña occidental. El 17 de febrero está Urdaneta en Valencia con Bolívar. Antes, el 12 de febrero de 1814 ha tenido lugar la legendaria batalla de La Victoria.

Morales ha ocupado La Victoria y el arrojado Ribas sale de Caracas al frente de un ejército de estudiantes, sin caballería, a rescatar la ciudad. Desde la mañana las embestidas de Morales van minando las fuerzas juveniles de Ribas, que resisten con denuedo, hasta que en la tarde llega Campo Elías al frente de 200 hombres y decide la contienda a favor de los patriotas.

Al regresar a Caracas, Ribas sale de nuevo hacia Ocumare del Tuy, donde Rosete ha invadido. Está en Charallave el 20 de febrero, apenas una semana después de La Victoria, Ribas domina a Rosete, y al día siguiente lo destroza de nuevo en Yare. Bolívar deja al frente de Valencia a Urdaneta y se va a su hacienda de San Mateo, en los valles de Aragua, donde fija cuartel general con 1.500 soldados y 600 jinetes. Allí se apertrecha esperando el desafío de Boves que avanza hacia los valles centrales.

Boves y Morales se apoderan de Cagua el 25 de febrero y el 28 le ponen sitio a San Mateo, donde está Bolívar. El ejército de Boves suma 7.000 hombres, de los cuales pierde 1.000 en el primer encontronazo. Ese día cae Manuel Villapol y son heridos Campo Elías y el propio Boves, quien deja al mando a Morales. Todos los días hay escaramuzas hasta que el 20 de marzo vuelve Boves ya recuperado de sus heridas y lanza un ataque total el 25. Resisten Montilla, Lino de Clemente y Ramón Ayala, y ocurre el episodio de Antonio Ricaurte y el parque resguardado en una pequeña casa a mitad de la colina.

De acuerdo con lo que se nos ha dicho siempre, Ricaurte prefirió volar el parque con dinamita y morir en el hecho, que dejarlo en manos de los realistas que iban por él. No obstante, Luis Perú de Lacroix refiere en el *Diario de Bucaramanga* lo que sobre el particular le dijo Bolívar, el día 5 de junio de 1828:

Ricaurte, otro granadino, figura en la historia como un mártir voluntario de la libertad, como un héroe que sacrificó su vida para salvar la de sus compañeros y sembrar el espanto en medio de los enemigos, pero su muerte no fue como aparece, no se hizo saltar con un barril de pólvora en la casa de San Mateo, que había defendido con valor; yo soy el autor del cuento, lo hice para entusiasmar a mis soldados, para atemorizar a los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos.

Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14 en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos; murió de un balazo y un lanzazo, y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto y las espaldas quemadas por el sol (Bolívar, 2010: 292).

¿Tenemos motivos para no creer lo que apunta Perú de Lacroix que dijo Bolívar? ¿Es posible que esto no lo haya dicho Bolívar y sea un invento del autor? La verdad, no parece probable que sea un invento, sino la confirmación de que Bolívar era un estratega de las comunicaciones y de los efectos psicológicos de los hechos. En todo caso, no deja de ser sorprendente cómo la versión que el Libertador confiesa haber urdido es la que se ha asentado como verdadera, no siéndolo, según confiesa el mismo autor de la especie.

El saldo de San Mateo, aunque favorable a los patriotas, es trágico. No solo muere Ricaurte, sino Villapol, y a los pocos días, Campo Elías, quien tantas y tan contundentes victorias había sumado a la pizarra patriota. Mariño se entera de los aprietos de Bolívar en San Mateo y corre a auxiliarlo, sin saber que Boves ha levantado carpa y se dirige a Villa de Cura, con su ejército maltrecho. Ambos se encuentran en Bocachica, cerca de La Puerta, y Mariño le propina otra derrota a Boves. Afirman los expertos en estos temas que si Mariño hubiera perseguido a Boves lo habría destruido para siempre, pero no lo hizo y este alcanzó a llegar a Valencia, ya no con 7.000 hombres sino con 2.000 y dos derrotas a cuestas.

Bolívar se desplaza de San Mateo a La Victoria y tiene lugar el encuentro entre Mariño y el caraqueño, el 2 y 3 de abril. Bolívar regresa a Caracas y Mariño se queda en los valles de Aragua. Por su parte, Ceballos y Boves reúnen sus ejércitos en Valencia y deciden seguir hacia Calabozo por la proximidad de Bolívar, que ha salido de Caracas a buscarlos. En Arao es atacado el ejército de Mariño y si no es por la intervención de Urdaneta el desastre para los patriotas

hubiera sido total. Mariño entra en Valencia con su ejército maltrecho el 19 de abril de 1814. Allí está hasta el 16 de mayo, cuando Bolívar y Mariño salen a buscar batalla con Cajigal y Ceballos, que se mueven hacia Tinaquillo. Va a tener lugar la primera Batalla de Carabobo, el 28 de mayo de 1814.

Aunque el ejército realista era numéricamente superior, el patriota contó con 5.000 hombres y derrotó a Cajigal y Ceballos, e hizo prisioneros a 3.000 soldados realistas, así como se adueñó de un buen parque que comprendía caballos, fusiles, víveres y hasta los papeles del archivo de Cajigal. Este huyó casi solo con Ceballos y ambos se salvaron. Afirman los expertos militares que aquí ha debido terminar la guerra, que lo mejor era salir al encuentro de Boves de inmediato, pero Bolívar tomó otra decisión y disgregó el ejército. Urdaneta regresa a occidente, Ribas se va a Caracas y Bolívar ordena que Mariño, con 3.000 hombres, espere en Aragua a Boves. Entonces se ignoraba la magnitud del ejército que había reunido el asturiano. ¿Falló el espionaje? De haberlo sabido, Bolívar no disgrega el ejército. ¿Qué pasó? No hay respuesta, pero es evidente que se trata de una decisión costosísima.

Con malicia Boves logra llevar a Mariño al sitio de La Puerta, donde antes había derrotado a Campo Elías. El 14 de junio de 1814 pernoctan los ejércitos listos para el combate que ocurre al día siguiente. Bolívar y su ejército llegan el 15, cuando la contienda ha comenzado. El Libertador se percata de la desventaja en que está Mariño y se propone replegarse, pero Boves advierte su presencia en el campo y enfila la vanguardia a toda velocidad para que no pueda eludir el embate. Lo destroza. Su superioridad numérica es aplastante. Bolívar huye hacia Villa de Cura y Mariño hacia San Sebastián. Boves vence en menos de una hora. Mueren el secretario de Bolívar, Antonio Muñoz Tébar, Aldao, García de Sena, Freites y Pedro Sucre. El valiente Diego Jalón es hecho preso y decapitado por órdenes

expresas de Boves, después de arrancarle confesiones por tortura, acerca de la magnitud del ejército patriota. La catástrofe es completa.

Boves toma Valencia el 8 de julio, el 10 llegan Cajigal y De la Calzada. Mientras, Bolívar y Mariño están en Caracas, saben de la cercanía de Boves y deciden la llamada «Emigración a Oriente», el 6 de julio de 1814. Mariño parte de inmediato. El horizonte no puede ser menos promisorio. Va a iniciarse otra tragedia.

Ante el avance indetenible de Boves, quien ya estaba con sus fuerzas en Puerto Cabello y se dirigía hacia Caracas, una junta de notables deliberó acerca de qué opciones tomar. Bolívar impuso su criterio: evacuar la ciudad y huir a oriente, hacia donde ya había partido el general Mariño, y los patriotas conservaban alguna fuerza bélica. Francisco Javier Yanes afirma en su libro *Compendio de la historia de Venezuela*, que el 7 de julio abandonaron la ciudad cerca de 20.000 personas. Unos fueron a La Guaira a buscar embarcarse hacia algún destino, otros hacia el oriente del país. También dice que perecieron las tres cuartas partes a fuerza de hambre, cansancio, desnudez y sed. El 16 de julio de 1814 entró Boves en una Caracas desolada.

Entre tanto, las fuerzas patriotas sobrevivientes de una y otra derrota se reunieron en Aragua de Barcelona, junto con los emigrantes a oriente (incluidos mujeres, ancianos y niños) y, ante el avance de Morales al frente de 6.000 hombres, deciden darle batalla. Nueva catástrofe. Bolívar logra reunir a 2.000 hombres mal armados, mientras Bermúdez alcanza a armar a otros 1.000. Bolívar propone un plan que Bermúdez considera que expone a los orientales, mientras los centrales quedan a buen resguardo, y no lo acepta. Bolívar conviene y se adapta. El 18 de agosto tiene lugar la batalla que pierden estrepitosamente los patriotas.

Morales entró en el pueblo y pasó por las armas a toda la población, como ya era costumbre, mientras Bolívar, Bermúdez,

Cedeño y Sucre logran escapar de la carnicería. Las cifras de la mortandad oscilan entre 3.000 y 4.000 dados de baja, incluida la población civil, muchos de los caraqueños que habían emigrado a oriente, a instancias de Bolívar, huyendo de Boves. Un desastre. Los jirones del ejército y los civiles emigrantes logran llegar a Cumaná el 20 de agosto, con Bolívar a la cabeza. Por su parte, Bermúdez (herido de bala en el brazo), Armario, Sucre y Monagas llegan a Maturín.

De inmediato comienzan a moverse las fuerzas más oscuras, las que buscan un culpable de la derrota. Mariño y Bolívar serán los señalados por los jefes sobrevivientes: Ribas y Piar. La secuencia fue así: Bolívar y Mariño se embarcan en Cumaná el 25 de agosto rumbo a Margarita, con el tesoro de la plata labrada de las iglesias de Caracas, con el que vienen cargando desde que salen de la capital, para salvarlo de la tropelía saqueadora realista. El viaje lo hacen en embarcaciones de un italiano aventurero que participaba en estas luchas esperando recompensa pecuniaria (nunca recibida, por cierto) llamado Giovanni Bianchi, quien aprovecha la coyuntura para presionar el pago de sus acreencias. Al llegar a Pampatar, Piar impide que bajen del barco, los acusa de traición y desconoce la autoridad de ambos. Regresan a Carúpano.

El 2 de septiembre, en Cariaco, enterado Ribas de los pormenores de la derrota y de los movimientos de los jefes, es designado jefe de occidente, mientras Piar lo es de oriente, en sustitución de Bolívar y Mariño. Al llegar a Carúpano estos son impuestos de la noticia y se les invita a abandonar el país. Antes, Bolívar publica el 7 de septiembre un texto donde explica lo sucedido. No se declara culpable, alega su inocencia y señala un nuevo argumento: la gente no quiere ser libre. Al día siguiente zarpan Bolívar y Mariño para Cartagena y salen de la escena venezolana (en el bergantín «El Arrogante») hasta que regresan de Haití a Margarita, el 3 de mayo de 1816, casi dos años después.

De Cartagena Bolívar sube a Bogotá y el gobierno de la Nueva Granada lo asciende a general de división y lo envía a Cundinamarca. En enero de 1815 marcha hacia Cartagena y busca apoyo para invadir a Venezuela. Le niegan el respaldo. No tiene nada que buscar en Nueva Granada y se va a Jamaica. Llega a Kingston el 14 de mayo de 1815.

Jamaica y Haití (1815-1816)

Mientras Bolívar está en Jamaica, donde permanecerá entre mediados de mayo y diciembre de 1815, en Venezuela se desarrolla una nueva etapa bélica, ante el ejército que ha traído Pablo Morillo y recalado en Carúpano el 3 de abril de 12.254 soldados. Recordemos que Fernando VII ha vuelto a colocar la corona de España en su cabeza el 14 de marzo de 1814, se ha negado a aceptar la Constitución liberal de Cádiz de 1812, y anda por sus fueros absolutistas.

Será en Jamaica donde Bolívar escriba y envíe a su destinatario la célebre «Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla», el 6 de septiembre de 1815. La circunstancia y el texto merecen una aclaratoria.

Henry Cullen le envía a Bolívar una misiva el 29 de agosto, a través de un conocido común, apellidado MacComb, y el caraqueño responde el 6, privadamente. Se hizo pública la respuesta en inglés, en 1818, en la *Jamaican Quaterly and Literary Gazette*. La carta fue escrita en español, pero traducida al inglés por alguien cuya identidad se desconoce, para que pudiera ser comprendida por Cullen. El lector se preguntará: ¿dónde está la carta en español? Hasta la fecha, no se ha conseguido, de modo que las versiones de la *Carta de Jamaica* son traducciones de la publicada en inglés. Fue impresa en español por primera vez en 1833, en el tomo XII de la *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador*, editada por Francisco Javier

Yanes y Cristóbal Mendoza. ¿Quién la tradujo para esta publicación? Lo ignoramos. De hecho, en años recientes traductores insatisfechos con esta versión la han vertido al español desde la versión inglesa jamaiquina.

En suma, comenzó a divulgarse en español en 1833, cuando Bolívar descansaba en paz desde hacía tres años y la guerra en Venezuela había concluido en 1823, con la batalla naval del lago de Maracaibo y la expulsión de los realistas de Puerto Cabello, el mismo año. Juzgo importante aclarar esto porque pareciera que la *Carta* hubiera sido un manifiesto que sirvió de manual interpretativo a los patriotas y, en verdad, ni siquiera la conocieron durante el fragor de sus batallas, sino cuando en Venezuela gobernaba el general Páez, electo con base en la Constitución de 1830.

No obstante lo dicho, suele señalarse que los tres grandes textos de Bolívar son el *Manifiesto de Cartagena*, el *Discurso ante el Congreso de Angostura* y la *Carta de Jamaica*, con la advertencia de que los dos primeros sí se conocieron en su momento de ocurrencia y la misiva no. Sin embargo, esta es de radical importancia para delinear su pensamiento. No faltan quienes la consideran su escrito más significativo. A nosotros, igualmente, nos parece que lo es, en razón de su intento sociológico de delinear un mapa hispanoamericano. Sin demeritar el *Discurso en Angostura*, que es de suma importancia, como veremos luego.

Recordemos que en los tres textos se insiste en el *leit motiv* de Bolívar: la denostación del federalismo y de los partidos; las loas al centralismo, a la unidad de mando en un solo hombre y a la unión. Es decir, la necesidad de un hombre fuerte y unánime que pusiera orden, tarea para la que se sentía, obviamente, llamado.

Después de referirle a Mister Cullen su versión sobre el estado del Río de la Plata, Perú, Nueva Granada (el corazón de la América),

Venezuela, Nueva España, Puerto Rico y Cuba, se queja del poco apoyo europeo a las pretensiones de los patriotas americanos y luego entra en definiciones:

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil... no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país, y mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado (Bolívar, 2010: 54).

¿Quiénes somos «nosotros»? Los criollos, sin la menor duda. El estamento que adelanta y concluye la independencia, en función de sus legítimos intereses. No está hablando en nombre de los indígenas, ni de los pardos, ni de los esclavos; es la voz del estamento al que pertenece y al que juzga en el «caso más extraordinario y complicado». De Bolívar haber tenido conciencia de que el texto estaba dirigido a todos y no exclusivamente a Cullen, como ocurrió por vericuetos de la providencia, probablemente no habría tomado este camino confesional. Basta leer cualquiera de sus proclamas para advertir lo que digo. En otras palabras, esta sinceridad fue licenciada por el género epistolar, y su confesionalidad es la que hace de la *Carta* un texto de tanta importancia histórica, donde El Libertador se presenta desnudo, sin los ropajes de la retórica.

En cuanto a su permanente denostación del federalismo, aquí se expresa al margen del discurso público, pero con igual o mayor contundencia, como ocurre en el *Manifiesto de Cartagena* y en *Angostura*. Afirmar claramente: «En tanto que nuestros compatriotas

no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina» (Bolívar, 2010: 61).

Al final, invoca el auspicio de «una nación liberal que nos preste protección», refiriéndose a Gran Bretaña, naturalmente, como en alguna medida ocurrió, cuando el Imperio británico no se opuso al viaje de los batallones de ingleses, galeses e irlandeses, en número nada despreciable y gracias al trabajo en Londres de Luis López Méndez. Por supuesto, Bolívar estaba pensando en algo más estable y de mayores consecuencias que la ayuda bélica, que fue determinante en su momento para la victoria patriótica, aunque un sector mayoritario de la historiografía no suele reconocerla en su justa dimensión.

Por último, no podemos pasar por alto que, en el momento de escoger el sistema político ideal, Bolívar alcanza a señalar cuáles no lo son: el sistema federal y la monarquía mixta de aristocracia y democracia. La nación soñada por el Libertador imitaría al gobierno inglés, pero sin rey, con un «poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio»; un senado hereditario y un gobierno central. Como vemos, *mutatis mutandis*, eso será lo que establezca en la Constitución de Bolivia, en 1826, y estamos en 1815. En este sentido, los cambios en el pensamiento político de Bolívar serán muy pocos entre 1812 y el momento de su muerte, cuando continúa atribuyéndole al faccionalismo la causa de las desgracias de la república y, habría que añadir, de las suyas. Hasta aquí la *Carta de Jamaica*; no huelga señalar que Bolívar escribía muy bien, con donosura y precisión, pero eso es harina de otro costal.

Hemos dejado a Bolívar en Jamaica en septiembre de 1815. Allí estará hasta el 18 de diciembre, cuando se traslada a Haití. Antes, el 10 de diciembre, se salva de un atentado que se resume fácilmente:

Bolívar se alojaba en Jamaica en una posada con el general Pedro Briceño Méndez y sus edecanes Rafael Páez y Ramón Chipia, cuando unos españoles contrataron (se sospecha que por órdenes de Salvador de Moxó, desde Caracas) al Negro Pío, quien formaba parte de la servidumbre de los Bolívar desde niño, para que lo matara. Eso creyó hacer Pío cuando apuñaló a José Félix Amestoy (comisario del Libertador) que pernoctaba en la hamaca de Bolívar, mientras esperaba su regreso, pero este había salido a buscar otra posada y la había hallado, sin advertírselo a los suyos, y por ello pasó la noche en el nuevo albergue. Esta confusión lo salvó. El desdichado Amestoy murió y al negro Pío lo apresaron y lo ahorcaron en Kingston pocos días después.

Ya Bolívar en Haití comienza a soñar con invadir a Venezuela, sobre la base de lo que le ha informado el capitán Luis Brión, quien cuenta con armamento suficiente para la operación. Además, el presidente Alexandre Pétion, con quien se reúne en enero, le ofrece apoyo. Así se va organizando la expedición que zarpa el 31 de marzo de 1816, con la mayoría de los venezolanos y neogranadinos exiliados en Haití. El número varía de versión en versión, pero la cifra gira alrededor de los 200. La mayoría venezolanos, alrededor de 30 neogranadinos, 20 franceses, 20 haitianos y algunos de otras nacionalidades. La pretensión es temeraria, ya que las fuerzas realistas en Venezuela son muy superiores a este contingente reducido y conformado, mayoritariamente, por oficiales sin tropa. El fracaso estaba cantado, pero veamos los hechos.

La expedición de Los Cayos (1816), otro fracaso

De la expedición forman parte los generales Mariño, Piar y Gregor Mac Gregor. A José Francisco Bermúdez el propio Bolívar le impide embarcarse, en razón de las crecientes diferencias que prosperaban

entre ambos. Carlos Soubllette; José Antonio Anzoátegui; Bartolomé Salom; Ambrosio Plaza; Pedro Briceño Méndez; el general franco-prusiano Ducoudray Holstein, quien provenía del sitio de Cartagena y, por supuesto, el curazoleño animador de la aventura: Luis Brión. Siete goletas se hacen a la mar, después de que Bolívar en consejo tuvo que imponer, otra vez, su primacía. Antes de recalar en Juan Griego, el 3 de mayo de 1816, disputan un breve combate naval frente a los islotes de Los Frailes del que salen bien librados.

En Margarita estuvo la expedición hasta el 31 de mayo cuando zarpa con destino a Carúpano. Desde allí Mariño es enviado a tomar Güiría; Piar es destinado a Maturín y Bolívar envía mensajes a Monagas, Zaraza, Cedeño y Rojas, notificándoles su llegada. Antes, en Margarita, ha sido reconocido como jefe supremo, el 7 de mayo, de modo que su autoridad está, ratificada, una vez más.

El 1 de julio decide moverse hacia Ocumare de la Costa, allá llega el 6 del mismo mes. Envía a Soubllette a tomar los valles de Aragua y este es avistado por las tropas de Morales. Bolívar recibe información en Ocumare, advierte la precariedad de su situación y, ante la posibilidad de perder la vida, el 15 de julio se embarca a toda prisa hacia Bonaire. Allí se reúne con Brión, deciden intentar de nuevo el desembarco, y al acercarse a Choroní advierten que el puerto está ocupado y recalán al lado, en Chuao, pero no hay nadie. Alzan velas y se van a Güiría.

En Güiría, Bolívar es culpado del fracaso por Mariño y es expulsado de oriente. Recoge sus pasos y navega hacia Haití. Allá recaló, abrumado por un nuevo fracaso, en agosto. Antes de zarpar de Güiría, Bermúdez que había llegado por su cuenta, muy dolido porque Bolívar lo expulsó de la expedición en Haití, y ya unido a Mariño, casi da cuenta de la vida del Libertador, cuando le lanzó un sablazo que le rozó sin daño. Por supuesto, una junta reunida ante la expulsión de

Bolívar nombró a Mariño jefe supremo y a Bermúdez su segundo. Nueva vuelta de tuerca de las rivalidades en el mando patriota y nueva humillación para Bolívar. Llega a Haití el 4 de septiembre y le explica a Pétion el nuevo fracaso.

En Venezuela, entretanto, una junta de patriotas ha decidido llamar a Bolívar para que asuma la conducción del proceso, ante la diatriba permanente entre ellos sobre la primacía del mando, quizás entusiasmados por la seguidilla de victorias. En octubre viaja a Haití el neogranadino Francisco Antonio Zea a pedirle al caraqueño que regrese al teatro de operaciones. El 28 de diciembre de 1816 lo tenemos de vuelta en Margarita. No deja de ser muy extraño el cambio que ha ocurrido: entre quienes piden que vuelva están los que lo expulsaron, lo que hace evidente la necesidad de un liderazgo preeminente.

Vuelta a Venezuela: tanteos y preparación (1817-1818)

Para el momento en que Bolívar regresa, la situación en oriente ha mejorado para los patriotas, así como el avance de Piar sobre Guayana es persistente y clave para el futuro. Ante las noticias que recibe Morillo en Bogotá del avance patriota, decide regresar a la Capitanía General de Venezuela. Vamos hacia un año crucial, de definiciones: 1817.

A su vez, Bolívar y Mariño se juntan en Barcelona y van a enfrentar sucesivas contiendas entre febrero y marzo, hasta que Bolívar decide bajar a Guayana, buscando otros derroteros. En abril, Mariño pierde Barcelona y desconoce a Bolívar, una vez más. Este decide seguir hacia Guayana y asegurar una plaza. Le siguen Bermúdez, Zaraza, Arismendi, Soublette y Santander, entre otros. Mariño va en abril hacia Cariaco. Entretanto, Piar consolida posiciones en el Caroní.

La batalla de San Félix el 11 de abril de 1817 ganada por Piar fue un punto de inflexión importante para los patriotas, ya que les dio la llave de una vasta región con comunicación fluvial hacia el mundo, y la consolidación de un ejército de mayores proporciones, pero quien establecerá este bastión no será, como veremos, el ganador de la batalla, sino otro.

Piar sitia a Angostura a partir del 25 de abril, y Bolívar llega con su tropa el 2 de mayo a respaldarlo. Piar lo reconoce como jefe supremo, a instancias del primero, y le entrega su ejército, bastante más grande que los 200 soldados que acompañaban a Bolívar. Este hace cambios que no le gustaron a Piar, comprensiblemente. Designa a Bermúdez y Cedeño para que dirijan el sitio de la ciudad y a Piar lo envía a Guayana la Vieja. El sitio concluye con el abandono de De la Torre el 19 de julio, cuando Bolívar entra y toma la ciudad. En cambio, Piar ha pedido que le admitan separarse del ejército el 30 de junio: es obvio que está resentido, y también lo es que no le faltan motivos para ello. Se le permite separarse y Bolívar le da dos alternativas: se queda tranquilo en el país o se le da un pasaporte para que se vaya. Escoge quedarse.

Entre la batalla de San Félix y el sitio de Angostura ocurre el Congreso de Cariaco, el 8 de mayo de 1817. Un evento, por cierto, de mayor importancia que la atribuida por la hagiografía bolivariana. Veamos los hechos: está de vuelta en Venezuela, después de tres años de cárcel en Cádiz (liberado junto con Roscio, Isnardy, Ayala, Paz del Castillo y otros, en 1815), el presbítero chileno José Cortés de Madariaga, personaje central de los hechos del 19 de abril de 1810, en el famoso balcón. El canónigo le propone a Mariño regresar al esquema federal de la Constitución de 1811 y a este le parece bien, ya que era más proclive a cualquier forma constitucional que mejorara su situación en desmedro de la de Bolívar.

Deciden, entonces, organizar el Congreso (entre el 8 y el 9 de mayo de 1817) y nombrar autoridades sobre la base de las instituciones de cinco años antes. Se forma un triunvirato integrado por Fernando Rodríguez del Toro, Francisco Javier Mayz y Simón Bolívar (sin consultarle, obviamente). Mariño es designado jefe supremo del Ejército y Luis Brión de la Armada. En la asamblea estaban presentes Francisco Antonio Zea, Diego Bautista Urbaneja, Luis Brión, Manuel Isava, Diego Vallenilla, Francisco Xavier y Diego Alcalá, Manuel Maneiro, Francisco de Paula Navas y, por supuesto, José Cortés de Madariaga.

Bolívar en cuanto se enteró de la ocurrencia del Congreso y del proyecto federal, lo deseó rotundamente con su silencio. Como era de esperarse y, en lo sucesivo, ya apuntalado el caraqueño en Guayana, dominando un vasto territorio y con el apoyo de una mayoría que no siguió a Mariño en la aventura, el Congreso de Cariaco y sus decisiones fueron quedando en el olvido, en letra muerta.

En carta fechada el 6 de agosto de 1817 y desde Angostura, Bolívar se dirige a Martín Tovar Ponte, su viejo amigo, y le dice que por fin se cuenta con «Guayana libre e independiente» y le relaciona lo que esto significa para el futuro de sus proyectos *in pectore*. En cuanto a Cariaco, afirma:

El canónigo restableció el gobierno que tú deseas y ha durado tanto como casabe en caldo caliente. Nadie lo ha atacado y él se ha disuelto por sí mismo. En Margarita lo desobedecieron; en Carúpano lo quisieron prender; a bordo lo quisieron poner en un cañón, se entiende para llevar azotes; aquí ha llegado y aun no se le ha visto la cara porque sus individuos se dispersaron, no de miedo sino de vergüenza de que los muchachos lo silbasen. Yo he usado la moderación de no haber escrito ni una sola palabra, ni de haber dicho nada contra el tal gobierno federal

y, sin embargo, no ha podido sostenerse contra todo el influjo de la opinión. Aquí no manda el que quiere sino el que puede (Bolívar, 1950: 254).

Como era de esperarse, Bolívar desaprobaba con su silencio el proyecto federal de Cortés y Mariño, pero con ello no pasaba por alto que su mando no era unánime. Una vez más Mariño se lo hacía saber; ahora el presbítero también. Si en 1812 al federalismo lo atajó un contradictor tenaz, ahora el mismo seguía en su negación. Curiosamente, se ha dicho que el centralismo de Bolívar era netamente caraqueño, mientras el federalismo de los otros era provinciano, pero si bien puede haber algo de cierto en esto, vemos cómo Tovar, más caraqueño y mantuano imposible, se inclinaba por el Federalismo. Tampoco podemos dejar de señalar que la dicotomía centralismo-federalismo sigue vigente, lamentablemente. No hay manera de que a un espíritu autoritario le convenza el federalismo o cualquier forma de descentralización del poder. Eso está muy claro, también lo está que es más probable ganar una guerra con unidad de mando que con dispersión; es más probable el triunfo si la estrategia se centraliza y se coordina.

Por otra parte, Piar no participó en el Congreso de Cariaco, que Bolívar en su silencio ha podido considerar una insurrección. Sin embargo, Mariño no fue juzgado y pasado por las armas, como veremos que sí lo fue Piar. ¿Por qué? Todo indica que para Bolívar era imposible sancionar severamente a un grupo tan significativo de patriotas reunidos en Cariaco, mientras acusar a Piar de insurrección y condenarlo suponía una sola persona y la posibilidad definitiva de hacerle saber a los patriotas dónde residía el mando supremo y de lo que era capaz de hacer para imponer su autoridad.

Recordemos que a Piar le ha sido autorizada su salida del ejército a finales de junio y, según sus acusadores, se encuentra soliviantando

a la gente con base en la lucha étnica entre los pardos y los blancos criollos. Recordemos también que la hazaña de San Félix, que abrió el paso de Guayana, es de él, y que el propio Piar se vio compelido a entregarle su ejército de casi 3.000 hombres a Bolívar, que llegaba con apenas 200. Ya hemos dicho que si lo dominaba el rencor había motivos para ello, no era un capricho, pero con su actitud le brindó a Bolívar una oportunidad de oro para un castigo ejemplarizante.

Cobra cuerpo la hipótesis del ejemplo sobre los otros caudillos, la necesidad de unificar el mando en torno a él y, eso sí, la cuerda reventó por el que probablemente Bolívar consideraba el más temible rival: Piar; de lo contrario no se entiende la inquina con que lo condena en proclama del 17 de octubre de 1817, al día siguiente de su fusilamiento. Dice:

Ayer ha sido un día de dolor para mi corazón. El general Piar fue ejecutado por sus crímenes de lesa patria, conspiración y desertión. Un tribunal justo y legal ha pronunciado la sentencia contra aquel desgraciado ciudadano, que embriagado con los valores de la fortuna y por saciar su ambición, pretendió sepultar la patria entre sus ruinas. El general Piar, a la verdad, había hecho servicios importantes a la república, y aunque el curso de su conducta había sido siempre la de un faccioso, sus servicios fueron pródigamente recompensados por el gobierno de Venezuela... pero este general, que solo aspiraba al mando supremo, formó el designio más atroz que puede concebir un alma perversa. No sólo la guerra civil, sino la anarquía y el sacrificio más inhumano de sus propios compañeros y hermanos se había propuesto Piar... El cielo ha permitido que un hombre que ofendía la divinidad y al linaje humano no profanase más tiempo la tierra, que no debía sufrirlo un momento después de su nefando crimen... (Bolívar, 2010: 76).

Es difícil imaginar una condena moral peor que la que le asesta Bolívar a la memoria de Piar, ya muerto. Nótese varios vocablos clave: «embriagado por los valores de la fortuna y por saciar su ambición», y otros: «el curso de su conducta había sido siempre la de un faccioso», «el designio más atroz que puede concebir un alma perversa». En otras palabras: un ambicioso, perverso y faccioso. Es decir: lo peor para Bolívar.

En fin, cada lector juzgará por su cuenta, lo cierto es que la preeminencia que adquiere Bolívar después de este fusilamiento es indudable, él mismo se lo dice a Luis Perú de Lacroix en 1828, 11 años después:

La ejecución del general Piar bastó para destruir la sedición: fue un golpe de estado que desconcertó y aterró a todos los rebeldes, desopinó a Mariño y su Congreso de Cariaco, puso a todos bajo mi obediencia, aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país, me permitió pensar y efectuar la expedición de la Nueva Granada y crear después la República de Colombia: nunca ha habido una muerte más útil, más política y, por otra parte, más merecida (Bolívar, 2010: 250).

Fusilado Piar en Angostura y Bolívar cavilando acerca de las posibilidades de invadir Nueva Granada, se pone en marcha hacia los llanos. Llega al hato Canafistola el 30 de enero de 1818 y de ello se entera Páez, quien se moviliza desde San Juan de Payara a su encuentro. Nunca antes se habían visto. El general Páez en su *Autobiografía*, escrita y publicada en Nueva York en 1869, da cuenta del encuentro y de la impresión que le causó Bolívar el 30 de enero de 1818. Afirma:

Apenas me vio a lo lejos, montó inmediatamente a caballo para salir a recibirme, y al encontrarnos echamos pie a tierra, y con muestras del mayor contento nos dimos un estrecho abrazo... sus

dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos... Tenía el pelo negro y algo crespo, los pies y las manos tan pequeños como los de una mujer, la voz aguda y penetrante... Formaba contraste, repito, la apariencia exterior de Bolívar, débil de complexión, y acostumbrado desde sus primeros años a los regalos del hogar doméstico, con la de aquellos habitantes de los llanos, robustos atletas que no habían conocido jamás otro linaje de vida que la lucha continua con los elementos y las fieras. Puede decirse que allí se vieron entonces reunidos los dos indispensables elementos para hacer la guerra: la fuerza intelectual que dirige y organiza los planes, y la material que los lleva a cumplido efecto... (Páez, 1990: 148).

Recordemos que estamos en 1818 y Bolívar aún no ha dado sus batallas principales, ni ha fatigado la geografía andina nerviosamente, ni ha liberado a Nueva Granada, Quito, Perú y el Alto Perú, de modo que la impresión de Páez se ajusta a su momento, cuando el Bolívar guerrero no estaba cerca de culminar su epopeya. Curiosamente, al final de sus vidas, ni de Bolívar se puede decir que fue un intelectual, ni de Páez que fue solo un guerrero. Páez reconoce la jefatura de Bolívar y le pone a disposición su ejército que, junto con el que sigue al Libertador, alcanza a los 4.500 efectivos. Será la primera vez que Páez batalle bajos las órdenes del mantuano caraqueño.

Bolívar organiza su ejército y desde comienzos de febrero hasta el 16 de marzo de 1818 da movimientos en los alrededores de Calabozo, El Sombrero y Altagracia de Orituco. Los ejércitos, realista y patriota, están como husmeándose, provocándose hasta que el 16 de marzo Bolívar no puede eludir la batalla que le ofrece Morales en las cercanías del río Semen, en La Puerta. Los primeros encontronazos dan victoriosos a los patriotas, pero en pleno desarrollo de la refriega llega Morillo con sus fuerzas y la contienda se decide a favor de los

realistas. Fue un desastre para Bolívar y su ejército. Si bien Morillo es herido de un lanzazo en la cadera, el caraqueño pierde la mayor parte de su infantería y muchos pertrechos. Además, son heridos Urdaneta, Anzoátegui, Valdez y Torres.

Bolívar logra huir hacia Calabozo y luego al hato San Pablo. Las derrotas no lo arredran: sigue en movimiento. Se desplaza hacia San José de Tiznados y descansa en un hato cercano, «El Rincón de los Toros», allí sufre un segundo atentado (17 de abril de 1818), antes de encontrarse con las fuerzas de Páez y Cedeño, a quienes vuelve a distribuir sobre el territorio.

Los hechos han sido relatados por el propio Bolívar en el *Diario de Bucaramanga* a Luis Perú de Lacroix y por el general Páez en su *Autobiografía*. Ambas versiones coinciden en que los realistas estaban buscando el lugar de descanso de Bolívar en su hamaca, colgada de un árbol, y lo hallaron gracias a la confidencia forzada de alguien que conocía su paradero. Estando Bolívar y Santander dialogando, mientras el primero se calzaba las botas sentado en la hamaca, comenzó una descarga que casi da con la vida de ambos y de Briceño Méndez e Ibarra, que también estaban allí. Ninguno fue alcanzado por los disparos, favorecidos por la oscuridad de la noche, y lograron escapar a pie, hasta que al amanecer hallaron cabalgadura.

Los realistas estaban dominando los llanos centrales y Bolívar, que no lograba vencerlos, busca refugio en Angostura, adonde llega impetuoso el 5 de junio de 1818. Entre tanto, Mariño y Bermúdez ganan y pierden escaramuzas en oriente, cada uno por su lado, ya que estaban distanciados, otra vez. Bolívar aboga por una reconciliación y la logra, gracias a las habilidades diplomáticas de Urdaneta. Desde Angostura se propone reconstruir el ejército para los planes que tiene en mente. A su vez, las gestiones que ha encargado a López Méndez

en Londres rinden sus frutos y los británicos comienzan a llegar a Margarita.

Bolívar comprende que la dominación del centro del país y la captura de Caracas (su sueño estratégico) son imposibles y se retira a Angostura y allí llega el 5 de junio de 1818, dejando en manos de los realistas el centro del país. Es entonces cuando comienza a operar en tres sentidos: aglutinar el ejército en torno a su mando supremo; tejer una red institucional civil que legitime lo que hace en el campo de la guerra y se avance en la constitución de una república y, además, dar pasos hacia una salida distinta a la conquista de Caracas: la invasión de Nueva Granada.

Lo primero lo logra aviniendo a Mariño y Bermúdez y logrando que el primero reconozca su superioridad, como apuntamos antes. Así, se crea un Estado Mayor del Ejército que los incluye a todos, unificado. Lo segundo, el 22 de octubre hace pública una proclama en la que convoca a un Congreso de Venezuela y, lo tercero, el 26 de agosto parte Santander de Angostura hacia Casanare a formar el Ejército de Vanguardia de la futura campaña de conquista de la Nueva Granada. Bolívar lo designa así: «Comandante en Jefe del Ejército de Vanguardia del Libertador de Nueva Granada, que debía formarse en la provincia de Casanare».

Santander parte de Angostura en cuatro barcos pequeños que mueven cerca de 1.000 fusiles y alrededor de 30 quintales de pólvora. Bolívar estima que la persona indicada para formar el ejército en Casanare es Santander, que es neogranadino, y que debe entenderse con sus paisanos que dominan el lugar, incluso como pequeña república. Así como Bolívar dominó los demonios desatados de sus generales, Santander logra lo mismo en Casanare y se impone sobre las tres facciones discordantes. La preparación del ejército tomará meses, mientras en Angostura Bolívar organiza el Congreso.

Los años decisivos (1819-1821), suena la flauta

El 15 de febrero de 1819 se constituye en la ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco en su punto más estrecho, el Congreso de la República de Venezuela, allí Bolívar pronuncia el discurso inaugural y presenta su proyecto de Constitución Nacional. Entonces, afirma:

La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle y él se acostumbra a mandarlo, de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente (Bolívar, 1990: 49-75).

En 1819, Morillo comienza el año buscando a Bolívar y reúne su ejército en el centro del país con la intención de retarlo en los llanos. Páez abandona San Juan de Payara y cruza el Arauca, Morillo también lo cruza y va a su encuentro. Morillo está en Achaguas el 8 de marzo. Bolívar, Anzoátegui y Páez se juntan en Cunaviche el 11 de marzo. El 28, Bolívar y Morillo están con sus ejércitos a cada margen del Arauca.

Páez convence a Bolívar de que lo autorice para cruzar el río con 150 lanceros. Bolívar acepta y Páez pasa el río y avanza a galope hacia el campamento de Morillo. Este dispone que 1.200 hombres les corten el paso y, cuando Páez los ve venir implementa su plan y retrocede. Se deja perseguir hasta que regresa al grito de «Vuelvan caras» y se lanza sobre el enemigo. Los realistas, desconcertados, son lanceados con furia por los llaneros y, para colmo, en la retirada

aparatosa van atropellándose a sí mismos y causándose estragos, hasta que se refugian en los bosques de las inmediaciones. Entre los héroes de la acción, es justicia recordar a los coroneles Cornelio Muñoz y Francisco Aramendi, así como a los tenientes coroneles Francisco Farfán, José Manuel Arráiz, Juan José Rondón, Leonardo Infante, entre otros.

Esta hazaña fue vista por todo el ejército patriota, llevando el prestigio de Páez hasta la cúspide. Bolívar redacta una proclama consagrando a los 150 como héroes en la Batalla de las Queseras del Medio, el 2 de abril de 1819. Por su parte, Morillo se retira hacia Achaguas, mientras Bolívar lo hace hacia Caujaral. Desde allí le ordena a Urdaneta navegar hasta el Arauca por el Orinoco, con las legiones extranjeras.

Los días previos al comienzo de la marcha hacia Nueva Granada, Bolívar reorganiza su ejército en función de lo que se propone. Soublette continúa como jefe del Estado Mayor; a Páez se le ordena distraer a Morillo avanzando hacia Cúcuta, pero finalmente no lo hace y permanece dominando sus predios; Anzoátegui es jefe de la retaguardia; Bermúdez, Monagas, Cedeño y Zaraza se quedan en oriente; Torres en el bajo Apure; Mariño permanece en Angostura; Briceño Méndez sigue al Libertador como secretario. Santander los espera en Casanare.

El ejército que van a enfrentar en Nueva Granada no es poca cosa. El general José María Barreiro cuenta con cerca de 4.000 hombres uniformados, con buenos pertrechos. Bolívar parte hacia Guasualito con cerca de 2.000 hombres, Santander lo espera con cerca de otros 2.000 efectivos. El 11 de junio entra Bolívar en Tame, donde está Santander. Al caraqueño lo sigue un ejército comandado por generales, coroneles y tenientes coroneles. El jefe del Estado Mayor es el general Carlos Soublette. Al frente de la división de

vanguardia está Francisco de Paula Santander; encabeza la retaguardia José Antonio Anzoátegui, y le acompañan Arturo Sandes, José de la Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza, James Rooke (al frente de la Legión Británica), Bartolomé Salom, Juan José Rondón, Leonardo Infante, Hermenegildo Mujica, Julián Mellado y Lucas Carvajal.

De los tres caminos posibles para llegar a Tunja, Bolívar escoge el menos fortificado por los realistas, pero el más arduo de escalar: el páramo de Pisba, a 3.900 metros de altura. En el paso de los Andes murieron casi todos los caballos y unos cuantos soldados. El 6 de julio llega a Tunja, precedido por Santander. Allí descansan y preparan la marcha. Barreiro, desde su cuartel de Sogamoso, también se prepara para enfrentarlos.

Ambos ejércitos van topándose en breves escaramuzas de reconocimiento y en dos contiendas menores en Paya y en Gámeza (11 de julio), que dieron ánimo al ejército patriota dadas sus victorias. Luego, el 25 de julio, en el pantano de Vargas, cerca de Paipa, tiene lugar la primera batalla de consideración. El enfrentamiento estaba siendo perdido por los patriotas después de varias horas de combate. La desmoralización entre sus filas iba en ascenso hasta que Bolívar envía a la batalla al coronel guariqueño Juan José Rondón (del ejército de Apure de José Antonio Páez). Entonces, la historia legendaria recoge un diálogo entre ambos que se ha hecho célebre. Bolívar le dice a Rondón y sus 39 llaneros, seguidos de Carvajal y su batallón: «Coronel Rondón, salve usted la patria». Y este le responde: «Es que Rondón no ha peleado todavía». La carga fue tan grande y desconcertante que el ejército realista se dio en retirada y el resultado fue favorable a los patriotas. El enfrentamiento, de acuerdo con las cifras mejor documentadas, fue entre 1.800 soldados realistas y 2.400 patriotas.

Como vemos, de nuevo los llaneros deciden el combate, así lo reconoció con gallardía el propio Santander y, por supuesto, Bolívar. Rooke es herido y el médico de campaña le amputa el brazo, a los tres días fallece el coronel británico. Si el paso de los Andes por Pisba los había dejado aturridos, el triunfo en pantano de Vargas cambió la disposición psicológica del ejército. Sí se podía.

El 3 de agosto Bolívar reinicia la marcha rumbo a Bogotá desde Paipa, buscando enfrentar a Barreiro en donde le desafiara, pero este ha decidido ante la precariedad de su situación, dirigirse a Bogotá en busca del virrey Juan José Sámano y Uribarri. En la implementación de esa decisión está Barreiro, cuando Bolívar avista su ejército y le plantea batalla. Estaba por cruzar el puente sobre el río Teatinos, el 7 de agosto de 1819, cerca de Tunja.

A diferencia de la batalla de pantano de Vargas, que duró todo un día y dejó cerca de 500 hombres fuera de combate, entre muertos y heridos, la de Boyacá fue breve y con pocas bajas. No obstante, la que se celebra como definitiva es Boyacá y no Vargas. ¿Por qué? Pues debe pesar mucho que los patriotas en Boyacá hicieron 1.600 prisioneros en el campo, que apresaron a Barreiro y, en pocas palabras, desactivaron la línea de defensa realista en su totalidad, al punto de que el virrey Sámano, al enterarse, se aventó de Bogotá a toda velocidad hacia Honda, en el río Magdalena, buscando navegar hasta Cartagena, para salvar el pellejo. En la carrera, por cierto, dejó todo el dinero del Virreinato, circunstancia crucial para el futuro de Bolívar y su epopeya. Entonces, no solo alcanzó la derrota de las fuerzas principales de los realistas en Nueva Granada, sino que se hizo de lo que le faltaba a su gesta: recursos económicos.

Todos entran en Bogotá triunfantes el 10 de agosto de 1819. Santander queda al mando en la capital; Anzoátegui sigue en persecución de Sámano; Soublette viaja a Cúcuta y Bolívar pasa por

Pamplona rumbo a Angostura, a comienzos de noviembre de 1819. Antes Santander, ya solo y tomando decisiones en Bogotá, ordena fusilar a Barreiro y a 38 oficiales más en la plaza Mayor de la ciudad. ¿Una exageración? En todo caso dio de baja al alto mando realista y mandó una señal inequívoca: la guerra era a muerte.

Estando en Pamplona el general de división Anzoátegui, de 30 años, muere de manera súbita el 15 de noviembre de 1819. Después de cenar le dio una fiebre muy alta y falleció. La hipótesis de haber sido envenenado no ha sido comprobada, pero no es descabellada, dada la circunstancia súbita de su muerte. El médico que lo vio, Thomas Fooley, dejó escrito que se trató de una «fiebre mortal». Bolívar perdía a uno de sus mejores hombres.

Mientras en Nueva Granada han ocurrido estos hechos, en Angostura Arismendi protagoniza un arrebato de aspiración que es sofocado por la llegada de Bolívar triunfante de Nueva Granada. Una vez más, se intenta despojar al caraqueño del mando supremo. Esta vez el amago es de Arismendi, pero la aureola de triunfador se ha posado sobre la cabeza de Bolívar y Arismendi se repliega. Por su parte, Urdaneta y los ingleses que han llegado a Margarita ocupan Barcelona y el Morro, controlando esa parte del oriente del país.

Después de las victorias en Nueva Granada en agosto, toma cuerpo en la mente del Libertador la idea de crear una sola república, y así lo plantea ante el Congreso reunido en Angostura el 11 de diciembre. Esta asamblea, seducida por la proposición bolivariana, dicta la Ley Fundamental de la República de Colombia, el 17 de diciembre de 1819, creándose así una sola República de Colombia con los departamentos de Venezuela, Quito y Cundinamarca, cuyas capitales serán Caracas, Quito y Bogotá, cuando el general Sucre venza en Pichincha, en 1822. La Ley Fundamental ordena la reunión de un Congreso en Cúcuta en enero de 1821. A este Congreso se le encarga

la redacción de la Constitución Nacional de Colombia, señalándole el camino la ya promulgada Constitución Nacional de la República de Venezuela en Angostura, el 15 de agosto de 1819.

A partir de este año de 1819 la situación va a cambiar muy favorablemente para los patriotas por varias circunstancias. Se contaba con los recursos abandonados por Sámano y con una Nueva Granada que no se había empobrecido por la crudeza de la guerra, como sí ocurría en Venezuela. Al dejar a Santander en Bogotá, apertrechado, se sostenía un bastión inexpugnable desde donde Bolívar podía partir a batallar en otras latitudes.

En enero de 1820, Bolívar regresa a Bogotá procedente de Angostura. Los encuentros bélicos continúan en Popayán, en la región andina venezolana, así como en las costas orientales del país. Cumaná en manos realistas, Margarita en poder de los patriotas. De allí, precisamente, saldrán Brión y Mariano Montilla con los irlandeses rumbo a Santa Marta. Será en mayo cuando Montilla logre vencer a los realistas; en junio hará lo mismo Valdez en Popayán; Jacinto Lara en Chiriguaná y José María Córdova en Mompox. Luego, Hermógenes Maza y Córdova toman Tenerife y Barrancas, a orillas del río Magdalena. En noviembre de 1820, Brión, José Prudencio Padilla y José María Carreño logran desalojar a las tropas realistas de Santa Marta. Solo quedaba en manos realistas, en la costa caribeña occidental, Cartagena.

Mientras estos hechos bélicos tienen lugar, en España ha ocurrido otro de naturaleza constitucional que será de la mayor importancia, crucial para el futuro de la guerra en América. Desde hace por los menos dos años la corona española reunía un ejército en Cádiz para enviarlo a Venezuela como refuerzo a las diezmadas tropas del general Morillo. Por supuesto, las tropas no tenían ningún deseo de embarcarse, ya que conocían el cúmulo de calamidades que

pasaban las enviadas con Morillo en 1815, de modo que estaban alerta a cualquier posibilidad de abortar el viaje. Y eso fue lo que ocurrió, cuando el comandante Rafael de Riego el 1 de enero de 1820 proclamó la Constitución de Cádiz de 1812, que abogaba por el reconocimiento paritario de las provincias americanas y, en consecuencia, hacía innecesaria la expedición armada que se estaba formando.

Fernando VII envió tropas al mando de generales para aplastar la rebelión, pero los generales y sus hombres se sumaron a ella (así como otras provincias seducidas por el alzamiento), con lo que al rey no le quedó otro camino que proclamar la Constitución de Cádiz, de naturaleza liberal, el 7 de marzo de 1820. Ya en junio se estaban reuniendo las cortes después de ser electas. El liberalismo le había torcido el brazo al absolutismo. Pésimas noticias para Morillo, quien esperaba ansioso la llegada de refuerzos, ya que sabía que sin ellos sus posibilidades de triunfar eran ínfimas. En carta de este al ministro de la Guerra en España, fechada en septiembre de 1819, después de pantano de Vargas y Boyacá, solicitaba 8.000 efectivos para poder continuar la batalla. Luego, en carta de febrero de 1820, pide 12.000, siempre advirtiendo que si no recibe refuerzos la contienda está perdida. Como sabemos, nunca los recibió.

Por lo contrario, recibió instrucciones en junio de 1820 de suspender la guerra y buscar un armisticio, lo que evidentemente fue el principio del fin para la corona española en América. Estas instrucciones estaban en concordancia con la proclama de Fernando VII a los americanos, donde los instaba a «deponer las armas y a extinguirse la bárbara guerra» y a integrarse a las cortes constitucionales.

Era evidente que el rey no comprendía la situación, por más que el propio Morillo la advirtió en carta fechada el 28 de julio de 1820 en Valencia. Dice Morillo:

Ellos no quieren ser españoles, así lo han dicho altamente desde que proclamaron la independencia, así lo han sostenido sin desmentir jamás su opinión en ninguna circunstancia ni vicisitud de la península, esto repiten ahora sin dejar las armas de la mano, lo repetirán siempre sea cual fuere nuestra conducta y nuestro gobierno, la absoluta independencia o la guerra es el solo arbitrio que nos dejan a escoger (Quintero Saravia, 2005: 426).

A finales de junio de 1820, Morillo envía comunicaciones al Congreso reunido en Angostura y al propio Bolívar «proponiendo una suspensión de hostilidades hasta lograr realizar la reconciliación». Morillo designa a Ramón Correa, Juan Rodríguez del Toro y Francisco González de Linares como negociadores, mientras Bolívar designa a Antonio José de Sucre, Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez.

Finalmente, en el pueblo de Santa Ana (Trujillo) el 25 de noviembre de 1820 se firma el Armisticio y, el Tratado de Regularización de la Guerra, al día siguiente. Morillo sabía que la guerra se había perdido, que los realistas que quedaban, junto con los criollos que integraban sus tropas, estaban condenados al fracaso sin los refuerzos que no llegarían nunca.

El cese de hostilidades se convino por seis meses y en el encabezado del Tratado se estampaba la derrota española. Allí se lee: «y su Excelencia el Presidente de Colombia, Simón Bolívar, como Jefe de la República». Se reconocía la existencia de una república, cosa que no se había hecho antes, y al presidente de la misma se le trataba de «Excelencia». España reconocía su descalabro. No obstante, se necesitaron cuatro años más de batallas en Suramérica para que la derrota fuera completa.

Morillo recogió sus papeles y le entregó el mando a Miguel de la Torre. Zarpó el 17 de diciembre de 1820 hacia España. Falleció en

Francia en 1837, muchos años después de su aventura de casi seis años en América. Por otra parte, la experiencia liberal en España duró hasta abril de 1823, cuando Luis XVIII envió tropas para restaurar el poder absoluto de Fernando VII. Entonces, Riego fue ejecutado, los liberales perseguidos y el despotismo entronizado de nuevo, pero la pérdida de América ya no tuvo remedio.

Es evidente que la estocada final de los realistas la dio la rebelión de Riego en España en enero de 1820, ya que dejó sin efecto la única salida promisorio que tenían en América: la llegada de refuerzos. No obstante, la mención que suelen hacer los panegiristas bolivarianos de este hecho es tímida, velada o premeditadamente reducida. Obviamente, el hecho no abona gloria a los patriotas, pero es insoslayable desde una perspectiva honesta del estudio de los hechos históricos. Después del Armisticio de Trujillo en noviembre de 1820, la derrota realista era cuestión de tiempo, ya que batallaban por supervivencia y sin esperanzas de recibir respaldo, fundamentados en el honor y sin alternativa. ¿Qué podían hacer? ¿Rendirse?

En enero de 1821 Bolívar está en Bogotá, decidido a coordinar asuntos administrativos con el vicepresidente Santander y consolidando su ejército para el momento del cese de hostilidades, en seis meses. Sin embargo, los hechos se precipitan por una decisión de Urdaneta de tomar Maracaibo el 8 de marzo de 1821, acudiendo al llamado de su población que se suma al proyecto republicano. Por su parte, De la Torre advierte que se ha violado el Armisticio. Bolívar regresa a Venezuela y el 28 de abril rompe formalmente el Armisticio y prepara la batalla final que, como sabemos, no fue tal.

Bolívar le ordena a Páez avanzar desde Apure hacia el centro; Ambrosio Plaza ocupa Barinas, antes de movilizarse también hacia el centro. Bermúdez inicia su famosa diversión. Es decir, marcha hacia Caracas de manera tal de ocupar a parte del ejército realista en

defenderla, mientras los ejércitos patriotas avanzan hacia Carabobo. Urdaneta toma Barquisimeto y avanza hacia San Carlos. Bolívar busca que los realistas se concentren en Carabobo. Finalmente, ambos ejércitos están listos para la Batalla de Carabobo al amanecer del 24 de junio de 1821. No es necesario describir la contienda.

En el Estado Mayor General, además de Bolívar, están Briceño Méndez, Mariño y Salom. Los edecanes del Libertador están presentes: Ibarra y O'Leary, entre muchos otros. El ejército consta de tres divisiones. La primera con Páez al frente, la segunda con Cedeño, la tercera con Plaza. Los batallones y brigadas están al mando de Ferriar, Conde, Rangel, De las Heras, Flegel, Gravete, Manrique, Sandes, Vélez, Uslar y Arguíndegui. Murieron en combate Cedeño, Plaza, Camejo, Bruno, Olivera, Arias, Ferriar, Scott, Mellao y Valero. Heridos de gravedad: Arráiz, Abreu e Lima, Martín, entre otros.

Al frente del ejército realista está De la Torre, con Morales y Montenegro Colón. La mayoría de sus soldados son venezolanos. De los que llegaron en 1815 con Morillo, quedan pocos. Suman 5.000 hombres, mientras el ejército patriota más, aunque las cifras varían de autor en autor, el número está cerca de los 7.000 efectivos. La victoria patriota fue completa, el resto del ejército realista se retira a Puerto Cabello y es perseguido por Rangel. Allí se refugia. El golpe para los realistas ha sido fatal, no obstante, después de esta batalla tienen lugar cerca de 60 enfrentamientos bélicos menores, hasta la última batalla en el lago de Maracaibo, el 25 de julio de 1823.

El 29 de junio de 1821 Bolívar entra en Caracas en medio de una apoteosis. Desde 1814 no estaba en su ciudad natal. Está durante todo el mes de julio en la capital del Departamento de Venezuela y se embarca en La Guaira hacia Maracaibo, a donde llega a finales de agosto. Volverá a Caracas en 1827. A mediados de septiembre parte hacia la capital de la República de Colombia, donde ejerce

la Presidencia de la República. Allí estará todo el resto del año preparando la campaña del Sur.

Ecuador, Perú y Bolivia (1822-1826)

En enero de 1822 Bolívar está en Popayán e inicia la Campaña del Sur con el objeto de derrotar a las fuerzas realistas que dominan el sur de Colombia, el futuro Ecuador y Perú. Sucre se adelanta a Bolívar en su camino hacia Quito, mientras al Libertador se le presenta la no buscada Batalla de Bomboná, cerca de Pasto, la más realista de las ciudades neogranadinas. El 7 de abril tiene lugar el enfrentamiento de dos ejércitos con cerca de 2.000 hombres cada uno. La pérdida es casi igual para ambos, de modo tal que, si bien es cierto que la retirada la dan los realistas al mando de Basilio García, los daños sufridos por los patriotas no fueron pocos, al punto de que Bolívar se ve en la necesidad de detener la marcha y no participa en la Batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822, cuando el general Sucre se cubre de gloria.

Bolívar sale de Pasto rumbo a Quito, y al llegar el 16 de junio le espera una apoteosis y conoce a quien será el amor de su vida: la señora Manuela Sáenz Aizpuru. Ella abandona a su esposo, el médico inglés James Thorne, para acompañar al Libertador en sus años por venir. El epistolario entre ambos es abundante. El 6 de octubre de 1826 desde La Magdalena: «Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte, y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos» (Mondolfi Gudat, 1999: 28).

Ya un Bolívar enamorado viaja a Guayaquil a la famosa entrevista con José de San Martín, el 25 y 26 de julio de 1822. Jamás sabremos lo que hablaron a solas ambos libertadores, pero el resultado fue que San Martín se retiró y le dejó a Bolívar el campo dispuesto

para la culminación de su epopeya. Sobre esta entrevista apunta John Lynch en su biografía de San Martín:

La campaña requería el apoyo militar de Bolívar y él lo solicitó; Bolívar no le proporcionó las fuerzas que necesitaba; él se ofreció a servir a órdenes de Bolívar «con todas las fuerzas de que yo disponía»; cuando ese ofrecimiento fue ignorado, le resultó obvio que en Perú no había espacio para dos libertadores y, en consecuencia, decidió marcharse (Lynch, 2009: 318).

En suma, San Martín se retira ante la negativa de Bolívar de apoyar su campaña. Es evidente que Bolívar prefiere culminarla solo.

De Perú solicitan su presencia para derrotar a los realistas (una vez que se ha ausentado San Martín) y Bolívar se moviliza del Departamento de Quito, donde ha estado varios meses, hacia Lima, por vía marítima. Llega a El Callao el 1 de septiembre de 1823. A fines de año y en enero de 1824 se enferma en Pativilca y le prescriben reposo durante un mes. En febrero el Congreso de Perú lo designa Dictador y pone en marcha la estrategia para la futura Batalla de Junín, cerca de Jauja. Esta ocurre el 6 de agosto de 1824 y fue la última en la que Bolívar estuvo presente, dirigiéndola.

El ejército patriota cuenta con algo más de 8.000 efectivos, mientras el realista está disperso, y en el campo de Junín no pasa de 5.000 hombres, al frente está José de Canterac. El saldo es favorable a los patriotas después de una hora de combate, cuando Canterac se retira hacia Huancayo a reunirse con el virrey José de la Serna e Hinojosa, a darle descanso a las tropas y a prepararse para otra confrontación. Bolívar, por su parte, se reúne con Sucre en Sanaica y le entrega el mando del ejército y se retira a Lima, a preparar el Congreso Anfictiónico de Panamá.

El virrey De la Serna y Canterac al mando de un ejército de más de 9.000 hombres buscan el enfrentamiento con Sucre, que cuenta con cerca de 6.000 efectivos. Los movimientos y preparaciones se prolongan de agosto a diciembre, hasta el día de la Batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, fecha en la que tuvo lugar la última batalla de importancia entre los patriotas y los realistas en América. Ha terminado la guerra.

Después de la victoria de Ayacucho, Bolívar le ordena a Sucre seguir hacia el Alto Perú: región aislada con características propias de tal significación que resultó lógico la creación de una república. Además, la jurisdicción de la zona la ejercían tanto Argentina como Perú, sin que se avizorara una solución negociada.

Por su parte, Bolívar va a pasar el año de 1825 recorriendo Perú. En abril está en Arequipa; en junio en Cuzco; en agosto en Puno y La Paz; el 5 de octubre entra a Potosí y el 3 de noviembre llega a Chuquisaca. Precisamente, donde dos meses antes al mariscal Sucre le pareció viable la conformación de una asamblea, y esta se reunió y optó por declararse independiente el 6 de agosto de 1825, y pasó a formar una nueva república.

El primer nombre que escogieron fue el de Bolívar, pero el diputado y presbítero Manuel Martín Cruz dijo que «si de Rómulo, Roma; de Bolívar, Bolivia» y a todos les pareció convincente, incluido al propio Libertador, a la distancia, quien a partir de ese momento se sintió comprometido hondamente con aquella contribución definitiva a la eternidad de su gloria.

De tal modo que la República de Bolivia dio sus primeros pasos y la Asamblea Constituyente le encargó a Bolívar la redacción de la primera Constitución. Entonces, el centralismo reiterado del Libertador y su horror a la anarquía, le llevaron a redactar una carta magna que establecía la Presidencia vitalicia del designado y la

posibilidad de que este escogiera a su sucesor. Como era de esperarse, los neogranadinos formados en el pensamiento liberal se opusieron a la impronta monárquica de la propuesta, ya que era un contrasentido haber hecho la guerra a la monarquía española para venir a instaurar una propia.

No obstante, la oposición que fue hallando en el camino, Bolívar hizo aprobar su Constitución y designó a Sucre presidente vitalicio. Si el caraqueño se hubiera dado por satisfecho con la Constitución de Bolivia sus problemas hubieran sido menores, pero estaba convencido de que la implantación en Colombia y en Perú de su modelo boliviano sería la solución a los problemas.

En carta del 6 de julio de 1826, Santander le escribe a Bolívar explicándole su negativa a la Presidencia vitalicia. Dice:

¿Quién es el emperador o rey en este nuevo reino? ¿Un príncipe extranjero? No lo quiero porque yo he sido patriota y he servido diez y seis años continuos por el establecimiento de un régimen legal bajo las formas republicanas. En mi posición, y después de que he logrado una mediana reputación, sería la mayor iniquidad traicionar mis principios y faltar a mis protestas. ¿El emperador es usted? Obedezco gustoso y jamás seré conspirador, porque usted es digno de mandarnos, porque nos gobernará según las leyes, porque respetará la opinión sana del pueblo, porque es justo, desinteresado, filantrópico, etc. ¿Y después de su muerte quién es el sucesor? ¿Páez? ¿Montilla? ¿Padilla? A ninguno quiero de jefe supremo vitalicio y coronado. No seré más colombiano y toda mi fortuna la sacrificaré, antes de vivir bajo tal régimen (Santander, 2011: 24-25).

La carta es una pieza de notables sutilezas que pone el dedo en la llaga: el único vitalicio aceptado es Bolívar, mientras todos los demás

aspiran legítimamente a sucederlo. Imposible de digerir la proposición bolivariana y, como veremos, origen de futuras desavenencias.

Por otra parte, las discrepancias entre el vicepresidente Santander y el jefe militar del Departamento de Venezuela, el general Páez, venían en aumento. Ya a Páez le había molestado la designación de Soublette como intendente, pero todavía más cuando se nombró a Juan Escalona para sustituirlo. Era imposible que Escalona pudiera ejercer autoridad sobre Páez, que era el jefe natural y, para colmo, su enemigo. No obstante, Páez aceptó a regañadientes.

Santander se queja ante Bolívar del desconocimiento de la Constitución por parte de Páez y le ruega que intervenga. El presidente Bolívar envía de avanzada a O'Leary a parlamentar con Páez para buscar una conciliación y, después de 10 días de conversaciones, en las que O'Leary intentaba que Páez se acogiera a lo dispuesto por Santander, con base en la Constitución vigente, el llanero le dijo: «Espero que el Presidente no me forzará a ser su enemigo y a destruir Colombia con una guerra civil» (O'Leary, 1981). Como vemos, ya Bolívar sabrá a lo que se enfrenta al iniciar viaje a finales de 1826, buscando poner orden en casa.

El 11 de diciembre de 1826 Bolívar le escribe a Páez una carta sutil y amenazante a la vez. ¿Buscaba ablandar al personaje que iba a domeñar? Le dice:

Contra mí el general Castillo se perdió; contra mí el general Piar se perdió; contra mí el general Mariño se perdió; contra mí el general Riva Agüero se perdió y contra mí se perdió el general Torre Tagle. Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles, y vea Ud. hasta dónde se han elevado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz (Bolívar, 1950: 505).

Más allá de esta misiva, lo cierto será una solución ecléctica: Páez no se acogió a la Constitución vigente, pero sí reconoció la jefatura de Bolívar, como veremos luego y, con esto el Libertador se dio por satisfecho, mientras Santander comprendió que para Bolívar (en este caso) antes que la Constitución, estaba evitar la guerra civil en Venezuela.

Mientras estas tensiones van en aumento, no solo en relación con Páez en Venezuela sino en Bogotá con los seguidores de Santander y su oposición a la Constitución de Bolivia, el Libertador logra que el Congreso Anfictiónico de Panamá tenga lugar, aunque muy lejos de la importancia que hubiera querido que tuviera. Asistieron los delegados y deliberaron, pero nada de mayor importancia para el futuro se desprendió del encuentro, más allá de cumplir con el sueño integracionista bolivariano. En verdad, el clima de descomposición de Colombia iba en aumento, mientras en Perú la unanimidad hacia Bolívar se resquebrajaba, y Sucre en Bolivia batallaba con varias quimeras.

En Caracas, por última vez (1827)

El 16 de diciembre de 1826 Bolívar está en Maracaibo, el 31 de diciembre está en Puerto Cabello. En medio de flores, arcos de triunfo, coronas de laurel, bambalinas y guirnaldas, entraron juntos el Libertador y Páez a Caracas el 12 de enero de 1827. Bolívar designó a Páez con un cargo que no figuraba en la Constitución vigente: «Jefe Supremo», reconociendo así su liderazgo y colocándose al margen de la carta magna, provocando el desagrado máximo del Congreso reunido en Bogotá y del «hombre de las leyes», el general Santander.

Permaneció seis meses en Caracas poniendo orden en distintas ramas y consolidando con su actitud el poder de Páez, mientras en

Bogotá la oposición a la Constitución de Bolivia y al propio Libertador iban en aumento. Formaliza la solicitud del Claustro de la Universidad de Caracas de una reforma de sus estatutos, y es electo el doctor José María Vargas como el primer rector de la entonces Universidad Central de Venezuela. Comienza la universidad republicana.

Bolívar lograba sofocar la rebelión venezolana, pero al hacerlo offendía a los constitucionalistas bogotanos. Lograba detener la separación inmediata de Venezuela de Colombia, pero en su fuero interno comprendía que había colocado un paño caliente sobre una derrota cantada. Partió de La Guaira el 5 de julio de 1827 rumbo a Cartagena, para luego subir a Bogotá por el río Magdalena: vía que recorrió infinidad de veces a lo largo de su vida. Fue la última vez que estuvo en su país natal. Llega a Bogotá el 10 de septiembre de 1827.

No solo halló una recia oposición en Bogotá sino que también Perú rechazó su Constitución de Bolivia. Bolívar reaccionó gobernando con poderes excepcionales que, en términos puros, podrían llamarse dictatoriales. La negativa a seguir sus designios las entendió como un llamado a acelerar la marcha hacia un gobierno fuerte. Eso hizo, además de convocar la Convención de Ocaña para abril de 1828, con el objeto de modificar la Constitución de Cúcuta de 1821, aunque ya comprendía que imponer su modelo boliviano sería imposible de lograr. Sin embargo, insistió.

Mientras las malas noticias llovían sobre el Libertador, otra vino a expresarse de manera inesperada: el 2 de marzo de 1828 se alzó el almirante Padilla en Cartagena contra la «dictadura de Bolívar», proclamando la autonomía del puerto, pero Montilla sofocó hábilmente el intento y a este no le quedó otro camino que moverse a Ocaña, buscando la protección de Santander, pero Bolívar consideró que debía ser juzgado con todo el peso de la ley (cosa que molestó enormemente a sus adversarios porque no fue ese el tratamiento que

pidió para Páez) y fue enviado a una cárcel en Bogotá, donde se le seguiría juicio.

Para entonces, las relaciones entre Bolívar y Santander estaban rotas desde marzo de 1828. La amistad que habían mantenido durante años ya no pudo obviar las enormes diferencias políticas que se ahondaban entre ambos y, en esta situación, acudieron los seguidores de uno y otro a la Convención de Ocaña en abril de 1828.

El final (1828-1829-1830)

Bolívar se trasladó a un sitio equidistante de Ocaña y Bogotá: Bucaramanga, desde donde a través de O'Leary (que iba y venía a Ocaña) podía monitorear la Convención. Allí estuvo durante los meses en que se reunió la asamblea, compartiendo, entre otros oficiales, con el francés Luis Perú de Lacroix, quien escribió el *Diario de Bucaramanga*: un documento de primera mano valiosísimo, que nos permite conocer las costumbres y opiniones de Bolívar en esta etapa final de su vida, cuando ya hace balances de lo ocurrido y tiene opiniones finales sobre la gente y los hechos.

El forcejeo entre bolivarianos y santanderistas, es decir, entre centralistas y federalistas fue intenso, hasta que la única solución que iba asomándose fue la de ratificar la Constitución de Cúcuta, pero eliminando el artículo 128 que le confería poderes extraordinarios al presidente de la República. Fue entonces cuando los bolivarianos abandonaron la asamblea y esta se disolvió sin ningún efecto el 11 de junio de 1828. Obviamente, Bolívar no iba a transigir con que lo despojaran de sus facultades para gobernar por decreto. Ni Bolívar había podido reformar la Constitución de acuerdo con su voluntad centralista, ni Santander había logrado lo contrario.

El 13 de junio en Bogotá, un grupo de bolivarianos radicales encabezado por Pedro Alcántara Herrán, se reunió en Junta y le confirió poderes dictatoriales a Bolívar. Santander fue separado de la Vicepresidencia y fue designado por Bolívar como embajador de Colombia ante los Estados Unidos, cargo que aceptó, pero que no llegó a desempeñar.

El 27 de agosto de 1828 Bolívar sustituye la Constitución de Cúcuta de 1821 por un Decreto Orgánico firmado por él mismo que consagró la dictadura. De modo que el Libertador presidente asumió el mando, con base en la imposibilidad de la Convención de Ocaña de llegar a un acuerdo modificatorio de la Constitución. En otras palabras, la derrota sufrida en la Convención, Bolívar la convirtió en la razón de la asunción de poderes dictatoriales y la centralización absoluta del poder en su persona. Por supuesto, sus opositores, que no eran pocos ni indefensos, reaccionaron rápido y en menos de un mes atentaron contra su vida.

Unos conjurados tomaron la decisión de asesinar a Bolívar el 25 de septiembre de 1828 en Bogotá. Entre ellos estaban Pedro Carujo, Ramón Guerra, Luis Vargas Tejada, Florentino González, Rudecindo Silva, Agustín Horment, Wenceslao Zuláivar, José Ignacio López, Pedro Azuero, todos de comprobada participación, quienes ejecutaron la acción la noche del 25 de septiembre en el palacio San Carlos, en Bogotá.

Irrumpieron en el palacio y hallaron al joven edecán Andrés Ibarra en camino hacia la alcoba que Bolívar compartía con su mujer, Manuela Sáenz Aizpuru (ya definitivamente separada del doctor Thorne). Esta, al advertir lo que pasaba le sugirió al Libertador que escapara por la ventana mientras ella distraía a los conjurados. Así fue: al irrumpir en la habitación estaba ella sola, y fue maltratada en el

piso a patadas, esperando que dijera dónde estaba Bolívar. Mientras, este había corrido hacia el arroyo de la quebrada San Agustín y se había escondido debajo de un puente. Allí estuvo tres horas tiritando de frío hasta que los conjurados fueron derrotados y pudo salir a la superficie.

En el triste episodio, Carujo mató de un tiro a William Ferguson, quien venía en auxilio de su jefe. Finalmente, el general Urdaneta (entonces secretario de Guerra y Marina) controló la situación y alcanzó a hacer prisioneros a todos los participantes. Bolívar lo designó para presidir el Tribunal Militar que siguiera el juicio y este tuvo lugar de inmediato. Entonces, se acusó a Santander y a Padilla de haber formado parte de la conjura. El 7 de noviembre de 1828 se expidió la sentencia y fueron pasados por las armas casi todos, excepto Carujo, Santander y algunos otros. Entre los sentenciados y ejecutados estuvo Padilla, el héroe de la batalla naval de Maracaibo. Santander se fue a Europa, después de varios meses preso en Cartagena y Puerto Cabello, y Carujo a Venezuela, ya que a ambos se les trocó la sentencia de muerte por el exilio.

Bolívar no salía de su asombro. Entonces, afirmó que Manuela Sáenz era «La libertadora del Libertador» porque le había salvado la vida. Era evidente que la oposición a sus proyectos constitucionales, y al coqueteo con las formas monárquicas con las que finalmente nunca se avino, tenía más fuerza de lo que podía preverse.

La oposición a Bolívar continuó en el sur de Colombia. José María Obando se alzó en Popayán y se le sumó José Hilario López; ambos estimularon a José de la Mar, al frente de Perú, para que la emprendiera en contra de Bolívar. Este, por su parte, se mueve de Bogotá hacia el sur a parlamentar con Obando y lo convence de que deponga las armas. Llegan a un acuerdo. Mientras tanto, el 27 de

febrero de 1829 el mariscal Sucre y Juan José Flores derrotan a José de la Mar y Agustín Gamarra en el portete de Tarqui, cerca de Cuenca, hoy Ecuador.

Los peruanos habían invadido a Colombia en oposición a Bolívar. Como vemos, se había abierto la Caja de Pandora y los demonios opositores al centralismo bolivariano estaban sueltos. De hecho, ya Gamarra había obligado a Sucre a renunciar a la Presidencia de Bolivia, en 1828. La descomposición del mapa bolivariano se generalizaba.

Antes de partir hacia Quito y Guayaquil en febrero, el Libertador presidente dispuso que las elecciones para un Congreso Constituyente se celebraran en julio de 1829 y la instalación en enero de 1830. Así, le ponía fecha de caducidad a su dictadura, desdiciendo a los que creían que pretendía perpetuarse con poderes extraordinarios. Bolívar no perdía el sentido de realidad y era evidente que su gobierno fuerte, lejos de poner orden y acabar con la anarquía que tanto temía, estaba haciendo aguas por todas partes. A la rebelión antibolivariana se va a sumar el general Córdova.

Bolívar regresa en abril de 1829 a Bogotá para encontrarse con la proposición de sus seguidores de instaurar una monarquía. Incluso, su Consejo de Ministros llegó a hablar con representantes de Francia y el Reino Unido. La idea que barruntaban Urdaneta y otros era que el Libertador fuera un rey y que al momento de morir lo sucediera un príncipe europeo. Estas iniciativas se basaban en sugerencias titubeantes del Libertador, que había expresado que una solución para Colombia podría ser buscar la protección de Gran Bretaña, pero finalmente Bolívar, después de dudar y guardar silencio, se expresó en contra del proyecto monárquico que ya estaba muy avanzado, y que así había ocurrido porque él mismo lo había permitido con su

silencio y sus sugerencias. No obstante, la posición final del caraqueño acerca del proyecto, Córdova en el Sur no se enteró de ello sino de su vacilante aceptación y por ello se alzó en armas en contra del Bolívar monárquico.

O'Leary al frente del ejército enfrentó a Córdova en El Santuario, cerca de Medellín, el 17 de octubre de 1829. Después de derrotado fue cruelmente ejecutado por Rupert Hand. Moría el general Córdova, antioqueño. Las noticias corrían como pólvora por el territorio de Colombia. El proyecto de Bolívar estaba herido de muerte y la salud del héroe resentida.

El Congreso Constituyente convocado por Bolívar se reúne a partir del 2 de enero de 1830 en Bogotá. El Libertador presidente se presenta el 15 de enero seriamente resentido de salud, así lo confirman diversos testimonios directos. Impone a Sucre como presidente del Congreso y al obispo de Santa Marta, José María Estévez, como vicepresidente. Curiosamente, llamó «Congreso Admirable» a la asamblea que tuvo poco de ello, sobre todo para él, que acudió en medio de la mayor amargura. Así se reflejó en su discurso de renuncia de la Presidencia y de abandono de la vida pública. Designa a Domingo Caicedo como presidente interino y se va. Concluye el discurso, afirmando: «¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás» (Bolívar, 1990: 106).

Había recibido carta de Páez en diciembre de 1829 donde le señalaba que era imposible detener la voluntad separatista de Venezuela y que propusiera esto en el Congreso, cosa que el Libertador no hizo, naturalmente. Sabía que lo inevitable estaba en marcha: la disolución de Colombia. El ánimo de Bolívar estaba abatido. Parte hacia Cartagena el 8 de mayo de 1830; luego está en Soledad en

octubre, en Barranquilla en noviembre, y después llega a Santa Marta el 1 de diciembre.

Sobre los últimos días del Libertador se ha escrito abundantemente, tan solo agregamos que el deterioro de su salud fue paulatino y vinculado con problemas respiratorios, que en la autopsia practicada por el doctor Alejandro Próspero Révérend se confirmaron: «en su principio un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado pasó al estado crónico y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa» (Révérend, 1866: 25).

Su última carta, entre las miles de epístolas que dictó, la redactó el 10 de diciembre con destino al general Justo Briceño, al igual que su proclama final y su testamento. En este, por cierto, se dice «natural de la ciudad de Caracas en el Departamento de Venezuela», lo que nos deja ante dos caminos: ignoraba la refundación de la República de Venezuela el 22 de septiembre de 1830 o se negaba a aceptarla. En todo caso, era evidente que moría con dos fracasos diáfanos en su proyecto político: la implantación de la Constitución de Bolivia en Colombia, sus ideas hereditarias sobre el gobierno, y la separación de Colombia, Venezuela y Ecuador en tres repúblicas distintas y autónomas.

¿Tenía razón al afirmar en carta a Juan José Flores el 9 de noviembre de 1830, lo que sentenció? Dijo:

V. sabe que yo he mandado 20 años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos. La América es ingobernable para nosotros. 2°. El que sirve una revolución ara en el mar. 3°. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4°. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5°. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos.

6°. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos-primitivo, este sería el último período de la América (Bolívar, 1950: 501-502).

Creemos que no, que estaba abatido y no advertía con claridad lo que había logrado. Además, pareciera que su aversión a la anarquía lo llevaba a no interpretar con claridad la manifestación de las ideas divergentes y la abierta confrontación. Estaba tan convencido de la necesidad de un gobierno fuerte y centralizado, que cualquier expresión disidente le parecía el germen de la disolución. Veía en la existencia de partidos, la negación de la unión y, en cualquier negativa a seguir sus proyectos, una expresión de traición. Si Bolívar era terco, la realidad también lo era.

No obstante, lo anterior, durante toda su vida mantuvo un espacio lúcido de interpretación de la realidad, incluso en los casos en que sus errores lo condujeron a desafueros. Eso se desprende claramente de una de sus últimas cartas, dirigida al general Urdaneta desde Barranquilla el 16 de noviembre de 1830. Allí afirma:

Voy a escribir de nuevo sobre esto, rogándole a Ud. de paso que tampoco desoiga mis avisos en esta parte y que mejor es una buena composición que mil pleitos ganados: yo lo he visto palpablemente, como dicen: el no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos (Bolívar, 1950: 511).

Dos procesos paralelos llegan a su fin: la enfermedad de Bolívar que lo lleva a la muerte y la enfermedad de Colombia que la lleva a su disolución. La segunda comenzó antes, casi desde el momento mismo de nacer, podría decirse.

Moría entonces «el hombre de las dificultades», como se llamó a sí mismo en carta a Santander el 9 de febrero de 1825: «Yo soy el hombre de las dificultades; Ud. el hombre de las leyes y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote, y Colombia con los tres» (Bolívar, 1950: 1.042).

El personalismo político y la Campaña de Carabobo

Carlos Balladares Castillo*

El camino que llevó a Carabobo fue el conflicto, pero también la cooperación entre diversas formas de ejercicio personalista del poder en Venezuela. Dicho conflicto muchas veces implicó un proceso de negociación entre los jefes, y en ello destaca la capacidad del Libertador, el general Simón Bolívar, para lograr la institucionalización de un Ejército y un Estado que pudieran lograr la victoria final. Esta tarea se inicia una vez conquistada Guayana en 1817 y su mejor ejemplo es la evolución de las relaciones entre el máximo jefe y el general y caudillo José Antonio Páez.

Bolívar anhelaba que su personalismo republicano (dictadura comisaria), tuviera la facultad de transformar a los caudillos o protocaudillos en oficiales obedientes y disciplinados de una fuerza armada profesional: el Ejército Libertador. En cambio, los otros, aunque aceptaban la autoridad central, deseaban mantener cierto grado de autonomía. Autonomía nacida de la posesión de la lealtad de sus tropas y el dominio de regiones específicas donde han operado militarmente y controlan una base territorial con fuerte influencia en su población.

* Polítologo por la Universidad Central de Venezuela. Magíster en Historia de Venezuela, Universidad Católica Andrés Bello. Profesor de la Universidad Central de Venezuela, Universidad Monte Ávila y Universidad Católica Andrés Bello.

Aunque el período más importante para nuestro estudio es el que va de 1817 a 1821, no se puede dejar de tomar en cuenta el desarrollo e influencia de los personalismos que nacen en los años anteriores. De ellos proviene la acción política y militar de Bolívar, y con ellos debe construir las instituciones republicanas. Carabobo requería de instituciones, pero también de la voluntad de los jefes que las crearan y las hicieran funcionar.

La perspectiva del personalismo político

Para comprender la Campaña de Carabobo desde la perspectiva del conflicto entre los personalismos de Bolívar y Páez, asumimos la «Teoría del personalismo político» planteada por la historiadora Graciela Soriano de García-Pelayo (2010), quien la coloca entre comillas porque, a pesar de tener varias décadas dedicada a su estudio, han sido otros quienes han comenzado a considerarla como una teoría (31). Su pretensión ha sido establecer algunos parámetros metodológicos que permitan aclarar «...la opacidad y la confusión resultantes de la designación indistinta de fenómenos históricos emparentados pero no idénticos, pasados y presentes, con las mismas palabras» (12). Se refiere la autora a la diversidad de nombres con los que se han llamado los gobiernos autocráticos o fuertes, sobre todo en el ámbito hispanoamericano del siglo XIX, donde son tan recurrentes en el permanente conflicto de la democracia con los autoritarismos.

En nuestra región se ha querido simplificar todo al caudillismo «cuando la mayoría de los gobernantes fueron personalistas, aunque no todos fueron caudillos» (Soriano, 2010: 27). A los caudillos venezolanos les dedicamos un estudio anterior (Balladares Castillo, 2016) que tuvo como límite temporal el año de 1817, de allí nuestro interés en ver el desarrollo del personalismo hasta un momento de inflexión como fue Carabobo. Dicha investigación nos permitió corroborar las

limitaciones del concepto caudillo-caudillismo para explicar la acción de los grandes líderes en un período de reinstitucionalización del ejército. De modo que ahora queremos aproximarnos con un sentido más amplio de las expresiones personalistas.

El personalismo político, siguiendo a Soriano (2010), se define como un fenómeno en el cual los gobernantes ejercen el poder

...bien como expresión de la pura voluntad del gobernante [o cualquier tipo de autoridad], únicamente sujeta a su propio arbitrio, bien como consecuencia del ejercicio del poder en el marco de los «estados de excepción» contemplados en las constituciones para hacer frente (...) a las crisis (41).

La amplitud de esta definición nos permite identificar las diversas formas que pudo haber asumido el personalismo y de esa manera iríamos más allá de las expresiones caudillescas o de la dictadura comisaria en caso de su aparición. El personalismo tiende a surgir en momentos de «descomunales procesos de desinstitucionalización y reinstitucionalización» y «discrónicos» (desarrollo desigual y con estructuras sociales complejas) (Soriano, 2010: 28-31), como fue el período de la Independencia; y se expresa en dos modos: «el volutarismo institucionalizador» (el cual usa el poder personal para crear instituciones) y el «voluntarismo personalista» (que solo busca la obtención o conservación del poder) (Soriano, 2010: 29).

¿Cómo identificar las expresiones históricas del personalismo político? Soriano (2010) señala la necesaria y primordial atención a las relaciones entre la institucionalidad y el personalismo, que son inversamente proporcionales (50). Esto es así porque «la institucionalidad responde a la objetivación y la despersonalización de las creaciones humanas (...), son vías para la formalización, armonización, estabilidad, conservación y rutinización de la convivencia» (48); en cambio el personalismo «es la respuesta o salida»

cuando todo lo anterior resulta ineficaz. «La paradoja» es que para crear instituciones se necesita de la voluntad personalista, la cuestión está en saber diferenciar cuando esta solo busca reforzar el poder personal. La historiadora afirma que la manera es comprendiendo «si la acción no va precedida de intensa reflexión», de una racionalidad que tenga como fin un claro «beneficio para todos» (49).

En el caso de la Campaña de Carabobo buscamos identificar ese carácter mediante la observación de las instituciones que tienen como meta la victoria en la guerra de emancipación junto a la creación de lo que es su objetivo primordial: un Estado republicano. Otros rasgos que pueden identificarse en todo personalismo son los excesivos centralismos acompañados de formas legales altamente discrecionales: culto a la personalidad, hegemonía del grupo político en torno al jefe, polarización, tendencia a la censura, represión y conservadurismo (alta desconfianza del cambio, en especial cuando este se intenta bajo los mecanismos institucionales).

El inevitable personalismo que generó la Guerra de Independencia

La invasión napoleónica a la península ibérica junto al secuestro de la familia real (1808-1814), la imposición de una nueva dinastía real (José Bonaparte) y la llamada posteriormente «Revolución Atlántica», generó un tiempo al cual las instituciones monárquicas hispanas fueron incapaces de responder de manera eficaz. De modo que se inicia un proceso de innovación de normas y organizaciones que no necesariamente llenan el vacío de poder existente. A lo que se suma una larga y violenta guerra de emancipación. De esa manera se dan las condiciones para el surgimiento de los personalismos políticos de todo tipo, dominados por el de los hombres de armas: los caudillos, entre otros (Balladares Castillo, 2016: 88).

La Suprema Junta que se instala en la Capitanía General de Venezuela (salvo las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana) entre 1810 y 1811, seguida del Congreso Constituyente y el nuevo Estado republicano e independiente que este crea, terminarán asumiendo una forma personalista: la dictadura. Según palabras posteriores del diputado Manuel Palacio Fajardo: «El Congreso se hizo cargo de que la gravedad de la situación exigía tomar medidas extraordinarias, y recurrió a las que acostumbran a utilizar las repúblicas en las horas más críticas, confiriendo poderes dictatoriales a los miembros del gobierno» (Palacio, 1953: 78). La situación de guerra contras las tres provincias fieles al rey, el rechazo de buena parte de la sociedad y el terrible terremoto de marzo de 1821, hicieron que el Congreso confiriera, en abril, facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo (integrado por Francisco Espejo, Fernando del Toro y Francisco Javier Ustáriz (Balladares Castillo, 2016: 96). El 23 de abril, ante el avance de las fuerzas realistas, el Ejecutivo traspasaría dicha dictadura al oficial Francisco de Miranda que también nombraría Generalísimo de todos los ejércitos republicanos.

Las tres provincias que rechazaron a la Suprema Junta y la república mantendrían las instituciones monárquicas bajo el nuevo capitán general de Venezuela que nombró la Regencia: el hasta entonces gobernador de Maracaibo, el brigadier Fernando Miyares. Pero la reacción realista en territorio republicano fue liderada, de manera autónoma de dicho capitán general, por jefes carismáticos aliados con la Iglesia o sargentos u oficiales que gradualmente fueron desertando del Ejército republicano con su tropa. En relación con este hecho nacerá la expedición militar que terminará destruyendo la llamada Primera República, cuando Coro recibe, a principios de marzo de 1812, peticiones de ayuda por parte de diversos pueblos cercanos a Carora (Siquisique bajo el mando del capitán «indio» Juan de los Reyes Vargas, etc.), los cuales querían pasarse al bando del rey.

El gobernador de Coro, José Ceballos, aprobó la expedición de 300 a 500 soldados mal armados bajo las órdenes del capitán de fragata Domingo de Monteverde, quien había llegado recientemente a Coro con algunos soldados, oficiales y armas junto al que había sido el capitán general de la provincia de Nueva Andalucía (1804-1809), Juan Manuel de Cajigal. Las órdenes eran claras: no pasar más allá de dichos pueblos, pero ante el gran apoyo popular y las victorias militares que tuvieron, siguieron hacia Barquisimeto y avanzaron hacia el centro.

Algunos historiadores señalan que la naturaleza de la guerra hacía imposible obedecer ciertas órdenes, por lo que jefes como Monteverde actuaban con bastante autonomía. Pero al final dicha autonomía irá más allá de lo militar y se terminará desentendiendo de todas las órdenes que le tratan de imponer las autoridades (el capitán general trató de que el gobernador Ceballos asumiera el mando del ejército de Monteverde y este no lo aceptó). De esta forma consideramos a Monteverde el primer caudillo militar, porque surge del ejército permanente y utiliza los recursos de dicha organización —entre otros—, para concentrar el poder en su persona debilitando de esta manera al Estado. Y es caudillo porque aprovecha su prestigio, ganado en batallas, para ir consolidando la lealtad de un conjunto de soldados, combatientes en general, y oficiales, exclusivamente a su persona. Así lo afirmó él mismo al decir: «En aquel momento se daba el mando al que parecía al primer jefe o general» (Parra-Pérez, 1992: 430). La debilidad del poder civil le permitirá establecer ascensos personalistas en la jerarquía militar, lo cual va a generar una numerosa clientela dentro de la institución o lo que queda de ella. De igual manera tiende a confundir el gobierno militar de los pueblos y regiones con el civil, fusionando ambos o subordinándolo a los oficiales con el pretexto de la guerra. La población también tenderá a

verlo como un salvador ante el fuerte rechazo que tuvo la república (Balladares Castillo: 2016: 82).

La guerra en 1812 permitió la aparición de un conjunto de hombres en armas (bandas de ladrones en muchas ocasiones) que bajo el pretexto de apoyar al rey se convirtieron en caudillos de sus respectivas localidades y regiones. Este hecho fue tolerado por el capitán Monteverde a medida que fue controlando todo el territorio que estaba en manos republicanas, antes y después de la capitulación de San Mateo (25 de julio). Pero no solo por él sino posteriormente por muchos jefes militares de ambos bandos, hasta 1815, cuando llega el Ejército Expedicionario del general Pablo Morillo y, después, el Ejército Libertador en 1817. Ambos buscarán respectivamente «recentralizar» el poder y eliminar estos personalismos caudillescos o protocaudillescos locales (potenciales caudillos).

Antes de que se llegara a este momento, el capitán Monteverde ejerce su personalismo con una especie de sistema caudillista, es la llamada «sargentocracia». Cada jefe que impuso fue creando su respectivo ejército privado y no tenían límites, tal como afirma el gobernador de Margarita Pascual Martínez: «En mi isla, no hay más Audiencia ni más Capitanía general ni más Fernando VII que mi voluntad» (Parra-Pérez, 1992: 584). Y cuando se le intentó aplicar la reciente Constitución de Cádiz, Monteverde responde de manera muy parecida: que en Venezuela estaba suspendida por estar bajo «la ley de la conquista» (Gil Fortoul, 1964: 308). En vez de destituirlo, se le premió nombrándolo capitán general (ya se había autoproclamado como tal mucho antes), de manera que en el territorio de la antigua Capitanía ahora había dos.

La reacción «patriota» del año 1813, liderada por los generales Santiago Mariño en el oriente y Simón Bolívar en occidente, intentará restablecer el orden republicano pero manteniendo el personalismo,

debido a las condiciones cada vez más violentas de la guerra y el proceso de destrucción institucional. Un buen ejemplo será la dictadura comisaria que asume Bolívar en occidente a medida que avanza en la llamada «Campaña Admirable». Esta se establece desobedeciendo la autoridad institucional a la que se había sometido al llegar a Cartagena a finales de 1812: el Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada. Dicha institución, creada por los republicanos neogranadinos, le dio tres órdenes: no salir de Barrancas, no pasar de Trujillo, reestablecer el gobierno de Venezuela anterior a la invasión de Monteverde. En un intento de legitimidad, Bolívar busca el apoyo a su dictadura por parte de antiguos diputados del Congreso Constituyente, personalidades y ayuntamientos. Si una de las autoridades restituidas, como es el caso del gobernador de Barinas, Manuel Antonio Pulido, le desobedece alegando la forma federal de la Constitución de 1811, el recientemente nombrado «Libertador» lo termina reemplazando por un jefe militar (Balladares Castillo, 2016: 198-199).

Esta nueva dictadura comisaria no es tan «comisaria» como se piensa. A diferencia del Generalísimo Miranda a quien las instituciones lo designaron como dictador, Bolívar crea las instituciones que a su vez ratifican lo que es ya un hecho: su poder casi total. El historiador Charles Thibaud la denomina «cesarismo liberal» o bolivariano, porque su persona establece el orden liberal por medio de la violencia. Es una forma de gobierno de carácter militar y revolucionario dentro de los personalismos, que combina el estado de excepción con la referencia liberal, lo cual significa la suspensión transitoria de las garantías constitucionales. Todo ello junto con la pretensión de tener apoyo popular, pero sin mediación política, a través del ejército que hace de soberano porque ningún otro cuerpo representa al pueblo (Thibaud, 2002: 463-492).

Más adelante, esta idea del ejército como soberano sustentará en buena parte las elecciones que se harán para elegir el nuevo

Congreso Constituyente que se establecerá en Angostura en 1819. En el oriente, en cambio, el general Mariño les permite a sus oficiales una gran autonomía en las localidades donde tienen dominio e incluso poseen lealtades y clientelas previas a la guerra. Se puede decir que hay una gran potencialidad para su conversión en caudillos, que a su vez pactan con el «primero entre iguales» para coordinar la guerra: Mariño. Muy posiblemente por esto, el historiador Rafael María Baralt en relación con este período afirma: «¿Quién impediría que cada jefe militar imitara en su provincia la conducta de Mariño y de Bolívar, y que el estado dividido en porciones fuese, no ya una confederación de pueblos, sino un conjunto desordenado de monstruosas satrapías?» (Baralt, 1939: 187).

La llamada Segunda República de los generales Bolívar y Mariño será destruida en 1814 por una reformulación del poder caudillesco del capitán Monteverde. Decimos reformulación porque ahora aparece un caudillo realmente popular e incluso rebelde (potencialmente destructor del orden social colonial) en la persona del jefe realista José Tomás Boves. Este nuevo caudillo es un jefe guerrero cuyo origen se encuentra en el fuerte vínculo (carismático y clientelar) que tiene con las castas. Los pardos, africanos e indígenas se perciben representados por él (el cual posee un origen, un lenguaje y una conducta, cercanos o idénticos a los de estos estratos). Satisface, por medio de la promoción del saqueo, sus anhelos de ascenso y revancha contra los blancos criollos que mayoritariamente han apoyado la república. Esto lo hace un patriarca generoso («taita»), tal como eran muchos patronos y terratenientes en los llanos. La acción personalista y violenta de Boves y sus «oficiales» caudillos o protocaudillos, destruirá la institucionalidad, no solo del Estado, sino especialmente la relacionada con la estructura social, y esto facilitará la reproducción de un sistema personalista afín a varios rasgos feudales (Balladares Castillo, 2016: 9).

En cinco años de «guerra a muerte» (aunque formalmente desde 1813) se ha dado una casi total destrucción del orden, la desaparición de todas las jerarquías sociales y frenos morales, y el ejercicio del poder personalizado en manos de nuevos jefes o protocaudillos (Balladares Castillo, 2016: 164). Si algo se consolidó fue esta forma de ejercer el poder, de manera comisaria, como la intentaba hacer Bolívar, o claramente caudillesca, como la hizo Boves, pero siempre mediante la voluntad sin límites de la autoridad guerrera. Tal como la describió el arzobispo de Caracas de esos tiempos, Narciso Coll y Prat:

Boves obraba independientemente, y cuidando de acostumbrarla [a su tropa] más al pillaje y a los horrores que a la subordinación y disciplina militar, emprendía sus correrías sin estar de acuerdo con los Comandantes (...); quedando los infelices pueblos entre dos ejércitos defensores del injusto y del buen partido, que obrando por trozos, sin continuación, y en diferentes lugares, sufrían todos los desastres de una guerra cruel y destructora, emprendida sin combinación, ejecutada sin la equidad que inspira la Religión, y tiene establecido el uso de las Naciones, y que no dejaba otro fruto que destruir cuanto con tantos afanes y cuidados había hecho nuestra España desde el descubrimiento de aquellas provincias (Coll y Prat, 2010: 349).

La creación del Ejército Libertador y la Campaña de Carabobo

Es una paradoja que los jefes personalistas, protocaudillos o caudillos, desde 1815 hasta 1817 son los que permiten que la república sobreviva. En los montes a los que han huido después de la derrota mantienen la resistencia, la cual se dificulta con la llegada del Ejército Expedicionario español. Si se desea desarrollar alguna institucionalidad que permita la victoria deberá contar con ellos y canalizar su poder y sus exigencias

(Balladares Castillo, 2016: 233). Del lado realista se pone en cintura a los jefes de Boves, tal como lo relata el general Francisco Tomás Morales (quien hereda el comando del Ejército a la muerte de Boves), en su *Relación histórica*, al afirmar: «Llegado el General Morillo se hizo ya la guerra con más método y regularidad porque ocupada de antemano la capital y restablecidas las autoridades y todos los ramos de la administración, partía todo de un centro común» (Morales en Pérez Tenreiro, 1969: 202). Se establece una forma de dictadura militar bajo la dirección de Morillo «el Pacificador».

El Libertador desde la Expedición de Los Cayos (1816) mantiene su dictadura comisaria apoyada ahora en asambleas de oficiales que lo ratifican como máximo comandante. No es fácil el ejercicio de su autoridad ante todos los jefes personalistas, tanto los que mantienen la resistencia en el territorio venezolano como los que regresan con él en la expedición retomando sus lealtades clientelares. El objetivo de Bolívar es vencer al ejército realista al contraponerle uno profesional y un Estado republicano. Para ello debe conseguir el financiamiento que le permita tener armas, uniformes, etc.; pero también tropas extranjeras, con experiencia de ser posible, y lo más importante: lograr eliminar los efectos perjudiciales de llevar a cabo la guerra de forma anárquica debido a las autonomías personalistas de caudillos y protocaudillos. Así, solo puede existir el personalismo institucionalizado centrado en el máximo comandante y dictador que es él, cabeza de una fuerza armada estructurada con sus normas, jerarquías y tribunales militares para mantener la disciplina, y en un Estado basado en la Constitución y la soberanía popular. Un último aspecto, no por ello menos importante, es que la carrera de las armas esté abierta a todos. Esto permitiría que las mayorías que no apoyaron al principio la causa emancipadora, pudieran sentirse atraídas por ella. En palabras del historiador Germán Carrera Damas:

Boves, al destruir el ejército mantuano creó las condiciones para que el nuevo ejército republicano se hiciese popular. (...) Los mandos son ejercidos por pardos, en una perspectiva de reorientación de la política, tanto militar como social, mucho más coherente y a largo plazo que se encargó de formular Bolívar en su llamada Carta de Jamaica (Carrera Damas, 1997: 57-58).

En 1817 Bolívar logra vencer el conflicto en torno al reconocimiento de su jefatura frente al liderazgo del general Mariño al obtener el apoyo de la mayor parte de los caudillos y protocaudillos (Juan Bautista Arismendi, Pedro Zaraza, José Francisco Bermúdez, Manuel Valdés y otros) que incorporan sus partidas a la campaña de Guayana. Dicha campaña tuvo un protagonista en el general Manuel Antonio Piar, comandante que logra vencer en la batalla de San Félix (11 de abril) a las tropas del general Miguel de la Torre formadas principalmente por miembros del Ejército Expedicionario. A la llegada del Libertador el 27 de ese mes, Piar le entrega el mando y la oficialidad y las tropas lo reconocen como jefe supremo. La toma de Guayana le permitirá una base estable para lograr los objetivos propuestos.

En este momento es cuando se puede identificar el «voluntarismo institucionalizador» de Bolívar, al crear los mecanismos de poder que le permitirían evitar que este consenso entre su oficialidad (jefes con diversos grados de personalismo, entre ellos varios caudillos) no se perdiera. Con el decreto del 24 de septiembre de 1817 crea el Estado Mayor para todo el Ejército y para cada división; de dicho organismo surgirían los mandos, las instrucciones y las órdenes para los comandantes, los oficiales y las tropas; y crea asimismo tribunales militares a todos los niveles del Ejército (Lynch, 1993: 99). Los saqueos serían controlados por medio de un tribunal de secuestros para que la confiscación de los realistas no fuera un acto desordenado

de los caudillos, sino una minuciosa repartición que les diera a estos la oportunidad de ser propietarios de tierras (Straka en Bracho *et al.*, 2012: 126) y que también beneficiara al Tesoro Nacional (Ley de Haberes Militares del 28 de septiembre de 1821 y Decreto de Reparto de Bienes Nacionales al Ejército de Apure el 21 de marzo de 1822). Además, los caudillos fueron convertidos en comandantes regionales y generales y sus ejércitos personales quedaban bajo la disciplina militar (Lynch, 1993: 100).

Los personalismos de todo tipo siguieron existiendo pero se buscaba que fueran controlados por la institucionalidad militar: el Ejército Libertador (Balladares Castillo, 2016: 259-260). En lo referente al Estado, crea consejos de Estado y de gobierno (consultivos), desarrolla relaciones diplomáticas y comerciales, y los aspectos del Congreso de Angostura en 1819, de cara a legitimar su dictadura comisaria e, incluso, una pronta constitucionalidad.

Ante el fracaso de este primer intento del nuevo Ejército Libertador en la campaña del centro desde 1817 hasta mediados de 1818 para tomar Caracas, decidirá llevar a cabo un cambio de estrategia: intentar la liberación de Bogotá aliándose con las tropas republicanas neogranadinas de 1818 a 1819. Lo importante en relación con la futura Campaña de Carabobo es que en Venezuela la existencia de la nueva institucionalidad armada no terminaba de facilitar la coordinación entre viejos jefes personalistas que anhelaban mantener la autonomía en sus regiones o localidades. El mayor peligro fueron los jefes de oriente, donde el más importante era el general Mariño. Este fue finalmente controlado por medio del fusilamiento de uno de sus aliados: el general Piar, y porque Bolívar se ganaría al general José Francisco Bermúdez al cual colocaría como comandante de la región que dominaba Mariño. Pero el otro caudillo que tendría un peso importante para cualquier campaña era el que controlaba los llanos occidentales: el general José Antonio Páez. Su relación con Bolívar

en torno a Carabobo es fundamental para conocer la evolución de dos personalismos: el institucionalizador y el caudillesco, los cuales no siempre responden a cada uno de ellos de manera claramente diferenciada.

La Campaña de Carabobo posee características tanto de conflicto como de cooperación entre los personalismos de Bolívar y el resto de la oficialidad con rasgos caudillescos; lentamente los segundos irán cediendo y muchos se terminarán transformando en oficiales profesionales y obedientes a los mandos de las jerarquías castrenses. Algunos podrían señalar que este potencial personalista fue «congelado» por un tiempo hasta que resurgió con fuerza en la figura del general Páez, y más adelante, hacia la mitad del siglo XIX, con la aparición de un claro caudillismo (sistema político que establece unas jerarquías de caudillos en lo nacional, regional y local; en las que el orden se pacta entre ellas respetando sus autonomías territoriales).

El prestigio y el dominio del Libertador, junto a la consciencia de la necesaria unidad para lograr el fin de esa empresa común que era la independencia, los obligó a limitar sus expresiones personalistas y facilitar la acción del voluntarismo institucionalizador dentro de la organización militar. Pero en este tiempo, el caudillo Páez va forjando las bases para desplazar a Bolívar, sin tenerlo como meta probablemente. En este sentido, su papel en Carabobo será un punto de inflexión en el que él mismo pasará a ser también un constructor de repúblicas. Carabobo le permite a la larga, paradójicamente en medio de una institucionalidad, iniciar una reforma radical de la misma.

Antes de explicar este cambio se debe revisar brevemente la carrera de Páez como caudillo, y cómo se expresó su forma de ejercicio personalista ante el poder de Bolívar y el Ejército Libertador. Su participación como soldado se inicia del lado republicano desde 1810

en su región: la provincia de Barinas. Destaca por su carisma guerrero y su astucia; siempre valora conocer a los soldados-clientela de esta zona donde operará como jefe. Construye su ejército prácticamente de la nada, y este le es obediente y leal, porque él es una especie de patriarca que protege a cada soldado (Balladares Castillo, 2016: 208). Al caer la Segunda República actúa con las guerrillas entre Casanare y el Apure bajo las órdenes del ejército neogranadino, ganándose a los «venezolanos» reclutados en el ejército realista (Páez, 1960: 46-47). En 1816 tiene bajo su mando a 300 lanceros y en julio se terminará imponiendo al gobierno civil y militar que tanto neogranadinos como venezolanos establecieron en torno al Arauca. Su justificación posterior fue la siguiente:

...considerándose en inminente peligro por las circunstancias críticas que los rodeaban, habían resuelto conferirme el mando supremo y obedecer ciegamente mi voluntad, seguros como estaban [de] que yo era el único que podía salvarlos del peligro que por todas partes les amenazaba (Páez, 1960: 64).

Desde 1817 se le exige la incorporación a las campañas de Bolívar en oriente y después a las de Piar en Guayana, pero nunca obedece, mantiene su autonomía, y pide más bien pertrechos, «que es lo único que le falta para liberar a Venezuela» con lo que muestra sus pretensiones de llegar a ser el máximo jefe a juicio del historiador Vicente Lecuna (1960: 509).

Al final reconoce la Jefatura Suprema de Bolívar y envía una protesta contra el Congreso de Cariaco (31 de julio de 1817). En su *Autobiografía* usa para ello argumentos y palabras que comprueban los conflictos que venimos exponiendo: 1) que acepta la autoridad del Libertador a pesar de poseer el control de un territorio riquísimo en reses y caballos, 2) la obediencia de militares reconocidos y «ejercía la autoridad de jefe supremo que me había sido conferida en

la Trinidad de Arichuna por las reliquias de las repúblicas de Nueva Granada y Venezuela» (Páez, 1960: 87); y 3) que finalmente lo hace porque Bolívar posee «dotes militares, el prestigio de su nombre ya conocido hasta en el extranjero y la ventaja de que hubiera una autoridad suprema y un centro que dirigiera a los diferentes caudillos que obraban por diversos puntos» (Páez, 1960: 87-88). Dentro del Ejército Libertador y el Estado se le otorgarán, a final de ese año, la Gobernación y la Comandancia General de las provincias de Casanare y Barinas.

El Libertador y Páez se encontrarán en Cañafistola el 31 de enero de 1818 y décadas después Páez le dedicará muchas páginas en su *Autobiografía* a la impresión que le generó este primer encuentro. Entre todas esas palabras hay unas que describen perfectamente su forma de entender la diferencia entre ambos en lo relativo al comando de la guerra. Según el biógrafo Tomás Polanco Alcántara, lo escrito por el Centauro no parece una reflexión posterior, sino el impacto del momento que quedó fijado en su memoria (Polanco Alcántara, 2000: 102). Se expresa así el general de los Llanos:

Puede decirse que allí se vieron entonces reunidos los dos indispensables elementos para hacer la guerra: la fuerza intelectual que dirige y organiza los planes y la material que los lleva a cumplido efecto, elementos ambos que se ayudan mutuamente y que nada pueden el uno sin el otro. Bolívar traía consigo la táctica que se aprende en los libros y que ya había puesto en práctica en los campos de batalla: nosotros por nuestra parte íbamos a prestarle la experiencia adquirida en lugares donde se hace necesario a cada paso variar los planes concebidos de antemano y obrar según las modificaciones del terreno en que se opera (Páez, 1960: 90).

¿Podemos ampliar esta dicotomía a un conflicto entre personalismo institucionalizador versus personalismo caudillesco? ¿Es una forma posterior de justificar su desobediencia permanente a los planes de Bolívar antes de Carabobo tanto en 1818 como en 1819 (tiempo en que se consolida en los Llanos con importantes victorias)? ¿O anhela ir más allá y señalar con crudeza que al final él tuvo mayor capacidad de ver la realidad venezolana y no caer en las «repúblicas aéreas» (ahora Colombia) que tanto criticó en el pasado el Libertador? Pero no cabe duda de que nos está diciendo que la Independencia fue obra de dos hombres y no de uno solo, y cuidado si entre los dos cree que es más importante el que corrige al «intelectual».

Y lo que no resalta es que Bolívar no llegó a los Llanos solo con planes, porque lo acompañaban 3.000 soldados, muchos de ellos contingentes aportados por los caudillos orientales ahora obedientes oficiales (Medina en Chust *et al.*, 2021: 335).

El llanero no era el único que sabía reunir hombres y ejecutar planes.

En 1818 ocurre el fracaso militar de Bolívar en la toma del centro, a la cual Páez había contribuido con una caballería de 1.000 hombres, aunque después muchos desertarían y volverían bajo su mando (Lynch, 1993: 154-155).

Y además le darán la razón cuando no aceptó acompañar al Libertador. Su principal argumento era que se debía tomar San Fernando, porque si se mantenía en poder realista era una amenaza para Guayana. También se debían ocupar los Llanos de Calabozo para «atraer a nuestra devoción sus habitantes, siempre hasta entonces enemigos de los patriotas (...), era sumamente arriesgado dejarlos a nuestras espaldas cuando fuésemos a internarnos en los Valles de Aragua» (Páez, 1960: 99).

Ese mismo año, en medio de esas desobediencias, el máximo jefe le quitó influencia a Páez en la región al sustraerle el control sobre Casanare y otorgárselo al nuevo general de división y antiguo competidor del Centauro en esta zona, el neogranadino Francisco de Paula Santander. La tarea de Santander era formar el Ejército de Vanguardia como paso previo a lo que será la campaña de liberación de su patria (Medina en Chust *et al.*, 2021: 337).

Bolívar terminará ascendiendo a Páez a general de división a principios de 1819, y en abril tendrá lugar la famosa Batalla de Las Queseras del Medio (2 de abril), en la que se acrecienta el mito de los llaneros y sus caballerías consideradas invencibles y siempre leales al Centauro.

En la campaña de Nueva Granada de 1819, el caraqueño permite que Páez se mantenga en Apure pero le pide ir a tomar Cúcuta; no obstante, Páez una vez más no obedece.

La toma de Bogotá por el Libertador y su retorno a Venezuela para fundar Colombia (17 de diciembre), incrementarán el prestigio y los recursos de Bolívar para terminar de imponerse a personalismos caudillescos como los de Páez.

La Campaña de Carabobo y sus consecuencias para el personalismo venezolano

A principios del año 1820, a pesar del gran avance de los republicanos, estos no contaban con tropas, armas ni recursos suficientes para emprender la campaña de liberación de Venezuela (Lynch, 1993: 184). De modo que necesitaban tiempo para reunirlos mientras Bolívar convencía a los comandantes de las provincias para coordinar sus acciones en un plan combinado que los obligaría a sacar sus

leales y clientelares tropas de sus zonas tradicionales de guerra (Lynch, 1993: 188). Este tiempo llegó con un hecho externo pero íntimamente relacionado con la capacidad militar de los realistas: la revolución liberal española del coronel Rafael Riego del 1 de enero de ese año 1820, que fue legitimada y apoyada por el nuevo Ejército Expedicionario que se encontraba en Cádiz. De esta manera dichas tropas no zarparon para América y el gobierno forzó al rey Fernando VII a jurar la Constitución, además de obligar al mariscal Pablo Morillo a iniciar conversaciones para un Armisticio con los rebeldes que entonces pasaban a ser disidentes (se firma el 25 de noviembre).

Ahora que contaba con tiempo, el Libertador comenzó a preparar los planes para la que será la Campaña de Carabobo en junio de 1820, los cuales se irán modificando a medida que cambian las condiciones. La idea era la reunión en diferentes zonas con el protagonismo de un ataque desde occidente acompañado de una distracción desde el oriente (Bencomo Barrios, 1971: 47-50). El general Páez y el resto de los comandantes pudieron «reunir y disciplinar reclutas, empotrerar caballos, coger y castrar toros, y ponerlos en dehesa para tener reses cuando el ejército abriera la campaña, y en estar en armas para la Nueva Granada» (Páez, 1960: 121). En 1821 la situación era propicia por la caída de Maracaibo en manos republicanas, los avances en Mérida y Trujillo que se habían logrado en la segunda mitad del año anterior, y la falta de hombres y recursos que sufría el enemigo, pues al final de la batalla los republicanos casi doblarán en soldados a los realistas (Pulido Ramírez, 2011). Papel fundamental tuvieron los ejércitos y recursos que trajo el Centauro al centro (Llanos de San Carlos), donde se reuniría con las tropas de Bolívar: «mil infantes, mil quinientos jinetes, dos mil caballos de reserva y cuatro mil novillos» (Páez, 1960: 125). Representaban aproximadamente un tercio de las fuerzas que se enfrentarían, y por ello sería la Primera División.

El cambio de actitud de los oficiales personalistas, sobre todo de Páez, es decir, su cada vez mayor aceptación de la institucionalidad militar y la autoridad única, nos hace pensar que todo había cambiado. Se había dado un aprendizaje y un gran cambio desde 1816. El que pretendiera no participar en la Campaña de Carabobo o seguir desobedeciendo podría terminar siguiendo los pasos de Piar. ¿No era, por tanto, mucho mejor participar y negociar? En el caso del Centauro, ya consolidado en su provincia no había peligro de salir y marchar al frente de sus tropas. De esa manera sus soldados tendrían más confianza, y al poseer las fuerzas con mayor número y recursos, la influencia de su jefe en el Ejército y la República crecerían de lograr el triunfo. «Jefes, oficiales y soldados comprendieron toda la importancia que a nuestra causa iba a dar una victoria que todos reputaban decisiva» (Páez, 1960: 126).

La Primera División que comandada Páez fue determinante en lo que se refiere al combate, según la proclama de Bolívar en la que informa sobre la batalla:

Solamente la División de Páez (...), [bastó] para derrotar al ejército español en tres cuartos de hora. (...) Sellóse en Carabobo la Independencia de Colombia. El valor indomable, la actividad e intrepidez del general Páez, contribuyeron sobremanera a la consumación de triunfo tan espléndido (Páez, 1960: 126).

Por estas razones, Bolívar ese mismo día lo asciende a general en jefe (Polanco Alcántara, 2000: 131-134), y al dividir a Venezuela en tres distritos militares, le otorga el que había sido su zona de tradicional caudillaje: las provincias de Barinas y Apure, pero también le suma Caracas y Carabobo (Páez, 1960: 132-133). Este nuevo cargo le permitirá a Páez ser definitivamente aceptado por el naciente Ejército Libertador, su máximo jefe, y el Estado.

El nuevo general en jefe ganará más prestigio al tomar Puerto Cabello en 1823 (el puerto más importante de Venezuela por lo que fue la batalla final de la Independencia). Algunos historiadores dicen que con Carabobo logró su ascenso a caudillo nacional, pero la realidad es que a través de su condición caudillesca ascendió a una nueva forma de ejercicio del poder personalista: el ser en potencia otro Bolívar, otro constructor de instituciones y repúblicas. Ya lo dijo Fermín Toro en la Convención de Valencia (1858): «Colombia fue Bolívar, Venezuela fue Páez, y ojalá señores no hubiera otros símbolos» (Toro, 1983: 254). Carabobo fue el inicio de ese camino, la creación de Venezuela, el paso final, y en el medio: el personalismo cual hidra de diversas cabezas, formas y «símbolos». Pero esa es otra historia.

Bicentenario de la Batalla de Carabobo (24 de junio 1821-2021). Una primera aproximación al tema

Napoleón Franceschi G.*

Abordar este tema no sería tarea fácil para nosotros si nos encerráramos en un enfoque puramente bélico, propio de los especialistas en historia militar —que obviamente no es el nuestro.

El relato lleno del estruendo del combate, con la artillería en acción, los batallones de infantería avanzando con coraje a enfrentar al enemigo, la caballería llanera patriota con su general José Antonio Páez al frente: todo ello ha sido narrado apropiadamente por los que estuvieron allí, o conocieron los testimonios de quienes dan fe de esos hechos memorables. Comenzando por el famoso «parte de guerra» que hizo público el propio Libertador Simón Bolívar¹, apenas terminaron

* Profesor Titular de la Universidad Metropolitana, Profesor Titular (jubilado) de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Doctor en Historia (Universidad Católica Andrés Bello). Master of Arts (UOP, California, Estados Unidos). Profesor de Historia egresado del Instituto Pedagógico de Caracas. Jefe del Departamento de Humanidades de la Universidad Metropolitana.

1 Hemos trabajado con el siguiente material bibliográfico: Augusto Mijares, *El Libertador*, Caracas: Ediciones Petróleos de Venezuela, 1983; José Antonio Páez, *Autobiografía del general José Antonio Páez*, Caracas: 1973; Feliciano Montenegro Colón, *Historia de Venezuela*, 2 volúmenes, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1960; Feliciano Montenegro Colón, *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela*, 4 volúmenes, Caracas: Imprenta de

las acciones de ese 24 de junio de 1821 en la sabana de Carabobo, día de San Juan Bautista, y día que terminó no solamente con la victoria republicana, sino como era habitual, con un copioso aguacero que salvó de un desastre mayor a los restos derrotados del ejército realista.

El propio Bolívar y otros que han relatado esos hechos así lo atestiguaron: dispusieron que se montara una parte de la infantería en la grupa de los caballos para tratar de darle alcance al enemigo en fuga ordenada, pero la inclemente lluvia no lo facilitó. Fue así como el tenaz ejército realista pudo llegar a Valencia y desde allí seguir en retirada a resguardarse, asediado, en las fortificaciones de Puerto Cabello.

Es conveniente recordar que para entonces no era algo sencillo el traslado de los ejércitos a pie o en bestias. La resistencia física de personas y animales, y cuestiones como las intensas lluvias de esos días, no podían ser ignoradas por más esfuerzos que se hicieran. Al respecto existe un trabajo del coronel y geógrafo Alberto Contramaestre Torres (1986), ya fallecido, a quien tuvimos la honra de conocer como colega en el antiguo Instituto Pedagógico de Caracas².

Damirón y Dupouy, 1833-1837; Rafael María Baralt y Ramón Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela*, París: 1841; Felipe Larrazábal, *Vida del Libertador Simón Bolívar*, New York: 1865-1866. También consideramos la autorizada obra de Vicente Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, 2ª edición, New York: 1960; igualmente los otros notables trabajos sobre el Libertador y algunos próceres patrios de Lecuna. Finalmente, tomamos en cuenta los textos recogidos en varias antologías documentales, entre ellas, la de Freddy Domínguez y Napoleón Franceschi, *Antología documental. Fuentes para el estudio de la historia de Venezuela 1776-2000*, Caracas: Universidad Metropolitana, 2012.

- 2 Además, escuchamos sus conferencias, leímos sus libros y conversamos sobre este tema que nos apasionaba. Él me estimaba mucho, entre otras cosas, porque compartió la carrera militar (en el Batallón de Ingenieros) con un pariente mío, el general Héctor Franceschi Marcano, ya fallecido. Por otra parte, en el blog *Héroes en uniforme. Uniforme militar venezolano* (<http://heroesenuniforme>).

Nosotros no nos atrevemos a ahondar en las aristas puramente militares de este tema, por nuestra condición de civiles no doctos en ese complejo mundo de las armas³. Pero, una cosa sí es fundamental y hay que tomarla muy en cuenta: esa victoria en Carabobo, el 24 de junio de 1821, aunque siempre se afirma que selló nuestra independencia, no significó que la guerra terminara en Venezuela, o que la paz reinara completamente de manera inmediata.

Dos testimonios sobre un mismo hecho histórico

A propósito de la descripción presentada que hicieron Bolívar y otros testigos sobre la victoria en Carabobo, debe considerarse que los derrotados también dejaron documentos en los que explican lo ocurrido. Lógicamente, los textos no coinciden en varios aspectos.

Una buena manera de apreciar este criterio podría ser la lectura de dos documentos: el parte o informe ofrecido por el Libertador, presidente Simón Bolívar, al vicepresidente de la República, que

blogspot.com/2013/07/batalla-de-carabobo-24-de-junio-de-1821.html), puede leerse el texto «Batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821. La zona de combate» (publicado el 2 de julio de 2013), en el que su autor, José Peña, hace referencia a *La geografía y la Batalla de Carabobo* de Contramaestre (1986). Recientemente conseguimos un trabajo publicado por un colega, Sergio Foghin Pillín, dedicado a la memoria de este maestro: *Apuntes para la historia de la cartografía en Venezuela. Tres obras inéditas del coronel y geógrafo Alberto Contramaestre Torres* (Instituto Pedagógico de Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador).

- 3 En el texto «Batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821. La zona de combate» (art. cit.), también se mencionan las obras *Bolívar conductor de tropas* y *La Campaña de Carabobo* del general en jefe Eleazar López Contreras y del coronel Arturo Santana respectivamente; ambas publicadas entre 1920 y 1930. Ello, además, del citado trabajo de Contramaestre, como dijimos, que circuló escasamente en 1986.

presentamos a continuación, y el informe o explicación que envió el general Miguel de la Torre a sus superiores, el cual se ofrece luego.

Parte de la Batalla de Carabobo (desarrollada el 24 de junio de 1821)

Al Excelentísimo señor Vicepresidente de Colombia

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia.

Reunidas las Divisiones del Ejército Libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el Cuartel General enemigo situado en Carabobo, en el orden Siguierte: La primera división, compuesta del bravo batallón Británico, del Bravo de Apure y 1.500 caballos a las órdenes del señor general Páez. La segunda, compuesta de la segunda brigada de La Guardia con los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el Escuadrón Sagrado que manda el impertérito coronel Aramendi a las órdenes del señor general Cedeño. La tercera, compuesta de la primera brigada de La Guardia con los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, a las órdenes del señor coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las 11 de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro general Páez a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón Británico mandado por el benemérito coronel Farriar pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del general Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo ha hecho acreedor al último rango en la milicia, y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe del ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón de Tiradores de La Guardia que manda el benemérito comandante Heras. Pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno dio solo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La República ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz o en guerra; ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este General al Congreso Soberano para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la República con la muerte del intrepidísimo coronel Plaza, que, lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El coronel Plaza es acreedor a las lágrimas de Colombia y a que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fue tal que tuvimos una gran pérdida

en esta alta clase del ejército. El boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. Cuatrocientos hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.

El Ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos.

El coronel Rangel, que hizo como siempre prodigios, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso Soberano en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser con la más alta consideración, de V. E. atento, humilde servidor.

Valencia, 25 de junio de 1821.

Simón Bolívar.

Parte del general Miguel de la Torre, jefe realista, sobre la Batalla de Carabobo de 1821

Excelentísimo Señor Secretario de Estado y del Despacho
Universal de la Guerra
Excelentísimo señor.

Desde que el enemigo ocupó la provincia de Coro ha indicado atacarme por varios puntos obligándome a concentrar las fuerzas para cubrir esta plaza, colocándome en el sitio de Carabobo donde acampé como el que ofrecía posición más ventajosa para esperarlo y batirlo, dejando a las inmediaciones de Caracas al Coronel Don José Pereyra, con los Batallones 2º de Valencey y 3º del Rey y un Escuadrón de Húsares de Fernando VII para que batiese al General Bermúdez que permanecía en El Rodeo a ocho leguas de distancia, consiguiéndolo gloriosamente dentro de la misma Capital el 23 de este, según noticias extraoficiales pero verídicas.

Habiéndose recibido el oficio número 1º que en copia incluye a V. E. del Teniente Coronel Don Manuel Lorenzo que con una Columna obraba sobre la Ciudad de San Felipe, cubriendo el camino que flanquea esta plaza por la parte de Coro y Barquisimeto, en que me participaba la proximidad de dos mil hombres, que según otro oficio debía mandar el General Urdaneta, destaqué desde Carabobo el 22 en la madrugada al Coronel Don Juan Tello con el Batallón de Barinas, cinco compañías del 1º de Navarra con el 5º escuadrón de Lanceros del Rey y el de Baqueanos para que reuniendo la tropa de Lorenzo batiese a los enemigos, respecto a que el terreno le ofrecía posiciones y yo con 2.466 de Infantería, 1.551 de Caballería, 62 artilleros y dos piezas según demuestra el estado número 2º quedaba en observación del grueso que se hallaba en los pueblos de San Carlos, y El Tinaco que parecía no moverse; habiendo también dejado cubierto con 100 hombres de las milicias de los Valles de Aragua y unos cuantos caballos a las órdenes del Comandante del Escuadrón Don Pedro Casals, la pica que de la Villa del Pao venía por mi espalda, al pueblo de Tocuyito, pues en ella existían 400 entre Infantería y Caballería.

A las doce menos cuarto del día 24 se presentaron los generales Bolívar, Páez y Cedeño, con 4.500 Infantes y 2.500 Caballos, en una columna y tomando dirección por el terreno de su izquierda que conducía al bosque claro de mi derecha para flanquearme, ocupé prontamente con el segundo Batallón de Burgos la altura que indicaba tomar la que no pudo forzar por entonces el enemigo, sin embargo de la decisión con que atacó y el horroroso fuego que hizo, viéndose en la necesidad de ceder dos veces a los valientes que la defendían. Renovado instantáneamente el ataque me fue preciso mandar órdenes a los Batallones del Infante y Hostalrich viniesen aceleradamente a reforzar el punto que sostuvieron bizarramente; pero empeñado el enemigo en tomarlo a viva fuerza hice venir los Batallones del Príncipe y Barbastro que continuaron con los otros la heroica defensa principiada hacía hora y media. El enemigo se prolongó sobre mi derecha, verificando yo igual movimiento dispuse también que dos Escuadrones de Húsares de Fernando VII lo cargase, los cuales aunque emprendieron la marcha volvieron caras después de disparar, las carabinas, al propio tiempo que los batallones del Infante y Barbastro cedían por el ataque vigoroso que sufrieron; pero habiéndoles prevenido sostuvieron la posición a toda costa marcharon con la mayor serenidad, mientras que dirigiéndome al Regimiento de Caballería Lanceros del Rey que se hallaba inmediato y en aptitud de cargar le previne personalmente lo verificasen, el que en su lugar de cumplir mi orden, permaneció inmóvil. No fueron bastantes mis persuasiones para obligarle a que me siguiese, con objeto de salvar la Infantería casi envuelta, pues me oyó con la mayor indiferencia volviendo caras vergonzosamente de sesenta caballos que le acometieron. A la salida del Campamento conseguí detenerlo, como a los Húsares, y habiendo visto que el primer Batallón de Valencey con una de las piezas y los Regimientos de Caballería Dragones

Leales y Guías del General que cubrían al camino de San Carlos se retiraban en el mejor orden, sin embargo, de las sucesivas cargas que sufrieron hice cuanto estuvo de mi parte para obligar a aquellos a que marchasen conmigo a socorrer a éstos, pero todo fue en vano.

Valencey siguió impávido, su marcha veloz que le facilitaba el hallarse sin mochilas hasta los arrabales de Valencia sosteniéndola con sus fuegos contra la Caballería que no cesó de perseguirlo con tal empeño, que a su grupa trajo hasta el pueblo del Tocuyito dos Batallones de que no pudo hacer uso.

El haberse dedicado el enemigo tan particularmente a perseguirlo dio lugar a que los restos de los demás Cuerpos que tenían ya cortada la retirada se salvaran por la montaña hasta venir a esta Plaza, así como todos los que hemos tenido igual suerte al abrigo de sus fuegos.

Nuestra pérdida es la de dos Jefes, 43 Capitanes, 77 Subalternos y 2.786 Sargentos, Cabos y Soldados según acredita el referido adjunto Estado, sin poderse clasificar los muertos, prisioneros y extraviados por no habernos detenido en el Campo, agregándose la pérdida de una de las Piezas. La del enemigo se ignora, pero debe haber sido considerable, atendida la firmeza, serenidad y vivo acertado fuego de los Cuerpos de mi mando, sabiéndose por un oficial prisionero y escapado que murieron el General Cedeño, el Coronel Plaza, y el Jefe del Batallón Mellado.

La infantería se ha cubierto de gloria sacrificándose bizarramente en las continuas cargas que sufrió por mayores fuerzas y faltaría a mi deber sino hiciese la justa recomendación que se ha merecido; pero particularmente expongo a V. E. el singular mérito que han contraído el Segundo Batallón de Burgos que sostuvo con firmeza desde el principio de la acción la altura

atacada perdiendo la mitad de su fuerza, y el primero de Valencey en la retirada que practicó perseguido constantemente en seis leguas por la Caballería enemiga.

Dígnese V. E. ponerlo en la alta consideración de Su Majestad para su Real conocimiento, y para las gracias que tenga a bien dispensarles.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Cuartel General de Puerto Cabello.

30 de junio de 1821.

Miguel de la Torre (en Domínguez y Franceschi, 2012).

Hubo que seguir la lucha

Terminadas las acciones de Carabobo, fueron necesarios mayores esfuerzos, y hubo que derramar —como posteriormente dijo Churchill— «sangre, sudor y lágrimas».

Había que terminar la dura tarea, lo que solo fue posible en noviembre de 1823, cuando José Antonio Páez obligó a salir a la última fuerza realista sitiada en la fortificada localidad de Puerto Cabello. A esta se le permitió rendirse y retirarse con su jefe, Sebastián de la Calzada, hacia la isla de Puerto Rico, entonces bajo la dominación española.

¿Cómo fue el desenlace entre 1821 y 1823? Debe tomarse en cuenta que en ese lapso las tropas realistas que se refugiaron en Puerto Cabello (unos 2.000 soldados, aumentados con unos 1.000 más de esa

guarnición) retomaron el control de la región de Coro y la provincia de Maracaibo⁴.

Francisco Tomás Morales asumió el mando en sustitución de don Miguel de la Torre (quien se retiró del país) y reorganizó el ejército realista con más de 5.000 efectivos. Y es así como logra retomar a Maracaibo, el 7 de septiembre de 1822, y a Coro el 13 de noviembre de ese mismo año. No obstante, los avances realistas duraron muy poco.

Después de varios combates, incluyendo la victoria patriota en la batalla naval del lago de Maracaibo, el 24 de julio de 1823, José Prudencio Padilla derrota al jefe realista Ángel Laborde y ello determinó la subsiguiente capitulación de Francisco Tomás Morales el 3 de agosto de 1823, en la capital de la provincia de Maracaibo. Tales derrotas de las fuerzas realistas en occidente trajeron como consecuencia el desalojo de su último reducto de Puerto Cabello el 8 de noviembre de ese mismo año.

Situación de Venezuela y sus naciones hermanas en lucha

Después del combate de Carabobo⁵, nuestra nación trataba de organizarse en medio de una relativa paz, pero continuaba la lucha en

4 Esas regiones del occidente venezolano se incorporaron tardíamente al proceso independentista. Coro, que era parte de la provincia de Caracas, se negó a secundar el movimiento del 19 de abril de 1810 y del Congreso de 1811. Tampoco lo hizo la provincia de Maracaibo. Y fue solamente después del pronunciamiento del Cabildo de Maracaibo, en enero de 1821, y la sublevación de Josefa Camejo en la región coriana, cuando las fuerzas de Urdaneta fortalecieron esa situación. Pero el apoyo republicano local no era algo sólido todavía.

5 Además de las campañas antes indicadas, había otros focos de resistencia realista. Uno de los más importantes fue el control de la ciudad de Cumaná, finalmente tomada por las tropas de la república el 16 de octubre de 1821. Y a esto se agregaron las guerrillas

Nueva Granada y Ecuador (integrados con nosotros en la República de Colombia). Igualmente, seguían los enfrentamientos en el Perú y el Alto Perú, llamado Bolivia posteriormente. En todos esos territorios del Sur donde combatieron los ejércitos republicanos (integrados, en buena medida, por oficiales y soldados veteranos de Venezuela) se tuvo que luchar hasta 1825.

Y otra cosa, un país como el nuestro, que había sufrido una Guerra de Independencia muy larga y sangrienta, una verdadera guerra civil (Vallenilla Lanz, 1991)⁶, esto es, un conflicto con sus millares de muertos y heridos, destrucción de bienes, pueblos y ciudades; con hambrunas, migraciones masivas de pobladores que dejaron a muchos centros urbanos y regiones convertidos en verdaderos desiertos, pues a todo ello se sumó la destrucción de hatos y haciendas, provocando así la casi desaparición de la producción y exportación de ganado, cacao, añil, tabaco y otros rubros.

Fue tal el nivel de destrucción económica y social que dejó esa larga contienda, que el propio Bolívar al final de sus días confesaba — con cierto dejo pesimista — que «la independencia parecía ser el único bien obtenido a costa de todo lo demás». Y de manera más negativa todavía, decía que «había arado en el mar».

realistas que mantenían en zozobra a muchas zonas campesinas hasta después de 1830. Fue Páez quien finalmente logró pacificar a los últimos guerrilleros, como el legendario Dionisio Cisneros, en las montañas de Carabobo.

- 6 El notable historiador Laureano Vallenilla Lanz defendió la siguiente tesis: nuestra Guerra de Independencia enfrentó a ejércitos de venezolanos que siguieron las banderas realistas (especialmente los llaneros, indígenas, exesclavos negros y otros descontentos). Millares de venezolanos prefirieron seguir a jefes realistas como José Tomás Boves, Francisco Tomás Morales y otros. Y se enfrentaron a los ejércitos patriotas-republicanos. Era una guerra entre hermanos. Una guerra civil casi hasta el final. Todavía en la Batalla de Carabobo, buena parte de la caballería realista estaba formada por llaneros. Que por cierto, ya desmoralizada, huyó del campo. Un detalle: a esa fuerza la integraban unos 1.651 jinetes, y de ellos, 1.372 eran llaneros venezolanos. Solo se quedaron a combatir apenas dos escuadrones de húsares y tuvieron que pelear a pie porque les llevaron sus caballos.

Al respecto hemos hecho un planteamiento en relación con la importancia que tiene el *culto heroico* presente en el discurso historiográfico venezolano como alternativa ideológica ante el vacío dejado por los magros resultados obtenidos por la Venezuela independiente. Todo ese discurso historiográfico-heroico se convirtió en el mejor sucedáneo (ideológico al menos) para un pueblo que después de incontables sacrificios por emanciparse solo alcanzó la frustración en sus expectativas de progreso y bienestar material. Y más tarde, refugiarse en las «glorias del pasado», pensar en una especie de edad dorada llena de héroes que hacían la patria con su espada, fue prácticamente casi la única alternativa abierta a un pueblo que había obtenido la libertad a costa de todo lo demás, tal como dramáticamente lo confesó el propio Libertador Simón Bolívar⁷.

Algunos jefes realistas y patriotas que no estuvieron en la famosa batalla de 1821

Generalmente la historia recoge los nombres de quienes estuvieron presentes en un evento. Pero no es habitual dejar testimonio expreso sobre los ausentes. En este caso vamos a hacer eso. Y comenzaremos con uno muy notable, el coronel del ejército español Feliciano Montenegro Colón (Franceschi, 2019).

7 Puede afirmarse que el pueblo venezolano (y también el iberoamericano en general) sufrió una decepción con los resultados del proceso. Y por ello fue necesario que las élites lucharan tenazmente por tratar de cohesionar a las nuevas naciones con un arma ideológica: el desmesurado culto a los héroes de la nueva patria. Véase nuestro trabajo: *El culto a los héroes y la formación de la nación venezolana: una visión del problema a partir del estudio del discurso historiográfico venezolano del período 1830-1883*, Caracas: Universidad Metropolitana, 1999.

En 1821 el general en jefe Miguel de la Torre (sustituto de don Pablo Morillo) designó a Montenegro Colón jefe del Estado Mayor⁸ del más importante ejército que le quedaba a la corona española en tierra venezolana. Este coronel ejerce esta responsabilidad entre el 6 de enero y el primer día de agosto de ese mismo año 1821. Ya para ese entonces el famoso «Pacificador» —el general Pablo Morillo— se había retirado a España, con la excusa de estar convaleciente de una grave herida de lanza sufrida en combate. Pero, más que eso, por comprender a tiempo que nada bueno podía esperarse después de que se reanudaran las hostilidades al romperse el armisticio firmado a finales de 1820⁹.

Montenegro Colón, famoso coronel realista, pero venezolano de origen, ocupaba esa elevada posición militar, pero ese día no estaba en el campo de batalla. Su ausencia se explica porque con el

8 Esta era una posición muy importante, y mucho más cuando se considera que el designado Montenegro Colón era venezolano de origen, caraqueño y mantuano. Para hacernos una idea de lo que ello significaba, debemos saber que su contrario —el jefe del Estado Mayor del Ejército patriota que pelearía en Carabobo— era el general en jefe Santiago Mariño, el llamado «Libertador de oriente». Un prócer notable que había rivalizado con el propio Simón Bolívar.

9 Una cosa que no debe dejarse de lado era que ya en España —desde enero de 1820— se había restaurado la monarquía liberal constitucional y ello obligaba a las fuerzas realistas en América a perder toda esperanza de recibir refuerzos de tropas, oficiales y otros recursos. Precisamente, la rebelión del coronel Rafael de Riego tuvo como motivación principal el rechazo al envío de nuevas fuerzas expedicionarias. Además, recordemos que los días 25 y el 26 de noviembre de 1820 se realizaron negociaciones entre realistas y republicanos, producto de las cuales se firmaron dos acuerdos, un armisticio o tregua y un «Tratado de Regularización de la Guerra» que puso fin a la llamada «Guerra a muerte», vigente en teoría desde el famoso y terrible decreto de Bolívar en 1813. En esa oportunidad, como cierre, se encontraron personalmente Simón Bolívar y Pablo Morillo en Trujillo. La incorporación de Maracaibo y su provincia, el 28 de enero de 1821, a la República de Colombia; la ocupación del Zulia y Coro por las fuerzas comandadas por Urdaneta, así como el avance de Bermúdez desde oriente hacia Caracas, hicieron inevitable la reanudación de la guerra.

paso de las semanas fueron agotándose las provisiones que requería una fuerza de aquella magnitud. Prácticamente todo el ganado vacuno (la llamada intendencia caminante), aves, granos y otros bienes esenciales comenzaban a escasear. Y no menos grave era la situación para alimentar a los caballos y a otras bestias que habían ido agotando todos los pastizales cercanos y a los que tampoco se podía llevar demasiado lejos sin que ello amenazara la seguridad y operatividad de los cuerpos de caballería, especialmente los de origen llanero, ya bastante desmoralizados y prestos a desertar tal como se verificó antes de terminar el combate.

Por esa razón, a Montenegro Colón le tocó viajar por las comarcas cercanas localizando y requisando con urgencia todo aquello que se necesitaba, para mantener a las fuerzas realistas en sus posiciones, donde esperaban en terreno bien defendido el inminente ataque de Bolívar¹⁰.

Lógicamente, Montenegro Colón, una vez producido el fatal resultado para las armas realistas el 24 de junio, se unió a su ejército que se retiraba de manera ordenada hacia Puerto Cabello. Una vez allí se fue a la isla de Puerto Rico y posteriormente a España, donde tuvo oportunidad de participar en los eventos político-militares del período liberal¹¹.

10 Hay que destacar que en el campo patriota esta tarea la encomendó Bolívar al general Páez. Este, como buen conocedor de los Llanos, se ocupó de supervisar la recolección de abundante ganado vacuno, caballos y otras bestias para garantizar la movilización y el abasto del Ejército de la República que se desplazaba hacia la concentración de las fuerzas en Carabobo.

11 Entre 1820 y 1823, en España se había restablecido la monarquía constitucional. Después del pronunciamiento militar del coronel Rafael de Riego, el monarca Fernando VII fue obligado a jurar la Constitución Liberal de 1812 (la de Cádiz, conocida como «la Pepa») y gobernó así hasta 1823. Fue en ese nuevo contexto que se desarrollaron los eventos venezolanos de 1820: negociaciones del armisticio, retirada de Morillo (que no simpatizaba para nada con los liberales), pronunciamiento de Maracaibo. Montenegro

Lo hecho por Pablo Morillo, quien no esperó la reanudación de las hostilidades suspendidas desde noviembre de 1820, y de inmediato se retiró a España, se repetirá con su sustituto el general Miguel de la Torre: este igualmente se va de Venezuela después de la derrota de Carabobo. Y la historia se repetirá con su relevo Francisco Tomás Morales (que huyó en Carabobo y después capituló en Maracaibo). Finalmente, fue Sebastián de la Calzada quien cerró el ciclo. A este jefe realista le tocó, muy a su pesar, arriar las banderas españolas en los castillos de Puerto Cabello en 1823 (Montenegro, 1823).

Como se ha repetido, ¡la victoria tiene mil padres, pero la derrota es huérfana! Fue precisamente Montenegro quien publicó un texto en Puerto Rico, en 1823, un larguísimo manifiesto donde relató los «Verdaderos acontecimientos de Venezuela a principios del año 1821», o sea, la refutación de lo que con este motivo dio a conocer el coronel don Sebastián de la Calzada. Este jefe derrotado había publicado un papel titulado «Idea sucinta del carácter y disposición del Mariscal de Campo D. Miguel de la Torre, general en jefe que ha sido del Ejército expedicionario de Costa-Firme...». Montenegro, con sobrados motivos, ofrece una detallada defensa de quien entonces era acusado como culpable de la pérdida de Venezuela para la corona española.

Es evidente que Feliciano Montenegro Colón estaba muy interesado en echar por tierra tales acusaciones de Sebastián de la Calzada, no solamente por sus sentimientos de lealtad y agradecimiento hacia su amigo y superior jerárquico Miguel de la Torre, sino también, porque él mismo recibía su alícuota de ataques, por haber ocupado entonces la Jefatura del Estado Mayor de esos ejércitos.

estuvo en España hasta que la situación cambió con el restablecimiento de la monarquía absoluta. Posteriormente volvió a Cuba y al final rompió sus nexos con la monarquía española.

El autor de la réplica trata hábilmente de negar todas y cada una de las acusaciones probando que las premisas son falsas. Intenta demostrar que lo afirmado por Calzada no se ajusta a la verdad, pues el control de los territorios y sus recursos, el número y calidad de cuerpos militares, los recursos de boca o subsistencia para las tropas y los pastos para los cuerpos de caballería estaban entonces en estado crítico y no como contrariamente decía De la Calzada. Así mismo, lo estaban la disciplina entre los jefes y sus tropas, donde prácticamente cundía la desmoralización, especialmente entre los europeos o expedicionarios.

Deja ver Montenegro que las relaciones entre el general De la Torre y los otros jefes no fueron buenas desde un principio y que existió animadversión de algunos que, como Morales, cometieron entonces graves errores militares y ahora pretendían culpar de todo a De la Torre, como si este no hubiera dado las órdenes pertinentes para evitar que Bermúdez tomara Caracas, se impidiera la reunión de las fuerzas de Páez y de Simón Bolívar, y además, se conservara el control de Coro y otros territorios.

En fin, el texto del coronel Montenegro, antiguo jefe del Estado Mayor de los derrotados en 1821, no deja de reconocer que factores como el clima de miseria general y de escasez de todo tipo de recursos (dinero, ganados, alimentos, bestias de carga, pastos para las caballerías, etc.), junto con la deficiente cooperación de las autoridades políticas, esto es, los gobernadores, las diputaciones provinciales y los alcaldes de los ayuntamientos, no permitieron preparar una mejor y eficaz defensa contra las tropas republicanas, que aprovecharon muy bien las ventajas que obtuvieron con el «Armisticio de Carache», firmado por Morillo en 1820 antes de su retiro a España.

Esto último, las repetidas referencias a las trágicas consecuencias que tuvo el Armisticio para la causa realista, eran una manera sutil de

atacar a Pablo Morillo, a quien Montenegro había enfrentado antes por el problema de su negado ascenso a coronel, que solo alcanzó (oficialmente) en 1822, después de su viaje a España, tras publicar su *Exposición que hace a las Cortes...* y participar en los acontecimientos de Madrid que le granjearon el título de Benemérito de la Patria.

Este poco conocido texto de 1823 (la dura crítica a De la Calzada) confirma, una vez más, lo antes mencionado de que «la victoria tiene mil padres, pero la derrota es huérfana». En efecto, las derrotas de la sabana de Carabobo, Maracaibo y Puerto Cabello fueron atribuidas sucesivamente a quienes estuvieron como jefes al frente de las acciones, pero ellos, a su vez se las endosaron a quienes les habían precedido en el mando.

Por ejemplo, la derrota de Carabobo será justificada por Miguel de la Torre y Feliciano Montenegro planteando que Pablo Morillo abandonó el mando intempestivamente después de firmar un desfavorable armisticio que solo provocó la desmoralización y desarticulación de las fuerzas realistas. Así mismo, posteriormente, la derrota de Maracaibo se la atribuirán tanto el marino Ángel Laborde (defendido por Montenegro) como a Francisco Tomás Morales (jefe del ejército de tierra); ocurrirá lo mismo con la pérdida de Puerto Cabello, bajo el mando de De la Calzada. Como puede verse, el ataque de Sebastián de la Calzada a De la Torre (1822) y la subsiguiente defensa de Montenegro de este en 1823, fueron premonitorios de lo que les pasaría después en carne propia.

Para continuar la narrativa de los ausentes en los acontecimientos de Carabobo, hay que señalar que los generales José Francisco Bermúdez y Rafael Urdaneta tampoco estuvieron. Hay que recordar que el Libertador hábilmente planificó e hizo ejecutar varias maniobras militares de distracción o «diversiones». Entre ellas, las encomendadas a estos dos notables oficiales (Franceschi, 2008).

Cuando se rompió el Armisticio pactado en el año de 1820, una fuerza armada partió desde el oriente venezolano al mando del general Bermúdez. Este, siguiendo un plan previamente acordado, cruzó el río Unare que demarcaba el territorio de oriente donde estaban las fuerzas patriotas. Ese punto se hallaba señalado en el Armisticio de 1820. Bermúdez avanzó desde las provincias de Cumaná y Barcelona, logró tomar brevemente Caracas y amenazó a las fuerzas realistas que se retiraron hacia La Guaira y los valles de Aragua. Logrado el objetivo, y ya habiendo conseguido una mayor resistencia de las fuerzas realistas enviadas hacia Caracas, Bermúdez retrocedió en orden hacia Guarenas, tal como había sido planeado¹². El objetivo de esta operación no fue otro que impedir que los realistas que defendían Caracas y territorios vecinos se unieran a las fuerzas realistas concentradas en Carabobo.

Además de los testimonios ya citados es de justicia considerar también el que uno de los actores en esa operación ofreció. Nos referimos al notable historiador militar José de Austria¹³, quien señala que participó en la defensa de la zona de El Rodeo (cercana a Guatire) y en el ataque al cerro de El Calvario en Caracas, bajo las órdenes del general Bermúdez (citado en Azpúrua, 1986: 206-207)¹⁴.

12 Una vez que Bermúdez tuvo noticias de la derrota realista en Carabobo, volvió a Caracas y tomó la ciudad capital. Obligó a las fuerzas realistas a huir primero hacia La Guaira y después estas se retiraron por mar.

13 Las fuentes consultadas hasta ahora, incluyendo la propia obra escrita por José de Austria (*Bosquejo de la historia militar de Venezuela*), no arrojan mucha luz sobre la vida de este entre los años de 1815 y 1821. Lo que sí sabemos es que más adelante, ya en las campañas de 1821, se destacó participando como oficial en las fuerzas comandadas por José Francisco Bermúdez.

14 Valga recordar que en el informe que ofreció el jefe realista, general Miguel de La Torre —citado al comienzo de estas páginas— sobre las operaciones militares de esos días de junio, se señala otra versión sobre las acciones de Bermúdez en la campaña hacia Caracas.

Finalmente, es necesario referir que para esta época (1820-1821), el general José Francisco Bermúdez estaba en perfecta armonía con el Libertador Simón Bolívar. Habían cesado sus terribles discrepancias: las que tuvieron en los trágicos momentos de la pérdida de la Segunda República (1814) y en el exilio de Haití, cuando Bolívar organizó en 1816 la llamada Expedición de Los Cayos para volver con una nueva campaña libertadora que terminó con muy malos resultados y por ello fue necesaria una segunda expedición. Debe tomarse en cuenta que en aquel entonces las relaciones personales, políticas y militares entre ambos fueron muy malas. No obstante, después de los éxitos militares y políticos de 1817-1819 y la consolidación de la República con su capital provisional en Angostura, Bermúdez y Bolívar se reconciliaron totalmente. Ello explica la conducta de ambos en 1820-1821. El Libertador Simón Bolívar —ya con indiscutida autoridad política y militar— le otorga plena confianza al general oriental y este pone todo su empeño y lealtad en el cumplimiento de los planes de la campaña. Atrás habían quedado todos aquellos «desencuentros» del pasado.

Un caso similar ocurrirá también con el notable prócer oriental Santiago Mariño. Bolívar «pasó la página», esto es, echó a un lado todas las desavenencias, incluida una crisis como el desafío del denominado Congresillo de Cariaco de 1817, y designó al general Libertador de oriente como jefe del Estado Mayor del Ejército que pelearía en Carabobo.

La otra importante maniobra realizada por el ejército patriota fue hacer avanzar las fuerzas comandadas por el general Rafael Urdaneta desde la recién liberada ciudad de Maracaibo (enero de 1821) por la ruta del territorio de Coro (que también se había sublevado) y amenazar el centro del país¹⁵, de tal manera que el ejército realista

15 La presencia del general Rafael Urdaneta nuevamente en su tierra natal zuliana, después

no podía mover sus fuerzas importantes concentradas en Carabobo, pero tampoco podía dejar de destinar algunos efectivos para detener esos contingentes republicanos que amenazaban con arrebatarle su retaguardia y comprometer una posible retirada¹⁶. Si bien las tropas comandadas por Urdaneta finalmente no pudieron llegar a tiempo para cubrirse de gloria en la Batalla de Carabobo, mucho menos lo pudo hacer su valeroso jefe. Este venía gravemente enfermo y no podía siquiera montar en su caballo. Años después —cuando murió en 1845— se pudo apreciar el descomunal tamaño de los cálculos renales que finalmente lo llevaron a la tumba. Tal vez sus dolencias de 1821 fueron un antecedente de ese mal.

Algo más sobre la Batalla de Carabobo: exaltación literaria

Es muy copiosa la cantidad de testimonios de todo tipo que puede localizarse y que tiene como tema este evento histórico, especialmente si se considera la glorificación de los héroes patriotas venezolanos. Así por ejemplo, está el famoso libro titulado *Venezuela heroica* del escritor Eduardo Blanco. Este autor del «clásico» de la historiografía venezolana del siglo XIX tuvo la oportunidad de oír esas apasionadas descripciones que hace de las batallas venezolanas. Y ciertamente,

de una larga ausencia en la Nueva Granada, fue posible por la declaración del Cabildo de Maracaibo, el 28 de enero de 1821, en el marco de la nueva situación de España bajo una monarquía regida por la Constitución liberal. Dada esa disposición de Maracaibo por la independencia y su petición de incorporarse a la «Gran Colombia», era necesario apoyarlos y además hacerlo con alguien de la talla política y militar de Urdaneta. Así se aprovechaba para respaldar la sublevación de los corianos, comenzada con el pronunciamiento de Josefa Camejo.

- 16 Como vimos, el jefe realista, general Miguel de la Torre, ofrece su testimonio sobre estas operaciones militares de Urdaneta, Bermúdez y otros jefes del ejército patriota.

ejerció una notable influencia en la conciencia histórica de varias generaciones.

Como joven oficial y edecán pudo conocer de manera muy cercana al viejo prócer José Antonio Páez. Eso fue en tiempos de la llamada «dictadura senil» del exguerrero en 1861, quien en un recorrido por el campo de Carabobo (donde habían convenido reunirse Páez y el jefe de los ejércitos de la Federación, Juan C. Falcón) le explicó — como testigo de excepción — lo ocurrido en ese lugar glorioso.

Según acreditados testimonios (entre otros, el de Santiago Key Ayala), el joven oficial pudo recorrer aquel antiguo campo de batalla lleno de inmortales recuerdos, en compañía del Centauro de los Llanos, quien se encargó de saciar la curiosidad histórica del futuro cantor de la gesta patria. En esa ocasión, el general Juan Crisóstomo Falcón le dijo al deslumbrado oficial que los recuerdos que iban saliendo de la boca de Páez, eran «la Ilíada contada por el mismo Aquiles...» (Lovera de Sola en Blanco, 1972: 446).

Buena parte de la crítica realizada a la obra de Blanco (*Venezuela heroica*) no ha sido hecha por historiadores sino más bien por literatos. No obstante, a pesar de algunas descalificaciones del libro como tal, no se ha podido demostrar que no sea historiográficamente correcto. Cuestiones de estilo aparte, la información histórica incorporada en la narración es fidedigna. Lo dicho allí es cierto y verificable, considerando autorizados testimonios, entre ellos, los de historiadores como Yanes, Montenegro, Baralt y Austria, así como el de Páez y otra documentación existente. Compárese lo esencial de los datos que forman la médula de cada uno de los cuadros, con lo que puede leerse en la historiografía de entonces, y se verá que, si bien es inútil buscar en la obra un frío análisis científico del pasado, también es cierto que sería injusto solicitar algo que el libro, en primer lugar, no ofrece.

R. J. Lovera de Sola en su incisivo «Prólogo» de la obra (en Blanco, 1972), escrito para la edición centenaria de la misma, así como en su ensayo inserto en un *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, hace una valoración crítica muy interesante, apelando a los muy pertinentes juicios de Mario Briceño Iragorry, Santiago Key Ayala, Manuel Caballero, José Luis Salcedo Bastardo y otros notables historiadores venezolanos.

Llaman especialmente la atención, por ejemplo, las líneas que Caballero dedica a lo planteado, al afirmar que el libro de Eduardo Blanco resistía sin dificultades una exigente crítica historiográfica. Sostenía su opinión, apartando el hecho de estar o no de acuerdo con su manera de concebir la escritura de la historia, es decir, la concepción de la historia como narración de hechos guerreros, el uso de adjetivos y juicios de valor, la mitología patriótica, etc. En tal sentido, de acuerdo con lo sugerido por Caballero, no es fácil «acusar a Blanco de haber hecho un trabajo descuidado desde el punto de vista historiográfico», considerando que esa corriente romántica apelaba a la imaginación hasta llegar a sustituir con ella a la verdadera historia (Lovera de Sola en Blanco, 1972: 9)¹⁷.

17 Véase Arturo Uslar Pietri, *Letras y hombres de Venezuela*. Dice este autor que los intelectuales —vistos como mesías— despertaron entonces el interés del mundo político y fue así como, en la crisis de 1858, a Fermín Toro se le buscó como a un augur, a Cecilio Acosta se le convirtió en símbolo moral del antiguzmancismo, y es por eso que Cipriano Castro «baja de la cordillera con su temeraria guerrilla para buscar en Caracas a Eduardo Blanco» (318). Ver también el tomo XIV de la *Historia...* de F. González Guinán (516); de Pedro Grases, *Otros temas* (179-180), y la presentación de *Venezuela heroica* de José Martí.

Una opinión de Baralt

Al escribir sobre los resultados de la Batalla de Carabobo del 24 de junio de 1821, asienta Baralt:

...entre otras cosas, se ordenó levantar una columna ática en la llanura de Carabobo para recordar a la posteridad la gloria de aquel día y los nombres de Bolívar, de Cedeño y de Plaza. De paso diremos que la tal columna ática tuvo la misma suerte que otros monumentos mandados erigir en honor del Libertador o para perpetuar la memoria de otras épocas más o menos importantes. Las atenciones de la guerra, las tempestades civiles que a ésta se siguieron, un fondo grande de levedad y de indolencia en el carácter nacional y mucha dosis de ingratitud, hizo que, pasados los primeros instantes de alborozo, se olvidaran los triunfos, los triunfadores y los monumentos. Acaso nuestros hijos, más felices y virtuosos, satisfarán la deuda de la patria, honrando las cenizas y la memoria de sus héroes (Baralt, 1841: 64)¹⁸.

Para no alargar más esta reflexión sobre lo patriótico, retomemos lo literario y veamos ahora una muestra sobre otra visión del tema: la que trataba de echar un manto de olvido sobre ese enfoque —muy a lo *leyenda negra* y antiespañola— de los primeros tiempos de nuestro devenir como nación independiente.

18 Esa deuda (y otras más, agregamos nosotros) con lo conmemorativo la pagará el gobierno de Juan Vicente Gómez, el cual hace erigir el monumento con el famoso arco triunfal y otros elementos. Se aprovechó la celebración del centenario del memorable evento. Igualmente procedió con las batallas de La Puerta, La Victoria y algunas más. En cierta manera, se continuó la obra adelantada por el «Ilustre Americano» Antonio Guzmán Blanco para así sacarle beneficio político a lo patriótico.

A propósito de la posición hacia lo hispano: consideración del poema «La Batalla de Carabobo...», de Francisco Calcaño

Hemos escrito sobre lo poco común que es la actitud valorativa de lo hispánico, como algo consustancial a nosotros como pueblo¹⁹. No obstante, podemos ver que ocurre lo contrario en el poema que Francisco Calcaño publicó en junio de 1883 y que tituló *La Batalla de Carabobo. Homenaje a Bolívar en su centenario* (Calcaño, 1883).

En el poema, el bardo de Caracas va recorriendo los diversos momentos de la batalla del 24 de junio de 1821, cantando el heroísmo de los diversos batallones: Bravos de Apure, Boyacá, Rifles, Británico, Tiradores, Sagrado, y de la misma manera, el de sus jefes Páez, Farriar, Mellado, Cedeño, Plaza, Silva, Sande y Heras.

Pero además de glorificar a las fuerzas patriotas venezolanas y sobre todo al gran Bolívar, le dedica buena parte del canto al «brío castellano», al «temerario hispano» que probaba su bravura en la batalla; a la «invicta Castilla»: «¡Salve matrona amada! / De Sagunto y Granada / del Cid y de Gonzalo es descendiente» el «brillante ejército de Iberia». Y remata su canto de la siguiente manera:

Camino real del Pao
En fuga va Morales;
No así Tomás García;
Lidiador sin mancilla,
Disputa con tesón la retirada
Probando que desciende de Castilla.

19 No solamente abordamos este asunto de «lo hispánico» en nuestro libro *El culto a los héroes...* ya citado. Igualmente lo hacemos en otro volumen de nuestra autoría: *El pensamiento político del Libertador Simón Bolívar (Formación intelectual e ideológica de Simón Bolívar en el tiempo de la Ilustración, su relación con el carácter hispánico)*, Caracas: 2001.

Todas y cada una de las referencias a España —tratándose de la descripción de una batalla— son muy equilibradas y respetuosas. No se condena, no se califica despectivamente. Todo lo contrario, se reconoce con gallardía al enemigo, hermano de sangre y tradición.

No así a Francisco Tomás Morales, verdadero antihéroe realista. De este se recuerda su cobardía en la huida con su caballería de *hijos del país* (esto es, llaneros seguidores de la causa española). Se hace un verdadero contraste entre el que se dio a la fuga (por el camino real del Pao) y el valiente «lidiador sin mancilla» don Tomás García (quien sí prueba su condición de hijo de Castilla). Este cuadro poético simboliza la virtud del digno enemigo, a quien se respeta y admira, y el que merece el desdén como cobarde.

El cierre del canto a Bolívar y la Batalla de Carabobo es digno del propósito planteado. El Libertador es elevado al Olimpo de los grandes héroes:

Cual reina majestuosa
Se levanta Colombia:
Su cetro son las leyes;
Su solio la justicia;
La libertad su trono esplendoroso;
Joyas del manto real sus nobles hijos;
Y soberano Dios de su grandeza
¡En los cielos, Bolívar milagroso!

Mayor elevación hecha al Libertador es difícil de imaginar. Ese poema coloca a Bolívar en el rango de un semidiós, necesario objeto del culto por parte de sus compatriotas que le debían la libertad ganada en los campos de batalla, como ese en donde pelearon los valientes que hicieron huir en desbandada a unos y retirarse en orden a

otros (los dignos hijos de Castilla) el 24 de junio de 1821 (Franceschi, 1999).

Algo más sobre Carabobo

Para quienes nacimos en Venezuela y especialmente para los nativos de esa tierra llamada Carabobo²⁰ es motivo de especial orgullo patriótico esta denominación de nuestro estado. Ello se impregnó en nuestra memoria desde que siendo niños cantábamos —hace ya varias décadas— el himno del estado Carabobo en nuestra escuela primaria.

Este himno, cuya letra es del poeta Santiago González Guinán²¹ y la música del pianista y compositor Sebastián Díaz Peña²² ambos, el autor de la letra y el de la música, fueron seleccionados mediante un concurso público avalado por un jurado.

El himno fue estrenado en la plaza Bolívar de Valencia el 5 de julio de 1908.

Su letra es como sigue:

Coro

Por el sol que naciendo esclarece,
Carabobo tu heroico blasón,

20 Quien suscribe nació en el municipio Miranda del estado Carabobo el 18 de septiembre de 1948, pero por un error del secretario, en mi partida de nacimiento se dice que nací en 1949. Aunque el funcionario no cometió otros errores, sí tengo el inconveniente del nombre de mi pueblo natal. Cada vez que lleno algún formulario tengo que aclarar que nací en el occidente del glorioso estado Carabobo y no en el estado Miranda.

21 Este notable periodista y poeta valenciano era hermano del famoso historiador y político liberal Francisco González Guinán, quien localizó el extraviado original del Acta de la Declaración de Independencia del 5 de julio de 1811.

22 Tenía merecida fama como autor de piezas musicales populares como valsos, joropos y otros.

la altivez de tus hijos ofrece
velar por el suelo que patria nos dio.

I

Renombre son tus páginas,
segura prez tu brazo
cadenas tu regazo,
¡magnífica región!
No esclava de la púrpura,
radiando hermosa y libre,
del pecho salga y vibre autónoma su voz.

II

Absorta, entre relámpagos,
miró mitad del globo,
del trueno, «Carabobo»,
¡nacer la libertad!
Allí la sien olímpica
del lauro coronada,
allí la patria alzada
sobre el heroico altar.

III

De aquella raza indómita
que dio los lidiadores,
egregios redentores,
«oh, Tierra», es tu valor;
regalo de la pródiga,
gentil naturaleza,

tu cielo, tu riqueza,
tus gracias y tu sol.

IV

Te prestas el ardor bélico
aliento poderoso;
la ciencia, su reposo;
la fama, su sitio;
y el laborioso músculo,
nutrido en la fatiga
las mieses de la espiga
reporta a tu heredad.

V

Libertadora cólera,
potente armó su diestra;
de la inmortal palestra
¡tú tienes el laurel!
Inerme bajo el lábaro
de austero patriotismo,
en las luchas del civismo,
tu espada sea la ley.

VI

No más el hierro bárbaro
de la civil contienda,
ni la expiatoria ofrenda
de sangre fraternal:
cuando tu noble espíritu

anhele, active o ame,
a consagrar te llame
el culto de la paz.

Que este emotivo tema patriótico asociado a nuestras querencias sirva de epílogo a estas líneas que incorporamos a esta obra colectiva en homenaje al bicentenario del combate de 1821 que contribuyó a hacernos libres y soberanos como una nación llamada Venezuela.

Batalla de El Rodeo, el portal de Carabobo

René García Jaspe*

José Manuel Milano Mata**

En los primeros días de enero de 1821 el país se encontraba en medio de una tensa calma producto de la firma de un armisticio que propició el encuentro de Bolívar y Morillo el 27 de noviembre de 1820. El tratado debía durar seis meses, es decir, hasta el 18 de abril de 1821.

* En el año 1984 comenzó un trabajo de investigación histórica relacionado con la región Guarenas-Guatire-Araira, en el Departamento de Investigaciones Históricas de la Academia Nacional de la Historia, Archivo General de la Nación, Archivo Arquidiocesano de Caracas, Biblioteca del Concejo Municipal de Caracas, Registro Principal de Caracas y Registros Subalternos de Plaza y Zamora. Obtuvo su certificado de Paleógrafo en 1993, otorgado por la Asociación Venezolana de Archiveros. Miembro de número del Instituto Venezolano de Genealogía, de la Academia de la Historia del Municipio Zamora y de la Academia de la Historia del estado Miranda. En el año 2000 publicó un libro titulado *Arcabuces, lanzas y cadenas*, donde registra la historia de la región Guarenas-Guatire-Araira, siglos XVI y XVII. En 2008 publicó *Raíces de las familias guatireñas*, y en 2009 *Guatire, 329 años como parroquia eclesiástica*.

** Egresó de sus estudios universitarios como profesor integral con mención en Artes Escénicas, e inicia posgrados en Gerencia Educativa y Evaluación Curricular en la Universidad Santa María, los cuales culmina con éxito. En los aspectos culturales, ecológicos e históricos ha escrito y publicado más

Antecedentes de la batalla

El 28 de enero de 1821, la provincia de Maracaibo se pronunció por la independencia. Aprovechando la ocasión, el general Rafael Urdaneta envía un batallón de republicanos y ocupa la ciudad. El general De La Torre, jefe del ejército español, protestó enérgicamente ante lo que consideró una violación del armisticio, exigiendo que se desocupara esa ciudad. Bolívar dio a la sazón una ingeniosa respuesta a De La Torre, alegando que, al declararse Maracaibo independiente, el 28 de enero, la ocupación del 29 se hizo sobre un territorio libre y por ende no se violaba el tratado.

Estrategias de distracción

Ciertamente, esta condición del escenario de guerra era la que Bolívar esperaba y para aprovecharla trazó una estrategia que permitiría la división de las fuerzas enemigas. Para ellas fraguó planes que encerraban diversiones que consistían en distraer al ejército realista para dispersar las fuerzas que comandaba el mariscal De La Torre en San Carlos. Las acciones distractoras fueron encomendadas a José de La Cruz Carrillo y a José Francisco Bermúdez.

de una docena de libros tales como *Poesías, cuentos y leyendas guatireñas, Guatire en cinco siglos, Guatire en la Guerra Federal, Biografía de Rafael Borges, La estatua pedestre de Bolívar, El portal de Carabobo*. Dirigió la Casa de la Cultura Antonio Machado del municipio Zamora, y formó parte del grupo Juvenil Paradigma. Presidente de la Fundación para Preservación del Patrimonio Cultural del municipio Zamora y de Fudecza. Individuo de Número de la Academia de la Historia del estado Miranda y de la Academia de la Historia del municipio Zamora. Presidente fundador de la Fundación Cultural TereTere y coordinador Editorial de la Red Nacional de Escritores capítulo Miranda.

Movimiento hacia Caracas

Las hostilidades se reiniciaron el 18 de abril de 1821. La orden era que el general Bermúdez hiciera una campaña para tomar Caracas pero evitando arriesgar batalla sin la seguridad de la victoria. El 28 de abril Bermúdez avanza desde Barcelona con 1.200 hombres y así inicia esta distracción. Le encomendó al coronel Agustín Armario 500 hombres para intranquilizar y contener a los realistas que estaban concentrados en Cumaná, entonces arrastrando tres piezas de artillería entró al territorio enemigo.

Primeros encuentros

El 1 de mayo, Bermúdez y su ejército se encuentran en las inmediaciones del río Unare.

Se desplazan a campo travieso sabiendo que iban a tener un encuentro con el Batallón Ligero Hostalrich, comandado por el coronel José Istúriz.

El día 7 de mayo atraviesa Machurucuto y la mañana del 8 divisa al enemigo al norte de la laguna de Tacarigua. Entonces, da la orden de formar dos columnas y una de ellas la encomienda al teniente coronel Juan Estanislao Castañeda, quien con más de un centenar de republicanos toma rumbo al sur de dicha laguna para sorprender al enemigo por la retaguardia, pero el español, al detectar esa estrategia, dio vuelta y marchó al encuentro de Castañeda.

Al llegar Bermúdez, en la noche del 8 de mayo, a las trincheras realistas, en la boca de la laguna, no encontró ninguna resistencia y, por ende, sospechó las intenciones del coronel Istúriz, que para ese momento ya daba caza al sorprendido Castañeda, quien no tuvo

más remedio que huir ante esa desventaja, evitando el choque con el Batallón Hostalrich, el cual lo persiguió.

Cuando Istúriz cruzaba el Caño Amarillo le alcanzó Bermúdez, y tomando ventaja de la poca movilidad que ofrecía el sitio acuático a Istúriz, le arremetió sagazmente al final del cruce, destrozando en pocos minutos gran parte del batallón realista. Con lo que quedaba de su ejército, Istúriz se dirigió hacia las regiones de El Guapo, y llegó a salvo al día siguiente a Caucagua, mientras Bermúdez invadía El Guapo y se posesionaba de los pertrechos enemigos.

El día 11 de mayo las columnas orientales entraron en Caucagua y en Chuspita acabaron con la poca resistencia del resto del Batallón Ligero Hostalrich, defendido por una columna al mando del coronel Bernardo Ferrón.

Refuerzos de Guatire. Llegan a El Rodeo

En el combate se sumó una partida de 16 hombres comandada por el guatireño José Félix Parra.

Parra, teniendo conocimiento de los planes realistas, se apresuró a prevenir a Bermúdez de un inminente encuentro en la zona de El Rodeo, en Guatire.

El jefe realista Ramón Correa, a cargo de la defensa de Caracas, ya había mandado dos compañías del resto del Hostalrich a contener a Bermúdez, quien para el día 12 de mayo entraba en Guatire. Allí convergen 1.100 nombres del republicano y 900 hombres del coronel José María Hernández Monagas, reforzado por el Batallón Blancos de Valencia, a cargo del teniente coronel José Antonio Bolet.

La batalla

Se llega entonces a la inminencia del combate. Bermúdez, conocedor de las ventajas del sector El Rodeo, en cuyas colinas, a tres leguas al este de Guatire, desembocaba el camino a oriente, se instaló en ambas colinas para dar uso a los dos cañones que portaba. Los realistas toman la iniciativa y emprenden una carga frontal en contra de los patriotas, contaban con más de 900 hombres. Bermúdez aguarda y cuando los tiene a la vista les cierra la retirada con artillería y los acorrala con los fusileros, seguidos de lanceros a caballo, de los denominados Dragones.

Una y otra vez son infructuosas las cargas realistas, el sitio es inexpugnable y Bermúdez los hace concentrarse en los planos del piedemonte, donde estaba sembrada la caña de esa hacienda, al suroeste de las colinas. Ese sitio se conocía como «El Trapiche de Ibarra». Allí son presa fácil de la artillería.

Después de tres horas de intermitente combate, Hernández Monagas emprende la retirada hacia Caracas. Llega a Sabana Grande con 200 hombres, el resto, unos 700 soldados, quedaron en la zona del combate, unos muertos, otros heridos, prisioneros o en fuga. El ejército republicano sufrió una baja de 90 combatientes.

La toma de Caracas

Después de la batalla, Bermúdez formó cuartel general en El Rodeo y con 800 hombres marcha hacia la capital. El 14 de mayo llegó a Petare. Debido a la derrota que Bermúdez había dado a Hernández Monagas, el brigadier Correa, español encargado de la custodia de Caracas, mandó a evacuar la ciudad. Por lo tanto, 70 embarcaciones, casi todas

mercantes, salieron de La Guaira mientras Correa se internaba en los valles de Aragua.

El 14 de mayo en la tarde Bermúdez llega a una Caracas desierta, sin resistencia alguna, y enclava la bandera patriota. El 15 de mayo toma rumbo a La Guaira, regresando el 17, cuando decide, más allá de su misión, ir tras Correa a los valles de Aragua.

Movimiento de las tropas realistas

La anterior jornada llegó a oídos del mariscal Miguel de la Torre, quien para entonces se proponía atacar a Bolívar en San Carlos; mientras, Francisco Tomás Morales con el Batallón Burgos, de 3.000 hombres, acosaría a Páez al cruzar el Apure.

Sus planes tuvieron que cambiar pues Morales decidió ir desde Calabozo a defender a Correa en Aragua y rescatar Caracas con 1.000 hombres del Batallón del Rey, el Burgos y Lanceros del Rey, dejando el resto de su división en El Pao a cargo del teniente coronel Tomás Renovales, a la par que indica al coronel Simón Sicilia que se traslade a Villa de Cura con una unidad de infantes y ordena al capitán Miguel Hernández que permanezca en Calabozo, con el octavo escuadrón del regimiento de Lanceros del Rey.

Debido al trastorno que ocasionó Bermúdez con su estrategia y movimientos, al vencer a Istúriz, Ferrón, Hernández Monagas y Bolet, De la Torre desmembró ese fuerte batallón y Páez con sus llaneros llegaron fácilmente a encontrarse con Bolívar en San Carlos.

Bermúdez vence en El Consejo

Bermúdez se enfrenta a Correa en el pueblo de El Consejo el 20 de mayo, y tan solo en una hora los realistas pierden 11 hombres, 100 fusiles, 12 cajas de guerra, varios efectos militares y deja en manos de Bermúdez al brigadier Tomás de Cires, otros cuatro oficiales y un sinnúmero de soldados.

El día 21 de mayo De la Torre se entera de la derrota, sufre una gran indignación y condena a Correa por tan humillante pérdida. Mientras, Bermúdez avanza hasta La Victoria donde forma frente y se retira nuevamente a El Consejo para establecer el cuartel general, además del que estaba en El Rodeo.

Bermúdez regresa a Caracas

Francisco Tomás Morales se dirige a enfrentar a Bermúdez y el 24 de mayo inicia su ataque. Bermúdez piensa resistir en el sector El Marqués, cerca de Las Cocuizas. Aun cuando el terreno le ofrecía ciertas ventajas defensivas emprendió la retirada a Caracas, abandonando dos de los tres cañones que llevaba siempre con él y que le habían permitido muchas de sus victorias.

Llega el día 25 de mayo a Caracas y espera a Morales en el sector Antímano, obedeciendo a su misión de distraer a los realistas, sabiendo, por supuesto, que no tenía oportunidad de victoria ante las ventajas numéricas y logísticas que acompañaban a Morales.

Morales organiza políticamente a Caracas

Bermúdez se encuentra en Caracas con Soublette que había llegado a dicha ciudad el día 22 de mayo. Ordenó a Bermúdez continuar el

repliegue hacia Guatire y atrincherarse nuevamente en El Rodeo, por lo que el día 26 de mayo Bermúdez se desplazó hacia Guatire, de manera tranquila para que pudieran seguirlo.

Morales capta la estrategia e inmediatamente alerta mediante carta al mariscal De La Torre, de manera que este pueda concentrar sus fuerzas, única forma de mantener el poder en la provincia. Morales decide destacar al coronel Jaime Beto a resguardar La Guaira y él continúa hasta Petare, adonde llega el día 27 de mayo.

En Petare encomienda al coronel José Pereira, que con el segundo del Batallón Valencey persiguiera a Bermúdez hasta Guatire. Nombró intendente al general José María Correa y gobernador Político y Militar al coronel que fue vencido en El Rodeo, José María Hernández Monagas. Hecho esto y recuperada Caracas creyó tener todo bajo control, por lo que se desplazó a reunirse con el mariscal don Miguel de la Torre, quien estaba en Valencia.

Bermúdez llega a Guatire

El día 28 Bermúdez llega nuevamente a Guatire donde retoma el cuartel general y fortifica sus posiciones en las colinas de El Rodeo. Estando allí recibe la noticia de que el general Arismendi va a reforzar sus filas. El mismo 28 de mayo, en la tarde, Pereira llega a El Rodeo, al ver la posición de Bermúdez se retira a Guatire y luego a Guarenas, donde establece su cuartel. El general Arismendi se unió a la división el 30 de mayo con cerca de 400 hombres de Infantería, dejando luego esta fuerza a las órdenes de Bermúdez, ya que se marchó a encargarse de la Comandancia Militar de las provincias de Barcelona y Cumaná.

«Estos pueblos son más insurgentes que Bolívar»

En ese mismo tiempo, por Curiepe entra el coronel Avendaño, proveniente de La Guaira, con más de 340 hombres. Paralelamente a él, llega a Caucagua el comandante Mazero con 500 hombres de los valles del Tuy, tal despliegue republicano preocupó a Pereira de tal forma que no atacó a Bermúdez y se limitó a escribir a De la Torre pidiendo desesperadamente refuerzos del Batallón del Rey en cartas fechadas en Guarenas los días 1 y 3 de junio respectivamente.

En la primera, del 1 de junio, dice: «[Con] Nuestra paralización aumentan sus fuerzas y concepto; y para salir del paso necesito con urgencia a todo el tercer Batallón del Rey... de otra suerte estoy imposibilitado de emprender movimiento alguno» (Archivo del general Miguel de la Torre, legajo 20, paquete 70, N° 2. Archivo General de la Nación, Sección Traslados).

La segunda del 3 de junio, muestra desesperación y especifica algo bien importante sobre los pueblos de Guarenas y Guatire. Pereira dice:

...tenga usted la bondad de sacarme de aquí y que otro con más robustez mande estas operaciones que yo no puedo seguir porque no alcanzó los milagros de este tiempo, que solo están reservados para otros. Estos pueblos son más Insurgentes que Bolívar y los que no siguieron a los Rebeldes se fueron a los montes de que no los saca ni el buen trato ni ofertas, no cuento con un hombre que dé noticias de la posición del enemigo ni menos que haga el menor servicio a favor nuestro (Archivo del general Miguel de La Torre, legajo 20, paquete 70, Archivo General de la Nación, Sección Traslados).

Sin embargo, no contaban los patriotas con la presencia del capitán realista Ramón Aboy que casualmente se encontraba

recogiendo ganado en Santa Lucía y al divisar la tropa de Mazero le atacó por sorpresa el día 8 de junio con 400 hombres haciéndolo retirarse desordenadamente y dejándole a Aboy más de 100 reses.

Al enterarse de este acontecimiento, Bermúdez sale de El Rodeo con dos columnas, una a cargo del coronel Pacheco, que se enrumbo al encuentro de Aboy por la vía de Aragüita, y la del propio Bermúdez que se encaminó por la quebrada Kempis bordeando el sector Cupo, ambos convergieron en la quebrada Siquire. Ya para el día 15 divisan al enemigo en Cerro El Frío en Santa Lucía.

Batalla en Santa Lucía

El ataque se inició a las nueve de la mañana y duró siete horas con resultado favorable para los patriotas. En este combate pierde la vida el comandante realista coronel Lucas González, quien había sido enviado con 200 hombres a reforzar a Aboy ya que este había recibido dos balazos en una refriega.

En ese momento se presentó el coronel Pereira, que venía desde Guarenas en auxilio de Aboy y González. Pereira decidió retirarse sin ofrecer combate y sorpresivamente no se detuvo en Guarenas sino que siguió hacia Caracas.

Batalla de El Calvario

Bermúdez siguió a Pereira hasta Caracas. Pereira propuso una paralización de las armas en dos oportunidades hasta que se conocieran los resultados del encuentro de Bolívar y De la Torre, pero Bermúdez se negó rotundamente y le pidió la desocupación de la capital, por lo cual decidió atacar a Pereira el día 23 de junio con 1.500 hombres.

Pereira se había atrincherado en el alto de El Calvario, desde donde su dominio visual era total; además, es sabido que los patriotas orientales no eran diestros en la lucha urbana. En el combate sale derrotado Bermúdez ante la estrategia de Pereira, quien envió pequeños grupos de guerrillas por todos los flancos. Cuando los republicanos salían al paso con todas sus fuerzas, los fusiles realistas hacían blanco fácil en los infantes patriotas.

«Bolívar venció en Carabobo»

Para Bermúdez fue una pérdida total, una derrota sin precedentes, de hecho, él escapó de milagro, la esclavina que tenía sacó tres balazos: recibió uno en la vaina del sable, otro en el sombrero y otro en una pierna del pantalón.

El resto del Batallón de Oriente se desplazó nuevamente a El Rodeo, en Guatire, donde levantó cuartel y de allí salió para dirigirse a los Llanos en busca de José Tadeo Monagas, mientras Soublette lo hacía hacia Barcelona.

Cuando Bermúdez y su batallón llegaron a Machurucuto, recibieron la gran noticia: «Bolívar venció en Carabobo» y ellos habían contribuido a ello.

Capitulación de Pereira

Al conocerse la noticia del triunfo de los patriotas en Carabobo, Bermúdez se dirigió a Caracas pero no se percató de que Pereira lo seguía. Sobre la marcha, Pereira también se entera de la pérdida en Carabobo. Al llegar Pereira a Caracas manda una patrulla de

reconocimiento a los valles de Aragua, esta es apresada por Bolívar, quien venía a tomar la capital, a la cual entró el 29 de junio.

Para el momento en que Bolívar toma Caracas, Pereira estaba tratando de escapar por La Guaira pero no encontró embarcaciones. El 1 de julio Bolívar le envía un oficio de «Capitulación Honorífica». Para el día 2, el coronel don Diego Ibarra entrega a Bolívar el acuerdo final y para el 4 de julio se hace oficial la capitulación.

En ese momento 530 hombres de Pereira se pasan a las filas patriotas. Pereira solo con 200 hombres se embarca hacia Puerto Cabello.

Consideraciones finales

La diversión ejecutada por Bermúdez incluida, la Batalla de El Rodeo, logró los siguientes objetivos:

- 1) Impidió a De la Torre atacar con su ejército concentrado a Bolívar.
- 2) Permitió la reunión del ejército patriota en San Carlos.
- 3) Ahorró a la división de Urdaneta 15 jornadas de marcha.
- 4) Alejó del Apure la amenaza del ejército de Morales, debilitando estas fuerzas con una marcha forzada de 120 leguas.
- 5) Mantuvo distraída, en los alrededores de Caracas, a una fracción importante del ejército español mientras Bolívar batía al resto en Carabobo.

Por tanto, se había cumplido la tarea que había sido encomendada a Bermúdez, la cual estaba ajustada a los clásicos preceptos del arte de la guerra.

Algunos individuos que pelearon en El Rodeo con Bermúdez

Soldado Pedro Álvarez

Soldado Manuel Barrios

Teniente José Antonio Boll

Capitán Juan Antonio Camejo

Coronel Juan Bautista Coba

Segundo de Artillería Trinidad Esparragoza

Soldado Pedro Espinoza (se alistó en Guatire)

Alférez segundo Hilarión Fornés

Sargento Manuel R. Freites Godoy

Teniente y cirujano Manuel Fuentes

Subteniente José García

Ayudante de Bermúdez, comandante Valerio García

Soldado Ignacio Toribio Gazcué

Sargento José Domingo Lobatón

José Domingo Antonio López

Capitán Julián Maldonado

Subteniente José Martínez

Subteniente Diego Mesa

Practicante de cirujano Agustín Otaola

Sargento Cesáreo Prado

Capitán Juan Ignacio Rendón

Rosario Rodríguez

José Tirado

José Félix Parra, vecino de Guatire

Soldado Valentín Ávila Piñango, natural de Guatire

Justo Salinas, natural de Guatire

(Ilustres próceres, por Vicente Dávila)

(Toma de razones, Archivo General de la Nación).

Juan Germán Roscio y la idea republicana de soberanía

Carolina Guerrero*

En una senda paralela a los sucesos de Carabobo, 1821 tiene un significado sustancial dentro de la memoria del republicanismo de Venezuela y de las naciones entonces confederadas en la República de Colombia. Es el año en que fallece Juan Germán Roscio en El Rosario de Cúcuta, Nueva Granada, mientras ocupaba de modo interino la Vicepresidencia de Colombia, en vísperas de la instalación del Congreso Constituyente de la Unión.

De acuerdo con Luis Castro Leiva (1995), Roscio fue autor del «primer tratado de pensamiento político escrito en el hemisferio sur» (en *Obras* II, 2009: 420): *El triunfo de la libertad sobre el despotismo* (Filadelfia, 1817). Nada menos. Aun cuando su obra integró textos fundamentales en los inicios del republicanismo de Venezuela (Pérez Vila, 1997: 1.005 y ss.)¹, ese tratado constituye

* Doctora en Ciencias Políticas. Profesora Titular de la Universidad Simón Bolívar, donde actualmente dirige el Instituto de Investigaciones Históricas Bolívarium. Ha sido coordinadora del Postgrado en Ciencia Política. Sus publicaciones académicas indagan sobre problemas inherentes a la historia de las ideas políticas y la filosofía política, con énfasis en estudios sobre republicanismo, liberalismo y totalitarismo.

1 Manuel Pérez Vila (en la entrada «Juan Germán Roscio» del *Diccionario de historia de Venezuela*, Tomo 3, Caracas: Fundación Polar, 1997, 1.005ss), reseña la producción de Roscio: escritos difundidos por la prensa, correspondencia epistolar, textos de la

un desarrollo sistemático sobre la idea de soberanía, que configura uno de los principales aportes a la creación de la república desde el ámbito civil, desde el esfuerzo de una ciudadanía resuelta a vivir en libertad, y desde la firmeza de una élite intelectual² comprometida responsablemente con tal propósito.

En las siguientes líneas me dispongo a abordar la contribución de Roscio a la concepción de soberanía. Lo haré desde una perspectiva realista política, que considera la impronta de este personaje en el momento político que lo circundó, la reflexión sobre el deber republicano de negarse a mentir la verdad, y la necesidad de articular un discurso tan persuasivo como de confrontación ante las corrientes impulsoras de los diversos modos en que se actualiza la tiranía a lo largo de la historia.

Soberanía. Un término caleidoscópico

La noción de soberanía evoca la existencia de una potestad política suprema dentro de una comunidad política. En su origen histórico fue primero una concepción imbricada con lo político, y solo luego se condensó en una concepción de índole jurídica (Jellinek, 2000: 401 y ss.). A lo largo del republicanismo, aun cuando entre los antiguos no

Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII instalada el 19 de abril de 1810, declaraciones y discursos en el Congreso Constituyente de Venezuela de 1811, además de su acción como principal redactor del Acta de Independencia de 1811, y redactor fundamental del semanario *Correo del Orinoco*, en cuya fundación participó.

- 2 Como señaló Nicolás Maquiavelo (en *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid: Alianza Editorial, 2000), no hay república sin ciudadanos virtuosos dispuestos a protagonizar los sacrificios necesarios para alcanzar y defender la libertad. Parte de esos sacrificios padecidos por Roscio están relatados en el libro de Manuel Hernández González, *Ocho monstruos de Monteverde: Destierro en Ceuta de dirigentes de la Primera República*, Caracas: bid & co, 2021.

se desplegó exactamente el uso del término³ mas sí la idea, esa potestad política suprema se ha entendido como un atributo de la ciudadanía. Por ello vivir en república significa vivir en libertad, en vista de que la convivencia solo debe apuntar a la búsqueda del bien común. Si esto significa la posibilidad de que cada quien se desenvuelva en su vida de acuerdo con sus preferencias⁴, en medio del respeto por la libertad y los derechos del otro y bajo las garantías de una seguridad común, entonces el fundamento de la soberanía reside en dirigir el poder supremo hacia la voluntad de esa comunidad política determinada a ser libre. Por tanto, dicha potestad política encarna en las leyes, de modo que ni el voluntarismo de una mayoría degenerada en tumulto pueda suprimir los fines de la comunidad⁵. De allí se sustrae la máxima republicana según la cual ser libre consiste en vivir bajo el gobierno de las leyes justas⁶.

Una tradición completamente distinta fue la recorrida por la noción de soberanía bajo el despotismo conformado en la Edad Media. En ese plano, la soberanía como potestad política suprema era un atributo del rey, de acuerdo con una concepción descendente del derecho y del poder: la potestad política suprema bajaba de Dios al monarca, dotándolo por voluntad divina del derecho sin límites de gobernar sobre su comunidad. Aun cuando semejante

3 Oliver Nay (en su libro *Histoire des idées politiques*, Paris: Armand Colin, 2004), sitúa la aparición de la palabra soberanía hacia el siglo XII.

4 Para un ejemplo de ello en el mundo antiguo, Atenas, ver el discurso «Oración fúnebre de Pericles», en Tucídides, *Historia de las guerras del Peloponeso*.

5 En tiempos modernos y luego de la revolución burguesa angloamericana, esa encarnación de la soberanía de la ciudadanía (o soberanía popular) en la Constitución supuso la despersonalización del poder político, uno de los pilares del Estado liberal. Cf. Manuel García-Pelayo, *Derecho constitucional comparado, Obras completas I*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1991.

6 Para complejizar esta idea, cf. Quentin Skinner, *Liberty before liberalism*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

concepción colocaba a los súbditos bajo el imperio caprichoso de un solo hombre, legitimando a la tiranía como el gobierno de un solo hombre que gestiona el poder en favor de su interés particular y en contra del bienestar común, la idea medieval de soberanía se bifurcó, reconduciéndose a la obligación del rey de gobernar en pro del orden de la comunidad.

Al margen del republicanismo, en la Edad Media coexistieron al menos tres nociones despóticas sobre el poder soberano. Todas tenían origen en la concepción descendente del poder. Pero, con la impronta del iusnaturalismo, logró delinearse o bien la idea de que la soberanía residía por voluntad de Dios en la comunidad política (la cual la depositaba en el rey, a efectos de que gobernara sobre ella según los fines de esa comunidad), o bien la idea de que, aun encarnando directamente en el rey, la soberanía suponía el deber de obedecer la ley de Dios, por lo cual el Derecho Natural limitaba al poder del monarca y suministraba garantías para el bienestar de los súbditos. La otra vertiente preservó la concepción de soberanía como el poder incontestable, perpetuo, independiente y superior del rey, pretendidamente legitimado en el origen divino de dicha potestad, en un contexto donde la idea de buen gobierno derivaría solo del propio poder real⁷.

Con Hobbes y la invención de la teoría del Estado moderno, la soberanía es conceptuada como un atributo del Estado (Hobbes, 1992). Bajo una perspectiva contractualista, esa potestad política suprema es el resultado de la renuncia mutua de todos los hombres a su libertad, poder y fuerza de los que disponían en estado de naturaleza (de guerra de todos contra todos), y que han transferido a una persona artificial, el Estado como soberano, encargado ahora de emplear la espada para

7 Sobre esta diversidad en la idea medieval de soberanía, ver Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno: La Reforma*, México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

asegurar el goce común de la seguridad. Con ella, ese soberano habrá de proteger la vida y los bienes de sus súbditos. Y de acuerdo con la concepción absolutista del poder, el bienestar común consistirá exclusivamente en el disfrute de dicho orden, provisto por esa entidad despersonalizada que es el Estado, del cual habrá de derivar toda norma.

En América Hispánica, desde finales del siglo XVIII la discusión sobre la soberanía había sido el punto de quiebre para intentar pensar una argumentación que legitimara la ruptura respecto a España (Soriano, 2003)⁸. Ello conjugaba dos problemas: además de la secesión, el propósito de desplazar el orden absolutista por un orden liberal. La invasión napoleónica a España implicaba el suceso de fortuna (en términos maquiavelianos)⁹ para que las sociedades hispanoamericanas acumularan el arrojo de plantear el «depósito» o la «retrocesión» de la soberanía del rey cautivo¹⁰. Es en este punto donde encontramos al menos dos posiciones divergentes, en una de las cuales se inserta la teorización de Juan Germán Roscio sobre la soberanía.

Llamo «pactista» a una de estas posturas. Se refiere al esfuerzo americano por cubrir los formalismos jurídicos, con lo cual se ignoraba el problema de fondo que siempre ha sido asumido por la

-
- 8 En su trabajo, Graciela Soriano explica la vinculación entre «lo legítimo» y «la ley» en tiempos de la Antigüedad romana; la aparición de la voz *legitimitas* en la Edad Media y la idea de lo legítimo en función de aquello que se ajustaba a las costumbres y a los procedimientos consuetudinarios; la relación en la modernidad europea entre la legitimidad real y la figura del rey como fuente del derecho; y la ruptura de este esquema con las revoluciones burguesas del siglo XVIII, reconociendo como legítimo solo al gobierno sustentado en un orden constitucional, con lo cual, a la manera del republicanismo de la Roma antigua, volvía a acercarse la idea de lo legítimo a lo legal.
- 9 Sobre la idea de fortuna, ver Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, Madrid: Aguilar, 1951.
- 10 Ver, por ejemplo, Inés Quintero, *La conjura de los mantuanos*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2002.

tradición republicana: el deber del individuo de rescatar su libertad, como principio político rector de toda idea y toda acción. Es decir, la perspectiva pactista partía del reconocimiento de la legitimidad del rey, como soberano con derecho a regir sobre estos territorios y estas sociedades de acuerdo, eso sí, con la ley vigente y los preceptos del Derecho Natural. Pero esta postura se edificaba en la falsa premisa sobre el derecho del soberano. Siendo así, la rebelión no necesitaba ser justificada; era republicanamente legítima, y apuntaba al deber cívico de corregir una iniquidad histórica.

Desde esa visión pactista, los americanos invocarían la reversión de la soberanía: si originalmente la potestad política suprema pertenecía a la nación por mandato divino, y dicha nación la había depositado por pactos imperecederos en el cuerpo del rey, se entendía que la soberanía retornaba a la nación luego de que el rey dejara de encarnarla y fuera el causante de la ruptura del pacto, independientemente del motivo (renuncia a la soberanía o incapacidad de ejercerla, como ocurrió por efecto de las abdicaciones forzadas por Bonaparte) (Sanz, 1979).

La otra postura es la propiamente republicana. Fue la que asumió decididamente Francisco de Miranda, con base en la idea de que no podía invocarse ninguna ruptura del pacto con el rey porque nunca había existido semejante pacto¹¹. Para Miranda, los supuestos derechos del monarca para encarnar la soberanía en América conjugaban la usurpación y la tiranía: la corona se había arrogado una potestad política que no le pertenecía, a la vez que la nación americana no podía desprenderse de una soberanía que le era constitutiva.

11 Una buena compilación de los papeles de Miranda en los cuales él expone estas ideas se encuentra en Francisco de Miranda, *América espera*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982.

Por tanto, eran fútiles los malabarismos jurídicos orientados a demostrar argumentativamente los derechos de las naciones americanas para asumir su soberanía, una vez ocurrida la citada retrocesión. Lo que correspondía era comprender que la potestad soberana es un atributo inextinguible de la nación¹², y que cuando ella se encuentra depositada en otras manos la nación tiene el deber político de recuperarla. Era preciso, a juicio de Miranda, que los verdaderos acreedores entraran en sus derechos usurpados.

Justo a esta vertiente interpretativa corresponde la teorización republicana de Roscio¹³, aun cuando su arribo a ella ocurre mediante un sinuoso tránsito a través de lo que Nydia Ruiz (1996) denomina las conversiones político-intelectuales del autor. Observa Ruiz que Roscio pasa, primero, de la fidelidad como súbdito a la condición de ciudadano libre, en búsqueda de la fuente de la legitimidad de la monarquía absolutista; segundo, de la ruptura con la concepción pactista hacia la teorización sobre la soberanía de la nación; y tercero, hacia su adhesión a la república como forma única de gobierno justo (Ruiz, 1996).

El cuestionamiento a la tradición

Roscio, doctor en Derecho Canónico (1794) y en Derecho Civil (1800) por la Real y Pontificia Universidad de Caracas, asume la postura mirandina, política y no jurídica, para discurrir en torno a la

12 Es la idea alrededor de la cual gravita el contractualismo republicano de Jean-Jacques Rousseau, *Du contrat social*, París: Gallimard, 1964.

13 Para una síntesis sobre este asunto, ver Carolina Guerrero, «Soberanía-Venezuela», en Javier Fernández Sebastián (Dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: conceptos políticos fundamentales, 1770-1870. Iberconceptos-II*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Universidad del País Vasco, 2014, 216-219.

concepción republicana de la soberanía, sin apelar a la idea de ruptura del pacto entre el rey y sus súbditos. Intentar demostrar la extinción del pacto habría significado admitir la existencia del derecho de un linaje a gobernar sobre toda una nación por voluntad divina. En lugar de declinar ante razonamientos iliberales, Roscio desconoce la soberanía de la realeza. A partir de su interpretación, urgía el deber de la sociedad americana de asumir su propia potestad política suprema, despersonalizarla, objetivarla y hacerla luego operativa a través del constitucionalismo y de las instituciones emanadas de él.

El nudo gordiano podría haberse situado por efecto de la promulgación de la Constitución española de 1812. Siendo un texto esencialmente liberal, que transfiguraba a la monarquía absolutista española en una monarquía constitucional y, por tanto, establecida sobre cimientos republicanos, ya ella implicaba el tránsito hacia una idea y práctica de la soberanía de la nación. No obstante, el propio Roscio revela la inconsistencia entre ese texto liberal y la materialización de sus principios en América:

Yo vi desplomarse en España el edificio de su nueva Constitución. Liberal, sin duda, con el territorio de la Península... muy mezquina con los países de ultramar en cuanto al derecho de representación. Por más que desde los primeros pasos de la revolución se había proclamado igualdad omnímoda de derechos, claudicaban las proclamas en la práctica, y fueron luego desmentidas en el nuevo código constitucional. Lloré sin embargo su ruina... Me bastaba para estos sentimientos el mirar declarado en la nueva carta el dogma de la soberanía del pueblo; sentadas las bases de la convención nacional... (Roscio, 1996: 3).

Desde su panfleto «Patriotismo de Nirgua y derecho de los reyes» Roscio (1971) califica la soberanía del rey como tiranía, ante

lo cual la invocación al pacto resultaba fatua, y la rebelión en su contra no solo estaba justificada sino que suponía un deber. En ese texto, el autor emprende la articulación de un discurso religioso que demostraba tanto la legitimidad de la desobediencia al falso dogma de la soberanía real, como la imbricación entre la fe católica y el principio de la soberanía de la nación.

Ante quienes acusaron de herejía el alzamiento en nombre de la república y la quema del retrato de rey cometida en 1811 por los pobladores de Nirgua junto con los miembros del Ayuntamiento, Roscio respondía en ese panfleto que la ofensa a la religión la cometían «los príncipes y sus aduladores», al atribuirle a ella la demanda de una obediencia ciega a semejante sistema, cuando, por el contrario, la fe ordenaba al individuo ser libre, penetrarse de su dignidad, cultivar la razón y perfeccionar sus facultades en pro de la felicidad propia y de sus semejantes.

Lo más complejo en la argumentación desarrollada por este autor es el laberíntico propósito de conciliar el republicanismo clásico con el liberalismo de la sociedad comercial (Ferguson, 1996) sumado a la fe católica. De acuerdo con el análisis de Luis Ugalde, concluiríamos que esta estrategia respondía al realismo político, al pragmatismo que llevó a Roscio

a la convicción de que para lograr el cambio a favor de la Independencia son más importantes las creencias teológico-religiosas de toda la población iletrada que las ideas filosóficas ilustradas de solo una pequeña élite intelectual. Todo el pueblo era creyente católico y desde la primera infancia aprendía que «ir contra el Rey es ir contra Dios» (Ugalde en VV. AA., 2021: 109)¹⁴.

14 Del mismo autor, Luis Ugalde, ver: *El pensamiento teológico-político de Juan Germán Roscio*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2007.

Pero tal empresa no dejaba de resultar al menos quimérica, probablemente factible desde la esfera de la religión en su mirada hacia los valores y principios liberales, pero no a la inversa: no solo la tradición republicana se había desplegado por siglos sobre razonamientos políticos catalogables de laicos, sino que además su actualización en el liberalismo de los modernos establecía el principio de la separación entre política y religión, Estado e Iglesia, público y privado (Walzer, 2010). Por estas y otras razones, Castro Leiva (1995) plantea la interrogante: «¿cómo se puede ser republicano y católico teniendo que ser, al mismo tiempo, más o menos liberal? Nadie, que yo sepa, lo ha sabido responder hasta la fecha...» (*Obras II*, 2009: 445).

En su idea de soberanía, como atributo natural e inseparable de la nación, Roscio la perfila como el producto de una convención entre individuos, movidos por «sus inclinaciones sociales» y por el deseo de «aumentar su poder y fuerza, asociándose a sus semejantes», con miras a «vivir con plena seguridad en su persona y bienes» y «mejorar la suerte de sus destinos». Esa soberanía es el sustrato de una utilidad que ha de percibirse por el hecho de vivir en república, como espacio para el ejercicio de una libertad común, bajo la seguridad y garantías que ha de proveer su institucionalidad.

La soberanía convencional, fruto de la asociación entre una pluralidad de soberanías individuales, responde a una concepción contractualista, donde Roscio explica su idea del pacto a través de una metáfora que, más que ilustrar un proceso mercantilista, alude, a mi entender, al necesario espíritu de industria requerido en los ciudadanos de una república moderna: la condición de ciudadanos propietarios¹⁵. De acuerdo con Luis Castro Leiva (1996), «el *derecho*

15 Por propiedad ha de entenderse la capacidad del individuo para generar riqueza con base en su talento, su trabajo, su ciencia. En república, el tamaño de dicha riqueza ha de ser al menos lo suficiente como para sostenerse a sí mismo y ser garante de

natural del venezolano J. Germán Roscio puede proporcionar una primera refutación a Montesquieu: la primera república fundada en Caracas quiso concebirse como una *república liberal*, es decir, como una república de mercaderes» (*Obras* II, 2009: 485). En ese sentido, la libertad política está adherida a la autonomía personal de individuos capaces de valerse por sus propios medios, libres de relaciones de dependencia respecto a otro ente:

Se forman compañías donde cada socio pone por capitales aquellas virtudes intelectuales y corporales, que sirven de materia al contrato social... Ahora la voluntad general de los compañeros es la única regla que debe seguirse en la administración del fondo común, que resulta de la entrada de tantos peculios particulares... En ellas (las compañías)... entra el hombre con su industria y hacienda para adelantarla y enriquecerse más con sus ganancias... Los pactos de esta unión son las leyes constitucionales de la compañía. No serán ellas tales, ni obligatorias, si no han sido el producto de la razón y voluntad general de los socios... (Roscio, 1996: 28 y 30).

De allí se desprenden los límites de la llamada soberanía popular. Aun tratándose de la potestad política suprema, y derivando de ella misma su potencia legislativa, esa soberanía no está autorizada a promulgar cualquier tipo de norma, sino solo aquellas que promuevan la utilidad común, que sean inherentes a los principios de esta convención y que dicte la razón. Probablemente el punto más importante en esta concepción rosciana es su insistencia en que solo merece el nombre de ley «el producto de su razón ilustrada, y exenta

su autonomía. Sin embargo, la tradición republicana del humanismo cívico apuntó a pensar esa creación de riqueza en términos virtuosamente ambiciosos. Cada quien, cultivando sus facultades, habría de generar grandeza cívica a través de su capacidad productiva, lo cual no se restringe a bienes y servicios, sino al ámbito de lo sublime: filosofía, ciencia, artes, desarrollo del espíritu y del intelecto.

del influjo de los malos apetitos... sanción recta del entendimiento, que ordena lo bueno, y prohíbe lo malo».

En consecuencia, la propia naturaleza de la soberanía popular constituía un límite inviolable, que proscribía la eventualidad de degenerar en una dominación absoluta sobre los individuos, o en la promulgación de imposiciones contrarias al bienestar de la sociedad y de sus miembros. Mutar en semejante perversión equivaldría a reeditar la soberanía incuestionable del rey, solo que escenificada por nuevos actores políticos, igualmente tiránicos aun cuando contaran con la aclamación de la horda y del tumulto.

Haber incorporado esa precisión sobre los límites inquebrantables de esa potestad resultaba especialmente significativo, en tiempos en que el eco de la experiencia revolucionaria francesa falseaba la idea de soberanía popular, sedimentándola en algo probablemente peor que los despotismos hasta entonces conocidos, y dando lugar a una acumulación de poder popular dirigida a extinguir la libertad personal y a relativizar los valores y principios de la propia república.

Resonancia hoy de un (im)pertinente subtítulo

El significado del largo subtítulo con el cual Roscio rotuló su obra debe impactar a los ciudadanos de nuestra contemporaneidad. La frase es elocuente: «Es la confesión de un pecador arrepentido de sus pecados y dedicado a desagraviar en esta parte a la religión ofendida con el sistema de la tiranía». En ella hay un ejercicio del pensamiento crítico desde el cual el autor abandonó una concepción política que estuvo amalgamada por un supuesto dogma religioso, análoga aquella a ideologías actuales que funcionan como las religiones políticas del presente.

El único móvil que permite que un individuo transite hacia la superación del error es la búsqueda incesante de la verdad. Para Roscio, ese paso contó con la dificultad de distinguir en la religión católica nada menos que la consustancialidad con los principios republicanos que impulsan al individuo a llevar una buena vida, esto es, una vida en el ejercicio de la libertad común.

Si 200 años atrás fue posible someter las creencias religiosas al criticismo de reinterpretarlas y cuestionar las falacias políticas que pretendieron eternizarse con base en la fe, hoy la defensa de la república exige confrontar al fanatismo exaltado por las ideologías hostiles a la libertad que, a manera de religiones políticas, prohíben pensar. A Roscio lo perturbó «la manipulación de la fe para consolidar la tiranía» (Álvarez, 2020: 34) A sus conciudadanos de la posteridad debe perturbarlos precisamente la negación a pensar.

La «nueva Iliada» venezolana: *Canto a la Batalla de Carabobo*, de José Tadeo Arreaza Calatrava

Ana Victoria Lepage*

Francisco José Bolet**

Introducción

Canto a la Batalla de Carabobo es un poema épico en el cual su autor narra los hechos ocurridos en la histórica Batalla de Carabobo, acaecida el 24 de junio de 1821, y que fue decisiva para sellar la lucha independentista de Venezuela. El poema fue escrito en 1921 por José Tadeo Arreaza Calatrava, abogado, diplomático y poeta venezolano, de estilo modernista, nacido en Aragua de Barcelona el 24 de junio de 1882 y fallecido en Caracas el 1 de mayo de 1970.

* Culminó su formación académica y está próxima a recibir el título de licenciada en Idiomas Modernos por la Universidad Metropolitana. Obtuvo Mención Honorífica por su trabajo de grado titulado *Análisis de las representaciones discursivas del héroe, lo epopéyico y la patria en el discurso épico de «Canto a la Batalla de Carabobo» de José Tadeo Arreaza Calatrava* (2021). Es graduada de bachiller en Humanidades, con honores, en el Colegio San Ignacio de Loyola, Caracas.

** Doctor en Estudios del Discurso (Universidad Central de Venezuela: UCV). Magíster en Lectura y Escritura (Universidad Pedagógica Experimental Libertados-IPC). Magíster en Literatura Latinoamericana Contemporánea (Universidad Simón Bolívar). Diplomado en enseñanza del español como lengua extranjera (Universidad Católica Andrés Bello). Licenciado en Letras

Según Basilio Tejedor (1990), Arreaza Calatrava clasificaba muchos de sus poemas y cantos épicos con el nombre de «cantos civiles», porque estos se relacionaban con aspectos sociopolíticos de una nación, considerando al vocablo *político* de origen griego, como «civil, cívico, es decir, lo relativo al gobierno de la *polis* o ciudad-estado» (Tejedor, 1990: 113). Por otra parte, el poeta tenía un proyecto personal, que no concretó, relativo a editar un libro titulado *Cantos civiles*, tal como lo señaló en una oportunidad en *El Cojo Ilustrado* (1910). Sin embargo, para 1916 Arreaza ya no persistía en su idea, aunque quienes seguían su trayectoria continuaron empleando el término, como lo indica Tejedor, quien también lo utilizó para referirse al *Canto a la Batalla de Carabobo*. Es oportuno aclarar en cuanto al uso del concepto relativo a «cantos civiles» por parte de grandes poetas modernistas, que esta concepción no se limitó a ser utilizada por ellos tan solo en tópicos patrióticos y heroicos, sino también en temas nacionales (Tejedor, 1990: 113).

Canto a la Batalla de Carabobo comprende 25 pequeñas rapsodias, las cuales integran cuatro segmentos concatenados (Tejedor, 1990: 123 y ss.). El primero consta de las cuatro primeras partes (I-IV) que componen el inicio y en ellas el poeta narra su dificultad para hallar la inspiración que le conduzca a cantar la batalla, pero logra ese numen poético en hipóstasis con la Victoria, diosa romana del triunfo, preparándose así el lírico autor a dar comienzo al canto epopéyico. El segundo segmento, el más extenso de los cuatro, corresponde a las siguientes quince partes (V-XIX). En ellas

(UCV). Es coordinador adjunto de la Cátedra Unesco de Lectura y Escritura subse UCV. Fue coordinador (E) del Doctorado en Estudios del Discurso (UCV). Miembro de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso, de la que fue secretario general y delegado regional. Ha publicado libros, capítulos de libros y artículos de investigación. Es profesor a tiempo completo en el Departamento de Lingüística de la Universidad Metropolitana.

el poeta relata la histórica Batalla de Carabobo como un evento épico, inspirándose en *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, tal como Arreaza Calatrava lo señala en su poema. El tercer segmento tiene cinco partes (XX-XIV): trata sobre el desenlace de la contienda, coronado con el éxito patriótico y el consecuente nacimiento de la nueva patria independiente, expresado por el poeta con la Victoria, quien invita al vate a cantar la proeza patriótica y a expresar su visión de la gesta heroica, exaltando la figura de Bolívar, quien derrota y deja en fuga al bando realista. Por último, el cuarto segmento consta de una sola parte (XXV), un epílogo sencillo que refleja el deseo del escritor de expresar sus sentimientos poéticos relativos al canto. Discursivamente, *Canto a la Batalla de Carabobo* pertenece al género epidíctico y literariamente al género épico-narrativo, aunque su estructura se compone de estrofas y versos. Se trata de una epopeya heroica expresada como un canto de gesta, considerando la clasificación de géneros publicada por García y Huerta en 1992 (Calsamiglia y Tusón: 1999: 256).

El planteamiento postulado en esta investigación consiste en que el discurso lírico de Arreaza Calatrava, a través de las representaciones discursivas existentes en el *Canto*, crea sentidos, significados y simbolismos promotores de una determinada construcción y valoración de la identidad nacional, por lo cual tales representaciones poseen un valor ideológico para el imaginario nacionalista del venezolano al generar un espacio de creencias, identidad, integración, consenso, formas de acción y emoción social en torno a Bolívar, la patria y la gesta de Independencia, aspectos estos que pretenden ser «constitutivos y constituyentes» del mundo social (Jaramillo, 2012: 126). Desde esta perspectiva, además de representar un discurso literario, esta obra también traza un discurso ideológico. Considerando su carácter epopéyico y nacionalista, el objetivo de este capítulo es

analizar las representaciones discursivas de lo epopéyico presentes en el discurso poético.

Según Paz Castillo, en el prólogo de *Poesías* de Arreaza Calatrava, selección realizada por Oscar Sambrano Urdaneta que incluye el *Canto a la Batalla de Carabobo*, su obra es «una de las más fecundas y variadas con que cuenta la lírica venezolana» (Paz Castillo en Arreaza Calatrava, 1964: 23). Sin embargo, esa obra poética es prácticamente desconocida. Afirma también Paz Castillo que «José Tadeo Arreaza Calatrava es, sin duda, una de las voces más firmes de nuestra poesía modernista venezolana. Pero tuvo la mala suerte de llegar a su plenitud cuando esta tendencia comenzó a declinar» (Paz Castillo en Arreaza Calatrava, 1964: 9). De esta cita se desprende que Arreaza Calatrava es un poeta muy valioso, pero olvidado, aunque ciertamente dejó un gran aporte literario al modernismo, particularmente de Venezuela. Esta circunstancia conforma una importante motivación académica para estudiar su obra, pues significa un aporte significativo a la literatura y a la exaltación de la cultura patria.

De acuerdo con la investigación bibliográfica llevada a cabo, son muy escasos los análisis literarios sobre la obra de Arreaza Calatrava y no se encuentran investigaciones sobre sus escritos realizadas desde los estudios críticos del discurso, aun siendo particularmente este canto poético una pieza fundamental en la construcción literaria del imaginario epopéyico nacional. Existen algunos trabajos dedicados al poeta, entre los que destaca la tesis doctoral de Basilio Tejedor titulada *José Tadeo Arreaza Calatrava y su manuscrito de El héroe*, cuyo objeto central se enfocó en la transcripción del manuscrito, aportando además interesantes datos biográficos y de recopilación de obras dispersas del autor, con comentarios breves y críticos de gran interés (Tejedor, 1990: 10). También se cuenta con el estudio sobre el poeta desarrollado por Alejandro Madero (2018), titulado *Premios*

nacionales de cultura literaria. José Tadeo Arreaza Calatrava, que recoge una breve reseña de su lírica.

Por ello, el análisis del *Canto a la Batalla de Carabobo*, desde la perspectiva de los estudios del discurso, constituye un abordaje novedoso y necesario de la poesía de este insigne escritor venezolano, ya que se espera poder brindar un aporte al conocimiento académico de su obra. Valga añadir que el *Canto* fue merecidamente una obra galardonada en 1921 por la Academia Nacional de la Historia como «El Mejor Canto a la Batalla de Carabobo». A su vez, José Tadeo Arreaza Calatrava fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura, mención Poesía, correspondiente al bienio 1963-1964, siendo así ratificada su figura como la de un venezolano notable dentro de las letras nacionales.

Este año 2021 se celebra el bicentenario de la Batalla de Carabobo y el centenario del *Canto a la Batalla de Carabobo*. Por otra parte, el 24 de junio de 2021 se cumplen 131 años del natalicio del insigne escritor, lo que resulta un marco temporal apropiado para la presentación de esta investigación como un homenaje a ese gran poeta. Ya en 1921, en ocasión de haber sido premiado el *Canto a la Batalla de Carabobo* en el concurso abierto a la sazón para celebrar el centenario de esta «gloriosa batalla de Bolívar» (Arreaza Calatrava, 1964: 14), Paz Castillo, en *Poesías*, señaló la oportuna existencia del canto. Es importante destacar, en relación con la importancia de esta obra y la necesidad de estudiarla, que Arreaza Calatrava falleció el 1 de mayo de 1970 y cuatro días después, el 5 de mayo del mismo año, la *Gaceta Oficial de la República de Venezuela*, N° 29.207, lo destaca como una figura histórica de interés. Por tal razón, el Senado del Congreso Nacional consideró: «Segundo.— Expresar el voto entusiasta por la mejor divulgación de su obra conocida e inédita» y arguyó asimismo «Que el extinto no solo consagró su vida a las letras, con especial acento a la poesía épica y civil, sino que también

se opuso virilmente a la opresión, con el consiguiente sufrimiento de penurias, destierros y cárceles» (*Gaceta Oficial* N° 29.207, 1970).

El presente trabajo es parte de una investigación más amplia, llevada a cabo por Ana Victoria Lepage y dirigida por Francisco José Bolet, presentada en el año 2021 como trabajo de grado (Lepage, 2021) para optar por el título de licenciada en Idiomas Modernos por la Universidad Metropolitana.

Por último, este estudio posee en el ámbito personal un valor particular y familiar para Ana Victoria, como bisnieta de José Tadeo Arreaza Calatrava. En tal sentido, la investigación resultó ser un encuentro con sus raíces familiares, patrióticas y líricas.

Fundamentos teóricos y metodológicos

Para esta investigación se adoptó una perspectiva cualitativa basada en las categorías teóricas metodológicas del enfoque sociocognitivo de análisis crítico del discurso desarrollado por Teun A. van Dijk (1999, 1996, 2003, 2005) y en las categorías de la teoría de la valoración planteadas por Kaplan (2004: 52-78), específicamente las que corresponden al dominio de la *actitud*, que es aquel en el que «se incluyen los significados por los cuales los textos o hablantes atribuyen un valor o una evaluación intersubjetiva a los participantes y a los procesos» (Kaplan, 2004: 60). Para la aplicación de estos enfoques se acogió la actitud crítica de Doubrovski cuando prescribe la necesidad de «ir de la obra al autor para volver sobre la obra; y no ir del autor a la obra para quedarse y cerrarse en el autor» (Doubrovski en Tejedor, 1990: 466).

El canto fue clasificado como un discurso épico del género epidíctico. A este respecto Tejedor (2006), en su artículo *El discurso*

épico colonial, señala que los textos propiamente épicos se refieren a gestas de carácter heroico, batalladoras, repletas de nacionalidad, increíbles o llenas de mitos, tal como sucede en las epopeyas del mundo (75-92). Con base en estas afirmaciones de Tejedor, el discurso épico se puede definir como un relato en el cual se narran gestas heroicas envueltas en hazañas increíbles y propias de una nacionalidad. Según Perelman y Olbrechts-Tyteca (2009), el género epidíctico se originó en la Antigüedad clásica, siendo la retórica griega la interesada inicialmente en su estudio y en la determinación de la intención de su discurso, el cual discurre entre elogiar o vituperar, a la vez que propone resaltar ciertos valores no dependientes de la argumentación, sino de la estética del discurso, la cual permite a tales valores transformarse en verdades mediante la unanimidad social. Estos autores ilustran las características del género epidíctico, en términos de:

...un orador solitario que, con frecuencia, ni siquiera aparecía ante el público, sino que se contentaba con hacer circular su composición escrita, presentaba un discurso al que nadie se oponía, sobre temas que no aparecían dudosos y de los que no se sacaba ninguna consecuencia práctica (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 2009: 95).

Canto a la Batalla de Carabobo es un extenso poema que forma parte del libro *Poesías*, publicado en 1964 por el Ministerio de Educación de Venezuela como parte de la Colección Biblioteca Popular Venezolana, volumen 98. La recopilación y selección poética de esta obra de José Tadeo Arreaza Calatrava estuvo a cargo de Oscar Sambrano Urdaneta y el prólogo fue escrito por Fernando Paz Castillo, como antes se apuntó. En su totalidad, el *corpus* de estudio proviene de esta obra.

Marco histórico y contextual

El camino histórico hacia la independencia hispanoamericana rompió definitivamente las cadenas de España y su sistema colonial, instalado desde el siglo XVI. Según Mudarra (1991: 127 y 128), este ciclo epopéyico de la independencia venezolana se divide, en primer lugar, en los movimientos preindependentistas. En segundo lugar, en los alzamientos de los criollos españoles orientados a incorporar su liderazgo al proceso emancipador (1808-1809) y, en tercer lugar, en el período cívico-constitucional (1810-1812) y la consiguiente creación de la Primera República y la primera Constitución Nacional. El ciclo militar de la Independencia abarca desde la Segunda República (1813-1814) hasta la transición, que concluye con la Batalla de Carabobo en 1821, la cual selló la etapa final del proceso de la Independencia de Venezuela. Es necesario indicar que entre 1822 y 1826 se sucede una cúspide heroica en América, y para 1830, al disolverse la Gran Colombia, se cierra institucionalmente esta cuarta etapa del ciclo epopéyico independentista venezolano. En este marco, «la victoria lograda (...) fue decisiva para la liberación de Caracas y del resto del territorio venezolano» (Briceño, 1988: 557).

La Batalla de Carabobo ocurrió el 24 de junio de 1821 en las colinas de Carabobo, cerca de la ciudad de Valencia. De acuerdo con Briceño (1988: 556-558), el general en jefe por parte del ejército realista, Miguel de la Torre, se presentó como el oponente defensor de la corona española en contra de las tropas del general Simón Bolívar, quien comandó al ejército patriota republicano. La primera maniobra en la gesta proviene del general en jefe de los realistas, quien decide rodear al ejército de Bolívar, pero no logra su cometido, pues el Libertador logra reconocer la táctica y cambia su dirección al ala derecha del ejército realista, la cual se encontraba al descubierto, pero De la Torre, al darse cuenta de ello, toma la decisión de enviar al Batallón Burgos al norte, y este lucha contra el Batallón Bravos de

Apure, dando lugar al primer enfrentamiento, el cual termina con el retroceso de los realistas. Al final, a pesar de los refuerzos de otros batallones, los españoles emprenden la retirada al verse atacados por el frente y por la derecha por la infantería y la caballería de Bolívar.

Construcción del imaginario nacional en la cultura del siglo XIX en Venezuela

Para el desarrollo de la presente investigación resultó oportuno acercarse someramente al sector intelectual y a la cultura venezolana imperante en el siglo XIX, que se relaciona con la época de la Independencia y su etapa posterior, siendo esta fundamental en la creación de un imaginario de lo nacional asociado a la gesta militar. Al respecto, Urbina Pimentel (2017) señala:

Durante el siglo diecinueve, [surge] el comprometido aporte del sector intelectual, a través del desarrollo del arte, en las disciplinas de literatura, pintura y escultura para forjar las bases de un imaginario cultural republicano, que permite el reconocimiento y afianzamiento de un ideal nacional, simbolizado en el sentimiento colectivo de la venezolanidad (163).

Aunque *Canto a la Batalla de Carabobo* fue escrito en el siglo XX, su arte poético procede del siglo XIX, particularmente de la corriente modernista, la cual guardaba estrecha relación con el romanticismo: «puesto que hoy ya es evidente que el modernismo mantuvo muchos elementos constitutivos del romanticismo» (Tejedor, 1990: 469). Por otro lado, nuestro país apenas era centenario y reforzar la idea de nación resultaba valioso para construir un imaginario que diera a los venezolanos una nación con identidad e historia propias,

junto con los aportes de la intelectualidad y de artistas de la época que impulsaran ese imaginario de la venezolanidad.

En lo que respecta a la pintura y la escultura venezolanas de fines del siglo XIX, para forjar la nacionalidad venezolana, estas manifestaciones artísticas se salen del esquema sacro y pasan en la época posindependentista, a la pintura que enaltece la gesta y los héroes civiles y militares de la emancipación, a través de las representaciones estéticas de batallas independentistas creadas por nuevos autores, como por ejemplo Martín Tovar y Tovar, quien plasmó su obra pictórica «La Batalla de Carabobo» en el Salón Elíptico del Palacio Federal. En cuanto a la escultura, se termina la tradición de la época colonial de trabajar en tallas religiosas y se le rinde homenaje a Bolívar, a raíz de la llegada a Caracas de sus restos el 17 de diciembre de 1842. Así, se procede a la elaboración de esculturas del padre de la patria, como por ejemplo las realizadas por los artistas italianos Pietro Terenani y Adamo Tadolini, entre las que destacan las de este último, autor de la estatua ecuestre del Libertador colocada en la plaza Bolívar de Caracas por encargo de Guzmán Blanco.

Sobre la literatura del siglo XIX, Zanetti y Manzoni (2003) resaltan la importante escritura epistolar de Simón Bolívar de la época de la Independencia, aunque propiamente la narrativa venezolana surge hacia finales de siglo, con un estilo orientado en lo fundamental al romanticismo y mediante el cual se comienza a desarrollar la identidad nacional. Sus representantes son: «Eduardo Blanco, Manuel Vicente Romero García, Juan Antonio Pérez Bonalde y Fermín Toro, entre otros» (Urbina, 2017: 166). De este conjunto de escritores resulta de interés destacar a Eduardo Blanco y su *Venezuela heroica*, publicada por primera vez en 1881 y luego en 1883, porque en esta obra se «describe la epopeya venezolana de la guerra emancipadora, cargada de poesía y subjetividad con un interés manifiesto por encender el patriotismo entre sus contemporáneos, lo cual va a trascender a

generaciones posteriores» (Urbina, 2017: 166). *Venezuela heroica* fue la base de inspiración histórico-romántica de Arreaza Calatrava para crear su *Canto a la Batalla de Carabobo*.

José Tadeo Arreaza Calatrava

En el primer tomo del *Diccionario de historia de Venezuela* de la Fundación Polar, Tejedor (1988: 204) presenta una breve biografía del poeta José Tadeo Gregorio de Jesús Arreaza Calatrava, señalando su nacimiento el día 24 de junio de 1882, de acuerdo con su partida de bautismo (Tejedor, 1990: 19) y su fallecimiento el 1 de mayo de 1970.

Arreaza Calatrava fue hijo del militar, político y general Diego Arreaza Monagas y de Petronila Calatrava Matute. Inició sus estudios de primaria y secundaria en su pueblo natal, Aragua de Barcelona, estado Anzoátegui, donde se graduó de bachiller en el Colegio Federal del lugar en 1898. Posteriormente, el poeta optó por estudiar Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela, en 1900. Al cabo de un tiempo, en 1906, expuso su tesis doctoral con el título *Recurso de casación en Venezuela*, y obtuvo así el título de doctor en Ciencias Políticas, en el año 1907, lo cual le permitiría ejercer el Derecho como abogado.

Fue colaborador desde 1902 en *El Cojo Ilustrado*, como poeta, prosista y dibujante. También fue cónsul de Venezuela en Santander (1909-1912), donde inició la publicación de sus obras líricas en 1911, entre ellas, *Canto a Venezuela*, y luego su primer poemario titulado *Cantos a la carne*. Entre 1912 y 1914, Arreaza Calatrava fue encargado del consulado de Venezuela en Ámsterdam. En ese tiempo publicó en París su segundo libro bajo el título de *Odas. La triste y otros poemas* (1913). Después de esta experiencia europea en donde

conoció a escritores y artistas de la talla de Rubén Darío, Marcelino Menéndez y Pelayo, Sara Bernhardt, Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno y otros, el poeta regresa a Venezuela en 1915, y se dedica a escribir poesía, al ejercicio de las leyes y a su labor de juez, la cual desempeña en distintos lugares de la geografía venezolana como «Zaraza, en Ciudad Bolívar, en Tucupita, en Margarita y en Caracas» (Tejedor, 1988: 204), y a colaborar en periódicos notables como *El Universal*, *La Revista*, *El Nuevo Diario*, entre muchos más.

En 1916 Arreaza Calatrava ganó el certamen literario correspondiente a la celebración del Primer Centenario del Congreso de Angostura, con su poema «19 de Abril». En 1921 obtuvo el primer premio en el concurso con motivo del centenario de la Batalla de Carabobo, promovido por la Academia Nacional de la Historia, con su *Canto a la Batalla de Carabobo*. En 1965 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, mención Poesía, correspondiente al bienio 1963-1964, por su labor como poeta épico.

Su posición antigomecista le trajo serias consecuencias porque Arreaza Calatrava fue el abogado defensor de ciertos civiles y militares implicados en una sublevación desarrollada por el grupo de la «Generación del 28». De modo que el 7 abril de 1928, el poeta fue encarcelado en la prisión La Rotunda, hasta 1931. Nuestro autor fue considerado por la resistencia gomecista como candidato a integrar la Junta de Gobierno ante la posible caída de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Dada la noble lucha del poeta por la vigencia de un sistema de gobierno libre de dictadura para los venezolanos,

Él, en gran parte tal vez por su misma epopeya de poeta idealista y quijotesco, jamás abdicó de sus altos ideales de justicia y libertad, y por ellos arriesgó su vida y perdió su salud, sin recibir a cambio apenas compensación alguna de la política (Tejedor, 1990: 468).

Durante sus años de cárcel sufrió torturas, así como la pérdida de su padre y otras preocupaciones familiares que le trajeron como consecuencia perturbaciones mentales que lo llevaron a quedar impedido. Por tal circunstancia fue excarcelado, pero el insigne hombre de letras «no pudo dedicarse más a [la] labor literaria, profesional o política» (Tejedor, 1990: 468). Con el objeto de mejorar su salud, Arreaza Calatrava marchó al exilio y se internó en un sanatorio en Trinidad, para regresar a Venezuela tras el fallecimiento de Gómez. En 1962, debido a su delicado estado físico, fue trasladado al «Hogar Clínica Santa Ana» (Tejedor, 1990: 129) en Los Chorrros, Caracas, donde permaneció retirado hasta su fallecimiento en 1970.

«Certamen sobre el mejor Canto a la Batalla de Carabobo»

En 1921, el gobierno nacional dictó el «Decreto por el cual se elabora el programa para la celebración del Centenario de la Batalla de Carabobo» para festejarlo apropiadamente con «todos los actos programados desde el día 23 de junio hasta el día 5 de julio» (Tejedor, 1990: 45). Para el último día, el programa prescribía: «5º, Velada Artístico-literaria en el Paraninfo de la Universidad, en el cual se Publicará el veredicto del Jurado nombrado por disposición especial para el Certamen sobre el mejor Canto a la Batalla de Carabobo y adjudicación del Premio correspondiente» (Tejedor, 1990: 45). La organización de este último punto le fue asignada a la Academia Nacional de la Historia por parte del Ministerio de Instrucción Pública. Siguiendo las reglas, dadas a conocer por la prensa, Arreaza Calatrava inició en la ciudad de Los Teques, donde residía, la elaboración y progreso de su canto, pero también compartió su arduo esfuerzo con aquel en quien más confiaba, su amigo Fernando Paz Castillo, quien relató:

José Tadeo Arreaza Calatrava, solitario y lleno el pensamiento con su propia poesía. Y me dijo entonces que preparaba un poema a la Batalla de Carabobo para concurrir a un certamen que se anunciaba con motivo del centenario del glorioso acontecimiento. Y cuando esto pronunció, los ojos ya húmedos por la emoción se llenaron de lágrimas menos sosegadas, como solía acontecerle a medida que hablaba, si nobles sentimientos, de ira o de dolor, sacudían su espíritu (Tejedor, 1990: 46).

Y así, prosiguió cada tarde Arreaza Calatrava compartiendo con Paz Castillo sus nuevos pasajes y correcciones. En concreto, el poeta «dispuso de poco más de dos meses para elaborar (...) su *Canto a la Batalla de Carabobo*» (Tejedor, 1990: 45). Y finalmente, el canto resultó «una creación bien elaborada y acrisolada» (Tejedor, 1990: 47), que lo condujo a ganar sobre las otras 19 composiciones competidoras, de acuerdo con el criterio de los cinco miembros del jurado del certamen: Manuel María Villalobos, Lisandro Alvarado, Felipe Valderrama, A. J. Calcaño Herrera y J. R. Ayala, quienes después de estar reunidos los primeros cuatro días del mes de julio de 1921 en la biblioteca de la Academia Venezolana, consideraron el *Canto* de Arreaza Calatrava como el mejor de todo el concurso.

Luego del veredicto, ofrecido el 4 de julio y publicado el 7 de ese mes de 1921 en *El Nuevo Diario*, se procedió a celebrar el éxito del insigne escritor en el Paraninfo de la Universidad Central, «con objeto de adjudicar el premio al poeta laureado en el Certamen» (Tejedor, 1990: 48). El evento quedó registrado históricamente en el Libro de Actas de la Academia Nacional de la Historia. Allí se habla sobre «la brillantez del acto artístico-literario» (Tejedor, 1990: 48) y se le entregó al poeta un sencillo diploma. En la premiación pública el jurado denominó al numen del poeta con una frase de su canto: «Dios de las aras de la Patria mía» (Tejedor, 1990: 48).

Representación discursiva de lo epopéyico en *Canto a la Batalla de Carabobo*

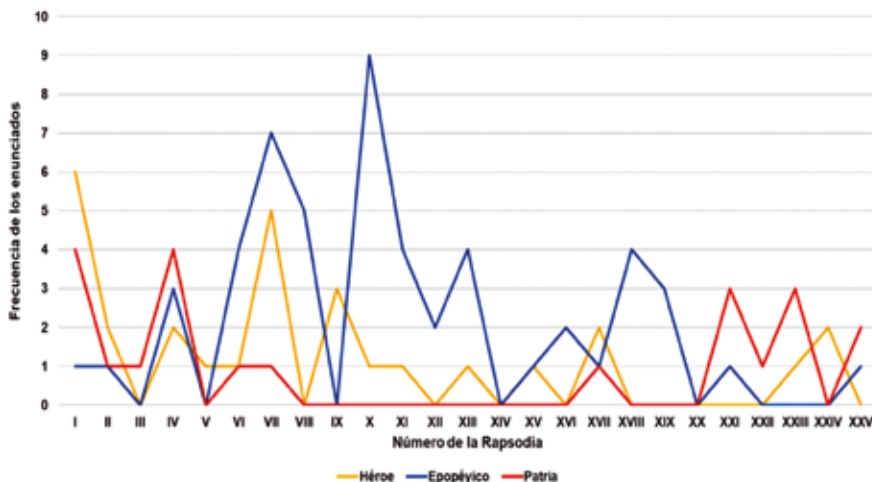
A continuación, se presentan los resultados obtenidos de la investigación sobre las representaciones discursivas de lo epopéyico en *Canto a la Batalla de Carabobo*. Como puede observarse en el Gráfico 1, las representaciones discursivas de lo epopéyico, ofrecidas con la línea de color azul, son las más numerosas y corresponden fundamentalmente a la segunda parte del canto, la cual abarca 15 rapsodias que se inician en la V y concluyen en la XIX, con la derrota realista y el triunfo patriótico.

En estas rapsodias el poeta, más que como un historiador, se presenta como un retransmisor épico del canto, como quien guarda y recrea la memoria de un pasado heroico, fundacional de la nación, atendiendo a la particular visión de la batalla presentada ante él por la diosa Victoria, quien en el trabajo se encuentra en hipóstasis imaginaria con el poeta Arreaza Calatrava. Esta diosa aparece como la figura mitológica que le proporciona la visión que requiere el escritor para describir con su pluma la batalla, de confrontación infernal pero necesaria, para alcanzar la independencia de Venezuela y fundar la patria naciente del sacrificio. Al respecto, comenta Tejedor:

Es así como el poeta, sumido en hipóstasis por la Victoria, a quien guía a su vez el alto Numen, renueva y revitaliza el recurso de la innovación que, a partir de Homero, ha sido el inicio obligado de toda epopeya (Tejedor, 1990: 124).

El Gráfico 1 presenta la frecuencia de los enunciados mediante los cuales se construyen las representaciones discursivas del héroe, lo epopéyico y la patria, desplegadas en las 25 rapsodias del canto épico en las que el autor le canta a la batalla entre los bandos enfrentados, en relación con cada una de las categorías de análisis que se consideraron.

Gráfico 1. Frecuencia de los enunciados de las representaciones discursivas del héroe, lo epopéyico y la patria en el *Canto a la Batalla de Carabobo*.



Como puede observarse, en la primera parte del poema, entre las rapsodias I y la IV, se encontraron cinco representaciones de la batalla en términos de lo epopéyico. Luego, entre la rapsodia V y la XIX, que constituyen la segunda parte del canto, se totalizaron 46 representaciones de la misma naturaleza. Esas referencias son significativas, no solo en términos numéricos frente a las otras, sino también por su particular contenido, ya que en ellas se describe propiamente el desarrollo de la Batalla de Carabobo.

De acuerdo con el gráfico, en la descripción literaria de la batalla resaltan dos grandes picos: el primero va desde la rapsodia VI hasta la VIII: en ellas el poeta narra el inicio de la confrontación militar y la organización del ejército patriota encabezado por los llaneros del Batallón Bravos de Apure, batallón insignia de la Primera División patriota; también se exalta en el discurso el esfuerzo y el sacrificio inicial del bando de Bolívar. El segundo y tercer pico van desde la rapsodia X hasta la XIII: en ellos el foco del discurso descriptivo

y evaluativo se coloca en la resistencia patriota ante el encarnizado ataque realista, en el horror de la batalla, en los esfuerzos de la Legión Británica, el peor momento del ejército patriota en la contienda, la ya mítica confrontación llanera en el campo, determinante para el triunfo patriótico gracias a la resistencia y bravura de los llaneros. Forman parte de esta sección del canto la embestida de las otras dos divisiones patriotas para vencer a los realistas. Aquí surge otro pico en la rapsodia XVIII, producto de la resistencia del último bastión realista, el Batallón Valencey, derrotado por la fiereza llanera y la valentía del bando patriota. Hacia la rapsodia XX decae lo epopéyico con la derrota realista, y en la tercera parte del canto, constituido por las rapsodias que van de la XX a la XXIV, aparece una sola referencia, al igual que en la última parte del canto y en el cierre, que ocurre en la rapsodia XXV, solo para dar paso a la exaltación de lo heroico y lo grandioso. Estos primeros datos dan cuenta del peso simbólico que en el contexto del poema Arreaza Calatrava le asigna a la gesta militar, al sacrificio, al esfuerzo y empeño colectivos, símbolos a su vez de la nación emergente, en la construcción literaria del imaginario nacional independentista.

Denominaciones de la Batalla de Carabobo

Las denominaciones que Arreaza Calatrava utiliza para hacer referencia a la Batalla de Carabobo dan cuenta de las maneras en que el autor representa y evalúa la contienda. Algunos de los nombres más relevantes que se encontraron en el poema son «Carabobo» (con cinco apariciones que representan el 25 %); «Batalla» (2/10 %); «Epopéya» (2/10 %); «infierno», en un caso empleado como sustantivo y en otro como un adjetivo (2/10 %). Adicionalmente, otras denominaciones representan la batalla como una nueva «Iliada», épica hermosa, bárbara aventura, batalla de gigantes, lid de atletas, militar faena,

contienda, olímpica faena y épica armonía, las cuales tuvieron en cada caso una sola aparición equivalente al 5 %.

La denominación más empleada por el poeta para cantarle al estilo homérico a la batalla que le dio patria a los venezolanos es la de «Carabobo», topónimo de las colinas que nombran el lugar geográfico donde ocurrió la contienda. Carabobo es para Arreaza Calatrava el lugar sagrado donde vislumbra el sonido de la lucha, la confrontación militar, la muerte, el brillo de la espada de Bolívar y la derrota de la tiranía española. Carabobo también es para el autor del *Canto* el símbolo de un ejército patriótico valeroso, con una caballería osada, valiente y formidable, la cual es decisiva para alcanzar el triunfo de la Gran Colombia, apoyada en todo momento por los designios de Dios.

Considérense los siguientes ejemplos: «¡Carabobo! repite resonante ese clarín gigante»; «¡Carabobo!, claman la tierra, el mar...»; «¡Carabobo despierta!»; «Presente el día de Carabobo, su astro reverbera, en la espada que hirió la Tiranía»; «Carabobo combate por nosotros, e hinchado el pecho valeroso escucha» (Arreaza Calatrava, 1964: 145-192)¹. Resaltan en este tipo de representaciones el uso y la forma vocativa en que el poeta se dirige al lugar geográfico, humanizándolo, exaltándolo y animándolo a la acción. En este sentido, Carabobo está construido como una entidad y como un agente más de las acciones bélicas de los patriotas. De este modo, el topónimo es humanizado, es uno más de los patriotas.

Otra importante denominación recurrentemente empleada por el poeta para celebrar la inmortalidad de la gesta épica, así como su brillo en las páginas de la historia patria, es justamente la palabra «batalla». En este caso el vocablo alude a la confrontación, a la lucha armada, a la lucha cuerpo a cuerpo entre los enemigos. La Batalla

1 En adelante, las citas del *Canto a la Batalla de Carabobo* pertenecen a esta obra: Arreaza Calatrava, 1964.

de Carabobo, aunque terrible, representa el paso necesario y trágico hacia la gesta, pero al mismo tiempo es la acción misma que llevaría a la victoria. La batalla, es en este sentido un crisol purificador del nacimiento de la patria, con el fuego, la sangre y el sacrificio de los patriotas. Algunos versos de interés en los cuales se ilustra el uso de esta denominación, son los siguientes: «La prócer lira, / que entre mis manos reverentes calla, / rompe a vibrar y al Numen que me inspira, / también celebra la inmortal Batalla»; «al resplandor de su inmortal Batalla».

La «Epopéya» representa la hazaña, la proeza fantástica y sangrienta en donde los llaneros, montados sobre sus caballos y atacando fieramente a los regimientos realistas, destacan debido a su bravura y habilidad con la lanza. La denominación de la Batalla de Carabobo como epopeya da cuenta del sentido de grandeza que inmortaliza la lucha cuerpo a cuerpo, el sufrimiento y la muerte de los patriotas en el fragor de la batalla. Es la acción colectiva del pueblo y de la nación que vendrán, pero que aún no existen; es la dura faena nacional que le otorga sentido de trascendencia y de gloria a la batalla, al combate, a la muerte, al héroe, a la patria. Lo epopéyico es también el tránsito, el vínculo simbólico y transcendental entre las acciones colectivas de los patriotas, guiados por la genialidad del héroe, por un lado, y el nacimiento de la patria imaginada por los venezolanos, por el otro lado, cuando se alcanza la victoria y con ella la gloria.

Empújalos en número menguado
contra tantos jinetes; pero, ahora,
al sol de la Epopeya ensangrentado,
y del futuro ante la blanca aurora,
ese pequeño grupo crece y crece,
no en número, ¡en audacia vencedora!

La «nueva Iliada» vincula la Batalla de Carabobo con el discurso y la visión homérica que el poeta utiliza para destacar a Bolívar entre los héroes épicos de la mitología griega por su genio y arrojo militar en la América, particularmente la andina. Cuando el poeta se refiere a los bronce de la «nueva Iliada», relaciona el bronce con las épocas heroicas antiguas, con la gloria de una tradición clásica y mitológica en la que el hierro aún no había hecho su aparición. Además, la referencia homérica crea una igualdad entre la gesta clásica y la desarrollada por los venezolanos. En este sentido, el discurso de Arreaza Calatrava, al remontarse a la cuna de los cantos épicos del mundo clásico, construye un lazo de identidad con esa mitología, como puede observarse en la siguiente estrofa:

—¡Oh tú, el más grande
de los Libertadores, tú, el Vidente,
tú, el Guerrero triunfal! La Musa homérica
sigue tu nombre, se remonta al Ande,
glorifica a tu América
sobre los bronce de la nueva Iliada:
mientras sigue agitando sin reposo
las entrañas del Tiempo, el milagroso
¡Demiurgo de tu genio y de tu espada!

En definitiva, las denominaciones de la Batalla de Carabobo, sus significados y la simbología que se le conecta, permiten dar cuenta de algunas características relevantes de lo epopéyico en el *Canto a la Batalla de Carabobo* de José Tadeo Arreaza Calatrava. En tal sentido, lo epopéyico en el discurso se asocia con la exaltación de un héroe fundamental y fundacional, Simón Bolívar, poseedor de extraordinarias cualidades, quien realiza hazañas militares y está rodeado de hechos sobrenaturales; se relaciona con dioses, semidioses, personajes

mitológicos, y otros héroes de segundo orden. Lo epopéyico también está constituido por la representación de una gran y esencial batalla, la de Carabobo, cuya existencia es vital para alcanzar la patria, y en la cual el héroe desarrolla sus proezas.

Lo epopéyico hace referencia también a la lucha intensa de dos bandos que se enfrentan ferozmente, patriotas y realistas, cuyas ideas y cuerpos chocan entre sí, pero en la que los llaneros, como guerreros diestros en los combates y designados por Dios para triunfar en la batalla guiados por Bolívar, están dispuestos a dar la vida por su patria. La contienda simboliza una epopeya heroica recitada en ese canto de gesta. La trascendencia de la Batalla de Carabobo es merecedora del estatuto de una «nueva Iliada», quizás equivalente en el imaginario literario del poeta venezolano, a la última batalla de la guerra de Troya. Arreaza Calatrava narra su *Canto a la Batalla de Carabobo* al estilo homérico, en verso, detalladamente, como un narrador omnisciente, un vidente y un retransmisor épico, relatando una epopeya nueva, la venezolana, pero bajo el molde del discurso épico grecolatino clásico.

La representación de lo epopéyico conlleva la exaltación de lo colectivo y de cualidades heroicas de la ambición patriótica del venezolano y de su cultura nacionalista representada en sus héroes, batallas, símbolos patrios y su religión. Se exaltan los valores de la libertad, el amor a la patria, la valentía, el honor, la perseverancia y la fe. De esta manera el canto épico, como lo fueron también la *Iliada* y la *Odisea* en la cultura griega, constituye una invaluable composición didáctica e ideológica, en tanto promueve una determinada forma de valorar la historia en el marco de un imaginario nacional asociado con el establecimiento de la figura de Simón Bolívar como el héroe máximo venezolano, y a la patria como el lugar de pertenencia conquistado por las armas y el sacrificio colectivo. La Batalla de Carabobo es finalmente representada como un espacio de lucha entre el bien y el mal, que en consecuencia trae el nacimiento de la patria

independiente y acrisolada, en tanto que, como dice el poeta: «Es conquista la guerra, pero a veces también es libertad». Es importante señalar que *Canto a la Batalla de Carabobo* lleva la intención de que la historia y la simbología de la gesta sobrevivan en el tiempo en el imaginario nacional.

Estructuras lingüísticas y retóricas

Algunos de los aspectos lingüísticos más resaltantes del poema, en el léxico asociado a lo epopéyico, corresponden al uso de vocablos pertenecientes al idiolecto literario homérico empleados en la descripción de actos heroicos durante la batalla, así como a la recurrencia a temas dantescos y bíblicos (Tejedor, 1990), aunado a su característico lenguaje formulario, sin olvidar el toque modernista de Arreaza Calatrava, como retransmisor de la epopeya, a fin de crear en el imaginario del pueblo venezolano la «nueva Iliada».

El uso de estos términos y expresiones de resonancia homérica se puede apreciar en la utilización de palabras grecolatinas y de la retórica clásica cargada de adjetivaciones hiperbólicas y referentes de la mitología clásica, como puede observarse en los siguientes versos del *Canto*:

...el casco fulgurante
de Apolo se oscurece
entre nubes de polvo y el gigante,
bárbaro choque retumbando acalla
el clamor infernal de la batalla.

En este enunciado, la intensidad y el fragor de la contienda en el campo de batalla se metaforiza en la oscuridad del polvo y de los gritos que hacen del enfrentamiento una infernal escena donde la luz

que emana el brillo característico del casco de Apolo se encuentra oscurecida por nubes de polvo.

Dos figuras presentes en esta retórica y también en el estilo de *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, muy recurrentes en el *Canto a la Batalla de Carabobo*, son el *hipérbaton*, estrategia que consiste en la alteración del orden sintáctico de las palabras con la finalidad de crear un lenguaje poético capaz de realzar la sonoridad y la rítmica entre los versos, y el *epíteto*, que a su vez consiste en el uso de adjetivos para subrayar una característica o cualidad del sustantivo. Estas dos figuras se combinan para crear un efecto estético en el discurso, y no solo descriptivo, como en «los hispanos escuadrones», «el tenebroso aullido», «el bélico alarido», «medroso desconcierto». Ambas figuras tienen el propósito de crear un efecto estético y rítmico con los que se pretende exaltar los elementos ornamentales que acompañan la descripción del ambiente bélico, los objetos, las acciones o a los ejércitos. Considérese la siguiente estrofa: «Mis alas tiendo sobre la Llanura, / y al verme los hispanos escuadrones, / vacilan en medroso desconcierto».

Con propósitos estéticos similares resalta el uso de la *hipérbole*, empleada para exagerar las descripciones, como en el caso siguiente: «el golpe mortal», que corresponde a una amplificación del significado mediante el cual se da a entender que con una sola acción de gran magnitud por parte de los patriotas se podía eliminar de una vez a todos los realistas. Es también el caso de «libertador será de esos hermanos», como si la muerte del bando realista los liberara de las ataduras monárquicas a las cuales muy probablemente les eran fieles. La última *hipérbole* extiende en el tiempo la relevancia y los resultados de los actos de los patriotas con respecto a la magnitud histórica de la batalla, cuando el poeta señala que la contienda «resonará en los tiempos más lejanos» en el siguiente enunciado: «¡El golpe / mortal que asestaréis a los tiranos / libertador será de esos hermanos / aún

sometidos a coyunda impía, / y abatiendo la vieja tiranía, / resonará en los tiempos más lejanos!».

Mediante la *metáfora* el poeta construye representaciones de lo épico de la batalla en las cuales se intenta elevar la trascendencia y gloria de la contienda. En el enunciado que se coloca al final del párrafo se establece una relación explícita de identidad al asociarse en la misma unidad semántica dos términos opuestos como «infierno» y «gloria». Así, el infierno, lo trágico y cruel de la muerte en la batalla se asimila a la gloria de la victoria y la libertad: «¡Ese infierno es la gloria!», dice el poeta, buscando así justificar lo dantesco de la contienda como el único camino hacia la gloria triunfal para los patriotas en contra de los realistas: «¡Ese infierno es la gloria!... ¡En la batalla / mueren los hombres con mil muertes! ¡Nunca / se cansan de morir! ¡Ni encuentra valla / su sed de eternidad!». La *metáfora* da sentido de trascendencia a la muerte como un acto de entrega en honor a la patria.

Con la *prosopopeya* al servicio de la representación discursiva de lo epopéyico, se da vida en el canto a la intervención y personificación de entidades inanimadas que se unen al ejército de patriotas para batallar por la libertad. En el siguiente ejemplo, «Carabobo», el lugar geográfico, es representado como una entidad animada que «combate por nosotros» los patriotas y «escucha el fiero relinchar de vuestros potros; y a la triunfal grandeza de esta lucha». Esta humanización es empleada con el propósito de evidenciar que en el esfuerzo bélico y el sacrificio de los ejércitos patriotas participan también en la batalla, como entidades vivientes, la naturaleza, la geografía, los lugares. Al ser humanizado y atribuírsele intenciones y posicionamientos ideológicos, así como cualidades de guerrero patriota capaz de soportar el peso de la lucha contra el ejército realista, Carabobo simboliza la voluntad de la patria venezolana y de los patriotas de ser libres: «Carabobo

combate por nosotros, e hinchado el pecho valeroso, escucha / el fiero relinchar de vuestros potros; / y a la triunfal grandeza de esta lucha, / Dios, ¡el Dios de Colombia!, os acompaña».

El empleo del *símil* tiene la función de crear similitud entre dos elementos, uno real y otro imaginario, con la finalidad de recrear, imprimir dramatismo o ilustrar escenas y comportamientos en la batalla. Este uso busca elevar las escenas de lo ordinario en el combate independentista al plano de lo imaginario o extraordinario, como en el siguiente ejemplo:

El Batallón *Apure* va el primero,
al pasitrote, ensangrentado, fiero,
con la cabeza baja como el toro
cuando va a acometer, como el guerrero
que avanza herido y con firmeza estoica
vuela a asestar el golpe postrimero.

En este caso se crea una similitud entre dos acciones vinculantes: de un lado, la actitud decidida de combate del Batallón Apure, y del otro lado, la postura de «cabeza baja» del toro «cuando va a acometer» y se encuentra listo para atacar en su defensa, como el «guerrero». Esta relación destaca la disposición del Batallón Apure para luchar con firmeza y decisión por su patria.

En cuanto a la frecuencia del uso de las estructuras lingüísticas empleadas en la representación discursiva de lo epopéyico, por rapsodia, se observa en la primera parte del canto (rapsodias I a la IV), un total de 33 estructuras lingüísticas. La *adjetivación* (seis), el *epíteto* (seis) y la *prosopopeya* (seis) corresponden a las figuras utilizadas con mayor frecuencia porque hay un uso de la adjetivación hiperbólica, mientras que las figuras de menor grado de frecuencia

de uso se refieren a la *hipérbole* (cinco), la metáfora (cinco) y el *hipérbaton* (cinco), utilizado este último para dar sonoridad y rítmica a los versos del canto. El *símil* no está presente en la primera parte del canto.

En la segunda parte (rapsodias V a la XIX) se registró un total de 272 estructuras lingüísticas referentes a la representación discursiva de lo epopéyico. El *epíteto* (88 veces) se muestra como la figura más usada e importante, ornamentando los matices del enfrentamiento del ejército patriota contra el ejército realista. La *metáfora* y el *hipérbaton*, con 46 apariciones cada una, son las figuras que siguen en frecuencia de empleo, puesto que ensalzan el canto con un fino lenguaje poético referido a quienes batallan por la causa de la libertad. Por otra parte, sigue la *adjetivación*, con 44 recurrencias, a fin de denotar y calificar el valor de las acciones épicas y la lucha entre guerreros confrontados por sus ideales. Por último, la *prosopopeya* (20), la *hipérbole* (19) y el *símil* (nueve), son las figuras de menor grado de frecuencia, pero no por ello menos importantes, ya que incluyen entidades humanizadas y exageraciones crispantes en un ambiente de batalla infernal.

En la tercera parte del canto (rapsodias XX a la XXIV) se registró apenas un total de cuatro estructuras lingüísticas relativas a la representación discursiva de lo epopéyico, dos *epítetos*, un *hipérbaton* y una *prosopopeya*, debido a que la batalla concluye y se pasa a la sección del canto más ligada a la descripción de la nueva patria imaginada. En la cuarta parte, correspondiente a la rapsodia XXV, hay un total de 10 estructuras lingüísticas: la *metáfora* (cuatro) actúa como la figura más relevante, después el *epíteto* (tres veces). Luego la *hipérbole* (una vez), la *prosopopeya* (una vez) y el *hipérbaton* (una vez), aparecen en menor grado de frecuencia. No se registraron *adjetivaciones* ni *símiles* en esta rapsodia. Lo epopéyico es empleado principalmente para resaltar la magnitud e importancia de la Batalla de Carabobo.

En total, según la cuantificación de las estructuras lingüísticas utilizadas en la representación discursiva de lo epopéyico, las figuras más destacadas fueron el *epíteto* (31 %), seguido de la *metáfora* (18 %), luego el *hipérbaton* (17 %) y la *adjetivación* (15 %), ya que el propósito ornamental del idiolecto homérico se ve así caracterizado en el canto. Las figuras de menor relevancia fueron la *hipérbole* y la *prosopopeya*, con 8 % cada una, y el *símil* (3 %). Estos datos indican el esfuerzo del poeta por decorar profusamente su discurso literario, imprimiéndole un carácter hiperbólico y grandioso a la batalla. El *hipérbaton* contribuye añadiendo belleza, ritmo y sonoridad al discurso. En su conjunto, estas figuras le permiten al poeta ensamblar y crear una representación al estilo homérico del enfrentamiento en el que guerreros y dioses intervienen en favor del triunfal destino del ejército patriota, designado por Dios para llevar a cabo la conquista de la libertad y dar nacimiento a la patria.

Estructuras discursivas

En cuanto a las estructuras discursivas empleadas para evidenciar lo epopéyico, el poeta desarrolla una representación polarizada: del total de los 53 enunciados epopéyicos, 50 distinguen positivamente al bando patriota, mientras que 29 de esos 53 enunciados reflejan una imagen negativa de los realistas (se aclara que un enunciado puede expresar un aspecto positivo del bando patriota y a su vez negativo del bando realista; puede ser contrastante según como se disponga el caso del enunciado en particular). Por ejemplo, los «Seis mil libertadores» son representados positivamente al destacar así, especialmente, la bravura de los llaneros de Páez, la nobleza y disciplina de la Legión Británica y Tiradores, constituidos estos regimientos y batallones

en una formidable fuerza militar patriótica, dispuesta a derramar su sangre en combate por la libertad de la nueva patria.

En oposición se presenta negativamente la imagen de los realistas cuando se les describe como seres orgullosos, desalmados, conquistadores de una tierra que ya no les pertenece, servidores de una corona española tirana y como los que ante la derrota huyen despavoridos, sin honor. Un ejemplo de un enunciado contrastante es el siguiente:

¡Ah, tu espíritu ve en mortal congoja
a los patrios guerreros!, los ve en trance
de muerte y perdición! El enemigo
no les muestra la faz: hiere a mansalva
y los mata sin tregua y sin castigo.

En la siguiente estrofa se puede apreciar cuán negativamente son descritos los realistas como cobardes, denotándolos despreciativamente como los tercios:

Un pánico feroz taja y desmiembra
los tercios de Castilla en un instante.
Allá el famoso regimiento *Infante*
huye presa de súbita locura.
¡Es que los *Granaderos* y los *Rifles*
van con ceño inquietante
midiendo al pasitrote la Llanura!

Esta polarización es una constante en el poema. Con ella se distribuyen atributos, acciones, comportamientos, valores, positivos o negativos, según los referentes del discurso sean los patriotas o los realistas.

Lenguaje evaluativo de la representación

Para esta sección fueron seleccionados para su análisis desde el enfoque de la teoría de la valoración, un total de 19 enunciados. Dentro de ellos se encontraron 20 valoraciones de lo epopéyico, principalmente relacionadas con la Batalla de Carabobo, de las cuales 10 corresponden al *Juicio de estima social positivo*, seis a *Apreciación positiva*, dos al *Juicio de sanción social negativo*, uno a *Afecto negativo* y uno a la *Apreciación negativa*. En la primera parte del canto (rapsodias I-IV) se observaron tan solo dos valoraciones positivas de lo epopéyico, puesto que no se ha dado aún inicio a la batalla. La primera corresponde a una valoración de *Apreciación positiva* con *reacción de impacto* y la segunda a una valoración de *Apreciación positiva* con *valuación*. En concreto, en estas evaluaciones se resalta el inicio de la confrontación tildándola de «infernál», por el sacrificio de los guerreros patriotas durante el acto bélico, pero destaca el poeta que este infierno conduce a la gloria.

En la segunda parte (rapsodias V-XIX) hay 16 valoraciones distribuidas en 15 enunciados. Estas resultan numerosas porque es el momento en el cual se desarrolla la Batalla de Carabobo y por tanto es cuando se presenta la mayor cantidad de elementos epopéyicos. En definitiva, se identificaron 10 valoraciones correspondientes a un *Juicio de estima social positivo*, siendo esta la valoración más frecuente, junto a altos niveles de *capacidad* (habilidad, intuición y fortaleza) y *tenacidad* (heroísmo, valentía, confiabilidad y perseverancia). Estos enunciados evalúan admirablemente el triunfo patriótico que obtuvieron los «valientes» y «fuertes» llaneros durante la confrontación. También se encontraron valoraciones positivas referidas al «Nosotros» los patriotas, como cuando el poeta se refiere a ellos diciendo «nuestro heroico bando», destacándose así con relación al bando libertador y en sus confrontaciones iniciales, que estos eran

pocos en número, pero especialmente grandes en audacia y brío en contra de los regimientos españoles.

En otro caso se reunieron tres valoraciones de *Apreciación positiva* con *valuación*, las cuales presentan a la *Legión Británica*, los *Bravos de Apure* y *Tiradores*, como prudentes y con seguridad en el campo de batalla, lo cual les asegura su triunfo en contra del bando realista denominado por el poeta como el «fuerte hispano». Por otra parte, se ofrece una valoración de *Afecto negativo* con *inseguridad*, asignada al bando realista, al sentirse estos inseguros e inquietos por la gran seguridad y agilidad que el bando patriota muestra en medio de la confrontación en Carabobo. También se encontraron dos valoraciones de *Juicio de sanción social negativo* de *integridad moral*, las cuales exponen los sentimientos negativos que embargan al bando realista, al demostrar su maldad y crueldad por sentir gusto al fusilar a valientes patriotas que luchan por la libertad de Venezuela: «Se oye el clamor de los que están muriendo, / y agrávase el estruendo / con que se goza la española saña / fusilando al valiente...». Pero, además, los realistas muestran «un pánico feroz» al querer huir deshonrosamente del campo de batalla, desesperados por el precipitado anuncio de su derrota. Finalmente, se aprecia una valoración de *Apreciación negativa* con *reacción de impacto* que muestra la ceguera por parte del bando realista y sus ínfulas de superioridad al creer, al inicio de la batalla, que obtendría un rápido triunfo ante los batallones de los patriotas, sin sospechar que les aguardaba una derrota inesperada.

En la tercera parte del canto (rapsodias XX-XXIV) no se encontraron evaluaciones discursivas de lo epopéyico, porque termina la batalla con la derrota realista. En la cuarta y última parte del canto (rapsodia XXV) se presenta una valoración correspondiente a *Apreciación positiva* por la epopeya triunfal patriótica y una *valuación* del poeta cuando dice: «¡Diana de gloria de este fausto día!», la cual guarda una expresión profunda, innovadora y original del final del

canto épico, como un grito alegre que celebra la independencia de la patria nueva, porque el Orinoco ya le pertenece, arrebatado al viejo mundo representado por el océano Atlántico.

Estrategias ideológicas

De los 104 enunciados que constituyen el *corpus*, 53 están relacionados con la representación discursiva de lo epopéyico; de ese total, 50 enunciados presentan elementos épicos relativos a la preparación y desarrollo del combate, puesto que contienen versos que defienden las ideas de libertad, promotoras de la Independencia venezolana. En el caso del bando contrario, 29 enunciados se refieren a «ellos», los realistas, quienes luchan por la persistencia de las ideas imperialistas del reino de España. La lucha de cuerpos, pero también la lucha de ideas contrarias están presentes en la Batalla de Carabobo. La Independencia en contra de la tiranía nos enfrenta militarmente a «nosotros» contra «ellos», y cada bando lucha en pro de ideas diametralmente opuestas: libertad versus tiranía, patria versus colonia.

El poeta presenta la necesidad y la esperanza de los patriotas como un anhelo contrario a la idea del sometimiento al yugo español. La contienda no es tan solo un combate militar; es también una lucha de ideas contrapuestas que se deciden en una guerra que culmina victoriosamente para «nosotros», los patriotas, y para «ellos», los realistas, con la derrota de su régimen imperial. En esta lucha de ideas solo el campo de batalla determina el triunfo de uno sobre el otro bando, como se muestra en la siguiente estrofa:

Bolívar con un signo de su mano
lanzó, a domar la furia del hispano,
a Cedeño y a Plaza, que en la senda
rebelde al paso humano,

fieros están por no llegar temprano
a decidir de un golpe la contienda.

Conclusiones

En este capítulo se presentó el análisis de la representación discursiva de lo epopéyico en *Canto a la Batalla de Carabobo* de José Tadeo Arreaza Calatrava. Para ello se emplearon el enfoque sociocognitivo de Van Dijk y la teoría de la valoración.

Los resultados muestran que las estructuras lingüísticas empleadas en la representación de lo epopéyico están orientadas hacia la magnificación de la batalla, no solo como un hecho bélico y patriótico, sino también como un acto fundacional de la patria. En este sentido, el discurso promueve una construcción del imaginario nacional heredera del discurso nacionalista y épico de *Venezuela heroica*, de Eduardo Blanco. Los elementos léxicos elevan la cruenta lucha a un nivel de gesta que es simbólicamente igualada a una «nueva Iliada» para el pueblo venezolano.

Arreaza Calatrava es en este sentido un escritor original, retransmisor del sentido simbólico de la epopeya homérica. A este propósito magnificador y mitificador contribuyen estructuras gramaticales como la adjetivación y el epíteto, abundantemente empleados para atribuir propiedades excepcionales a las hazañas del ejército patriota. En esta línea, figuras literarias como hipérboles, metáforas, prosopopeyas, símiles, tienen la intención comunicativa y estética de exaltar y magnificar la grandeza de los actos del ejército patriota, y de entidades inanimadas que se unen al bando libertador. El hipérbaton, al trastocar el orden sintáctico de las palabras, realza la belleza del lenguaje poético y la intención de ataviar la heroicidad.

Las estructuras discursivas e ideológicas son empleadas por el poeta para desarrollar una representación polarizada entre los patriotas: la noble fuerza militar dispuesta a derramar su sangre en el sacrificio colectivo, de un lado, y del otro lado, los realistas son representados como seres orgullosos, desalmados, conquistadores de una tierra que no les pertenece, servidores infieles de la corona española, pues ante la derrota huyen despavoridos. En este ámbito, la lucha cuerpo a cuerpo es también una lucha ideológica en la que se contraponen la libertad y la tiranía, la patria y la colonia, el bien contra el mal. El poeta presenta la necesidad y la esperanza del grupo de pertenencia como la búsqueda de un nuevo porvenir, contrario a la idea del sometimiento continuado al yugo español.

Del choque de ideas contrapuestas surge lo terrible de la guerra, pero también la gloria. Esta polarización es sustentada en las valoraciones y juicios positivos o negativos que realiza el autor sobre las conductas, acciones, valores y motivaciones de ambos bandos. Es en este nivel ideológico donde se despliega la construcción de un imaginario nacional, alcanzado por el esfuerzo y el sacrificio colectivos, del cual surge la patria venezolana purificada en el crisol de fuego que representa la batalla, una purificación que se representada en «¡Ese infierno es la gloria!», como lo expresa el poeta en ese extraordinario verso.

La representación artística también construye la historia: una mirada a la «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar

Giannina Olivieri Pacheco*

Introducción

El siglo XIX representa para Hispanoamérica el surgimiento de las naciones que emergen de las gestas de independencia. Las narrativas que se construyen en ese momento, son la base de la historia nacional y la bandera sobre la que se erigen la noción de patria, los hechos y los héroes que han llegado hasta nuestros días como epítome de la historia nacional. En ese sentido podríamos decir que el discurso de nuestra historia se construye no solo a partir de lo escrito por los protagonistas de hechos y batallas, sino de quienes plasmaron en

* Estudió Letras y Filosofía. Magíster en Ciencia Política por la Universidad Simón Bolívar, Caracas. Estudios doctorales en Educación por la Universidad de Sevilla, España, e Historia por la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. En 2007 obtuvo un *fellowship* de la National Defense University, Washington D. C. para estudiar temas de Seguridad y Defensa. Fundadora de la ONG Constructores de Paz. Ha dirigido más de 30 tesis de pre y postgrado y posee varios libros y artículos publicados. Sus áreas de investigación se centran en el análisis del discurso, la prensa, la comunicación política, la literatura y la historia sociopolítica venezolana. Actualmente es profesora visitante en el Instituto de Estudios Superiores de Occidente, México.

sus textos literarios, ensayísticos y en sus lienzos su visión sobre lo ocurrido. Estos diversos discursos constituyen el imaginario nacional, aquel que identifica con la tierra, con los acontecimientos, con las personas, para que así todos, alrededor de una historia común puedan construir la noción de la patria naciente: Venezuela.

En este surgimiento de la patria, sin duda la presencia del héroe se hace necesaria; por ello los escritores del siglo XIX: poetas, historiadores, narradores, ensayistas recrean los hechos ocurridos durante la Guerra de Independencia, pues será alrededor de los héroes y volviendo al pasado común como se creará la noción del Estado-nación.

De esta forma, la Batalla de Carabobo va a ser narrada, descrita y dibujada una y otra vez a lo largo de nuestra historia, por lo que fijaremos nuestra atención en este hecho, centrándonos en la historiografía del siglo XIX y, muy especialmente, en la presentación que nos hace de ella el artista venezolano de ese siglo: el pintor Martín Tovar y Tovar.

Venezuela heroica de Eduardo Blanco representa la culminación de todo un imaginario que se crea a lo largo del siglo XIX alrededor de Carabobo. En una prosa cargada de epítetos y descripciones grandilocuentes, Blanco crea el poema épico cuyo *gran finale* lo constituye Carabobo. Es allí donde Bolívar se corona de gloria, donde el genio máximo se hace presente, donde comparte con grandes hombres como Páez, Cedeño, Plaza... con ese ejército que comprende el momento que tiene por delante y que da todo de sí para lograr la libertad de la patria.

Esta misma narrativa de la nación, la encontramos reflejada en muchas de las pinturas de Martín Tovar y Tovar, y su representación de la Batalla de Carabobo es el lugar privilegiado de ese imaginario colectivo en el que los héroes se convierten en personas, toman cuerpo,

color, tamaño; donde no solo el hombre es importante, sino también la tierra por la que ellos han luchado. En su obra, Tovar y Tovar nos muestra el fragor de la batalla y distintos momentos de esta contienda. Desde la colina Buenavista, Bolívar dirige los acontecimientos; mientras en el campo, hombres y regimientos se entregan cuerpo a cuerpo para lograr el triunfo anhelado.

Carabobo es Venezuela, es la gran batalla que nos deslumbra a todos desde 1821, es la culminación de una gesta realizada por hombres que más que humanos parecen divinos, guiados por la mano de Dios o del destino para construir la nación por muchos soñada.

Nuestro propósito en este trabajo es el de presentar la construcción de la narrativa de la Batalla de Carabobo a partir de los escritos de la época, así como la creación del imaginario que gira alrededor de ella a partir de uno de los auxiliares de la historia: las artes plásticas, fuente hoy aceptada por algunos historiadores como medio para entender la forma de pensar y actuar de determinado momento. De esta manera, luego de revisar los textos de la época sobre la batalla, hablaremos sobre este aspecto y, especialmente, sobre la pintura de Tovar y Tovar «Batalla de Carabobo» como fundadora del imaginario sobre esta contienda de 1821.

Algunas referencias a Carabobo en la historiografía venezolana del siglo XIX

Indudablemente, la Batalla de Carabobo marca un hito en la historia de la independencia de Venezuela y de ella emergen los héroes del panteón nacional, por lo que se hace necesario revisar qué nos dicen los principales actores de la confrontación y algunos historiadores contemporáneos a los hechos, sobre dicha batalla.

Al revisar las cartas de Bolívar, encontramos una fechada el 25 de junio de 1821, es decir, al día siguiente de la batalla, en cuya primera frase nos dice: «Ayer se ha confirmado una espléndida victoria, el nacimiento político de la República de Colombia» (Bolívar, I, Doc. 494, 566). El Libertador, como vemos, está muy claro del significado de Carabobo y en la misiva enviada al Congreso describe cómo ocurrieron los hechos y cuál era su visión del campo desde el cerro Buenavista:

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las once de la mañana desfilamos por nuestra izquierda, al frente del ejército enemigo, bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que, bien colocado, en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

Así mismo nos habla Bolívar del número de hombres que estuvieron presentes en la lucha: «El ejército español pasaba de 6.000 hombres. Compuesto por todo lo mejor de las expediciones pacificadoras... El ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla».

Bolívar no es mezquino al describir las hazañas de sus compañeros de lucha, y se detiene a reconocer y describir las actuaciones de Páez en el campo de batalla:

El bizarro general Páez, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre el enemigo, que en media hora, todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor a estas tropas.

Y más adelante añade:

La conducta del General Páez en la última y más gloriosa victoria de Colombia, le ha hecho acreedor al último rango en la milicia; y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido, en el campo de batalla, el empleo de general en jefe del ejército.

También conocemos a través de Bolívar las actuaciones de Cedeño y Plaza en la batalla, quienes se constituyen como héroes de Carabobo, pues por su ímpetu, su deseo de lucha y valentía, ingresan al campo y se inmolan por la patria. Sobre ellos escribe:

...murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La república ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz o en guerra; ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno... Igual dolor sufre la república por la muerte del intrepidísimo coronel Plaza que lleno de entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo.

He allí cómo Bolívar describe a los héroes de Carabobo, a los que por sus hazañas merecen pasar a la historia en el recuerdo de sus compatriotas. Mas no solo hay héroes de nombre y apellido, también se detiene a mencionar a los héroes anónimos, pues todo el ejército para el caraqueño debe ser honrado por el Congreso por ser «el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla».

Quizá sea esta la visión más fiel que tenemos de Carabobo, y tal vez sea esta breve descripción de los hechos la que sirviera de allí en adelante a los historiadores para contar lo ocurrido el 24 de junio de 1821.

Sirva para contrastar esta versión la que nos presenta Páez en su *Autobiografía*, quien nos cuenta cómo los patriotas que participan en la batalla, acostumbrados a llegar a hechos extremos, se cuidan de sus acciones para poder «alcanzar la gloria de sobrevivir al triunfo y ver al fin colmados sus patrióticos deseos» (Páez, 1939: 203-217). Páez nos dice que el ejército español al que se enfrentaron era «la flor de las tropas expedicionarias», las que habían luchado heroicamente contra las huestes de Napoleón; ante esto, los patriotas tienen que sacar lo mejor de sí para desafiarlo; pero la bravura de nuestro ejército, el deseo de obtener la victoria hace que cada vez tome más fuerza para arremeter contra el enemigo.

El general Páez se detiene a contar su encuentro con el Valencey en el campo de Carabobo. Nos narra cómo por poco queda atrapado en medio del ejército enemigo por un ataque que sufrió en medio de la batalla —recordemos que Páez padecía de ataques catalépticos que lo dejaban fuera de sí—, y cómo al tiempo que recobraba el sentido se le reunió Bolívar, «y en medio de vítores me ofreció en nombre del Congreso el grado de general en jefe». Como vemos, la narración coincide con la expresada por Bolívar en su carta al Congreso. Posteriormente Páez continúa narrando que persigue al Valencey con Los Lanceros hasta Puerto Cabello para finalmente acorralarlos en Valencia.

Para concluir, Páez no deja de calificar la jornada de Carabobo y tal vez por estar exilado en Nueva York mientras escribe, compara la importancia de Carabobo para el logro de nuestra independencia con la de Yorktown para los Estados Unidos en la América del Norte¹.

1 Vale la pena señalar que luego de narrar la batalla, Páez cuenta la anécdota de Pedro Camejo, el llamado Negro Primero, la cual también aparece narrada en *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco.

Otra de las visiones que tenemos de Carabobo se la debemos a Felipe Larrazábal, «jurista, músico, político liberal y gran historiador bolivariano» (Franceschi, 1990: 106). En su obra *Vida del libertador Simón Bolívar*, nos presenta un canto al héroe; más que una biografía se trata de un panegírico, y Bolívar aparece retratado cual héroe épico a quien pocos pueden igualar. La obra de Larrazábal se basa en dos tipos de fuentes.

La primera y más ampliamente citada es su propia colección de cartas, proclamas y otros documentos bolivarianos. Cuando abandona ese sustrato documental... se dedica entonces a relatar en estricto orden cronológico la historia del proceso independentista, lo hace sintetizando la información ya antes expuesta por José Manuel Restrepo, Feliciano Montenegro Colón y Rafael María Baralt (Franceschi, 1990: 110).

Esto lo podemos constatar cuando nos presenta la visión de Carabobo y nos damos cuenta de que los datos son los mismos que encontramos en otros textos y en las cartas de Bolívar, pues «La verdad no podía hallar palabra más autorizada» (Larrazábal, 1973: 264).

Felipe Larrazábal (1973) nos cuenta las mismas hazañas ya narradas: la llegada de Bolívar a San Carlos, la movilización desde Tinaquillo, la dirección de la batalla por parte de Bolívar, las muertes de Cedeño y Plaza², y culmina diciendo:

2 «Murió al fin del combate el general Cedeño, *valiente de los valientes*, queriendo precipitarse casi solo sobre una masa de bronce de infantería española. Una bala le hirió el centro de su gran corazón. Cayó súbitamente con el sable empuñado; y aquel cuerpo que había sido feliz y precioso depósito de valor heroico quedó tendido en el campo de Carabobo para cubrirse de gloria en la inmortalidad. Igual suerte tocó al valerosísimo coronel Ambrosio Plaza, que también solo se empeñó en rendir a Valencey, y fue herido de muerte, exhalando luego el último aliento de su perseverancia en la lealtad y en el amor

La victoria de Carabobo coronó la magna empresa del 19 de abril; o como escribe con dolor un historiador peninsular, «en ella firmó la emancipación de las provincias de Venezuela, en ella expiró el dominio del Rey en estas regiones...».

La Torre se retiró a Puerto Cabello. La caballería de Morales, en fuga desordenada, tiró por el camino de El Pao hacia los llanos. Batallones enteros se tornaron prisioneros; otros, arrojando las armas, se dispersaron. El 1ro del Valencey, que cubría el camino de San Carlos a Valencia, fue el único que emprendió retirarse en columna cerrada por aquella vía, logrando conservar su formación y rechazar las terribles cargas de nuestros jinetes. Ya cerca de Valencia (como una legua) viendo el Libertador que nuestra infantería, estropeada por largas marchas, no podía seguir el paso de trote que llevaba Valencey, hizo montar a caballo a los batallones Rifles y Granaderos de la Guardia, y que a galope alcanzaran al enemigo. En efecto, lo alcanzaron entrando a Valencia, donde pudo guarecerse y evitar su total ruina. El Batallón Valencey llegó a las diez de la noche al pie de la cordillera de Puerto Cabello donde se reunió con La Torre. Ese batallón se había conducido con una disciplina admirable y un heroísmo digno del mayor aplauso (Larrazábal, 1973: 262).

Una vez más encontraremos la descripción de los hechos y las acciones de Bolívar en el campo de batalla:

A las once de la mañana se oyó la orden de ataque. Se ordenó que rompiese el fuego. Mandaba la acción en persona Bolívar. Una hora, no más, duró el combate, y fue bastante... Los indomables guerreros colombianos terminaron con aquella célebre jornada la guerra de Venezuela (Larrazábal, 1973: 265).

de nuestra santa causa». Felipe Larrazábal, *Bolívar*, Caracas: José Agustín Catalá, 1973, 262.

González Guinán también incluye en su *Historia contemporánea de Venezuela* la narración de la batalla. Nos cuenta cómo De la Torre había hecho del campo de Carabobo una ciudadela donde concentró sus infanterías, caballerías y artillerías. Bolívar, por su parte aparece como el artífice de la contienda, y así nos señala:

El Libertador que se había multiplicado en sabias disposiciones militares, marchaba en busca del adversario... Ejecútanse por los tres jefes divisionarios Páez, Cedeño y Plaza, los movimientos por el Libertador ordenados: comienza la lucha de un modo terrible a las once de la mañana, y dos horas después estaba ganada por el ejército colombiano la gran batalla de Carabobo, que aseguró la existencia de la nueva República (Guinán, 1939: 63).

Según lo que dice el historiador, Bolívar luego de la batalla entra triunfante a Caracas: «La victoria de Carabobo abrió al Libertador las puertas de Caracas. Allí se ocupó en complementar esa victoria y en echar las bases de una administración regular» (Guinán, 1939: 65).

Como lo señalara Eduardo Blanco en *Venezuela heroica*:

Hacia siete años que Bolívar no franqueaba las puertas de Caracas; siete años de combates, de sacrificios, de prodigios que llenaron de asombro al Continente, de gloria a Venezuela. Inmenso júbilo produjo su presencia en la noble ciudad, cuna y antorcha de la independencia suramericana. El gladiador terrible que perdidoso la abandonara en 1814, volvía a sus puertas triunfador en 1821 (Blanco, 1970: 472-473).

También Manuel Landaeta Rosales nos habla de la Batalla de Carabobo, pero lo hace a partir de la representación que hace de ella Martín Tovar y Tovar en su cuadro «Batalla de Carabobo», lo que nos

muestra cómo la pintura ya de antaño era fuente para los historiadores venezolanos:

Para pintar esta tela, el artista se inspiró en el momento en que los españoles se declaran en derrota y el bravo coronel Tomás García forma en cuadro al Valencey y resiste el choque de los diversos cuerpos patriotas. Recordemos cómo Eduardo Blanco dedica todo un capítulo a ese oscuro oficial, «un simple coronel manda a aquel regimiento. Su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenía precedentes gloriosos: llamábase Don Tomás García, fue en Carabobo donde se dio la fama» (Landaeta Rosales en Blanco, 1970: 464).

Pero no dice mucho más Landaeta Rosales al respecto. Dejamos hasta acá la revisión que hacemos de la Batalla de Carabobo; estamos conscientes de que aquí nos faltan algunas descripciones hechas de la contienda en el siglo XIX, entre ellas la de Lecuna, pero por cuestiones de espacio y para poder desarrollar otros aspectos, esos análisis han quedado por fuera para este artículo.

El arte como auxiliar de la historia

Así como puede hablarse del papel que ha cobrado la literatura como auxiliar de la disciplina histórica, revisaremos el que ocupa hoy el arte para ayudar a comprender los diversos hechos y períodos de la historia. Para ello nos basaremos en el estudio de Peter Burke al respecto, por considerar que sus palabras clarifican lo que queremos señalar.

Plantea Burke:

...durante la última generación, los historiadores han ampliado considerablemente sus intereses, hasta incluir en ellos no

sólo los acontecimientos políticos, las tendencias económicas y las estructuras sociales, sino también la historia de las mentalidades... Por este motivo se están empleando distintos tipos de documentación, entre los cuales, junto a los textos literarios y los testimonios orales, también las imágenes ocupan un lugar (Burke, 2001: 11).

Los historiadores parecían despreciar hasta hace poco el poder de la imagen, prefiriendo ocuparse de textos y de hechos políticos y no de lo que muestran las imágenes, las pinturas de la época. Ahora bien, pensemos si se podrían dejar de lado las cuevas de Altamira y Lascaux para adentrarnos en la prehistoria, o las pinturas sepulcrales de Egipto para conocer sobre sus dinastías.

En el siglo XIX, los historiadores de la Edad Media y el renacimiento, Burckhardt y Huizinga, entre otros, comprendieron la importancia de la imagen, y resaltaron cómo una pintura podía retratar una época. Burckhardt nos plantea en sus teorías que a través de los cuadros podemos leer las estructuras de pensamiento y representación de una determinada época. Se puede mencionar en ese sentido lo relevante que resulta para conocer la burguesía en la época renacentista, la pintura «El matrimonio Arnolfini» de Van Eyck; y pensemos cómo en el caso que estamos trabajando, el siglo XIX venezolano, la pintura de la época es ante todo heroica: el retrato de los héroes y sus batallas, hecho asimismo destacado por los historiadores al hablar de ese período.

Según Burke, la importancia de la imagen hoy es tan grande, que en los próximos años se podrá comprobar cómo algunos historiadores, hijos de la generación de la imagen de la televisión y la computadora, incluirán los testimonios visuales del pasado. Pensemos, sin tener que proyectarnos al futuro, cómo hoy la televisión o el cine complementan el texto histórico, y cómo excelentes documentales nos transportan

al pasado, bien utilizando imágenes de archivo recientes o bien recreando tiempos pasados. Entonces, ¿cómo hace el historiador para obviar esta realidad?

Ante esto, Burke plantea que debería dejarse al historiador lo que Francis Haskell llamaba «el impacto de la imagen en la imaginación histórica», pues pinturas, estatuas, estampas, permiten a la posteridad compartir las experiencias y los conocimientos no verbales de las culturas del pasado. Las imágenes nos permiten imaginar el pasado de una forma más viva que lo que nos permiten las palabras, pues «aunque los textos también nos ofrecen importantes pistas, las imágenes son la mejor guía para entender el poder que tenían las representaciones visuales en la vida política y religiosa de las culturas pretéritas» (Burke, 2001: 17). En la época de lo inmediato y la cultura audiovisual, la imagen pesa.

Ahora bien, sin duda al intentar analizar una obra con fines históricos hay que tomar en cuenta distintos elementos, lo que llamaríamos hacer una «crítica de la fuente», pues no es lo mismo algo dibujado con referencia al pasado que algo que el pintor presencié. En el caso de la obra de Tovar y Tovar, objeto de nuestro estudio, el autor no presencia la batalla, mas recorre el lugar de los hechos para recrearlo adecuadamente y darle veracidad al paisaje y, como veremos, se documenta para pintar sus cuadros históricos.

Es importante resaltar que cuando el historiador se detiene ante una obra de arte, no le interesa la estética de la obra, pues no se trata de valorarla como tal, sino como un documento que se refiere al pasado; por lo tanto, cualquier imagen puede servir de testimonio histórico.

Sin duda, otro elemento que debe ser tomado en cuenta al analizar una imagen es que ella refleja el punto de vista de quien la crea, y eso no puede obviarse en el momento de analizarla. Tampoco

se debe dejar de lado la utilización de la imagen como medio de propaganda o acerca de las visiones estereotipadas del otro.

Las imágenes ofrecen un testimonio sobre la puesta en escena de acontecimientos grandes y pequeños y son múltiples los cuadros que representan momentos históricos. Tal vez el primero en presentar una batalla en grandes dimensiones es «La Batalla de San Romano» pintada por Paolo Uccello en el siglo XV. Recordemos también las imágenes de «El Concilio de Trento» de Tiziano, «La rendición de Breda» de Velásquez, «Los fusilamientos del 2 de mayo» de Goya, «La coronación de Napoleón» de Jacques-Louis David o los cuadros de los reyes que nos traen hasta hoy un retrato aproximado de quienes, si no hubiera sido de este modo, serían rostros desconocidos para nosotros. No olvidemos tampoco que la mayoría de esos cuadros son producto del encargo, práctica común desde el renacimiento. Al respecto se puede mencionar «La Declaración de la Independencia» de John Trumbull, quien utilizó para ello las informaciones que le dio el mismo Jefferson.

Las pinturas de carácter narrativo plantean problemas tanto al artista como al lector de la imagen, pues no es sencillo representar o interpretar una secuencia dinámica. Por ejemplo, es difícil representar una secuencia dinámica en forma de escena estática, como es el caso de una batalla. Así,

el artista se ve obligado a condensar acciones sucesivas en una sola imagen, generalmente un momento de clímax, y el espectador debe ser consciente de esa condensación. El problema consiste en representar un proceso y al mismo tiempo evitar la impresión de simultaneidad (Burke, 2001: 181).

En el caso de Tovar y Tovar que nos ocupa, veremos cómo resuelve este problema magistralmente. A veces, el pintor introduce *tituli*, mediante los cuales explica lo que está haciendo. Esto lo

denomina el especialista del arte Peter Wagner «iconotexto»; es decir, el pintor explica mediante unas frases lo que ocurre en el cuadro, bien sea a través de una inscripción en una sección del cuadro o en un escrito en un papel en manos de uno de los protagonistas.

Otro problema al analizar estos cuadros con acciones dinámicas es la representación de los personajes: ¿se pueden o no representar varias veces?, ¿cómo leer la historia, de izquierda a derecha?, ¿cómo hacerlo? Pensemos, además, que en el caso de la «Batalla de Carabobo» es más difícil aún saber por dónde comenzar, pues su estructura no es lineal sino ovalada u elíptica.

Burke habla de dos tipos de composiciones en la representación pictórica: «de fórmula» y «de repertorio». Como ejemplo tenemos las pinturas de Cristo, en las que las múltiples interpretaciones de momentos de su vida serían una obra fórmula; mientras que en el caso de la «Batalla de Carabobo» estamos ante una obra de tema o repertorio.

Los cuadros de batalla ocupan un lugar destacado en el arte. Podemos encontrar muestras muy antiguas en grabados, relieves, cerámicas, mosaicos de la antigüedad; recordemos, por ejemplo, las vasijas griegas con representaciones de batallas o los restos de un mural griego que muestra a Alejandro Magno en combate. Esta representación reaparece entre los siglos XV y XIX; esas imágenes muchas veces eran encargadas por príncipes o generales, y a pesar de que eran observadas por pocos, luego se reproducían en forma de grabados para que muchos más pudieran verlas.

Ahora bien, el problema principal del dibujo de batallas está en que según el crítico de arte John Hale «ellas dispersan mientras el arte condensa». Así, al espectador se le centra en las acciones de unos pocos protagonistas fragmentando el relato grandioso en otros más pequeños.

En el caso del panorama como género pictórico realizado para ser expuesto en un edificio circular, surgió a finales del siglo XVIII. Las escenas de batalla no tardaron en ocupar un lugar importante en estos panoramas y la primera representación de este tipo es la «Batalla de Aboukir» (1799) de Robert Barker (1739-1856), y posteriormente la «Batalla de Waterloo» de su hijo Henry Barker (1714-1856). De esta manera, con la representación panorámica no lineal, se encuentra el modo de darle sentido a la complejidad de la contienda. Pensemos que en el caso de la «Batalla de Carabobo», Tovar y Tovar emplea un método similar al utilizado con esta técnica.

En el siglo XIX se introduce el arte de la guerra o revolución militar en la representación de las batallas, y de esta manera en los cuadros vemos representaciones ordenadas y no simples pelotones dispersos. Este es el caso de la obra que nos concierne, que aunque no muestra grandes pelotones de soldados, cada sección del cuadro nos presenta una historia militar en el campo de batalla. Más que mostrar imágenes fuertes de la lucha, lo que busca es informar sobre lo ocurrido.

La «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar

Tovar y Tovar es uno de los representantes más importantes del arte venezolano decimonónico. Tuvo vocación hacia la pintura desde muy pequeño, lo que llevó a sus padres a darle una educación en esa área. Ya de adulto tiene la oportunidad de viajar a París y ello lo lleva a conocer de cerca las diversas tendencias del arte. Se dice que, aunque fue un gran venezolanista y su arte está dedicado a pintar la historia de Venezuela, se sentía más cómodo en Francia que en Caracas.

Cuando Guzmán Blanco, iniciador del urbanismo caraqueño, construye en 1873 la sede del Palacio Legislativo, hoy Asamblea



La «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar. Mural ubicado en el Palacio Federal Legislativo, Caracas.

Nacional, y ubica en el ala norte del edificio el Capitolio, pide a Tovar y Tovar que decore con sus lienzos algunas de las salas que lo constituyen. Así, el pintor recibe varios encargos oficiales, entre ellos una galería de 20 próceres de la Independencia que ejecuta en París y en los que retrata a los héroes psicológicamente. Esto le gana la fama de historiador-pintor; pero lo que lo lleva a la gloria, son sus pinturas: la «Batalla de Carabobo³» y la «Firma del acta de la Independencia».

3 La imagen de la «Batalla de Carabobo» que se reproduce fue recuperada de <https://www.scoopnest.com/es/user/ElDiariodeCCS/1275798096631549952-en-1887-el-pintor-venezolano-martn-tovar-y-tovar-inmortaliz-la-batalla-de-carabobo-en-un-lienzo-la-Martín Tovar y Tovar y su «Batalla de Carabobo»>

En cuanto a esta última pintura, confiesa a Arístides Rojas que su interés era el de exaltar a Miranda como héroe y eso es lo que hace en unos bocetos previos al cuadro; el original es de 1876-1877 y luego hace varias representaciones del mismo. El primero de ellos fue comprado en París por el Marqués de Rojas y es el que lo llevará a pintar en 1883 una réplica por encargo del gobierno venezolano.

En 1884, el gobierno de Guzmán Blanco firma un contrato con Tovar y Tovar por 400.000 bolívares, mediante el cual el pintor se compromete a pintar siete grandes lienzos sobre las batallas de Carabobo, Boyacá, Junín y Ayacucho, el Tratado de Coche y las alegorías de la Paz y del Progreso. «Los tres primeros se destinaban a ornamentar el cielo del Salón elíptico del palacio Federal, Ayacucho la cámara del senado y el tratado de Coche y las dos alegorías, la cámara de diputados» (Planchart, 1979: 127).

En seguida comienza el pintor a preparar un buen número de apuntes sobre el terreno de Carabobo. Va al lugar, lo observa, toma datos y tal vez es eso lo que hace que la obra esté tan bien lograda: la luz que él dibuja es de nuestras tierras cálidas y la llanura donde se dio la batalla, está dibujada con bastante exactitud.

Con la pintura de las otras batallas no ocurre lo mismo, pues se dice que para Junín y Ayacucho envía a Herrera Toro a ver el terreno, quien por evitar el terrible malestar que le causaba la altura, no visitó realmente los campos de batalla y no pudo describirle al pintor las características del terreno para retratarlo.

Tovar y Tovar está en París y allí pinta la «Batalla de Carabobo». Guzmán aprovecha esta obra para mostrarse como el gran mecenas del artista, quien tardó casi tres años en pintar el lienzo (1885 y 1887). A fines de 1887 regresa el pintor a Caracas trayendo su gran obra. Algún tiempo fue necesario para colocarlo en la cúpula del salón

Elíptico, por lo que le tocó al presidente Rojas Paúl, ya en reacción contra Guzmán, recibir la obra e inaugurar el salón.

El trabajo propiamente técnico está realizado a cabalidad, pues logra con riguroso acierto las deformaciones de perspectiva a las que hubiera dado lugar la concavidad elíptica de la cúpula y la altura a que se halla colocada la obra. Tovar y Tovar, que hasta entonces había tratado sus temas dentro del convencionalismo de la iluminación interior, por ser ante todo un pintor de retratos, afronta resueltamente los problemas de la atmósfera de una representación al aire libre, y, sin salirse de su manera propia, aclara mucho su paleta y logra bastante luminosidad.

Ante los cuadros de batalla no podemos prescindir de la idea de la realidad que se ha querido representar. La voluntad de describir gráficamente un momento dado de una acción militar, puede manifestarse de varias maneras, y una de ellas alude a que trata de hacer una representación «exacta», en la cual el terreno absorbe toda la importancia, y entonces las masas de hombres quedarían representadas por signos convencionales, como se hace en los dibujos topográficos, pero esta solución, queda fuera del arte.

Cuando el pintor trata, como lo hizo Tovar y Tovar en Carabobo, de resolver el problema por medio de la representación de diversos episodios, arriesga mucho la unidad de la composición, de suerte que este escollo lo han evitado por lo general los pintores clásicos de batallas. Tovar y Tovar luchó contra este obstáculo poniendo sus dotes de pintor bien entrenado en el oficio.

Concibió el campo de Carabobo principalmente como un gran paisaje:

La ejecución de los terrenos es esmerada, luminosa y precisa; los árboles, las grietas, los hierbajos están trabajados con

amor, y las lejanías estudiadas y conseguidas de un modo agradabilísimo, rompiendo lo que hubiera sido la monotonía de un cielo demasiado grande con la gruesa columna de humo que se alza de un rancho incendiado. En ese paisaje distribuyó con mucho tino los diversos episodios de la batalla, que en síntesis, y muy de acuerdo con la historia, pueden reducirse a tres: el Libertador, con su Estado Mayor, dirigiéndola, y la entrada de la Legión Británica se reúnen en una sola y amplia concepción, que abarca casi la mitad del cuadro; en el lado opuesto, la muerte de Plaza y Cedeño, y como puente o ilación entre ambos extremos, la carga de llaneros de Páez. La obra es, pues, la apología de la victoria; las tropas españolas en derrota sólo sirven como de fondo y soporte a los vencedores. Sin embargo, con tacto exquisito, Tovar y Tovar evitó hasta el más leve concepto jactancioso, y así, el triunfo de las armas patriotas queda descrito como un acontecimiento claro y natural, ya dispuesto de antemano (Planchart, 1979: 129-130).

Pero para conocer si Tovar y Tovar con su lienzo logra retratar el campo de Carabobo, comparémoslo con la descripción que de él hiciera Eduardo Blanco en *Venezuela heroica*:

Entre una doble faja de bosques y colinas que le dan la apariencia de una inmensa bandeja de levantados bordes, se extiende la histórica llanura de Carabobo, extremidad meridional del pintoresco valle de Valencia... El camino que conduce a San Carlos, la corta de Norte a Sur; y casi a la mitad de la planicie, desviándose un tanto hacia el Oriente, nace de aquella ruta, otra, no menos frecuentada, que se dirige al Pao. Estas dos vías, para 1821, salían de la llanura desgarrando matorrales y asperezas; la segunda, por cañadas tortuosas; la primera, por una abertura natural, especie de crujía, formada por la caprichosa separación de las dos extremidades de aquella cadena de colinas que

sirven como de antemural a la planicie por la vía de San Carlos (Planchart, 1979: 448-449).

Sin duda son estas colinas y esta llanura las que retrata el pintor en su cuadro, pues esas sinuosidades del campo se ven retratadas en los bordes del cuadro, delimitando el área que ocupa la batalla, donde árboles caídos, abras del camino y pequeñas colinas reflejan claramente la topografía de Carabobo.

Revisemos también la descripción que hiciera del cuadro el historiador Manuel Landaeta Rosales:

Sobre la altura que domina la sabana se destaca la figura de Bolívar, rodeado de su Estado Mayor. Detrás del Libertador, Mariño; de espaldas, con uniforme escarlata, el capitán D. Florencio O’Leary; a la izquierda de éste, el coronel P.B. Méndez, y junto a él, el coronel J.J. Conde; a la derecha, bajando la cuesta, el coronel Bartolomé Salom.

Los republicanos entran a la sabana por el cauce de una quebrada, sitio donde el combate es más reñido. Por eso se ven por tierra multitud de muertos y heridos, y árboles destrozados. Bajo el chaparro está el coronel Farriar, jefe de la Legión Británica, que rinde la vida pronunciando la palabra. «Firmes».

Aparece detrás de la bandera republicana el coronel Torres, jefe de los Bravos de Apure. Detrás de este grupo yace el valiente Negro Primero.

Al frente de un escuadrón de caballería avanza Páez que, vestido de grana y con penacho blanco, trata de reunir el mayor número de hombres de su división para romper al Valencey. Más lejos aparecen las caballerías de Muñoz y Vázquez.

Allí los generales Cedeño y Plaza, a quienes el inmoderado anhelo de tomar parte en la victoria precipítalos sobre las bayonetas del Valencey. El del caballo castaño es Plaza, que muere soltando las bridas de su corcel y lanzando al aire su espada victoriosa; junto a Plaza, Cedeño, que, sintiéndose herido, clava su lanza en tierra y lleva su mano derecha al corazón.

En el extremo oriente del lienzo se ve a un grupo de jinetes compuesto de los coroneles Diego Ibarra, José Laurencio Silva, Arismendi, Rondón y Flores, que corren en dirección al Valencey (Landaeta Rosales, 1921, en Calzadilla, 1968: 304).

Como podemos darnos cuenta luego de revisar lo que la historiografía dice de Carabobo, Tovar y Tovar toma sin duda los elementos más significativos de la historia para representarlos; no hay una anécdota que la historia haya revisado que sea ajena al cuadro: Bolívar dirigiendo la batalla; Páez y su grupo de llaneros; Farriar y la Legión Británica luchando por una tierra que hacen suya; Pedro Camejo, Negro Primero, tendido en el suelo; Cedeño y Plaza enfrentándose al enemigo y entregando su vida por la patria; Ibarra dirigiendo un grupo por el campo y el Valencey huyendo de Carabobo, rodeado de humo y fuego... ¿Qué falta? Nada.

Con respecto a la composición lograda, nos dice Planchart:

La obra de Tovar y Tovar se inscribe en las tendencias del segundo romanticismo, con su idea de exaltar hechos y sentimientos. La literatura de su tiempo tiene tonos ditirámicos, enfáticos, heroicos. Tovar y Tovar en cambio se mantiene dentro del género del retrato y la biografía, y su acento es parsimonioso, casi documental. Al tratar la epopeya en su pintura lo hará poniendo en acción una serie de retratos, y cuidará con sumo tacto de no centrar la composición en torno a algún gesto dramático de obvio significado, sino valerse de ella, en cada escena, para

encaminar la atención hacia los protagonistas, cuya actitud, sostenida por el resto del conjunto, hace innecesaria toda vana exaltación (Planchart, 1979: 131).

Tovar y Tovar imprime en la composición aérea del espacio, en el colorido de las figuras y el movimiento vertiginoso, el estilo romántico; pero planta sus personajes con la nitidez de contornos y la precisión de un neoclásico. Así, su estilo es más bien el de un pintor ecléctico que aprovecha de cada estilo lo que requiere, logrando una obra equilibrada y poseedora del estilo característico de otras representaciones de ese tiempo, que seguramente él conoce.

Tovar y Tovar no exagera los detalles. Su cuadro si bien es épico, no llega a los límites descriptivos propios de la epopeya heroica. Su manejo del paisaje y de la historia es sobrio, diríamos que clásico, no hay un detalle que sobre, un equilibrio roto. Los muertos y heridos yacen en paz, como los héroes griegos, entregando con orgullo su vida en la lucha por la patria. No hay en el cuadro imágenes patéticas ni sombrías. Y el acento, aparte del paisaje, está puesto en la representación de un ideal: el triunfo de las fuerzas patrióticas. El lienzo es un himno a la victoria.

Se ha señalado el acierto de Tovar y Tovar al prever la disposición exacta del lienzo en el espacio cóncavo de la elipse de la cúpula y la forma magistral en la que corrige en la pintura las deformaciones propias de la concavidad, logrando proporcionar las figuras del cuadro en relación con la escala determinada por la distancia que hay entre el *plafond* y el piso.

En cuanto al problema que generan al pintor el dinamismo y la cronología de una batalla, ante lo estático del lienzo, Tovar y Tovar vence este obstáculo con maestría y el mismo hecho de haber escogido para la representación la forma elíptica, le permite dar al cuadro un movimiento que de otra manera sería muy difícil de lograr. Tovar y

Tovar consigue un efecto de simultaneidad en la acción muy ingenioso, presentando los hechos en cuatro escenas centrales, apoyadas por otras menores, que dan idea del tiempo y que por lo mismo describen los accidentes de la llanura a diferentes grados de luminosidad. La acción principal ocurre a horas del mediodía, mientras que la derrota y fuga del ejército español sucede al atardecer. La luz acompaña a los héroes patrios; la sombra, a quienes perdieron la batalla. El fuego y el humo envuelven al ejército derrotado.

La pintura constituye toda una narrativa en la que el espectador puede ir siguiendo por escenas la batalla. Posee un ritmo que hoy diríamos que es cinematográfico y ello se apoya en el colorido vivo y contrastante, en el carácter plano de la composición, en el interés por la profundidad y por el logro de la perspectiva aérea.

Quizá la razón por la que se representa esta obra, encargo del presidente Guzmán Blanco, sea para representar a través de una imagen la idea de una nación, crear un imaginario que será la base de la historia colectiva, esa que, a pesar de la distancia de 200 años, perdura como imagen hasta nuestros días.

Las escenas seleccionadas por Tovar y Tovar se corresponden con las narradas por los dos grandes protagonistas de la batalla: Bolívar y, como este mismo lo señalara en su carta al Congreso, Páez. Podría decirse que a través de su propuesta plástica busca plasmar como si se tratara de una fotografía, aún muy incipiente en su época, la gesta heroica venezolana para que permaneciera en la mente de los venezolanos.

Conclusión

La revisión de la historiografía del siglo XIX relativa a la Batalla de Carabobo nos permite comprender por qué aún hoy esta contienda

está presente en la mente de los venezolanos, pues vemos que tanto los protagonistas de la confrontación como los historiadores de la época le dieron un puesto fundamental en sus narraciones. La sola frase que utiliza Bolívar para encabezar su carta de información al Congreso: «Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria, el nacimiento político de la República de Colombia», nos indica el valor que la batalla había tenido para quienes la vivieron, pues aun cuando faltan unos años y unas cuantas batallas para que se consolide realmente la independencia venezolana, Carabobo sella para quienes allí estuvieron el nacimiento de la patria libre.

Sin duda podemos afirmar que la historiografía del siglo XIX viene a constituir uno de los instrumentos para desarrollar el culto a los héroes y a las batallas libradas por ellos. Este canon constituye el bastión fundamental de donde bebe el imaginario nacional para manejar las nociones de patria, nación, libertad, héroe, pueblo.

Así mismo, se puede aseverar que la construcción del imaginario nacional no parte necesariamente de esos textos históricos, pues seguramente son pocos quienes han leído la carta de Bolívar luego de la batalla, pero muchos quienes se han acercado a Carabobo a partir de su principal representación artística: la obra de Tovar y Tovar.

Si algo encontramos en los textos del siglo XIX sobre la Batalla de Carabobo, es la similitud con la que narran algunos de los hechos ocurridos en el campo distintos autores: algunos, como participantes; otros, como voceros de lo que han escuchado y recopilado. Y eso es lo que recoge Tovar y Tovar en su lienzo.

De esta forma, la pintura «Batalla de Carabobo» resulta un libro abierto a quien quiera conocer lo que allí ocurrió; el pintor no inventa una historia, solo dibuja magistralmente lo ocurrido, cambiando quizá detalles para hacer más grandilocuentes a algunos personajes o modificando los uniformes que visten.

De Carabobo emergen varios héroes: Bolívar, el estratega a la cabeza del ejército; Páez, el indomable e incansable luchador; Cedeño y Plaza, los mártires de la batalla; Pedro Camejo, el valiente héroe del pueblo; Farriar, el experimentado y aguerrido luchador, representante de todos los extranjeros que lucharon por nuestra patria; el ejército anónimo, los llaneros, el pueblo que entrega todo por la libertad de la patria... En Carabobo todos son héroes y por ello no quedan fuera de la obra de Tovar y Tovar, haciendo de su lienzo un auxiliar de la historia.

La «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar: una aproximación a la «cultura visual» patriótica y nacionalista en torno a la gesta libertadora

María Eugenia Perfetti Holzhauser*

*Las imágenes están hechas para significar
cosas distintas a lo que se ve con el ojo.*

Cesare Ripa Perugino

Introducción

Las imágenes constituyen una práctica y un producto sociocultural de relevancia para los estudios históricos. Ellas nos acercan a la visión de mundo de una sociedad, o de un grupo de esta, en un momento

* Licenciada en Letras. Magíster en Historia de Las Américas egresada de la Universidad Católica Andrés Bello. Doctora en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad Simón Bolívar, graduada con honores, julio 2019. Profesora Titular de la Universidad Metropolitana (Caracas). Se desempeña como directora de la Escuela de Estudios Liberales de la Universidad Metropolitana, Facultad de Estudios Jurídicos y Políticos, y es profesora-investigadora y docente a tiempo completo del Departamento de Humanidades. Su formación interdisciplinaria le ha permitido desarrollarse como investigadora en varias áreas del saber, inicialmente en el campo de la literatura, y más recientemente en estudios histórico-culturales y en estudios del discurso.

y lugar determinado, al tiempo que colaboran en la construcción de la identidad, los imaginarios y la memoria colectiva de los pueblos.

Existen momentos históricos que han privilegiado y motivado una imagería en específico. Concretamente, la Guerra de Independencia de las colonias hispanas a principios del siglo XIX se constituyó en punto de partida y tema obligado, no solo de artistas plásticos, también de historiadores, escritores y dramaturgos que a través de sus obras construyeron una historia idealizada:

La historiografía decimonónica construyó relatos de un pasado patriótico colmado de héroes y batallas. Paralelamente, la iconografía ilustró todos estos acontecimientos y personajes necesarios para la creación de las naciones. Uno de ellos fue Simón Bolívar, quien ha sido objeto de un sinnúmero de representaciones históricas e iconográficas que rememoran, a veces de forma idealizada, entre otras cosas su apariencia física, su intelectualidad y su pericia militar. Inscritos en una narración épica, los héroes fueron contruidos históricamente como los gestores materiales e intelectuales del nuevo orden político, gestores que merecían recordación pública y que, por tanto, debían ser inmortalizados a través de relatos y monumentos. Como consecuencia de todo el proceso de mitificación y construcción discursiva e iconográfica de los héroes, las imágenes pintadas de personajes como Simón Bolívar son innumerables (Rodríguez, 2013).

En el presente apartado, estudiaremos cómo la política de Estado impulsada por Guzmán Blanco —en las últimas tres décadas del siglo XIX— permitió la institucionalización definitiva del culto a Bolívar a través de diversas actividades. Entre estas, las celebraciones públicas o «fiestas patrias», la construcción de edificaciones y monumentos, y la contratación de los más renombrados pintores de entonces para

adornar los principales edificios públicos. Sin duda, todo ello colaboró en la conformación de una «cultura visual» patriótica y nacionalista, en torno a la gesta libertadora.

Nos detendremos particularmente en una de las obras pictóricas emblemáticas de la época: la «Batalla de Carabobo» realizada por Martín Tovar y Tovar. Obra requerida por Guzmán Blanco y destinada a adornar el plafón abovedado del Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo.

Cabe señalar que no es nuestra intención emitir apreciaciones sobre la calidad artística de la obra en cuestión, dejaremos esto a los críticos de arte. Partimos de la consideración de que esta obra pictórica es una imagen y, como tal, e independientemente de su calidad estética, «puede servir como testimonio histórico» (Burke, 2005a: 20)¹ de aquella época.

Antes, debemos hacer las precisiones teórico-conceptuales que sirven de fundamento a nuestro análisis.

Iconografía, iconología e historia cultural

Iconografía e iconología constituyen, en principio, dos ramas de la historia del arte profundamente imbricadas. La primera, más difundida en el argot cotidiano, se concentra en las formas de representación visual de un tema determinado, bien en un momento específico o en su perspectiva histórica. De modo que, la iconografía nos conduce a

1 Lo anterior no nos impide reconocer la «mediación del artista», esto es, que en la ejecución de la obra están presentes sus intereses, capacidades y medios (Rodríguez, 2013).

un «repertorio visual» asociado a una temática particular (González, 1989: 10-11)².

En este sentido, entendemos la iconografía bolivariana —*grosso modo*— como el repertorio de imágenes que a través del tiempo se ha dedicado a la representación de Simón Bolívar, en especial como héroe-fundador de la patria.

Por su parte, la iconología, «se ocupa del origen, transmisión y significado profundo de las imágenes». De modo que, la imagen a estudiar «se contempla como un hecho histórico global, de suerte que se reclaman para su entendimiento todos los elementos que componen el tejido del pasado. Por eso la iconología, más que rama de la historia del arte, lo es de la cultura y del pensamiento» (González, 1989: 12).

Así, el estudio de la iconología bolivariana decimonónica pasa por el entendimiento de las obras emblemáticas en función de la historia de la construcción e institucionalización del mito fundacional y culto a Simón Bolívar.

Ahora bien, para vincular el estudio iconográfico e iconológico de una imagen con los ámbitos de la historia, recurriremos a la historia cultural³. Desde los años setenta del pasado siglo, la perspectiva histórico-cultural ha cambiado el paradigma tradicional

2 Para explorar más sobre el tema, el lector puede revisar el trabajo —ya clásico— de Erwin Panofsky: *Estudios de iconología*. Otros títulos del mismo autor: *Idea. Contribución a la historia de la teoría del arte*, Madrid: Ediciones Cátedra, 1989; *El significado de las artes visuales*, Madrid: Alianza Editorial, 1987.

3 Para un estudio pormenorizado del alcance, objetos y métodos de estudio propuestos por esta corriente historiográfica, conviene revisar la obra de Peter Burke, *¿Qué es historia cultural?*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2005b; y la obra colectiva, coordinada por el mismo autor, *Formas de hacer historia*, Madrid: Alianza Editorial, 1996.

de aproximación al hecho histórico. Esto ha incluido no solo nuevos objetos de estudio, sino nuevas fuentes para su análisis.

En relación con esto último, tradicionalmente se consideraba que la documentación oficial —en su mayoría recogida en archivos— era la única fuente válida para el estudio histórico. En cambio, para el historiador cultural cualquier material del pasado es potencialmente válido. Así, a nuevos objetos de estudio histórico, nuevas fuentes de aproximación. Tal es el caso de las imágenes (Gaskell, 1996, 233-235).

Desde hace algunas décadas, los historiadores culturales se han aproximado a las imágenes (esculturas, pinturas, litografías, grabados, fotografías, etc.) en tanto documentos históricos cargados de significación cultural, esto es, como objetos culturales «portadores de sentido para la comprensión de múltiples aspectos del pasado» (Vanegas, 2012: 113). Como bien advierte Jean-Claude Schmitt (1999), el valor histórico de las imágenes está en su capacidad representativa: «Es un grave error pensar que para los hombres del pasado, como para nosotros por lo demás, pudiera existir lo real independientemente de la conciencia de los actores sociales y de la expresión que le dan en sus obras» (18).

Estas primeras consideraciones, nos obligan a nuevas precisiones teórico-conceptuales. En primer lugar, debemos tomar en cuenta lo que Francis Haskell denominaba «el impacto de la imagen en la imaginación histórica» (citado en Burke, 1996: 16). Toda representación de la realidad lo es también de los imaginarios colectivos que una sociedad va construyendo de sí misma, de su pasado histórico, de su identidad. De allí que no podamos considerar la imagería bolivariana sin tomar en cuenta su colaboración en la construcción de un imaginario colectivo en torno a la independencia y el Estado. En segundo lugar, cualquier interpretación actual de imágenes pasadas debe hacerse

siempre a la luz de la época en cuestión y no desde las convenciones presentes. Por ello, seguimos a Michael Baxandall cuando dice que la tarea del historiador cultural es recuperar el «ojo de la época», adentrándose en la manera de ver «culturalmente específica» de la sociedad que produjo la imagen (Gaskell, 1996: 157-229). Tercero, sabemos que «trabajar con imágenes no es un ejercicio de sentido común, pues nada nos asegura que nuestro bagaje cultural coincida con el del autor de la representación y que podamos leer en ella lo que en ella él pretendió colocar» (Ayala Calderón en Velázquez, 2009: 31). Como Gaskell, no podemos dejar de considerar la posibilidad —ya bien advertida por Baxandall— de que en nuestra aproximación «histórica» a la imaginería bolivariana haya elementos «ahistóricos», por cuanto, siempre habrá algo —culturalmente hablando— de quien realiza el análisis.

Finalmente, reconocemos que el tema iconográfico escogido en el presente trabajo no se aleja de la magna-historia. Sin embargo, la aproximación a esta desde la perspectiva histórico-cultural, nos dota de un primer basamento teórico-conceptual que constituye la columna vertebral de nuestro análisis: en tanto «objeto cultural» dotado de significación, toda imagen se considera una representación de la «historia global» que nos habla, desde «el ojo de la época», de nuestros imaginarios, nuestra memoria y nuestra cultura.

Un punto de conversión: la cultura visual

El término «cultura visual» nació en el campo disciplinar de la historia del arte y fue utilizado por primera vez por Svetlana Alpers en 1983, para destacar la importancia de las imágenes visuales en la sociedad holandesa del siglo XVII. En este campo, los trabajos realizados por Baxandall y por el mismo Alpers han sido clave. Estos autores «han utilizado la noción de cultura visual como atributo de una sociedad o

de un estrato de la misma y, por tanto, objeto del estudio histórico» (Hernández, 2005: 13)⁴.

Partiendo de esta consideración general, no es difícil imaginar cómo las imágenes se convirtieron en objeto de estudio de otras disciplinas. Por eso, cuando nos preguntamos qué entendemos por «cultura visual», más que a un concepto se alude a un campo de estudio emergente en el cual han confluído diversas ciencias sociales y campos disciplinares, tales como la sociología, la semiótica, los estudios de género, los estudios culturales, la historia cultural, etc.

Ahora bien, como el presente estudio sigue la perspectiva histórico-cultural, nos concentraremos «en la vinculación de la cultura visual con el contexto de la cultura y la sociedad a la que pertenece» (Hernández, 2005: 14). En otras palabras, nos interesa indagar en la significación cultural de ciertas representaciones visuales en un momento determinado de nuestra historia nacional. Dejaremos para otras aproximaciones su vigencia en la actualidad.

A lo anterior, sumaremos las ideas de Bermúdez Castillo (2010) en torno a la cultura visual. Partiendo del valor de las imágenes como documentos históricos cargados de «significación cultural» que testifican sobre una época, debemos agregar su importancia como mensajes, es decir, como portadoras de un objetivo de comunicación:

la *cultura visual* expone lo supeditado a la creación del mensaje visual y a su elaboración técnica y estética, a su(s) ejecutor(es) y al significado intencional que inserta un grupo dirigente emisor,

4 Hernández explica que las aproximaciones iniciales a los estudios de cultura visual provienen de la reflexión —y revisión— surgida en los años setenta del pasado siglo en torno al propósito y los métodos de la historia del arte; de allí que los primeros en conceptualizarla provinieran de este ámbito del saber. Luego, presenta de manera detallada las diversas vertientes, campos de estudio y aproximaciones que ha tenido el término.

con la difusión que llega a las personas comunes (Bermúdez Castillo, 2010: 7).

Proceso de comunicación que involucra «la creación de identidades y miradas sobre la realidad en la que se producen y sobre las subjetividades que las miran» (Hernández, 2005: 15). Las imágenes nos «dicen» algo. Por eso, la cultura visual se va consolidando conforme se produce la interacción simbólica entre «un grupo élite dirigente como emisor; un mensaje, que es un objetivo de comunicación visual; y un receptor: individuos comunes» (Bermúdez Castillo, 2010: 7).

Adicionalmente, debemos considerar los términos en los cuales tiene lugar dicha interacción y el papel del ejecutor (artista) en la misma. Al respecto, aclara Bermúdez Castillo (2010):

Para la cultura visual los códigos de lo pre-aprehendido son elementos visuales unificadores, reductos abstractos de un concepto mayor que requeriría de profundas explicaciones a las personas comunes, pero que al ser reducido a lo esencial por un grupo dirigente, redundando en una comunicación visual pragmática, fácil de entender tras la intervención del operativo (artesano o artista) como intermediario, quien realizó la ejecución artística con indicaciones del grupo élite dirigente (11).

Sin desconocer el aporte artístico y creativo realizado por escultores y artistas plásticos en tiempos de Guzmán Blanco, en consonancia con el concepto de «cultura visual» establecido por Bermúdez Castillo, entendemos que tales imágenes respondieron a un estilo academicista y a un proyecto político particular.

La institucionalización del culto a Bolívar y la conformación de una cultura visual en torno al padre-fundador de la patria

A lo largo del siglo XIX, roto el lazo con la metrópolis, hubo que construir una república con sentido de cohesión nacional. Sentar las bases de un proyecto nacional republicano, que pudiera satisfacer las necesidades e intereses de diversos sectores de la sociedad, no será tarea fácil.

Las nuevas élites dirigentes tenían un doble problema: «Por una parte, reestructurar institucionalmente el antiguo régimen y transformarlo en un Estado republicano. Por otra parte crear, dentro de esa estructura, un marco de referencias que ayudase a legitimar una identidad nacional claramente definida» (Harwich Vallenilla, 1991: 2)⁵.

Este marco referencial ha estado signado por el culto a los héroes, especialmente en torno a la figura del Libertador. Por medio de este culto, quienes dirigieron los destinos de la naciente república «pretendieron echar un manto de olvido al pasado colonial hispano, al período grancolombiano y al carácter de guerra civil que tuvo el proceso emancipador, así como enfrentar un presente lleno de carencias en términos económico-sociales» (Franceschi, 1999: 9).

¿Qué elementos favorecieron la conformación de este culto? Según José Urbina Pimentel (2017), el papel de la élite intelectual y artística fue fundamental: historiadores, escritores y artistas plásticos colaboran en la conformación de un «imaginario cultural republicano»

5 Nikita Harwich Vallenilla, «National identities and national projects: Sapanish American historiography in the 19th and 20th centuries», *Storia della Storiografia*, (19), 1999, 2. Citado y traducido por Napoleón Franceschi, «El culto a los héroes y la formación de la nación venezolana», Caracas: Publicaciones de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, 1999, 22.

en torno a esta figura central (Urbina Pimentel, 2017: 165-166). Quedémonos con los aportes artísticos.

Con la independencia, «aparece en la cultura artística del país una conciencia nacionalista que se traducirá en el abandono progresivo del tema religioso [propio del período colonial] en favor del motivo civil y militar» (Calzadilla, s.f.: 130). Obviamente, el epicentro de esta naciente cultura artística en torno a los héroes militares de la independencia será Simón Bolívar. Él es, pues, el origen de una «cultura visual» que se irá consolidando a lo largo del siglo XIX.

Desde los primeros años de la Guerra de Independencia, la iconografía bolivariana, especialmente en forma de retratos y grabados, supone la representación más extendida y recurrente a lo largo de todo el siglo XIX. Sin duda, Bolívar se convirtió en la imagen-símbolo idealizada de la libertad americana (Rodríguez, 2013: 117). Junto a esta prolífera imagería, Bolívar gozó de popularidad y fue centro de alabanzas, vítores y reconocimientos públicos muy especialmente en los años de sus mayores triunfos militares⁶. Aunque no todo fue alabanza, pues, con los fracasos también vinieron momentos de desprestigio o desprecio público. Lo cierto es que la figura del Libertador siempre ha sido controversial, especialmente por la dificultad de desvincular a la persona del mito que se fue conformando.

A partir de 1830 —año de su fallecimiento y de la disolución el experimento grancolombiano— prevaleció un sentimiento antibolivariano en buena parte de la élite nacional. Pese a lo anterior,

6 Entre ellos, se pueden señalar: «El célebre recibimiento en Caracas en 1813, cuando fue proclamado como Libertador; su entrada triunfal a Bogotá en 1819, cuando fue coronado y agasajado de manera memorable; los homenajes que recibió en Quito, Guayaquil, Lima, Cuzco y muchas otras localidades del Sur...; y finalmente, la postrera visita a su ciudad natal en 1827» (Franceschi, 254).

«ya desde 1833 se inició a nivel oficial (con Páez y Soubllette) un gradual movimiento en favor de rendir homenaje a la gloria del Libertador» (Franceschi, 1999: 256-257). Cuestión que dio lugar a un primer e importante gesto oficial de reivindicación y que, dada la pompa y magnificencia que lo acompañó, también colaboró en la conformación de su culto. Nos referimos a las celebraciones públicas en ocasión al traslado de sus restos mortales desde Santa Marta hasta Caracas, en 1842. Acto público de glorificación bolivariana que

...dejó entre los venezolanos un renovado interés por Simón Bolívar y su obra política. Quedó evidenciado que tanto a nivel popular como en buena parte de las élites existía un auténtico amor al Libertador, quien era (...) la única figura que había alcanzado esa estatura en el Olimpo de los héroes patrios (Franceschi, 1999: 263).

En los años que van de 1843 hasta 1870, el culto continuó a través de discursos de homenaje, puestas en escena dramático-históricas, «cantos patrióticos» y demás alabanzas (Franceschi, 1999: 264-268)⁷. Sin embargo, no será sino hasta finales del siglo XIX,

7 Para profundizar en el culto a Bolívar, además del trabajo ya citado del profesor Franceschi, se recomiendan obras ya clásicas sobre el tema: Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Caracas: Alfadil Ediciones, 2003; Elías Pino Iturrieta, *El divino Bolívar. Ensayo sobre la religión republicana*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2003. Igualmente, se recomienda la obra colectiva coordinada por Germán Carrera Damas, Carole Leal Curiel, Georges Lomné y Frédéric Martínez, *Mitos políticos en las sociedades andinas. Orígenes, invenciones y ficciones*, Caracas: Editorial Equinoccio, 2006. Así como los artículos de Frédérique Langué: a) «Venezuela: cultura política y “religión cívica” bolivariana», en Andrea Reguera y Eliane C. Deckmann Fleck (orgs.), *Uma história social e cultural do direito, da justiça e da política: Do antigo Regime Ibero-americano à contemporaneidade latino-americana*, São Leopoldo-Porto Alegre: Eihla-PPGH Unisinos-Editora Oikos, 2015, 234-256. Recuperado de https://www.academia.edu/38081217/Venezuela_cultura_pol%C3%ADtica_y_religi%C3%B3n_c%C3%ADvica_bolivariana. Y b) «La Independencia de Venezuela, una historia mitificada y un paradigma heroico» (2009).

durante el largo gobierno de Guzmán Blanco, cuando tendrá lugar la institucionalización definitiva del culto a Bolívar como política de Estado:

A partir de la década de 1870 los venezolanos comienzan a reconocerse en un pasado cada vez más coherente y uniforme fomentado por una vigorosa «política de memoria». El complejo y dificultoso camino de construcción de la Nación requería de imágenes que sirvieran de puntos de cohesión de un colectivo todavía heterogéneo y reacio a la integración. Esas imágenes adquieren sentido a través de la identificación de un grupo de héroes y gestas que encarnan las virtudes republicanas y orientan el recorrido de esa todavía dispersa comunidad a reconocerse en el proyecto nacional propuesto por las élites. Bajo la mano férrea de Antonio Guzmán Blanco y en el marco de un vigoroso programa modernizador, la adoración de la gesta emancipadora y en particular el culto a Simón Bolívar se oficializa y se convierte poco a poco en el «lugar» privilegiado de la memoria y en la nuez del «mito» fundador de los venezolanos (Calzadilla, 1999: 111).

Esta oficialización contó con diversos mecanismos, entre los cuales destaca la celebración de «fiestas patrias» que se convertirán en uno de «los ejes de la renovación y modelación de la memoria de los ciudadanos. Allí ocurre la puesta en escena de la patria y el poder, mientras se renueva, en una suerte de comunión colectiva, la devoción por los padres fundadores». Asistimos a una «sostenida política de memoria» (Calzadilla, 1999: 115) impulsada desde el Estado y protagonizada por la gesta libertadora, especialmente en la figura de Simón Bolívar.

Anuario de Estudios Americanos, 66(2), 245-276. Sevilla, España. Recuperado de <https://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/324/329>

Bajo la conducción del «Ilustre Americano», el Libertador es objeto de cuatro hiperbólicas glorificaciones que harán parte del ambiente de modernización y ornato público promovido por el mismo gobierno. Además, tienen una finalidad primordial:

...hacer comulgar la figura de Guzmán Blanco y su proyecto político con los mejores valores de la historia, léase la Independencia. De esta suerte, todo fue posible al lograr simplificar al máximo las glorias del país en Bolívar, como encarnación misma de todas las virtudes republicanas y humanas. Bolívar y Guzmán pertenecían a la misma estirpe de hombres y estaban movidos por ideales semejantes. Por ello, en la fiesta de 1873, el Presidente afirma que el Libertador será realmente honrado con el humo de los vapores y el ruido de los ferrocarriles, por supuesto, los que él estaba intentando poner a funcionar en Venezuela (Calzadilla, 1999: 119).

Durante el primer período presidencial de Guzmán Blanco, el Septenio (1870-1877), se llevarán a cabo las siguientes: el paseo triunfal y la exhibición de sus pertenencias con motivo de las llamadas «Fiestas de la Paz», el 28 de octubre de 1872⁸; la inauguración de su estatua ecuestre en la plaza Bolívar, antigua plaza Mayor de Caracas, el 7 de noviembre de 1874⁹ y el traslado de sus restos mortales al Panteón

8 Estas fiestas se celebraron a propósito del onomástico de Simón Bolívar, el 28 de octubre día de San Simón. Aunque esta fiesta nacional no se mantuvo en el tiempo, tuvo relevancia en el momento: por primera vez, se exhiben en público «con general beneplácito, imágenes y pertenencias del héroe. Desde ese entonces, en verdad, las figuras de nuestros grandes hombres cobraron relieve y contornos de admiración popular, para quedar permanentemente fijadas en la retina del pueblo». Alfredo Weber, «La pintura venezolana en la segunda mitad del siglo XIX», *Mañongo*, XIX(36), 2011, 206-207. Recuperado de <https://studylib.es/doc/7200953/la-pintura-venezolana-en-la-segunda-mitad-del-siglo-xix> (Consulta: 29 de julio 2021).

9 Esta obra escultórica fue realizada por el artista italiano Adamo Tadolini, por encargo de Guzmán Blanco. Aunque no fue el primer trabajo escultórico del Libertador, rápidamente

Nacional el 28 de octubre de 1876. Durante el Quinquenio (1879-1884), se realizará la celebración del centenario del nacimiento del Libertador, en 1883.

Esta última celebración seguirá un cuidadoso programa general, copiosa publicación de material conmemorativo, procesiones y ofrendas que recorrerán las principales calles de la ciudad hasta el Panteón Nacional, y contará con varias actividades literarias y artísticas, en las cuales, Simón Bolívar es glorificado (Salvador González, s.f.: 2-5)¹⁰.

Entre las actividades artísticas, los caraqueños disfrutaron de la Exposición Nacional. Se inauguró el 2 de agosto de 1883 en el Palacio de la Exhibición en Caracas, recientemente construido, y congregó, como era de esperarse, a los principales pintores de la época. Entre las obras exhibidas, cabe señalar: «Muerte del Libertador» de Antonio Herrera Toro, «La entrevista de Bolívar y Sucre en el Desaguadero de los Andes» de Manuel Otero, «Una noche en Casacoima» de Pedro B. Jáuregui, «El desembarque de Bolívar en Ocumare de la Costa» de

se convirtió en marco de referencia para imitaciones que comienzan a colocarse en otras plazas públicas de ciudades y pueblos del interior del país. El monumento ecuestre de gobernantes fue «resucitado» en la Italia renacentista, propagándose rápidamente por toda Europa a partir de entonces. En la América independiente, y concretamente en Venezuela, el tema es retomado como forma de afianzar la autoridad del Libertador, aún después de fallecido, en función del plan unificador y del sentimiento nacional en torno al héroe que caracterizó el proyecto nacional de Guzmán Blanco. Sobre la importancia de los monumentos públicos, incluyendo una breve referencia en tiempos de Guzmán Blanco, el lector puede consultar: Rodrigo Gutiérrez Viñuales, «La Independencia y los héroes americanos en el monumento público», *Studi Latinoamericani / Estudios Latinoamericanos*. Udine, Università degli Studi di Udine, 2006, 189-206. Para ampliar el tema, durante el período en cuestión, se puede revisar: Roldán Esteva Grillet, «Guzmán Blanco y el arte venezolano», Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1986, 145-148.

- 10 El uso del gobernante como héroe o como personaje sobrenatural es de vieja data en la tradición occidental.

Juan Antonio Michelena, y «La firma del Acta de la Independencia» de Martín Tovar y Tovar, por la cual el artista obtuvo Medalla de Oro. En general, debemos «ver» estas imágenes como «la representación pública de una personalidad idealizada» (Burke, 2005a: 87), y no como una representación más o menos fidedigna del original.

En el marco de esta mitificación, durante La Aclamación (1884-1889), se realizaron dos importantes obras pictóricas: «Retrato ecuestre de Bolívar» (o «Bolívar en Carabobo», como también se le denomina) de Arturo Michelena y la «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar¹¹. Obras contemporáneas que fueron ejecutadas por encargo gubernamental para ornato de edificios públicos de relevancia local y nacional, respectivamente.

Estas, junto con otras obras del mismo estilo, constituyen una idealización y magnificación de sucesos asociados a la Guerra de Independencia y hacen parte de la «política de la memoria» propiciada desde el Estado que, sin duda, colaboró en la conformación de una «cultura visual» patriótica y nacionalista, en torno a la figura y los logros militares de Simón Bolívar y demás patriotas. De las obras señaladas, nos centraremos en la «Batalla de Carabobo» ejecutada por el pintor Martín Tovar y Tovar.

11 Junto a estos dos pintores, Rojas y Herrera Toro son representantes del academicismo pictórico que se había consolidado en el país a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Para revisar la historia de la pintura venezolana, el lector puede consultar obras clásicas sobre el tema: Alfredo Boulton, *La pintura en Venezuela*, Caracas: Ediciones Macanao, 1987; Juan Calzadilla, *La cultura de Venezuela. Historia mínima*, Caracas: Editado por Fundación de los Trabajadores de Lagoven, 1996. Otros trabajos de factura reciente son citados a lo largo del presente capítulo.

El lienzo de la «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar y su contribución a la cultura visual patriótica y nacionalista

Martín José de Jesús Tovar y Tovar (1827- 1902)¹² fue el gran relator de la historia venezolana. Su obra se inscribe en lo que críticos e historiadores han denominado pintura-histórica que se desarrolló a partir de la segunda mitad del siglo XIX y de la que él es uno de sus principales exponentes. Su formación académica la llevó a cabo primero en Caracas y posteriormente en Europa (España y Francia), donde adquirió gran destreza como retratista y adoptó los conocimientos y tendencias artísticas en boga para la época. Posteriormente, regresa a su ciudad natal y ofrece sus servicios como retratista y profesor de pintura; sin embargo, no tiene mucho éxito. En 1862 decide regresar a Europa y participar en la exposición del Crystal Palace. Al poco tiempo, retorna al país.

En 1872 el presidente Guzmán Blanco asiste a una exposición en el Café del Ávila y conoce de cerca la obra del pintor. Al año siguiente, Tovar y Tovar obtiene su primer gran contrato con el gobierno para realizar 30 retratos heroicos de próceres de la Independencia y de algunos personajes de la vida republicana, entre los cuales no faltó un retrato del entonces presidente. Estas obras conformaron la galería de cuadros que iba a adornar el Palacio Federal Legislativo, en aquel entonces en construcción.

A estos primeros retratos seguirán nuevos encargos oficiales en los cuales el artista se mostrará como el gran exponente de la pintura-

12 Para profundizar en la vida y obra del pintor, se recomiendan los siguientes trabajos clásicos: José Acevedo Mijares, *Martín Tovar y Tovar*, Caracas: Tipografía Vargas, 1949; Enrique Planchart, *Don Martín Tovar y Tovar 1828-1902*, Caracas: Publicaciones del Ministerio de Educación, 1952; Juan Calzadilla, *Martín Tovar y Tovar*, Caracas: Siderúrgica del Orinoco, 1977.

histórica nacional y patriótica, prestando especial atención a la gesta libertadora y, claro está, a la figura de Bolívar. En el segundo período presidencial de Guzmán Blanco, conocido como el Quinquenio (1879-1884), el pintor ejecutó el cuadro «La firma del Acta de Independencia», que fue exhibido en 1883 durante las celebraciones del centenario del natalicio del Libertador y le valió una Medalla de Oro. Como señalamos antes, todas las actividades en torno a esta celebración, incluida la exposición, colaboran en la construcción de un imaginario nacional y hacen parte de cultura visual en torno a este.

En 1884, el pintor fue nuevamente contratado por el gobierno para realizar un grupo de seis lienzos murales destinados a glorificar la gesta libertadora y decorar el Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo. De todas estas obras nacionalistas y heroicas, sin duda, la más relevante es el lienzo la «Batalla de Carabobo».

Esta obra es una narración-pictórica que recoge los momentos más importantes de la batalla que selló la Independencia de Venezuela en 1821. Por la forma elíptica y cóncava de la bóveda, la obra pictórica no pudo realizarse al fresco, técnica usual en el muralismo. En su lugar, el artista empleó el «*marouflage*», técnica que le permitió representar, en lienzos separados, distintos momentos de la contienda entre el ejército republicano, comandado por Simón Bolívar y el ejército español, a cargo de Miguel de la Torre. Luego, el propio Tovar y Tovar asesoró la colocación de los lienzos, de modo que en conjunto, los mismos dan la percepción de continuidad y movimiento. Tal como se puede observar en la Figura 1.

El espectador que asiste al Salón Elíptico debe «seguir con la mirada», en dirección oeste-este, la narración-pictórica de la batalla que comprende cuatro grandes escenas. Comentaremos algunas de estas.

Figura 1. Plafón abovedado del Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo.



Fuente: <https://haimaneltroudi.com/la-batalla-de-de-martin-tovar-y-tovar-en-el-capitolio/>

En la que podríamos considerar que es la primera escena, se muestra a Simón Bolívar sobre su caballo blanco, señalando con su mano hacia el campo de batalla. Bolívar, en su calidad de comandante en jefe, está acompañado de otros militares que en conjunto representan la alta jerarquía militar, tal como podemos observar en la Figura 2.

Cabe destacar algunos detalles de esta escena. Simón Bolívar, desde la altura del cerro de Buenavista, hace un reconocimiento de las tropas realistas y planifica una estrategia.

La representación pictórica del personaje nos recuerda el carácter triunfalista que suele acompañar la iconografía de los gobernantes (Burke, 2005a: 83-85). Sin duda, su figura destaca sobre los demás de este grupo: su rostro es el único más acabado y detallado; quienes lo acompañan o dan la espalda al espectador o no presentan mayores detalles. El caballo blanco reluce, capturando una luz más blanca

Figura 2. Bolívar y el Alto Mando Militar dirigiéndose al campo de batalla.



Fuente: <https://haimaneltroudi.com/la-batalla-de-de-martin-tovar-y-tovar-en-el-capitolio/>

y brillante que los demás no tienen. Sumado a lo anterior, Bolívar es el líder que dirige al resto del grupo a la acción: va de primero, indicando con el gesto de su mano el camino. El grupo militar parece en movimiento, dirigiéndose al fragor de la batalla y todos lucen uniformes que nos recuerdan las representaciones napoleónicas.

En la siguiente imagen (Figura 3), se representan varios episodios históricos: en primer plano yace sin vida Pedro Camejo, apodado por sus superiores «Negro Primero». Mientras, sus compañeros del Batallón Bravos de Apure, comandados por José Antonio Páez, siguen avanzando. Páez, junto a otros pocos, se distingue del resto del batallón por su uniforme y porque, como líder, va a la cabeza. Los demás visten de acuerdo con su región de origen, representando el estereotipo del llanero, y van cabalgando mientras algunos portan el pabellón tricolor.

Figura 3. Escena de la «Batalla de Carabobo» de Tovar y Tovar



Fuente: <https://haimaneltroudi.com/la-batalla-de-de-martin-tovar-y-tovar-en-el-capitolio/>

En el extremo inferior izquierdo de la imagen podemos ver una representación del Batallón de Cazadores Británicos, con el coronel Thomas Ilderton Ferriar al frente, que sale en apoyo de los Bravos de Apure y resiste al enemigo¹³. Como puede observarse en la imagen, también ellos portan el pabellón nacional.

13 «Para apoyar la lucha por la Independencia, miembros de la Legión Británica llegaron al país en 1818. Posteriormente, en 1821, conformaron el Batallón de Cazadores Británicos. Al frente estaba Thomas Ilderton Ferriar. Esta legión pertenecía a la primera división comandada por el general José Antonio Páez, la cual inclinó la balanza de la victoria a favor de los patriotas. El 24 de junio de 1821, los hombres del batallón lucharon con fiereza. Aunque superados en número y bajos en suministros, mantuvieron el control de las colinas tácticamente críticas...». Haiman El Troudi Haiman, «Patriotas que murieron en Carabobo». *Lo afirmativo venezolano*, 2021. Recuperado de <https://haimaneltroudi.com/patriotas-que-murieron-en-carabobo/> (Consulta: 17de agosto 2021).

En la siguiente escena (Figura 4), el pintor representa el sacrificio heroico de Manuel Cedeño y Ambrosio Plaza¹⁴, quienes aparecen en primer plano, casi cayendo dramáticamente heridos de sus caballos. Al fondo, portando el pabellón español, el ejército enemigo.

Figura 4. Manuel Cedeño y Ambrosio Plaza en la Batalla de Carabobo.



Fuente: <https://haimanelttroudi.com/la-batalla-de-de-martin-tovar-y-tovar-en-el-capitolio/>

En líneas generales —y dejando a un lado los valiosos aportes técnicos, artísticos y de estilo personal del autor— el tratamiento del tema cumple con el academicismo e influencia europea propios de la época.

14 Manuel Cedeño estaba al mando de la segunda división y Ambrosio Plaza de la tercera división del ejército patriota. En realidad, Cedeño murió en el campo de batalla, pero Plaza falleció un día después en Valencia.

En palabras de Mariano Picón-Salas:

Con sabio neoclasicismo no carente de emoción romántica, don Martín Tovar y Tovar (1828-1902) crea nuestra mejor pintura histórica (...). Hace con señera maestría la feliz adaptación de la pintura de historia como se desarrolló en la Francia napoleónica y postnapoleónica al escenario tropical y eleva los nombres de nuestra epopeya a un sereno mundo mitológico (Picón-Salas en Palenzuela, 2007: 26).

El «escenario tropical» al que alude el autor no es otro que el sitio original en el cual se llevó a cabo la contienda. Recordemos que la batalla está representada como una puesta en escena, característica que el pintor logra, entre otras cosas, por el tratamiento del paisaje: «La naturaleza (la luz y los cielos en especial) tienen rol protagónico y Tovar se esmeró en hacerla verosímil mediante apuntes que él mismo se ocupó de tomar en el terreno de los hechos» (*Diccionario de historia de Venezuela*, s.f.: 74).

Con esta imagen idealizada de la Batalla de Carabobo, Tovar y Tovar se hace dueño de un estilo pictórico de gran óptica, del cual no están ausentes, sin embargo, las virtudes de un notable observador de la naturaleza; de ahí que sea, entre nuestros pintores clásicos, el primero en ensayar el paisaje puro (Calzadilla, 2021: 130).

El artista es, además, claro exponente de aquella década en la cual las artes plásticas vivían uno de sus mejores momentos. Una época «impregnada por un tono palaciego y marcial» (Calzadilla, 2021: 130).

Consideraciones finales

En tiempos Guzmán Blanco, relatos históricos, edificaciones monumentales, creaciones artísticas y literarias hacen parte de toda una «infraestructura artístico-cultural que aporta (...) una carga de valores subjetivos para unificar la naciente república» (Urbina Pimentel, 2017: 170). Además, van de la mano de apoteósicas celebraciones públicas: «fiestas patrias», actos conmemorativos y actividades culturales que se fomentan desde el Ejecutivo para honrar a los héroes de Independencia, especialmente la figura de Simón Bolívar, institucionalizando su culto y promoviendo una memoria histórica asociada a este. Es así como, en conjunto, todas estas obras y celebraciones colaboran en la construcción de una «cultura visual» patriótica y nacionalista.

Entre estas celebraciones, hemos señalado aquellas que tuvieron lugar durante el largo gobierno de Guzmán Blanco. En el Septenio (1870-1877): el paseo triunfal y la exhibición de las pertenencias de Bolívar con motivo de su onomástico el 28 de octubre de 1872, la inauguración de su estatua ecuestre en la plaza Bolívar y el traslado de los restos mortales del Libertador al Panteón Nacional el 28 de octubre de 1876.

Durante el Quinquenio (1879-1884), resaltamos la celebración del centenario del nacimiento del Libertador en 1883, en especial, la exposición de pintura realizada en su honor. Finalmente, dedicamos la última parte del trabajo a la representación de la «Batalla de Carabobo» realizada magistralmente por Martín Tovar y Tovar para decorar el plafón del Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo, obra que el artista inició en 1884 y concluyó en 1887.

La sabemos «representación idealizada» de la batalla que selló nuestra independencia, de estilo academicista —entre neoclásica y un poco romántica—, y hasta un tanto costumbrista por el tratamiento

del paisaje. Sin embargo, en aquellos años del siglo XIX, cuando los asistentes a la inauguración del edificio público la vieron por primera vez en el plafón del Salón Elíptico, ¿qué les «dijo» aquella imagen?

Una «cultura visual» se va construyendo con el tiempo. Y en aquel entonces, la élite dirigente y sus mediadores, mandaron un fuerte y claro mensaje: el sentimiento nacional y patriótico, es decir, el «sentir venezolano», va de la mano de la admiración —devoción, emulación...— por la gesta libertadora.

Por eso, desde la perspectiva histórico-cultural es posible considerar esta obra pictórica una imagen (documento histórico) cargada de significación, es decir, producto cultural de un contexto al que representa. Ahora bien, una imagen puede mutar o desaparecer con el tiempo. Esto implica que una cultura visual puede tener vigencia en un momento determinado y después perderla. En otros casos, dicha cultura es (re)producida en el tiempo, mientras agrega nuevos elementos culturales que se suman al sistema de significación original.

Proponiendo futuras investigaciones, nos preguntarnos: ¿cuál es el valor cultural de esta imagen en la actualidad? ¿Acaso se ha convertido en referencia «obligada» para los venezolanos cada vez que leemos, pensamos, escribimos o reflexionamos sobre aquellos tiempos heroicos? ¿No es verdad que esta obra aparece representada, una y otra vez, en textos escolares, ensayos, espacios digitales, exposiciones de arte, conmemoraciones patrióticas, etc.? En términos de identidad nacional, memoria e imaginarios colectivos, ¿qué significado tiene esta réplica sin fin...? Considerando a Francis Haskell, cabría preguntarse cuál ha sido el impacto de esta obra en nuestra imaginación histórica.

No olvidemos que, «cada época y lugar ha tenido sus maneras propias de ver el mundo» (Ayala Calderón en Velázquez, 2009: 32).

Tal vez nuestra «visión de mundo» (memoria, imaginario, creencias colectivas) no ha cambiado tanto como pensamos, solo se construye y (re)construye sobre las mismas bases institucionalizadas del siglo XIX. De ser así, ¿ha existido una «sostenida política de memoria» que la mantiene vigente?

Las diversiones estratégicas de la Campaña de Carabobo de 1821. Una mirada al concepto de «operación» del Libertador Simón Bolívar

Ismael Rodríguez Vásquez*

Me gustaría iniciar este trabajo partiendo de la idea de que la Campaña de Carabobo de 1821 hizo posible la Batalla de Carabobo. La Batalla de Carabobo es el resultado de una campaña bien planificada y mejor sincronizada desde el punto de vista operacional. Es importante señalar esto, ya que la historiografía tradicional por mucho tiempo estacionó en la efeméride del 24 de junio de 1821 la gesta heroica, obviando muchos detalles de un plan de operaciones magistralmente concebido y conducido.

Son referencia obligatoria para este trabajo las obras *Bolívar conductor de tropas* del general en jefe Eleazar López Contreras; *La Campaña de Carabobo* del coronel Arturo Santana; «La diversión de Bermúdez 1821» y *Diversión de Cruz Carrillo en la Campaña*

* Egresado de la Academia Militar de Venezuela y diplomado de Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra del Ejército. Doctor en Ciencias Políticas (Universidad Central de Venezuela) y Magister en Historia de Venezuela (Universidad Católica Andrés Bello). El núcleo de sus trabajos de investigación lo constituyen temas sobre las relaciones entre el Estado y sus Fuerzas Armadas.

de Carabobo del coronel Tomás Pérez Tenreiro, y del general de Brigada Héctor Bencomo Barrios, *La campaña de Carabobo de 1821*, todos ellos trabajos pioneros en el campo de la historia militar, y particularmente en el tema de la Campaña de Carabobo.

Es precisamente el coronel Tomás Pérez Tenreiro, en su trabajo «La diversión de Bermúdez 1821», quien nos presenta el concepto de diversión tomado de la obra de Carl von Clausewitz: «...ataques sobre el territorio enemigo que atraen sus fuerzas lejos del punto principal; la diversión es verdaderamente una operación especial cuando no se busca la posesión definitiva del objetivo atacado...» (Clausewitz en Pérez Tenreiro, 1971: 219). Otro concepto de diversión que se maneja en el siglo XIX, lo tomamos del *Diccionario militar de José Almirante*:

...es el acto de enviar un destacamento, de separar un cuerpo de tropas de la masa común o del grueso del ejército, con la intención de que concurra simultáneamente o combinadamente a un ataque. La diversión puede verificarse, bien sobre el Teatro entero de la guerra estratégicamente, o con más frecuencia tácticamente sobre la zona reducida de las maniobras, y también sobre un campo limitado de batalla, cuando se resuelve un ataque doble o falso... (1869: 368).

En esencia, la diversión tiene por finalidad evitar o distraer la atención del enemigo y engañarle sobre el esfuerzo principal de nuestras operaciones en el campo de batalla. La doctrina actual del ejército venezolano en su manual de Táctica general¹ la define como *Finta*, operación con propósito especial, *un ataque de apoyo diversionario*; el manual también contempla la *demonstración*, similar a la *Finta*, y la define como el despliegue de una fuerza en un área en

1 *Manual de táctica general del Ejército venezolano*. Recuperado de <https://amej20111.files.wordpress.com/2011/03/manual-tactica-general.pdf>.

la cual no se busca obtener una decisión. La diferencia con la *Finta* está en que la *demonstración* no busca contacto con el enemigo.

Distraer la atención del enemigo es un propósito de las operaciones ofensivas, se busca confundirlo y engañarlo para llevarlo a realizar una evaluación errada de las capacidades e intenciones de la maniobra trazada, distrayendo su atención de nuestro verdadero objetivo. De ser exitosa la diversión, se le resta poder ofensivo y capacidad al enemigo para reaccionar. Este concepto de diversión o *finta*, como lo establece la doctrina actualmente, se mantiene inalterable en sus principios y propósitos, y en su definición encontramos casi con exactitud la explicación de las diversiones estratégicas de la Campaña de Carabobo 1821.

Definido el concepto de diversión como operación militar, entramos a explicar el concepto de «operación» del Libertador Simón Bolívar, que no es otra cosa que la manera en que durante su planificación estratégica pudo visualizar la campaña y el propio campo de batalla, imaginarse cómo iban a ocurrir los eventos y cómo esta visualización del teatro de operaciones la transformó en planes y órdenes a sus unidades subordinadas. En carta al señor don Guillermo White, fechada en Barinas el 6 de mayo de 1821, le comunica:

...el armisticio nos ha servido muy bien para prepararnos con tranquilidad y disponernos del modo más ventajoso. Nuestras divisiones se han reforzado y disciplinado, se han provisto de todo y se han colocado de manera que no le queda al enemigo otro partido que el de presentar, desde luego, una batalla, que podemos nosotros aceptar o despreciar según nos convenga... yo le aseguro a Vd. que solo un ángel puede salir del laberinto en que está el general La Torre. Amenazado por todas partes y en todas direcciones por fuerzas superiores, reducido a un círculo estrechísimo de operaciones, sin subsistencia, sin cooperación

de nadie, es preciso hacer milagros para no desmayar y sobreponerse a todo. Yo dudo que el ejército español tenga tal firmeza; pero aun cuando sea, no hallo nada que le prometa mejorar su condición... el plan que ha concebido el general La Torre de concentrar todas sus fuerzas en San Carlos, es el único que puede prolongar algo más su existencia en Venezuela, mas no es el que puede destruirnos ni conservar el país. Al romper las hostilidades ha abandonado a nuestro poder todo el occidente de Caracas y aun se dice que los llanos de Calabozo también, de modo que no cuenta sino con el país que pisa. Cree Vd. ¿Que no se está [en] la más desesperada situación? (Bolívar, s.f.: 557).

El Libertador en su carta se pasea por varios aspectos de la campaña: los relativos a personal, inteligencia, operaciones y logística. Dos meses antes de la batalla decisiva le escribe a su amigo y le explica en detalle su concepto, cómo ha capitalizado el armisticio, entrenado y preparado a sus tropas para el combate, la logística de sus unidades, las deficiencias logísticas, de personal, operacionales y de inteligencia del enemigo. En su correspondencia es capaz de predecir casi con exactitud el lugar donde entrarán en combate los ejércitos, ya que su plan, entre otros objetivos, tenía como propósito amenazar en todas las direcciones el dispositivo realista y obligarlo a comprometer sus unidades en esos frentes, para desgastarlo y confundirlo sobre su objetivo principal.

De su concepto se genera un plan de campaña que contempla dos diversiones: la primera sería ejecutada por el ejército de oriente bajo el mando del general de división José Francisco Bermúdez, y la segunda diversión está conducida hacia el occidente bajo las órdenes del coronel José de la Cruz Carrillo².

2 Todo lo relacionado con el plan de campaña ha sido tomado de las *Memorias del general O'Leary*, Tomo 18, Caracas: Ministerio de la Defensa, 1981, y *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, volumen 3.

Bermúdez y su ejército debían liberar Caracas para el 15 de mayo o estar en sus inmediaciones amenazándola; esta operación contemplaba el apoyo desde Margarita del general J. Bautista Arismendi, quién desembarcaría tropas en las costas de Curiepe para apoyar las operaciones del general Bermúdez. El plan le ordenaba a este continuar operaciones hasta los valles de Aragua, de tener éxito la ocupación de Caracas, y que debía limitarse a molestar al enemigo y distraerlo sin comprometerse en combate con fuerzas superiores sin posibilidad de éxito.

Parte de su misión comprendía alejar de los llanos fuerzas enemigas para permitir el avance de las unidades del general José Antonio Páez, lo que obligaría al ejército realista a destacar por lo menos una división para atender la amenaza sobre Caracas y dejaría expuesto el cuerpo principal de su dispositivo; era fundamental para el logro de los objetivos de la campaña comprometer por lo menos una división enemiga.

De igual manera, el coronel José de la Cruz Carrillo actuaría por el occidente de la provincia de Caracas, debía distraer al enemigo, hacerle destacar fuerzas y debilitarlo, obrando siempre en guerrilla, sobre el eje Trujillo, Barquisimeto y San Felipe, con el doble propósito de amenazar el dispositivo enemigo y cubrir la aproximación de Urdaneta por el eje Maracaibo, Coro y Barquisimeto.

En correspondencia fechada en Barinas el 12 de abril de 1821, firmada por Pedro Briceño Méndez, dirigida al general Rafael Urdaneta, se ordena:

...el Coronel Cruz Carrillo no solo divertirá al enemigo y lo atraerá por allí, sino que se adelantará sobre Valencia por el camino de Nirgua, amenazándola, si las circunstancias se lo permiten y aconsejan; pero cuidando de no comprometer batalla

contra fuerzas superiores o iguales sin seguridad de suceso... (O'Leary, 1981: 177).

La orden de divertir es clara y como medida de engaño debía divulgar, a su paso, que comandaba una unidad que formaba parte de una vanguardia de aproximadamente 4.000 hombres bajo las órdenes del general Rafael Urdaneta: «...importa pues que US. se esfuerce por lograr esta operación haciendo creer al enemigo que sus fuerzas son más considerables, para que tema más y obre el desaliento en sus tropas...» (O'Leary, 1981: 191).

En las órdenes se recalcó tanto al general Bermúdez como al coronel Cruz Carrillo que el éxito total de la operación estaba supeditado al logro de los objetivos planteados con las diversiones estratégicas. En correspondencia fechada en Chitagá, el 16 de febrero de 1821, se le señala a Bermúdez lo siguiente:

...tiene US. por objeto principal y casi exclusivo ocupar á Caracas por la espalda del ejército enemigo distraído en Calabozo y el Occidente por los señores Generales Urdaneta y Páez. No perderá US. nunca de vista este importante objeto, del cual depende el éxito de la campaña y quizás el término de la guerra... (O'Leary, 1981: 74).

Por su parte a Cruz Carrillo se le indica:

...la operación que se encarga á US. sobre Valencia, aunque es de diversión, puede llamarse decisiva, porque ocupada aquella ciudad ó amenazada inminentemente por esa columna, debe el enemigo, ó perder sus comunicaciones con Caracas y Puerto Cabello, ó desmembrar su ejército para atender a US. ó concentrar hacia allí todas sus fuerzas... (O'Leary, 1981: 191).

Se desprende, sin dudas, de la correspondencia a la que hacemos referencia que toda la campaña giraba en torno a las diversiones planificadas y el objetivo es muy específico en su propósito: distraer, engañar, desgastar y desmembrar al ejército realista.

Con relación a la diversión de Bermúdez, una progresión de eventos comienzan en mayo de 1821, con una fuerza aproximada de 1.200 hombres, que van a capitalizar en el campo de batalla, el 8 de mayo en Tacarigua, la derrota del teniente coronel José Istúriz, comandante del Batallón Ligero de Hostalrich. Istúriz se retira al Guapo y continua la progresión de Bermúdez hasta Caucagua, ocupando este objetivo el 11 de mayo para finalmente entrar en Caracas el 14 de mayo, un día antes de la fecha encomendada en sus órdenes. El coronel Francisco Mejía, testigo importante de estas operaciones, lo resume de la siguiente manera:

...puede decirse que fue un solo combate el que tuvo Bermúdez desde el Guapo hasta Guatire, porque el enemigo disputó prodigiosamente el terreno. El resultado fue que Bermúdez entró a Caracas el 14 de mayo en lugar del 15 como se le había preceptuado, según queda dicho... en el Consejo se encontraba el Jefe español Correa, y Bermúdez marchó luego, a atacarlo; logró en efecto, el 19 del propio mes de mayo, derrotarlo completamente. Allí cayeron en su poder los últimos restos del Regimiento Austerlitz, banderas, cajas de guerra y una multitud de prisioneros, entre ellos el Brigadier Don Tomás Círes a quien remitió para Caracas a disposición de S.E. el Vicepresidente... (Mejía, 1980: 41)³.

3 Versión de la operación del coronel Francisco Mejía, en su *Biografía militar del excelentísimo señor general de los ejércitos de la República de Colombia, Benemérito José Francisco Bermúdez*, Caracas: Edición del Ministerio de la Defensa, 1980, 41.

El 17 de mayo el general realista, Francisco Morales, inicia su marcha sobre Caracas para contener la amenaza. Paralelamente, el 18 de mayo, Bermúdez marcha sobre los valles de Aragua y entre el 19 y 20 de mayo derrota a Correa en El Consejo y continúa su movimiento hasta La Victoria. El 23 y 24 de mayo tienen contacto las unidades de Morales y Bermúdez. El coronel Francisco Mejía señala lo siguiente en su trabajo biográfico sobre el general José Francisco Bermúdez:

...penetró Bermúdez entonces hasta la Victoria con el designio de marchar hasta donde estuviese S.E. el Libertador Presidente; pero frustró su cálculo la aproximación del Jefe español Morales con fuerzas superiores a las suyas. No obstante, Bermúdez le esperó en la Victoria y, así que lo tuvo a la vista, el 23, se vino en retirada hasta el Limonsito donde se situó... (Mejía, 1980: 41).

Bermúdez inicia su repliegue el 25 de mayo hasta Antímano y continúa replegándose hacia Guarenas y Guatire, fiel a su misión de evitar combate sin posibilidad de éxito. Al respecto, Braulio Fernández, un soldado bajo las órdenes del general Bermúdez, comenta en sus memorias que tuvo a tiro al general Morales durante un encuentro entre los dos generales, y deja en su relato algunos elementos muy valiosos desde el punto de vista operacional; sorprende el nivel de detalle en cuanto a conocimiento de la misión encomendada, información que maneja un soldado y que dice mucho del alto grado de liderazgo de sus comandantes:

...pero con la misma alzamos pabellón y nos retiramos más hacia Caracas, pero siempre a una vista para entretenerlos... pero allí nos estuvimos divirtiendo cinco horas que no fueron suficientes para verle el rostro al enemigo... dando tiempo a que el Libertador pasase del Apure, que era el interés...⁴

4 Braulio Fernández, *Memorias de un soldado*. Versión digital.

El soldado Braulio Fernández entendía perfectamente que se encontraba en una operación de diversión, sabía cuál era su misión, lo que destaca el nivel de entrenamiento del ejército de oriente y que las órdenes eran claras, comprendidas por todos los niveles de comando.

El 27 de mayo Morales entra a Caracas y le ordena al coronel Pereira continuar la persecución de Bermúdez. En este punto ya se ha alcanzado un importante objetivo del plan, se ha conseguido comprometer nada más y nada menos que a la vanguardia del ejército realista, logrando de esta manera alterar la reunión del dispositivo del general Miguel de la Torre.

El Libertador celebra estos eventos, como presento a continuación, en carta dirigida al señor Alejandro Osorio, fechada en Guanare el 25 de mayo de 1821:

...hoy he tenido una noticia muy agradable: La Torre se ha ido para Caracas con sus mejores tropas y se dice que es por una insurrección en aquella capital. El hecho es que muy grande novedad lo ha llevado allá; pues solo la aproximación de Bermúdez no es bastante porque el ejército de Morales es suficiente para rechazar a Bermúdez... (Bolívar, s.f.: 563).

Reforzado el general Bermúdez, finalmente presenta combate al coronel José Pereira en El Calvario el 23 de junio, donde es derrotado; no podía imaginarse Bermúdez que ya había cumplido su misión, su parte del plan había conseguido el estado deseado. El coronel Francisco Mejía, su segundo durante toda la operación lo relata de esta manera:

...Pereira tomó el partido de situarse en el Calvario de Caracas y allí esperó a Bermúdez. Este siguió con efecto, y el 23 de Junio presentó batalla a Pereira, quien lo derrotó después de haberse sostenido del modo más heroico... en la imposibilidad

de resistir más, se puso en retirada; y, cuando trataba de reforzar sus filas para emprender nuevamente, recibió el parte de la Batalla de Carabobo y la aproximación de S.E. el Libertador a Caracas... (Mejía, 1980: 42).

En carta fechada en San Carlos el 6 de junio de 1821, el Libertador le manifiesta al general Bermúdez su satisfacción por el logro de sus objetivos y lo asciende a general en jefe:

...he sabido con la mayor satisfacción que US. ocupó la capital de Caracas del 13 al 14 de mayo, después de haber de los batallones de Castilla, y Valencia. Doy a US. las gracias a nombre de la República por estos importantes servicios, que ella recompensará con el empleo de General en Jefe...

En cuanto a la progresión de eventos de diversión bajo las órdenes del coronel Cruz Carrillo, los logros de varios objetivos sellan el éxito de sus operaciones. El 27 de mayo entra a Barquisimeto; el 13 de junio llegan las tropas de Urdaneta a Barquisimeto bajo el comando del coronel José Antonio Rangel; el 18 de junio Cruz Carrillo marcha a San Felipe para ocupar Nirgua y el 20 de junio toma San Felipe. Es un evento clave en esta operación de diversión, que el 22 de junio De la Torre envía refuerzos al teniente coronel Manuel Lorenzo, en apoyo de las operaciones contra Cruz Carrillo. El coronel Juan Tello con el Batallón Barinas, cinco compañías del primero de Navarra y el Quinto Escuadrón de Lanceros del Rey parten de su reunión en Carabobo a reforzar al teniente coronel Lorenzo en San Felipe, es decir, dos días antes de la batalla decisiva. De la Torre debe alterar su dispositivo y desprenderse de importantes y valiosas unidades para atender la amenaza en San Felipe.

Ambas diversiones lograron el efecto deseado: se le generó una gran confusión operacional al general De la Torre, quien al verse amenazado en varios frentes, sin posibilidad de refuerzos, tuvo que

emplear unidades importantes de su dispositivo para contener esas amenazas y se vio forzado a concentrar sus fuerzas en Carabobo, perdiendo de esta manera la iniciativa y la acción ofensiva. Para tener una idea de los problemas operacionales que se le presentan a De la Torre, doy a continuación una correspondencia del coronel José Pereira, fechada el 3 de junio de 1821, quien desde Caracas y responsable de contener a Bermúdez, le solicita refuerzos de manera urgente, logística para mantener a la tropa y le pide «tenga usted la bondad de sacarme de aquí y que otro con más robustez mande estas operaciones que yo no puedo seguir porque no alcanzo los milagros de este tiempo que solo están reservados para otros...» (Pereira en AGN, 2020: 74). Este retrata en su correspondencia la realidad del ejército realista a 20 días de la batalla que determinaría su suerte. Pereira termina su misiva asegurando que:

...estos pueblos son más insurgentes que Bolívar y los que no siguieron a los rebeldes se fueron a los montes, de que no los saca ni el buen trato ni ofertas, no cuento con un hombre que de noticias de la posición del enemigo, ni menos que haga el menor servicio en favor nuestro... (Pereira en AGN, 2020: 74).

No podía ser poca cosa para De la Torre que un comandante de tropas, responsable de defender su plaza más importante, la que le aseguraba salida al mar por La Guaira, le pidiera ser relevado del mando y le presentara un escenario tan desolador del estado de sus unidades.

Por su parte, el resultado de estas operaciones de distracción facilitó la reunión y concentración del ejército Libertador en el punto decisivo para la batalla crucial. Tres eventos importantes marcan la ruta, a saber: 11 de junio, llegada del general Páez con sus unidades a San Carlos; 15 de junio, organización del ejército Libertador en tres divisiones para el combate; y 19 de junio, llegada de las tropas del

general Urdaneta a la reunión en San Carlos. Puede asegurarse que la suerte del ejército realista quedó sentenciada con la llegada de Páez y sus unidades a San Carlos.

Es importante destacar que para la época se manejan los conceptos de reunión y concentración; la reunión en el teatro de operaciones y la concentración para presentar batalla. Durante la maniobra era fundamental concentrar fuerzas superiores en el campo de batalla, especialmente para la contienda decisiva.

El general J. F. C. Fuller, en su obra *La dirección de la guerra*, hace un estudio brillante sobre este tema: recoge el pensamiento estratégico de Napoleón y de otros teóricos del arte de la guerra de principios del siglo XIX, y la idea de que una fuerza inferior, pero correctamente reunida, podía derrotar a una fuerza superior mal concentrada (Fuller, 1984: 50 y 51).

Esta es la clave del concepto de la operación del Libertador Simón Bolívar, como ya lo explicamos al inicio de este trabajo, así visualizó la campaña y lo plasmó en planes y órdenes, en carta a Soublette, fechada el 13 de abril de 1821: «...no es nuestro ejército superior en número al enemigo y sería muy aventurado presentarle abiertamente una batalla contra sus fuerzas reunidas, pudiendo obligarlo antes a diseminarlas...» (Bolívar, 1987).

Es revelador que el general De la Torre inicie su parte sobre los sucesos de la Batalla de Carabobo justificando las razones operacionales que lo obligaron a alterar su dispositivo, a saber:

...desde que el enemigo ocupó la Provincia de Coro ha indicado atacarme varios puntos obligándome á concentrar las fuerzas para cubrir esta plaza, colocándome en el sitio de Carabobo donde Campé como el que ofrecía posición mas ventajosa para esperarlo y batirlo, dexando á las inmediaciones de Caracas al

Coronel Don José Pereyra, con los Batallones 2do. de Valencey y 3ro. del Rey y un escuadrón de Húsares de Fernando VII para que batiese al General Bermúdez que permanecía en el Rodeo á ocho leguas de distancia, consiguiéndolo gloriosamente dentro de la misma capital el 23 de este, según noticias extrajudiciales pero verídicas...

...Teniente Coronel Don Manuel Lorenzo que con una columna obraba sobre la ciudad de San Felipe cubriendo el camino que flanquea esta plaza por la parte de Coro y Barquisimeto, en que me participaba la proximidad de dos mil hombres, que según otro oficio debía mandar el General Urdaneta, destaqué desde Carabobo, el 22 en la madrugada al Coronel Juan Tello con el Batallón Barinas, Cinco Compañías del 1ero. de Navarra con el 5to. Escuadrón de Lanceros del Rey y el de Baqueanos para que reuniendo la tropa de Lorenzo batiese al enemigo respecto á que el terreno le ofrecía posiciones... (Barrios, 1991: 128).

Carl von Clausewitz es contundente sobre el tema de la concentración en el espacio, como él lo define, en su obra *De la guerra*. En el capítulo XI, señala lo siguiente:

...no hay ley más simple y más imperativa para la estrategia que la de mantener concentradas las fuerzas. Nada tiene que ser separado del conjunto principal, a menos que lo exija algún objetivo perentorio. Nos mantenemos firmes en ese criterio y lo consideramos como guía en la que se puede y se debe confiar... si se reconoce como norma la concentración de toda la fuerza, y toda división y separación como la excepción que tiene que ser justificada, no solo se evitará por completo ese desatino, sino que también serán eliminadas muchas de las razones erróneas que conducen a separar a las fuerzas...



Las diversiones estratégicas de 1821

El concepto de la operación: (diversión de Bermúdez y Cruz Carrillo)



Fuente. Diseño libre del autor, solo para ilustrar las operaciones, según su interpretación, del plan de campaña y documentos relacionados con las estrategias. Las unidades graficadas no indican su posición real durante la campaña. En azul el Ejército Libertador y en rojo el ejército realista. Usamos como referencia el *Manual de símbolos y abreviaturas militares del Ejército venezolano*, MC-50-1 del Comité Permanente de Doctrina, 1987.

Estos son los criterios tácticos y operacionales de la época, y que irremediamente condujeron a la derrota del ejército realista en Carabobo, forzados por una campaña brillante en su concepto; mejor dirigida y conducida por sus comandantes; sincronizada la maniobra por un extraordinario sistema de comunicaciones, los postas, hombres a caballo responsables de llevar la correspondencia a los diferentes frentes de combate. Al respecto encontramos en carta dirigida al coronel Cruz Carrillo lo siguiente:

...que por lo dicho conocerá US. cuan importante y absolutamente necesario es que S.E. sepa una ó dos veces todos los días los movimientos que US. haga y las posiciones que vaya ocupando, y lo que el enemigo haga por su parte. Sin estas frecuentes noticias será inútil la operación de US. porque no podrá S.E. aprovechar el momento oportuno, y perdida una hora favorable en las circunstancias en que está el enemigo, se pierde todo el proyecto. No debe US. perder medio de avisar á S.E. todo lo que ocurra ó sepa, y debe además esforzarse por tener á cada paso noticias del enemigo, y saber con certeza, cuando marchan fuerzas contra US., en qué número y dirección, y cuándo evacua el enemigo á Carabobo para retirarse a Valencia. Un parte á tiempo, bien detallado, puede decidir el suceso de la campaña... (O'Leary, 1981: 327).

Los postas, héroes anónimos de la campaña pero con un peso importante en las operaciones, conjuntamente con una elaborada red de espías en el teatro de la guerra, fueron un gran apoyo para lograr sincronizar de manera perfecta toda la operación.

La campaña de Carabobo derivó irremediabilmente en la derrota del general Miguel de la Torre en Carabobo, y como bien lo aseguró el Libertador en su correspondencia a don Guillermo White, solo un ángel podía salir del laberinto del general De la Torre, amenazado por todas partes y en todas las direcciones. Las diversiones estratégicas planificadas en la campaña, serán el centro de gravedad de la operación; ambas distracciones funcionaron como una tenaza perfecta que permitió fijar al ejército realista en Carabobo condenándolo a su posterior derrota, el éxito de las diversiones de Bermúdez y Cruz Carrillo hicieron posible la contundente victoria.

Termino con el fragmento de una carta que le dirige el Libertador al general Francisco de Paula Santander, fechada en San Carlos el

13 de junio de 1821, donde al final de la misiva le dice: «adiós mi querido Santander: páselo Vd. bien. Espere la victoria de Carabobo que vamos a dar...» (Bolívar, s.f.: 566): a 11 días de la batalla más importante de nuestra historia ya celebra su resultado. Esta claridad en el concepto de una operación militar, la manera tan brillante de visualizar la batalla y predecir su desenlace solo está reservado a muy pocos genios del arte de la guerra. La posdata de esta carta es sencillamente extraordinaria, una síntesis perfecta del objetivo cumplido con las diversiones estratégicas de la campaña: «la división de Urdaneta llega aquí dentro de dos o tres días. El general queda en Carora por sus achaques antiguos. El general Páez está conmigo desde antes de ayer. Pronto entraremos en la Lid...» (Bolívar, s.f.: 566). Ha logrado la reunión de sus tropas y le ha arrebatado al general De la Torre la iniciativa y el momento de la acción ofensiva, un momento que cuando se pierde en el campo de batalla no regresa y condena a la derrota.

Batalla de Carabobo. Guerra, imaginario político y nación

Reinaldo Rojas*

*El concepto de Estado es simplemente un «truco legal»
que justifica apetencias, arbitrariedades y demás formas
del «me da la gana». Estado es lo que yo,
como caudillo o como simple hombre de poder determino
que sea Estado. Ley es lo que yo determino que es Ley.*

José Ignacio Cabrujas (1987)

Introducción

Carabobo no es solo el sitio donde se escenificó una de las principales batallas hispanoamericanas por la Independencia. Según sea la interpretación que hagamos de este acontecimiento, desde la historia militar hasta la historia política pasando por la historia social, además de ser un hecho bélico, Carabobo ha sido la fuente privilegiada de la historia patria y la matriz de nuestro caudillismo histórico.

Por eso, más allá del romanticismo histórico que aún domina en el abordaje de cualquier evento relacionado con la Guerra de

* Profesor Titular (jubilado) de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Doctor en Historia. Premio Nacional de Historia (1992) y Premio Continental de Historia Colonial de América Silvio Zavala (México, 1995). Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, desde el año 2019.

Independencia, nuestro propósito es aprovechar la conmemoración de este acontecimiento para ensayar otras lecturas orientadas a indagar acerca de un proceso de más larga duración, como lo es, la formación del Estado venezolano y la construcción de nuestra idea de nación, como comunidad política imaginada.

De la historia social a la historia simbólica de la nación

Entre la historia *social* de la Independencia, espacio de conocimiento abierto aún a múltiples investigaciones, y la historia *cultural* de la conformación de las nuevas entidades del poder político, media el universo simbólico de los *imaginarios sociales* y de las *representaciones colectivas* de la nación. Se trata, en un esquema abierto al análisis semiológico, por su interés en abordar ese tejido simbólico que le da su significado, su sentido, al acontecimiento histórico, en tanto que el mismo esté integrado a un sistema cultural de significaciones (Ducrot y Todorov, 1995: 121 y ss.)¹.

Varios autores nos sirven de soporte teórico en esta pesquisa. En primer lugar, Ernest Cassirer y su concepto de universo simbólico. Para este autor:

El hombre (...) no vive solamente en un puro universo físico, sino en un *universo simbólico*. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen parte de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana (Cassirer, 1975: 47).

1 Para esta interpretación nos auxiliamos de los conceptos de *signo*, *significante*, *significado* y *significación* tomados de: Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, 17ª edición, México: Siglo XXI Editores, 1995, 121 y ss.

De este universo, nos interesa la presencia del mito en el discurso de la nación. En esta misma dirección de pensamiento, Cornelio Castoriadis, nos plantea lo siguiente:

Tout ce qui se présente à nous, dans le monde social-historique, est indissociablement tissé au symbolique. (...) Les actes réels, individuels ou collectifs (...) les innombrables produits matériels, sans lesquels aucune société ne saurait vivre un instant, ne sont pas (...) des symboles. Mais les uns et les autres sont impossibles en dehors d'un réseau symbolique (Castoriadis' 1975)².

En este sentido, ese elemento que le da funcionalidad a cada sistema institucional, ese factor estructurante que nos coloca en el terreno de la relación semiótica entre lo significativo y lo significado, entre lo sensible y lo ausente; ese soporte de articulaciones y distinciones entre lo que importa y lo que no importa, es lo que Castoriadis denomina *imaginario* de la sociedad en cada época considerada (Castoriadis, 1975: 219).

Y, finalmente, Bronislaw Baczko, para quien el ejercicio del poder, en especial del poder político, pasa por un imaginario colectivo, ya que ejercer un *poder simbólico* no significa agregar lo ilusorio a un poderío «real», sino multiplicar y reforzar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos, por la conjugación de las relaciones de sentido y poderío, ya que todo poder se rodea de representaciones, símbolos, emblemas, que lo legitiman, lo engrandecen y le aseguran su protección (Baczko, 1991: 16). En ese universo simbólico de la

2 «Todo eso que se nos presenta en el mundo socio-histórico, está indisociablemente tejido simbólicamente. (...) Los actos reales, individuales o colectivos (...) los innumerables productos materiales sin los cuales ninguna sociedad sobreviviría un instante, no son símbolos. Pero los unos y los otros son imposibles fuera de una red simbólica» (Traducción libre del autor).

nación, ¿cuál es el significado que le hemos dado a la Batalla de Carabobo?

En anteriores estudios hemos abordado —desde las perspectivas epistemológicas de la historia de los imaginarios políticos (Rojas, 2015: 15 y ss.)— el proceso de construcción simbólica del 19 de abril de 1810, día en el que se instaló en Caracas la Junta Defensora de los Derechos de Fernando VII, como la fecha inicial de nuestra independencia, a pesar de su carácter de acto de fidelidad al rey y a la monarquía española. En este sentido, el 19 de abril inaugura el calendario nacional, pasando a ser el primer año de la república, sin que existieran formalmente república y nación, proceso que estudiamos a través de la reconstrucción de la celebración en Caracas de la primera fiesta de la nación, en 1811 (Rojas, 2011: 119 y ss.).

Esta perspectiva teórica, nos ha llevado a elaborar en la práctica de la investigación un nuevo soporte conceptual y a redefinir categorías como nación, la cual ha sido la central de nuestros estudios sobre la Independencia, al lado de modernidad y modernización (Rojas, 2007, 139 y ss.). En este sentido, para el presente trabajo sobre la Batalla de Carabobo, partimos del concepto de nación como «comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana» (Anderson, 1983: 23). Se trata de una perspectiva teórica que nos permite superar aquellas concepciones objetivistas, como las denomina Hobsbawm (1992: 16 y ss.), que asumen el fenómeno nacional como un hecho dado, que siempre ha existido. En consecuencia, para nosotros la nación es una construcción social y cultural, a partir de la formación de una comunidad política moderna, que es la que surge de la desintegración del Imperio español en América, impulsada por los procesos de independencia.

En esta línea de pensamiento, nuestro propósito es indagar acerca del proceso de construcción de la idea de nación, de sus

orígenes simbólicos, fenómeno que el antropólogo y filósofo francés Ernest Gellner se plantea a partir de esta sugestiva interrogante: ¿tienen ombligo las naciones? Citemos, en extenso, su formulación:

La cuestión se puede formular de una forma sencilla: el sentido de etnicidad, la identificación con una nación y la expresión política de esta apasionada identificación, ¿constituyen algo antiguo y presente ya a lo largo de la historia o son, por el contrario, algo moderno, un corolario específico de nuestro mundo reciente? (Gellner, 1997: 161).

Si bien el nacionalismo es un fenómeno inherentemente moderno, en nuestro caso, de 200 años, la idea es que la nación venezolana se hunde en el tiempo, en el pasado indígena precolonial y el Estado nace con la Independencia, producto de una ruptura violenta con el pasado monárquico colonial. En consecuencia, el problema del nacionalismo es establecer ese origen, esa nueva fecha de nacimiento.

Ubicados en el surgimiento de la Primera República, pero orientados por la metáfora de Gellner, en estudio anterior planteamos que el 19 de abril de 1810 puede ser considerado —en términos de un discurso genealógico— como el ombligo de la nación, es decir, como el origen de Venezuela como comunidad política independiente y soberana (Rojas, 2010: 35 y ss.).

Pero, para la república que surge en 1830, Carabobo empieza a ocupar esa jerarquía en el orden simbólico de la nación, producto de un nuevo discurso nacionalista que se nutre de la épica de las armas y lleva a la estructuración de un nuevo panteón de la nación, donde figuras como Miranda y letrados como Cortés de Madariaga y Juan Germán Roscio, héroes del 19 de abril, darán paso a José Antonio Páez, el caudillo llanero, y al Negro Primero, Pedro Camejo, como representación del pueblo en armas.

En consecuencia, el imaginario político de aquella república civil va a ser progresivamente sustituido por nuevos referentes simbólicos, surgidos de nuestra Guerra de Independencia. No se trata de un juicio de valor, sino de una hipótesis de trabajo que exponemos en el presente artículo de la siguiente manera: Carabobo es un nuevo comienzo y lo anterior, su antecedente. O dicho al estilo de *Venezuela heroica*: Carabobo es el desenlace de una guerra de 10 años y el comienzo de un nuevo ciclo histórico.

En este proceso de reconstrucción simbólica de nuestra idea de nación, el valor de las armas y el reto permanente a la muerte — materia básica de la historia épica— borran en la memoria colectiva todo antecedente ideológico o civil de nuestra Independencia. En consecuencia, el 19 de abril de 1810, ya no es el ombligo de la nación. Poreso, en este bicentenario (2010-2021), más que repetir o contradecir lo que ya se ha dicho sobre esta o aquella batalla, lo sustantivo sería explorar nuevas miradas y releer aquellos acontecimientos desde otras perspectivas de análisis, más allá, inclusive, del clásico comparativismo sociológico. Es lo que nos proponemos llevar adelante, a manera de hipótesis, con el presente ensayo de interpretación a partir del eje conceptual guerra-imaginario político-nación, y del análisis del acontecimiento «Batalla de Carabobo» en tres dimensiones: factual, política y simbólica (Soulet, 1994: 76 y ss.).

Empecemos por una mirada a las fuentes.

Fuentes históricas sobre la Batalla de Carabobo

A pesar de la amplitud de las fuentes históricas que existen sobre nuestra Independencia, para este ensayo aproximativo hemos consultado la siguiente documentación, clasificada de la manera que sigue: la documentación primaria que da cuenta del hecho bélico y

de la campaña militar que se encuentra en los Archivos de Bolívar y de Miguel de la Torre; las *Memorias* de Daniel Florencio O’Leary y el Archivo del Ejército Expedicionario de Costa Firme, este último, localizado en el Archivo General de Indias de Sevilla, con copias en el Archivo General de Nación y la Academia Nacional de la Historia. Como fuente hemerográfica hemos consultado el *Correo del Orinoco*, en cuyas páginas están publicados los partes militares y los documentos oficiales relacionados con este acontecimiento.

De estas fuentes primarias, revisamos para este artículo, las *Cartas del Libertador* y las *Memorias* de O’Leary, documentación que nos acerca a la concepción estratégica y a los movimientos tácticos que tuvo que desarrollar Bolívar como jefe de Campaña, mientras la documentación realista la hemos examinado en el anexo documental publicado por el Hermano Nectario María en su libro *La Batalla de Carabobo*.

Un segundo grupo de documentos tiene que ver con el discurso historiográfico del acontecimiento. A tal fin revisamos el documentado libro *La Batalla de Carabobo. 24 de junio de 1821*, cuyo autor es el Hermano Nectario María. Y como estudios estrictamente militares, releímos la obra del general Eleazar López Contreras, *Bolívar conductor de tropas*, publicada originalmente en 1930, y el estudio a escala continental realizado por el académico y militar colombiano, teniente coronel Alberto Lozano Cleves en su obra *Así se hizo la Independencia*. Hasta allí, estaríamos en las dimensiones de la historia social del acontecimiento, es decir, de lo que *realmente* sucedió.

Para acercarnos a la dimensión simbólica, revisamos en esta primera aproximación, la obra *Venezuela heroica*, de Eduardo Blanco, cuya primera edición es de 1881, en el contexto de la celebración del centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar. Entremos, pues, en materia.

Dimensión factual: el acontecimiento militar

La Batalla de Carabobo es la culminación exitosa de la campaña militar de liberación de Venezuela que el Libertador Simón Bolívar se propone llevar a cabo en 1821. Pero no es un hecho aislado. Forma parte de una estrategia continental y extensa de liberación del norte suramericano, que podemos seguir a través de su correspondencia.

Efectivamente, el 10 de enero de 1821, el Libertador le escribe desde Bogotá al líder independentista ecuatoriano Vicente Rocafuerte para informarle: «Estoy en marcha para Quito y Guayaquil. El general Valdés me precede con la vanguardia del ejército del Sur, y el general Sucre lo seguirá de cerca» (Bolívar, 1929: 297).

Ese mismo día se dirige al general argentino José de San Martín, a quien califica de «vencedor de Chacabuco y Maipo, el hijo primero de la patria...» para informarle: «Me hallo en marcha para ir a cumplir mis ofertas de reunir el imperio de los Incas al imperio de la Libertad» (Bolívar, 1929: 298); mientras al coronel Ambrosio Plaza le deja saber, en carta del 16 de enero, que ha decidido dar inicio a la campaña de liberación de Venezuela con estas palabras: «Yo estaré en Barinas en abril, y espero que para entonces, todo, todo, todo estará corriente para entrar en campaña, pues estoy resuelto a terminar la guerra en Venezuela en este año, aventurándolo todo por conseguirlo» (Bolívar, 1929: 299).

A tal fin, el 18 de enero le escribe al general Páez sobre los asuntos logísticos necesarios para iniciar la campaña: el ganado que se pueda reunir; 4.000 vestidos para la tropa, dos por cada hombre; y la ejecución de los bienes nacionales para la paga del ejército de Apure, ya que: «Estoy desesperado por terminar la campaña de Venezuela...» (Bolívar, 1929: 301).

Es decir, que en términos militares, Bolívar trabaja su estrategia en varios frentes o teatros de operación: el Sur de Colombia, Guayaquil y Quito, bajo la responsabilidad de Valdés y Sucre; el corredor de los puertos de Cartagena, Maracaibo y Coro a las órdenes de Urdaneta; el oriente venezolano, bajo la dirección de Bermúdez y Arismendi; los llanos orientales, con Zaraza y Monagas; los llanos apureños al mando de Páez, y los Andes trujillanos-Barquisimeto-San Felipe, bajo la dirección del coronel Cruz Carrillo.

Esa dinámica militar estará supeditada a la evolución de dos objetivos políticos de la mayor importancia: la reunión del Congreso Constituyente en la Villa del Rosario de Cúcuta, que deberá darle fundamento jurídico constitucional y estructura organizativa al nuevo Estado colombiano; y el desenlace de las negociaciones diplomáticas, con el nuevo gobierno liberal de España, abiertas tras la firma del Armisticio y el Tratado de Regularización de Guerra, ambos de 1820.

En síntesis, cuando amanece 1821, el Libertador tiene varios problemas que atender en su estrategia extensa contra España: derrotar el Ejército Expedicionario de Morillo, que aún domina la antigua provincia de Caracas; consolidar políticamente la República de Colombia, y avanzar militarmente al Sur, para dominar Pasto y liberar el Reino de Quito. Y finalmente, llegar al Virreinato del Perú, último bastión del domino colonial español en el Sur del continente americano.

En cuanto a la organización de la Campaña de Carabobo, el punto de partida es la ruptura del Armisticio el 28 de abril de 1821 y el posicionamiento territorial de ambos ejércitos. Las fuerzas republicanas, como lo señala el general Eleazar López Contreras en su documentado estudio, «cubría en Venezuela una extensa línea exterior. A partir del Oriente y siguiendo el curso del Orinoco y el Apure, entraba al occidente por Barinas y Trujillo hasta limitar Maracaibo»

(López Contreras, 2004: 166). En 10.000 efectivos podría calcularse el ejército desplegado en ese inmenso territorio, distribuidos de la siguiente manera:

- Cuartel general de Bolívar, situado en Barinas y Cuerpos de la Guardia en Barinas y Trujillo: 3.000 hombres.
- Cuartel general de Urdaneta en Maracaibo, con el Cuerpo de la Guardia de esa plaza: 1.000 hombres.
- Batallón de Milicias de Maracaibo: 500 hombres.
- Cuartel general de Páez en Achaguas y ejército de Apure: 3.000 hombres.
- Cuartel general de Soublette en Barcelona y ejército de oriente: 2.500 hombres.

En cuanto al ejército realista, comandado por el mariscal de campo Miguel de la Torre, este:

...se hallaba establecido en líneas interiores a partir de Caracas, región Tuy, Calabozo y San Carlos, enlazados con Araure, Guanare, Barquisimeto y Coro. Cumaná estaba defendido por una guarnición que se comunicaba por vía marítima con el comando realista. Caracas, La Guaira, Puerto Cabello y San Felipe mantenía efectivos de alguna importancia (López Contreras, 2004: 167).

Un total de 13.500 hombres estaban bajo la bandera realista, emplazados de la siguiente manera.

- Cuartel general de De la Torre en San Carlos con el grueso del ejército de occidente: 2.200 hombres.

- Cuerpos avanzados hacia Guanare, Araure y Barquisimeto: 2.500 hombres.
- Destacamento de Coro: 500 hombres.
- Guarnición de San Felipe: 300 hombres.
- Cuartel general de Morales en Calabozo y su ejército: 4.000 hombres.
- Correa, Cires y Monagas en Caracas y Barlovento: 1.900 hombres.
- Tovar en Cumaná: 600.
- Varias guarniciones y destacamentos: 1.500 hombres (López Contreras, 2004: 167 y 168).

La estrategia de Bolívar estuvo dirigida a concentrar la mayor cantidad de efectivos de su ejército en Barinas y generar maniobras de dispersión del ejército realista, activando los teatros de Caracas-Valle de Aragua y Barquisimeto-San Felipe-Nirgua. La estrategia del mariscal De la Torre fue de defensa pasiva, pensando en enfrentar a Bolívar con el Batallón «2º de Valencey», mientras Morales contenía a Páez en los márgenes del Apure.

Para lograr su objetivo, Bolívar ordena al general Bermúdez marchar desde su ubicación en oriente hacia Caracas, ciudad que ocupa el 14 de mayo, prosiguiendo su ofensiva hasta los valles de Aragua. En occidente, el general Urdaneta se traslada de Maracaibo a los puertos de Altagracia, marchando hacia Coro, ciudad que ocupa el 11 de mayo, para más tarde entrar a Barquisimeto el 15 de junio, que ya había sido ocupada por el coronel Cruz Carrillo.

Por su parte, el general Páez emprende el 19 de mayo su marcha desde Achaguas hacia el cuartel general de Bolívar, quien en audaz

movimiento había logrado avanzar de Barinas a Guanare, hasta lograr posicionarse de San Carlos el 4 de junio, muy cerca del ejército realista. Luego de un intento de armisticio, el 19 de junio el ejército republicano había logrado concentrar 6.500 efectivos, mientras el ejército realista contaba con 6.300 combatientes, que se reducirán a 5.300 en la histórica contienda, ya que 1.000 hombres fueron despachados en esos días al Yaracuy, para enfrentar las maniobras de Cruz Carrillo sobre Valencia. La estrategia de Bolívar había dado resultado.

Finalmente, el 24 de junio, a las nueve de la mañana, la división de Páez, seguida por la división de Sedeño, inicia por la Pica de la Mona, la maniobra desbordante que dará comienzo a esta histórica batalla, la cual va a sellar la liberación definitiva de Venezuela del dominio colonial español.

Culminada la sangrienta contienda, las consecuencias políticas del hecho las anuncia, del lado republicano, el «enérgico parte del Libertador al Congreso», que reproduce el *Correo Extraordinario del Orinoco* (Nº 11)³ fechado en Angostura el 25 de julio de 1821. Rescatemos para el presente ese primer registro del acontecimiento.

En primer lugar, el triunfo de Carabobo es «el nacimiento político de la *República de Colombia*». Evidentemente, este triunfo militar reducirá el espacio de poder de la España imperial en nuestro territorio, quedando solo Puerto Cabello en manos realistas, lo cual permitirá la entrada victoriosa del Libertador Simón Bolívar en Caracas el 29 de junio de 1821.

3 *Correo del Orinoco*. Nº 11. Angostura, 25 de junio de 1821. A partir de ahora se citará la siguiente edición facsimilar: Gerardo Rivas Moreno (ed.). *Correo del Orinoco. Angostura (Venezuela 1818-1821)*, Bucaramanga: Fundación para la Investigación y la Cultura FICA, 1998, 443.

Por el lado realista, la comunicación que el brigadier Ramón Correa, como capitán general y jefe político de Venezuela, le remite a la Gobernación de Ultramar, el 2 de julio de 1821, nos da la medida del impacto de la derrota de Carabobo para el mantenimiento del dominio colonial de España en nuestro país. Allí señala:

Nuestro ejército destrozado en Carabobo (...) ha producido la pérdida de todas las provincias, a excepción de Puerto Cabello y Cumaná, el desaliento de la tropa, la falta de víveres y numerario, la emigración de muchas familias y el descrédito de las armas española hasta que la conducta dura y precipitada de algunos de nuestros guerreros y la seducción del enemigo las han hecho odiosas (Hno. Nectario María, 1980: 68).

En estas circunstancias, el brigadier Correa informa a sus superiores, en España, que no ha dudado «en dar pasaporte para Puerto Rico y La Habana a los empleados de todos los ramos» (Hno. Nectario María, 1980: 68). Se entiende, en consecuencia, que efectivamente, para el bando realista el triunfo de las armas republicanas en Carabobo es el cierre definitivo del dominio español en Venezuela. Pero Bolívar, destaca otra incidencia política: Carabobo es el nacimiento de la República de Colombia.

Sin embargo, la República de Colombia ya existía desde 1819, cuando luego de la Batalla de Boyacá, el 6 de agosto de aquel año y a instancias del propio Libertador, el Congreso de Venezuela, «con arreglo al informe de una Comisión Especial de Diputados de la Nueva Granada y de Venezuela...» (Hno. Nectario María, 1980: 190), había aprobado la Ley Fundamental de la República de Colombia. Esta «Ley Fundamental», como se denomina, fue ratificada por «Nos los Representantes de los Pueblos de la Nueva Granada y Venezuela reunidos en Congreso General», en la Villa del Rosario de Cúcuta el 12 de julio de 1821.

Una evidencia más de que ya existía políticamente la República de Colombia es la firma, el 25 de noviembre de 1820, en la ciudad de Trujillo, de un Tratado de Armisticio entre el Libertador-presidente de Colombia y el general en jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme, general Pablo Morillo, en representación de España. Y, un día después, el 26 de noviembre, el Tratado de Regularización de la Guerra, firmado por ambos jefes políticos y militares en Santa Ana de Trujillo (Cortés, 1971: 438 y ss.)⁴.

Con estos antecedentes políticos, la República de Colombia nace finalmente, como Estado, con la Constitución sancionada por el Congreso de Cúcuta el 30 de agosto de 1821, presidido por Miguel Peña, presidente; presbítero Francisco Conde, obispo de Mérida de Maracaibo, como vicepresidente; Francisco Soto y Antonio José Caro, diputados secretarios (Congreso de la República, 1983:96 y ss.). ¿Qué quería decir, entonces, el Libertador en su parte militar?

Si nos ubicamos en los centros de poder político de ese momento, en especial, en el escenario del Congreso que sesiona en la Villa del Rosario, el triunfo de Carabobo vendría a ser un espaldarazo a los promotores de la unión colombiana que, como se sabe, fue un proyecto de integración en cierto modo forzado por las circunstancias de la guerra contra España, a partir de tres unidades político-administrativas coloniales que a lo largo de su historia habían desarrollado caminos separados: el Virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía General de Venezuela y la Audiencia de Quito⁵. Cada una con su historia particular y con élites que tenían sus intereses específicos.

4 Ambos documentos se pueden consultar en: Santos Rodulfo Cortés (Comp.), *Antología documental de Venezuela. 1492-1900*, Caracas: Editorial Pregón, 1971.

5 La relación jerárquica de las gobernaciones y virreinos eran directamente con España. La monarquía no propició una integración horizontal entre sus dependencias administrativas en América, incluyendo las relaciones comerciales.

Por eso, se trata más bien del nacimiento efectivo, concreto, de un proyecto político que busca responder al proceso de desintegración del Imperio español en América, el cual avanzaba indeteniblemente.

Para Bolívar, el problema era, en consecuencia, colocar aquel triunfo armado republicano en una visión de mayor alcance estratégico. En ese sentido, su parte militar puede leerse como una proyección del hecho militar en sus efectos políticos.

Es decir, proyectar su incidencia en el sistema político colombiano, al influir en los debates de Cúcuta y en las orientaciones e intereses de los grupos de poder asentados en Bogotá y Caracas. Carabobo no era solo un triunfo militar venezolano. Era, también, un triunfo político colombiano. Exploremos esa dimensión política.

Dimensión política: su significación en el sistema de poder

En la ruta militar por la Independencia, Carabobo es equivalente a Boyacá.

Y a futuro, las batallas de Bomboná, Pichincha y Junín serán hermanas de Carabobo⁶. Solo Ayacucho tiene otro significado: es la vitoria de todos los hispanoamericanos contra España. Y ese *todos* no es únicamente simbólico, si analizamos la conformación «nacional» de aquel ejército comandado por el venezolano Antonio José de Sucre, el origen de sus soldados y del cuerpo de oficiales. Allí están, para nombrar solo a los comandantes de división, los generales Jacinto Lara (venezolano), José María Córdova (neogranadino), Guillermo Miller (británico), comandante de la Caballería General y José de

6 La obra del teniente coronel Alberto Lozano Cleves es muy útil en esa visión de conjunto, ya que trae el estudio específico de cada campaña y sus batallas, entre 1811 y 1824.

la Mar (ecuatoriano), comandante de la «Legión Peruana» (Lozano Cleves, 1980: 373)

Sin embargo, el impacto político de Carabobo en el corto y mediano plazo, a pesar del esfuerzo de Bolívar, va a ser fundamentalmente venezolano. Entre el círculo de los libertadores, Bolívar queda afuera, se universaliza, sigue en campaña. El resto, empezando por el general Santiago Mariño, sabe que del encuentro de Carabobo ha surgido un nuevo jefe: el general José Antonio Páez. En el parte militar del Libertador, el balance que hace es la consagración del héroe:

El bizarro *General Páez*, á la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente Coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo, que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamas bastante honor al valor de estas tropas (*Correo del Orinoco* en Rivas Moreno, 1998: 449).

En este enfrentamiento, donde mueren el general Manuel Sedeño y el coronel Ambrosio Plaza, todos los demás combatientes han cumplido con su trabajo, pero el general Páez hace la diferencia:

La conducta del *General Páez* en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia, le ha hecho acreedor al último rango en la milicia; y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en jefe de ejército» (*Correo del Orinoco* en Rivas Moreno, 1998: 449).

El parte militar que el coronel Pedro Briceño Méndez, ministro de Guerra y Marina, le remite al «Excmo. Vice-Presidente interino de la República», general Francisco de Paula Santander es, tal vez, la primera descripción de la batalla donde Páez aparece como el héroe de la contienda.

Pero no es solo allí donde están los efectos políticos de Carabobo, sino en la conformación del liderazgo político que va a asumir la administración del Departamento de Venezuela entre los años de 1822 y 1829, que va a consumar en 1830 la separación de Venezuela de la Gran Colombia — como la denominará más tarde José Gil Fortoul— y el que va a dirigir los destinos de la república oligárquica conservadora, entre 1830 y 1848, liderazgo encabezado, primeramente por José Antonio Páez, el caudillo indiscutible del nuevo orden político; y el general Carlos Soublette, por su efectivo ejercicio administrativo al frente de la Intendencia, donde, según le comenta Fernando Peñalver a Bolívar en 1823, «se conduce con el juicio y moderación que yo no esperaba», logrando «muchos conocimientos y práctica del estado de nuestro fisco» (en O’Leary, 1981: 374 y 378).

Ahora bien, no es con Páez con quien surge el caudillismo en Venezuela. Este fenómeno sociológico ha sido largamente debatido entre nuestros historiadores y escritores, como manifestación de la existencia, necesidad o imposición del «hombre fuerte», del «tirano absoluto» o del «gendarme necesario» en pueblos en proceso de formación como comunidades políticas. Frente a la anarquía y la falta de instituciones que moderen el conflicto por el poder, aparece la figura del caudillo (Tosta, 1954: 7).

Pero en Páez se conjugan la condición del héroe y del caudillo. Es el hombre fuerte de la Venezuela que renace de las cenizas de la Guerra de Independencia. Pero es también y, fundamentalmente, el héroe de Carabobo, al estilo de Aquiles, consustancial con la epopeya que años más tarde va a ser relatada por Eduardo Blanco.

Antes de Carabobo, Páez era un guerrero legendario, pero confinado a los llanos de Apure. Después de Carabobo, será el Benemérito general en jefe José Antonio Páez, jefe civil y militar del Departamento de Venezuela y con ese cargo, responsabilidad y

autoridad encabezará el acto de declaración de Venezuela como Estado independiente y federativo, el 7 de noviembre de 1826, y más tarde el acto de separación, el 27 de febrero de 1830, que lleva al Congreso Constituyente reunido en Valencia, en ese mismo año, a aprobar una nueva Constitución y a nombrarlo presidente provisional del Estado de Venezuela. Es decir, no es solo un héroe de combate sino, también, el héroe fundador de una república.

Estas condiciones de autoridad y liderazgo que exhibe Páez como jefe de gobierno, ya las destaca Fernando Peñalver en 1826 en carta que le envía al Libertador, y en la cual le señala:

Es una verdad que nadie podría negar, que la tranquilidad que ha disfrutado Venezuela desde que la ocuparon nuestras armas, se ha debido al General Páez, y también lo es, que si él se alejase de su suelo, quedaría expuesto a que se hiciese la explosión, pues sólo falta, para que suceda esta desgracia que se apliquen las mechas a la mina (en O'Leary, 1981: 396).

Para Peñalver, la presencia de Páez es seguridad y orden, aspiración colectiva en un país que viene de recorrer 10 años de guerra. Pero el problema histórico, no es solo la funcionalidad del hombre fuerte en estas circunstancias de anarquía, tal como lo interpreta Laureano Vallenilla Lanz en sus importantes estudios de sociología histórica. Es que la Constitución y las leyes pasarán a segundo plano, lo que años más tarde, Fermín Toro, seguidor de Páez en el terreno político, llegará a observar en 1858 como la formación de una costumbre entre nosotros. Dice el escritor y tribuno en su Discurso ante la Convención de Valencia de 1858, cuando derrocada la dictadura de los Monagas se levanta un nuevo caudillo en la figura del general Julián Castro:

Las instituciones han sido frecuentemente dictadas por el Poder, no por la voluntad nacional; la opinión pública no ha sido

más que un eco de un hombre, y un nombre la bandera de los pueblos. Simbolizadas las naciones por un individuo, Colombia fue Bolívar, Venezuela fue Páez, y ojalá, señores que no hubiera otros símbolos. (...) Por desgracia, señores, hay otro símbolo; y los Monagas han simbolizado a Venezuela durante una década de oprobio (en Pensamiento político venezolano del siglo XIX, 1960: 1.254).

La claridad de estas palabras, no necesitan comentario. Hombres como Bolívar y Páez son símbolos, no solo fuerza y poder real. Han sido contruidos como héroes que sintetizan valores y comunican mensajes. En el caso de Páez y el *paecismo*, el mensaje es el rol que va asumir la figura del caudillo militar como poder supremo de la república. Para Vallenilla Lanz, ese caudillismo es una «necesidad fatal». Por eso, nos dice el autor del *Cesarismo democrático*:

Nada más lógico que Páez, Bermúdez, Monagas, fuesen los gendarmes capaces de contener por la fuerza de su brazo y el imperio de su autoridad personal a las montoneras semibárbaras, dispuestas a cada instante y con cualquier pretexto, a repetir las invasiones y los crímenes horrendos que destruyeron en 1814, según la elocuente frase de Bolívar, «tres siglos de cultura, de ilustración y de industria» (Vallenilla Lanz, 1983: 79 y 80).

Pero estos hombres no nacieron de la nada, sino de la escuela de la guerra y su bautismo de fuego, que los eleva al panteón de la patria, fue —entre otros— la Batalla de Carabobo. Si para Vallenilla Lanz la emergencia de este caudillismo militar fue una salida lógica, para Juan Vicente González, que en 1846 califica a Páez como escudo de las leyes, custodio de nuestras instituciones y espada de todos los ciudadanos, ya en 1865 aprecia el mal que se le ha hecho a la república al dejar morir el Poder Civil, «porque la guerra parece el estado natural de la mayoría de los pueblos de Suramérica» (González, 1978: 40).

El haber confundido la revolución con la guerra, dice nuestro fogoso escritor, «dio origen a un mal profundo y desesperado: el culto a la fuerza que tendrá sectarios largo tiempo» (González, 1978: 38).

Y, efectivamente, Cecilio Acosta, que vive después de la Guerra Federal la emergencia del nuevo caudillismo liberal, encabezado por el general Antonio Guzmán Blanco, afirma que este problema no es producto de la fatalidad, sino de costumbres que se forman socialmente. Si para los hombres del 19 de abril, lo primero fueron las ideas y el ejercicio de las prácticas republicanas, para los héroes de Carabobo, lo principal fue la imposición de un orden, por encima de leyes y derechos. Y acostumbrados a mandar, diría el Libertador, el pueblo que los siguió se acostumbró a obedecer. Sobre esta enseñanza de lealtad, sumisión y obediencia al caudillo militar de turno, nos dice Cecilio Acosta, es que se forman las tiranías, ya que,

En primer lugar, la administración que nace de un campo de batalla por necesidad, se ha de resentir del elemento personal; creada por la fuerza, continúa representando la fuerza, porque los hábitos no se cambian de un día para otro y menos los que forma la disciplina militar. Puede ser muy bueno el personal socialmente porque no mata, pero muy malo políticamente porque no administra (en González, 1978: 38).

Si Vallenilla Lanz señala que el origen de nuestra democracia está en el campo de batalla, don Cecilio Acosta nos alerta sobre lo contraproducentes que han sido la administración pública y la lucha política orientada por los principios militares de orden y mando. Doscientos años después de la Batalla de Carabobo sorprende la actualidad de estas observaciones. Cerremos nuestra reflexión, analizando los mecanismos que han servido para construir este universo simbólico de la nación.

Dimensión simbólica: Carabobo y la historia patria

Entre el acto cívico del 19 de abril y la acción militar de Carabobo, la matriz fundadora de la nación se divide en nuestra memoria colectiva: ¿nacimos de un acto civil celebrado en el Ayuntamiento caraqueño el 19 de abril de 1810 o de un acto bélico escenificado el 24 de junio de 1821 en las sabanas de Carabobo?

La supremacía del héroe militar⁷ en nuestra conciencia histórica es —en términos sociohistóricos— el resultado de 10 años de guerra de independencia y de la imperiosa necesidad de orden en las primeras décadas de la república. Pero es, también y fundamentalmente, una construcción simbólica (Caballero Torres, 1997: 29 y ss.), el producto de un discurso patriótico y de una narrativa historiográfica que ha colocado lo militar por encima de lo civil, cuando la historia es un todo y las ideas políticas preceden toda acción militar.

Esta pedagogía de la nación se expresa y se reproduce en la permanencia de la guerra —vía de la fuerza— como mecanismo de lucha por el poder, explica el predominio de presidentes de origen militar a lo largo de nuestra historia republicana, y la transformación del ejército, más que en una institución no beligerante del Estado, en el primer partido político de la nación.

Y no estamos hablando solo de la Venezuela del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX. Es que la crisis de la democracia representativa de 1958 y la irrupción militar del 4 de febrero de 1992, estuvieron acompañadas del retorno del mito del héroe, en la figura del teniente coronel Hugo Chávez Frías, envuelto en las banderas

7 La imagen oficial de Bolívar, difundida a través de los textos escolares, la pintura y las estatuas que presiden las plazas públicas de ciudades y pueblos de Venezuela, son las de un militar a caballo. Tres medios de enseñanza de la historia y una sola representación del héroe.

de la redención social y acompañado de un poderoso mensaje de nacionalismo épico traído del siglo XIX (Rojas, 2000).

Se trata, en consecuencia, del proceso de configuración histórica de nuestro universo simbólico como comunidad nacional, lo cual debe leerse como una reinención del pasado, en busca de una legitimidad de origen. De allí la importancia de analizar esa mediación de símbolos, de ficciones y apariencias, que juegan un rol motor entre gobernantes y gobernados, de la que nos habla J. J. Wunenburger en su obra *Imaginaires du politique*. Para este autor: «*cet intermonde de symboles et de mythes, loin d'être au seul service des passions et des pulsions, permet – à certaines conditions – de donner une consistance aux institutions, aux idéaux et aux valeurs. Formulés en langages rationnels et raisonnables*» (Wunenburger 2001: 76)⁸.

En ese sentido, en Páez apreciamos una doble construcción simbólica: como héroe de Carabobo y, por ende, de nuestra independencia y de la estirpe de los libertadores. Y como caudillo «fundador» de una comunidad política, de esa Venezuela que, enfrentada a Bolívar, se separa de la unión colombiana y se restituye como Estado nacional independiente a su condición originaria de 1811. En este momento, nos interesa cómo nace el héroe y para ello acudimos a su matriz formativa, la epopeya de Carabobo, cantada por Eduardo Blanco.

En ese abordaje, es conveniente recordar con Hayden White (1998), que la conciencia histórica en la primera mitad del siglo XIX está dominada por la crisis del pensamiento de la Ilustración tardía, por lo cual «pensadores como Voltaire, Gibbon, Hume, Kant y

8 «...inter-mundo de símbolos y de mitos, (que) lejos de estar solo al servicio de las pasiones y de las pulsiones, permite —bajo ciertas condiciones— dar una consistencia a las instituciones, a las ideas y a los valores, formulados en lenguajes racionales y razonables» (Traducción libre del autor).

Robertson habían llegado finalmente a ver la historia en términos en esencia irónicos» (48). A partir de este contexto ideológico, tomaron forma tres grandes «escuelas»: la «novelesca», la «idealista» y la «positivista», con cuatro grandes maestros de la historiografía del siglo XIX: Michelet, Ranke, Tocqueville y Burhardt, y sus contemporáneos en la novela: Scott, Balzac, Stendhal, Flaubert y los Goncourt (White, 1998: 49).

Sin embargo, en nuestro medio, la escuela de pensamiento histórico que toma forma es el romanticismo, donde el lenguaje recurre más bien a la metáfora y el cambio histórico es el resultado de la voluntad individual, al estilo de Jules Michelet, autor, entre otras, de la monumental *Historia de Francia*, en seis volúmenes, editada entre 1833 y 1834. Antes, en 1824, el fundador del historicismo alemán, Leopold von Ranke, había publicado su obra *Historia de los pueblos latinos y germanos*.

Si en Europa la producción historiográfica se divide entre el historicismo alemán y el positivismo francés, entre nosotros toma cuerpo el romanticismo historiográfico producto del clima épico que alimenta nuestra producción literaria y el papel providencialista de nuestros héroes, encabezados por Bolívar y Páez. La observación de Mario Briceño Iragorry es muy clara a este respecto:

El elemento romántico, exaltado por la pasión patriótica, fue el vestido que más gustó a nuestros historiadores del siglo pasado y con él se adornaron las obras de Yanes, Baralt, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, Marco Antonio Saluzzo, Becerra, Eduardo Blanco, Felipe Tejera, etc. (...) La vivencia histórica se buscó en la belleza de los hechos y en el contorno de los tipos «valientes» que pudieran servir para una especial ejemplificación (Briceño Iragorry, 1972: 18).

Ese ciclo heroico, como también lo denomina, no dio paso a una historiografía fundada en criterios más realistas, documentales y científicos, sino que perduró en el tiempo como la forma de hacer «historia patria», más identificada con el discurso nacionalista que acompaña la formación del Estado nacional venezolano en el siglo XIX, que en la búsqueda de la verdad histórica.

Por ello, a pesar de la llegada del positivismo a nuestro país de manos de Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, a partir de 1866 (Cappelletti, 1992: 39 y ss.) el clima épico que reproduce el guzmancismo en la celebración del centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, en 1883, es momento propicio para afianzar, aún más, los referentes de la Guerra de Independencia en el imaginario político de la nación. Primero, con la exaltación de la Batalla de Carabobo, y en segundo lugar, de la Guerra Federal, con la Batalla de Santa Inés y la figura militar de Ezequiel Zamora⁹.

Los monumentos del guzmancismo —lugares de la memoria, como los denomina el historiador Pierre Nora— se repartirán entre ambas gestas. Es, en ese contexto de exaltación patriótica, que Eduardo Blanco (1838-1912) escribe su epopeya, *Venezuela heroica*, publicada por primera vez en 1881.

Su autor, discípulo de Juan Vicente González, en cuyo colegio «El Salvador del Mundo» realizó sus estudios, abrazó la carrera militar, formando parte del cuerpo de edecanes del general Páez al cual acompañó, en 1861, a la entrevista que este sostuvo con el general Juan Crisóstomo Falcón, jefe del ejército federal, en las inmediaciones del campo de Carabobo.

9 Para tales efectos, el general Ignacio Andrade, como presidente del Estado Miranda, comisionó al médico e historiador doctor Laureano Villanueva para elaborar una biografía de Ezequiel Zamora, la cual fue publicada, en su primera edición, con el título de *Vida del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora*, Caracas: Imprenta Federación, 1898.

Allí escuchó, de parte del propio Páez, el relato de la batalla, lo cual seguramente lo motivó a escribir su epopeya, obra muy bien escrita y documentada, prologada por José Martí, para quien este libro: «Es patriótico, sin vulgaridad; grande sin hinchazón; correcto, sin alarde. Es un viaje al Olimpo, del que se vuelve fuerte para las lides de la tierra, templado en altos yunques, hecho a dioses»¹⁰.

Más que un libro de historia o una obra literaria, *Venezuela heroica* busca ser el relato de una epopeya, cuando este género literario ya ha pasado de moda, pero es coherente con el discurso patriótico del guzmancismo. Sin el conocimiento de ese contexto y de esos fines políticos, la obra no se explica y mucho menos es posible comprender su significación en el tiempo.

Hay que ubicarla, en consecuencia, entre las obras del centenario del nacimiento del Libertador, como parte del discurso simbólico de la nación, al lado de la construcción de la plaza Bolívar de Caracas (1874), el Panteón Nacional (1876), el Capitolio Federal (1877), la acuñación del bolívar de plata (1879), la edición de las *Memorias* del general Daniel Florencio O’Leary (1879-1888), la declaración del canto patriótico «Gloria al Bravo Pueblo» como Himno Nacional (1881) y la pintura heroica de Martín Tovar y Tovar, Antonio Herrera Toro, Cristóbal Rojas y Arturo Michelena.

En este sentido, el tratamiento que Eduardo Blanco le da a la Guerra de Independencia, reduciendo aquel complejo proceso político y social a una lucha de héroes por la libertad; y la transformación de Carabobo en el desenlace de un ciclo de batallas iniciadas en 1811,

10 De las tantas ediciones de este libro, hemos consultado la versión completa: Eduardo Blanco, *Venezuela heroica*, Caracas, Eduven, 1980. Y la edición del cuadro «Carabobo (24 de junio de 1821)», publicado en 1883 y reeditado en 1981 en: Eduardo Blanco, *Carabobo. Tus hijos patria mía, supieron batallar*, Caracas, Presidencia de la República, Edición Conmemorativa del Sesquicentenario de la Batalla de Carabobo, 1971.

todo ello es coherente con la fiesta del centenario del natalicio de Bolívar en la Caracas de 1883. Pero, además, es funcional con la aspiración de Guzmán Blanco de darle a Caracas el estatus de centro político y ritual de la nación. En esta ruta, el mito de Bolívar como padre de la patria, fundado por los gobiernos conservadores de Páez y Soublette, en 1842, se completa con la proclamación en 1883 del bolivarianismo como doctrina oficial del Estado nacional venezolano (Rojas, 2011: 163 y ss.)¹¹.

Y es así como lo piensa y lo escribe Eduardo Blanco, cuando en su obra señala lo siguiente: «Para los pueblos todos, vivir sin propia gloria equivale a vivir sin propio pan; y la mendicidad es degradante». En ese sentido, la independencia de Venezuela debe ser entendida como una revolución. Y «Las grandes revoluciones guardan cierta analogía con las ingentes sacudidas de la naturaleza; sus efectos asombran, su desarrollo no se puede augurar». Ahora, bien, se trata de una revolución violenta, con su saldo de sangre y de sacrificios humanos, donde la guerra es equivalente al bautismo. Escuchemos al autor: «Sobre doscientos mil cadáveres levantó Venezuela su bandera victoriosa; y como siempre en los fastos modernos, la República esclarecida en el martirio se irguió bautizada en sangre».

Eduardo Blanco no solo conoció al héroe de Carabobo. Recorrió el lugar de los hechos y leyó las crónicas y partes oficiales de la batalla. Hizo investigación histórica. Con ello queremos significar que el autor tuvo conocimiento detallado de aquella batalla y del escenario político y militar de la época. Pero su objetivo no era ahondar en el análisis de aquellos acontecimientos y proponer una interpretación sobre nuestro proceso de Independencia, sino cantar la gloria y grandeza de aquel pasado heroico.

11 Cf. Reinaldo Rojas, «La fiesta del Centenario en Caracas, 1883» (en Rojas, 2011: 163 y ss).

Lo importante no era ahondar en la razón histórica, sino mover la fibra emocional de un pueblo que debía sentirse parte de aquella epopeya de la que surge —a sangre y fuego— Venezuela como nación libre y soberana. Es la invocación a la nación como afecto y solidaridad de grupo. Siendo un hombre de ideología liberal, su discurso estuvo dirigido a afianzar el peso de lo militar en la conciencia histórica de la nación, porque la guerra es el hilo conductor de aquella historia y sus móviles, la heroicidad de unos valientes frente a una odiada España, que al final triunfa, porque «con la espada del Cid triunfó Bolívar (...) un descendiente del héroe de Vivar».

Una consideración final

Guiándonos por la formulación de Gellner, podríamos concluir este ensayo de comprensión histórica con el siguiente planteamiento: si para nuestra primera generación de Independencia, el 19 de abril de 1810 es «el ombligo de la Nación», el origen de la república; sin negar ese legado, que viene a ser como un antecedente, para la generación de la república de 1830, la Batalla de Carabobo parece desplazar esta idea en el imaginario político de la nación.

Para una mejor comprensión de este fenómeno, habrá que confrontar, comparar y registrar continuidades, rupturas y la emergencia de nuevos referentes simbólicos, en los actos del guzmancismo, en la celebración centenaria llevada a cabo por el gomecismo en 1921, y en los actos y eventos realizados en este bicentenario, en su contexto de «revolución bolivariana», crisis humanitaria y Covid-19, para determinar las resignificaciones y relecturas que, 200 años después, los venezolanos le han dado a este pasado histórico y al peso de la guerra en la construcción del imaginario político de la nación.

Un epílogo del editor

Estas líneas solo pueden comenzar con una constatación: la historia, en tanto discurso o texto, definitivamente abandonó una cierta rigidez y hasta severidad que le caracterizaban y, en su favor, ganó plasticidad con la asunción de recursos auxiliares que permiten poner en marcha paradigmas enriquecedores de despliegue de la disciplina. Por supuesto, nada de ello compromete su rigor y su sometimiento a las mejores fuentes de las que puedan disponer sus autores y especialistas; más bien gracias a ese «sometimiento», por obra de lo que es ya una admisión de otras materias, soportes, formatos, instrumentos, metodologías, testimonios, culturas, puede afirmarse que la historia se ha convertido en un texto elástico que acoge lecturas transversales o directamente culturales, visuales, antropológicas, arqueológicas, arquitectónicas, cinematográficas, fotográficas, simbólicas y pare de contar.

La apertura, que tampoco es reciente pero que sin duda aún cuenta con cierta resistencia entre una cofradía que solo ve peligros en la expansión de los rumbos, ya es indetenible y su recepción, no solo entre el público general y los curiosos, sino entre intelectuales, expertos, historiadores y profesionales de todas las carreras, pero más específicamente del ámbito humanístico (curadores de arte, críticos literarios, intelectuales y humanistas en general), ha sido sin lugar a dudas exitosa.

Las condiciones de neutralidad y de objetividad que se le han exigido a la «historia» también han sido refutadas con propiedad y los autores del presente volumen ofrecen sus opiniones y adelantan juicios e interrogantes que obligan a seguir pensando, buscando nuevos derroteros de profundización reflexiva y discursiva, lo que solo puede llenar de regocijo muy particularmente al ámbito académico.

Precisamente en este contexto, nuestro libro pone en valor sus distintas perspectivas, que no vienen dadas únicamente por la presencia de sus autorizados y prestigiosos autores, ni por las perspectivas o narrativas originales e inesperadas que ellos presentan, sino además por el uso de materiales «auxiliares» para, en una palabra, dar paso a una revisión de las mentalidades.

«¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás». Se supone que esta es una expresión de un Bolívar triunfante, de un hombre que ha obrado en contra de la subordinación a la corona española y lo ha hecho con todas las estrategias y las armas de un vencedor. No obstante, al Libertador le resulta de poco bulto el hallazgo. Por ello es muy interesante la mirada del héroe decaído que de alguna manera deja entrever Rafael Arráiz Lucca en su retrato profundo del Libertador, en el que no se silencian las consecuentes derrotas que sufrió en lo afectivo (con la muerte temprana de sus padres y luego de su esposa), ni en buena parte de las confrontaciones bélicas que emprendió, y sobre todo, en sus proyectos de llevar la Constitución de Bolivia a Colombia, de instaurar sus ideas centralistas e instituir una Presidencia Vitalicia.

Las jefaturas y las comitivas que hicieron parte de la Batalla de Carabobo por el lado republicano y por el lado realista, e incluso los hombres que entre 1812 y 1823 protagonizaron la vida política de la futura república, pero que no se batieron en la guerra independentista,

todos ellos, soldados, militares, políticos en los distintos cargos y rangos que ostentaron y con énfasis marcado en el modo como ejercieron esos cargos y rangos, encuentran en la visión de Carlos Balladares Castillo un agudo análisis que los confronta en tanto personalistas, caudillos, protocaudillos o dictadores. Poco a poco el lector se encuentra frente a un cuadro dantesco del modo en que obra el hombre ante el poder, y la manera febril en que muchas veces ese poder, históricamente, es ejercido con violencia autocrática. El autor repasa las actuaciones de hombres pertenecientes a los distintos bandos de la gesta independentista y a veces, de más allá o más acá de ella, para buscar y delinear esos rasgos. No deja de sorprender que revisando con lupa esas peculiaridades encuentre la paradoja de que precisamente en esa multiplicación de ambiciones la rueda de la república en un momento dado alcanzó su cénit.

Por lo que corresponde a Napoleón Franceschi, resulta de gran utilidad que entregue en esta publicación los partes de guerra que dan a sus respectivas autoridades tanto Simón Bolívar al frente del bando patriota como Miguel de la Torre por el bando realista una vez concluida la Batalla de Carabobo. Por tales textos conocemos de primera mano la reacción de ambos jefes frente al triunfo el primero y a la derrota el segundo. Bolívar hablará heroicamente de los «bravos que tengo la honra de mandar», «Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos...», mientras De la Torre no elude mencionar «la decisión con que atacó y el horroroso fuego que hizo [el enemigo], viéndose en la necesidad de ceder dos veces a los valientes que la defendían». En el consecuente malestar que causó en la sociedad el hecho de que la guerra no cesara en 1821, el autor halla el germen del culto a los héroes que a su juicio las élites buscaron inculcar ideológicamente. En adelante, cada sistema político a su modo dará continuidad a esa práctica para beneficiarse de la adulación a unos hombres de los que muchas veces solo tienen noticias parciales, o

simplemente para resaltar su osadía, bríos y gestas, pero menos sus manejos del poder y otros rasguños.

A mediados de mayo de 1821, el día 12 para ser más específicos, ocurre la Batalla de El Rodeo comandada por el general José Francisco Bermúdez en lo que es un plan de distracción de Bolívar contra los realistas que ocupan el centro del país. Recordemos como antecedente que finalizando 1820 Bolívar y Morillo han firmado un armisticio que queda roto con la independencia de Maracaibo en enero de 1821. Bermúdez dispone sus cañones en El Rodeo, en las colinas que miran hacia oriente, donde los patriotas embisten a los españoles y en tres horas consigue despejar el camino hacia Caracas. Esta es la contienda que René García Jaspe y José Manuel Milano Mata denominan como el «Portal de Carabobo». La descripción bastante minuciosa del enfrentamiento; la desesperada correspondencia del jefe realista Pereira a De la Torre pidiendo refuerzos; y, más adelante, mientras Bolívar vencía en Carabobo, la suerte de Bermúdez en El Calvario donde por poco deja la vida, son sucesos que forman parte de esta narrativa que adelanta un breve pero contundente compendio de la importancia que tuvo el combate en El Rodeo para el triunfo en Carabobo.

A cuatro meses de la victoria en Carabobo, en 1821, fallece Juan Germán Roscio, quien a juicio de Carolina Guerrero es uno de los precursores en la creación de pensamiento en torno a la fundación de la república civil y del concepto de soberanía. Su obra *El triunfo de la libertad sobre el despotismo* (Filadelfia, 1817) constituye el primer tratado que sistematiza la noción de soberanía. Roscio la asume en su franca asociación a ideas republicanas como ciudadanía y libertad. En plena Edad Media, la concepción de soberanía depositaba en el monarca la voluntad de Dios misma para que obrara, en el mejor de los casos, teniendo en cuenta las necesidades de la comunidad a la que se debía, pero, en general también legitimaba la tiranía.

En el ámbito hispánico, y en el siglo XVIII, la visión mirandina va a privar: «la corona se había arrogado una potestad política que no le pertenecía, a la vez que la nación americana no podía desprenderse de una soberanía que le era constitutiva», refiere Guerrero, y señala que este es el tono que Roscio le dará a su reflexión republicana como la mejor fórmula de gobierno justo. El político solo puede pensarla con miras a la *libertad*, la *dignidad*, la *razón* y la *felicidad* que la república soberana debe promover. Y explica la autora con suficiencia argumental cómo Roscio logra compaginar esa idea de republicanismo con el liberalismo de comercio y su profesión de fe. Es sabido que el tiempo de la batalla es un tiempo de acción, pero esa acción requiere de proyectos teóricos cruciales, de altura, que legitimen su probable triunfo. Y esa es la contribución amplia y clarividente de Roscio, entre otros.

Sobre la gesta ocurrida en la sabana carabobeña discurre un largo poema de José Tadeo Arreaza Calatrava: *Canto a la Batalla de Carabobo*. El crisol es la metáfora que utiliza para abordar la fundación de una patria nueva, rediviva a fuerza de fuego, sangre y muerte. La epopeya en la «nueva Iliada», como recita en un verso el poeta, ha corrido a cargo de un héroe grande, solo comparable a Aquiles, quizá, o a Odiseo: se trata de Bolívar y en su épica el bardo traza sus cualidades extrahumanas y aun el suelo donde el Libertador abate al «fuerte hispano» adquiere entonces carácter humano, músculo guerrero para dar soporte a la desmesurada contienda y acoger el paso triunfante del ejército patriota y liberador. «¡Diana de gloria de este fausto día!», «¡Ese infierno es la gloria!», escribe en efusiva discordancia para hacer crecer la expresión poética con la irrefutable verdad que ha planteado: Bolívar es la gloria misma. Ana Victoria Lepage, bisnieta del poeta, y su tutor, Francisco José Bolet, revisan uno a uno los recursos literarios de este canto, que por su enfoque histórico abocado a los acontecimientos de 1821 (como lo son en ese

sentido *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco y el lienzo sobre esta batalla de Martín Tovar y Tovar), hace pieza de este libro.

Algunas corrientes de pensamiento leen el tiempo posindependentista como la hora de la construcción nacional, de la fundación de un Estado libre, uno que necesita sustentarse sobre un imaginario que evoque las tumbas y glorias de las gestas más o menos recientes. Para ello, como se sostuvo al comienzo de estas líneas, los investigadores acuden a materiales auxiliares de la historia (aunque este carácter «auxiliar» es cada vez más un eufemismo, pues la legitimidad de estos «documentos» o «fuentes» se impone día a día precisamente gracias a su uso en términos históricos): lienzos, literatura y otros. Se trata de una suerte de «recursos» muchas veces caracterizados además por su empaque estético, aunque no sea esa la materia sobre la que un historiador busque poner el acento, al menos no inicialmente.

Giannina Olivieri Pacheco se ocupa de pesquisar así la documentación histórica que desde Bolívar, Páez y Eduardo Blanco, hasta Felipe Larrazábal, Francisco González Guinán, Manuel Landaeta Rosales y Napoleón Franceschi han proporcionado sobre los sucesos ocurridos en el campo de Carabobo en junio de 1821. Esas narraciones constituyen las fuentes que sirven de base para explorar, en cita suya, «el impacto de la imagen en la imaginación histórica» (Francis Haskell *dixit*). Con este proyecto examina la obra decimonónica «Batalla de Carabobo» realizada por Martín Tovar y Tovar por encargo de Guzmán Blanco. Poco a poco el ámbito de los hechos va enriqueciéndose con el relato de las necesidades del pintor, más bien retratista, que debe enfrentar el hecho de mover a sus héroes al aire libre y para ello aclarar «su paleta». Las fuentes se tornan entonces más directamente visuales o plásticas (Juan Calzadilla, Eduardo Planchart) y literarias (Eduardo Blanco), y así la autora va encarando un lienzo que presenta desafíos por donde se le mire: en la disposición y escogencia de sus escenas,

en la de sus figuras más célebres, en el dibujo del campo bélico, en su luminosidad y dinamismo, y aun en el espacio elíptico que le ha sido destinado en el Palacio Federal Legislativo.

Sobre la importancia de las imágenes para los estudios históricos reflexiona María Eugenia Perfetti Holzhauser. La investigadora se interesa por las razones que hicieron posible que el culto a Bolívar se institucionalizara por la vía de la política de Estado guzmancista («política de memoria», Calzadilla *dixit*) que vio en las fiestas patrias, en el encargo de monumentos y obras estéticas en general a los artistas, así como en la construcción de edificios singulares, el salto a lo que luego conformará, en sus palabras, una «“cultura visual” patriótica y nacionalista, en torno a la gesta libertadora». Su sugerente anuncio y desarrollo teórico, encuentra en un «objeto cultural» un referente capaz de concentrar su aparato crítico y analítico: la obra emblemática de Martín Tovar y Tovar, la «Batalla de Carabobo». Desde una perspectiva histórico-cultural, la estudiosa se dará a la tarea de conectar entonces la cultura visual con el contexto en el que se inscribe el lienzo venezolano para tejer, iconográfica, iconológica e históricamente su discurso.

El protagonista de esa cultura visual es Simón Bolívar. Desde 1872, cuando Guzmán Blanco conoce la obra de Tovar y Tovar en una exposición, hasta que el pintor culmina el fastuoso encargo de las escenas de la batalla para el Salón Elíptico del Palacio Legislativo en 1887, han mediado otros encargos al artista que junto a la exhibición de su batalla prácticamente lo catapultan como un fiel contribuyente al forjamiento de una cultura visual heroica, «patriótica y nacionalista». Al cierre de sus líneas, la autora deja unas inquietantes interpelaciones para el lector.

Los conceptos de distracción y diversión en el análisis de hechos históricos de carácter bélico no solo producen un poco de sorpresa

entre determinados lectores, sino incluso puede resultar estrambótico pensar que tales términos lleguen a convertirse en verdaderos instrumentos estratégicos para conseguir honores, victorias que el enemigo no pudo sospechar y que al «caer en la trampa» diversiva pues le llevan a su derrotero (en su doble acepción de rumbo a la muerte o a casa y de derrota o pérdida).

Ismael Rodríguez Vásquez nos sitúa frente a estas nociones y es claro al afirmar que la «diversión tiene por finalidad evitar o distraer la atención del enemigo y engañarle sobre el esfuerzo principal de nuestras operaciones en el campo de batalla». Añade el investigador que en el plano estratégico el arte de la guerra prácticamente consiste en tener experticia en el planteamiento de planes con esta instrucción, capaces de desorientar por completo al oponente hasta el punto de hacerlo rendirse. Todo ello conviene a afirmar que Bolívar era un avezado estratega en materia de diversiones; así, en una carta del 6 de mayo de 1821, en vísperas de Carabobo, le escribe a su amigo, el británico Guillermo White: «...yo le aseguro a Vd. que solo un ángel puede salir del laberinto en que está el general La Torre». Además, de manera ilusoria la idea de distracción o diversión pareciera apuntar a algo espontáneo, y en el campo de batalla en cambio abarca proyectos ofensivos tácticamente planificados en materia logística, operativa y de inteligencia. Nuestro autor da cuenta de que una diversión contemplaba incluso (como ocurrió durante la distracción que el general Bermúdez puso en marcha por el bando patriota) tener a los soldados al tanto de lo que se busca obtener en la contienda, que en muchos casos es demorar o abatir o entretener con falsas escaramuzas al oponente para que los que van por delante coronen el triunfo. También el coronel Cruz Carrillo, por los lados de San Felipe, conduce otra diversión que como la de Bermúdez en poco tiempo da la victoria a los patriotas en Carabobo. La importancia de estos instrumentos los

resume así el autor: «Las diversiones estratégicas planificadas en la campaña, serán el centro de gravedad de la operación».

Reinaldo Rojas se instala en las «perspectivas epistemológicas de la historia de los imaginarios políticos» para pensar en el 19 de abril de 1810 como la fecha de nacimiento de nuestra independencia, no obstante la burocracia monárquica asentada en este suelo en ese entonces.

Más tarde, un desplazamiento histórico de índole nacionalista le llevará a afirmar que aquella fecha, ahora en los tiempos de la república, corresponde a Carabobo: la nueva genealogía simbólica llega refrendada por el caudillismo de Páez y al amparo de toda una imaginación guerrera. Él escribe:

En este proceso de reconstrucción simbólica de nuestra idea de nación, el valor de las armas y el reto permanente a la muerte —materia básica de la historia épica— borran en la memoria colectiva todo antecedente ideológico o civil de nuestra Independencia.

A esta cruda declaración-constatación, se suma una perspectiva que recrea el parte que ofrece Bolívar al término de la batalla: «Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia», porque una lectura de esta épica apuntaría más bien a una creciente operación de desintegración del aparato colonial en Hispanoamérica. Y corresponderá al «bizarro General Páez» llevar la delantera política, en su rango de caudillo, de héroe fundador de la república y de primer presidente militar del país. El caudillismo desde entonces vivirá a tono con hermenéuticas dispares que sin embargo coincidirán muchas veces en que su ejercicio solo conduce a la tiranía; mientras, se jacta de disponer la beligerancia militarista sobre el discurso y el modelo civil.

Dejamos aquí el recorrido por estas páginas que recuerdan con una dignidad renovada, muy real, y una visión crítica afinada y afilada, el evento de una guerra ocurrida hace 200 años que seguirá produciendo reflexión esclarecedora de lo que fuimos y lo que somos acaso para llegar a ser distintos en el futuro. Solo nos queda agradecer a José Alberto Olivar su criterio en la escogencia de los autores, de sus temáticas y el itinerario que nos trazó.

Alfredo Rodríguez Iranzo

Referencias bibliográficas

Simón Bolívar Palacios: «El hombre de las dificultades»

Bolívar, Simón (2010). *Bolívar esencial*. Bogotá, Colombia: Ediciones de la Revista Número.

Bolívar, Simón (1990). *Bolívar. Ideas de un espíritu visionario*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Bolívar, Simón (1950). *Obras completas*. Tomos I, II y III. La Habana, Cuba: Editorial Lex.

Bolívar, Simón (1947). *Obras completas*. Compilación y prólogo de Vicente Lecuna. La Habana, Cuba: Editorial Lex.

Cardozo Uzcátegui, Alejandro (2013). *Los mantuanos en la corte española. Una relación cisatlántica (1783-1825)*. España: Universidad del País Vasco.

Cardozo Uzcátegui, Alejandro (2011). *Simón Bolívar y Bilbao. El hombre antes del héroe*. Victoria-Gasteiz, España: Editorial Nuevos Aires.

Díaz, José Domingo (1959). *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Caracas, Venezuela: Academia Nacional de la Historia.

Falcón Veloz, Fernando (2006). *El cadete de los valles de Aragua*. Caracas Venezuela: Universidad Central de Venezuela.

- Herrera-Vaillant, Antonio (2010). *El nudo deshecho: compendio genealógico de El Libertador*. Caracas, Venezuela: Instituto Venezolano de Genealogía, Academia Nacional de la Historia.
- Lynch, John (2009). *San Martín*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- Lynch, John (2006). *Simón Bolívar*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- Lovera De-Sola, Roberto (2016). *Simón Bolívar en el tiempo de crecer. Los primeros veinticinco años (1783-1808)*. España: Editorial Alfa.
- Mijares, Augusto (1967). *El Libertador*. Caracas, Venezuela: Fundación Eugenio Mendoza.
- Mondolfi Gudat, Edgardo (1999). *Simón Bolívar. Estaré solo en medio del mundo. Cartas de la intimidad*. Caracas, Venezuela: Los Libros de El Nacional.
- Morales Álvarez, Juan (1999). *El mayorazgo del padre Aristeguieta. Primera herencia del Libertador*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- O'Leary, Daniel Florencio (1981). *Memorias del general O'Leary*. Caracas, Venezuela: Ministerio de la Defensa.
- Páez, José Antonio (1990). *Páez, las razones del héroe*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Páez, José Antonio (1973). *Autobiografía del general José Antonio Páez*. Caracas, Venezuela: Academia Nacional de la Historia.
- Parra-Pérez, Caracciolo (1966). *Miranda y la Revolución Francesa*. Madrid, España: Ediciones Culturales del Banco del Caribe.

Parra-Pérez, Caracciolo (1939). *Historia de la Primera República de Venezuela*. Caracas, Venezuela: Tipografía Americana.

Quintero Saravia, Gonzalo (2005). *Pablo Morillo. General de dos mundos*. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.

Ramos Pérez, Demetrio (2004). *Simón Bolívar. El Libertador*. Madrid, España: Biblioteca ABC.

Révérénd, Alejandro Próspero (1866). *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales del Libertador Simón Bolívar*. París, Francia: Imprenta Hispano-Americana de Cosson y Comp.

Santander, Francisco de Paula (2011). *Cartas a Bolívar*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Bicentenario, Universidad Nacional de Colombia.

Santander, Francisco de Paula (2010). *La dictadura de Bolívar*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Bicentenario, Universidad Nacional de Colombia.

Yanes, Francisco Javier (1944). *Compendio de la historia de Venezuela*. Caracas, Venezuela: Editorial Élite.

Documentos

Cartas Santander-Bolívar. Bogotá, Colombia: Biblioteca de la Presidencia de la República. Administración Virgilio Barco, 1988.

Itinerario documental de Simón Bolívar. Caracas, Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República, 1970.

El personalismo político y la Campaña de Carabobo

- Balladares Castillo, Carlos (2016). *El surgimiento de los caudillos en el proceso de Independencia de Venezuela (1808-1817)* (Tesis de Maestría en Historia de Venezuela). Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
- Baralt, Rafael María (1939). *Resumen de la historia de Venezuela*. Tomo I. París, Francia: Desclée de Brouwer.
- Bencomo Barrios, Héctor (1971). *Campaña de Carabobo de 1821*. Caracas, Venezuela: Ministerio de la Defensa.
- Carrera Damas, Germán (1997). *Una nación llamada Venezuela*. 5ª ed. Caracas, Venezuela: Monte Ávila.
- Coll y Prat, Narciso (2010). *Memorias sobre la Independencia de Venezuela*. Caracas, Venezuela: Academia Nacional de la Historia.
- Gil Fortoul, José (1964). *Historia constitucional de Venezuela*. 5ª ed. Tomo I. Caracas, Venezuela: Sales.
- Lecuna, Vicente (1960). *Crónicas razonadas de las guerras de Bolívar*. Tomo I. New York, Estados Unidos: The Colonial Books.
- Lynch, John (1993). *Simón Bolívar*. Barcelona, España: Crítica.
- Medina, Medófilo (2021). «Conflicto y cooperación entre ejército regular y caudillos en la independencia de Venezuela y la Nueva Granada (1816–1821)». En Manuel Chust, Juan Marchena Fernández y Mariano Schlez (eds.), *La ilusión de la libertad. El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América*. Santiago de Chile, Chile: Ariadna Ediciones.

- Morales, Francisco Tomás (1969). «Relación histórica en compendio de las operaciones del Ejército Expedicionario de Costa Firme, durante el tiempo que estuvo al mando de Francisco Tomás Morales» [1832]. En Tomás Pérez Tenreiro, *José Tomás Boves. Primera lanza del rey*. Caracas, Venezuela: Ministerio de la Defensa.
- Páez, José Antonio (1960). *Autobiografía del general José Antonio Páez*. Tomo I. Lima, Perú: Antártida.
- Palacio Fajardo, Manuel (1953). *Bosquejo de la Revolución de América Española*. Caracas, Venezuela: Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana.
- Parra-Pérez, Caracciolo (1992). *Historia de la Primera República*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Polanco Alcántara, Tomás (2000). *José Antonio Páez. Fundador de la República*. Caracas, Venezuela: Ediciones GE.
- Pulido Ramírez, Gonzalo (2011). *Estudio histórico militar de la Batalla de Carabobo (1821). Un nuevo enfoque* (Tesis de Maestría en Historia de Venezuela). Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
- Soriano de García-Pelayo, Graciela (2010). *El personalismo político pasado y presente de una recurrencia*. Caracas, Venezuela: Fundación Manuel García-Pelayo.
- Straka, Tomás (2012). «“Bochinche, Bochinche”: La crisis de la institucionalidad en Venezuela, 1810-1830». En Jorge Bracho, Jean Carlos Brizuela y José Alberto Olivar (coordinadores), *La opción republicana en el marco de las independencias. Ideas, política e historiografía 1797-1830*. Caracas, Venezuela: Academia Nacional de la Historia, Universidad Metropolitana.

Thibaud, Clement (2002). «En búsqueda de un punto fijo para la república. El cesarismo liberal (Venezuela-Colombia, 1810-1830)». *Revista de Indias*, LXII(224). Madrid, España: Instituto de Historia (CSIC).

Toro, Fermín (1983). «Discurso pronunciado en la sesión del 8 de julio de 1858». En AA. VV., *Pensamiento político venezolano del siglo XIX. Textos para su estudio. Volumen I. La doctrina conservadora*. Caracas, Venezuela: Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, Publicaciones del Congreso de la República de Venezuela.

Bicentenario de la Batalla de Carabobo (24 de junio 1821-2021). Una primera aproximación al tema

Austria, José de (1960). *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*. Estudio preliminar de Héctor García Chuecos. Volúmenes 29 y 30. Caracas, Venezuela: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Impreso en Madrid.

Azpúrúa, Ramón (1986). *Biografías de hombres notables de Hispanoamérica*. Edición facsimilar ampliada. Caracas, Venezuela: Ediciones Mario González.

Azpúrúa, Ramón (1877). *Biografías de hombres notables de Hispanoamérica*. 4 volúmenes. Caracas, Venezuela: Imprenta Nacional.

Baralt, Rafael María y Díaz, Ramón (1841). *Resumen de la historia de Venezuela*. 3 tomos. París, Francia: Imprenta de H. Fournier y Compañía. Reimp. 1975, Caracas, Venezuela: s.p.i. (Hay una impresión facsimilar de la edición en tres volúmenes con notas

de Vicente Lecuna, realizada por la Academia Nacional de la Historia en su cincuentenario).

Blanco, Eduardo (1881). *Venezuela heroica*. Caracas, Venezuela: Imprenta Sanz (Hay variadas ediciones y versiones de esta obra. Una de ellas, la de Monte Ávila Editores de 1972).

Blanco, José Félix y Azpurúa, Ramón (1875). *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Caracas, Venezuela: Imprenta de la Opinión Nacional.

Calcaño, Francisco (1883). *La Batalla de Carabobo. Homenaje a Bolívar en su centenario*. París, Francia.

Contramaestre Torres, Alberto y Arismendi Herrera, Luis (1986). *La geografía y la Batalla de Carabobo*. Caracas, Venezuela: Ministerio de la Defensa, Dirección General Sectorial de Servicio de Geografía y Cartografía de la Fuerza Armada.

Cortés, Santos Rodulfo (1960). *Antología documental de Venezuela (1492-1900, Materiales para la enseñanza de la historia de Venezuela)*. Caracas, Venezuela.

Documentos para la historia de la vida de José Antonio Páez (1976). Colección Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Volumen 21. Compilación, selección y notas de Manuel Pinto. Prólogo de Nicolás Perazzo. Caracas, Venezuela: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

Documentos que hicieron historia (Siglo y medio de vida republicana 1810-1961) (1962). 2 tomos. Caracas: Presidencia de la República, Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia.

- Domínguez, Freddy y Franceschi, Napoleón (2012). *Antología documental. Fuentes para el estudio de la historia de Venezuela 1776-2000*. Caracas, Venezuela: Universidad Metropolitana.
- Foghin Pillín, Sergio (s.f.). *Apuntes para la historia de la cartografía en Venezuela. Tres obras inéditas del coronel y geógrafo Alberto Contramaestre Torres*. Caracas, Venezuela: Instituto Pedagógico de Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- Franceschi, Napoleón (2019). *Vida y obra del ilustre caraqueño don Feliciano Montenegro Colón*. 2ª edición. Caracas, Venezuela: Universidad Metropolitana.
- Franceschi, Napoleón (2008). «Tres ausentes en la Batalla de Carabobo del 24 de junio de 1821: Feliciano Montenegro, Francisco Bermúdez y Rafael Urdaneta». *Revista Iorfan*, Caracas, Venezuela.
- Franceschi, Napoleón (2001). *El pensamiento político del Libertador Simón Bolívar (Formación intelectual e ideológica de Simón Bolívar en el tiempo de la Ilustración, su relación con el carácter hispánico)*. Caracas, Venezuela.
- Franceschi, Napoleón (1999). *El culto a los héroes y la formación de la nación venezolana: una visión del problema a partir del estudio del discurso historiográfico venezolano del período 1830-1883*. Caracas, Venezuela: Universidad Metropolitana.
- Larrazábal, Felipe (1918). *Vida del Libertador Simón Bolívar*. Prólogo y notas de Rufino Blanco Fombona. Madrid, España: Editorial América, 1918.
- Larrazábal, Felipe (1865-1866). *Vida del Libertador Simón Bolívar*. New York, Estados Unidos.

- Lecuna, Vicente (1960). *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. 2ª edición. New York, Estados Unidos.
- Mijares, Augusto (1983). *El Libertador*. Caracas, Venezuela: Ediciones Petróleos de Venezuela.
- Montenegro Colón, Feliciano (1960). *Historia de Venezuela*. 2 volúmenes. Estudio preliminar de Alfredo Boulton. Caracas, Venezuela: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Montenegro Colón, Feliciano (1833-1837). *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela*. 4 volúmenes. Caracas, Venezuela: Imprenta de Damirón y Dupouy.
- Montenegro Colón, Feliciano (1823). *Verdaderos acontecimientos de Venezuela a principios del año 1821...* Puerto Rico: Imprenta Julián Blanco.
- O’Leary, Daniel Florencio (1879-1888). *Memorias del general O’Leary*. Traducción del inglés por su hijo Simón B. O’Leary, por orden del Gobierno de Venezuela. XXXVI tomos. Caracas, Venezuela: Imprenta El Monitor.
- Páez, José Antonio (1973). *Autobiografía del general José Antonio Páez*. Caracas, Venezuela. (Hay varias ediciones desde 1867 hasta nuestros días).
- Peña, José (2013). «Batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821. La zona de combate». *Héroes en uniforme. Uniforme militar venezolano*. Recuperado de <http://heroesenuniforme.blogspot.com/2013/07/batalla-de-carabobo-24-de-junio-de-1821.html>
- Vallenilla Lanz, Laureano (1991). *Cesarismo democrático*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

Yanes, Francisco Javier (1943). *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que declaró estado independiente hasta el año de 1821*. Caracas, Venezuela: Editorial Élite. (Obra en dos tomos, publicada por la Academia Nacional de la Historia bajo los auspicios del Gobierno Nacional).

Documentos

Documentos de Feliciano Montenegro Colón publicados por él mismo:

Contestación al Suplemento del Fanal del 13 del Corriente (Caracas, Venezuela: Imp. J. Gutiérrez, 15 de febrero de 1821).

Exposición que hace a las Cortes el Teniente Coronel Feliciano Montenegro, sobre varios acontecimientos de Costa Firme durante el mando absoluto ejercido allí por el excelentísimo Señor Conde de Cartagena y su influencia perpetuada en el Ministerio pasado de la Guerra según se ve en el real decreto de 18 de enero del corriente año (Madrid, España: Imp. Rapullés, 1822).

Manifiesto que hace el teniente coronel D. Feliciano Montenegro, Primer Ayudante General del E. M. del Ejército Pacificador sobre la conducta que observó en Maracaibo en las ocurrencias que se siguieron a la Publicación y juramento de la Constitución Política de la Nación, Año de 1820 (Caracas, Venezuela: Imp. J. Gutiérrez, 1820).

Verdaderos acontecimientos de Venezuela a principios de 1821, o sea refutación de los que con este motivo ha dicho el coronel D. Sebastián de la Calzada en su papel titulado Idea Sucinta del

carácter y disposición del Mariscal de Campo D. Miguel de la Torre, General en Jefe que ha sido del Ejército Expedicionario de Costa-firme (Coronel Feliciano Montenegro, Jefe de Estado Mayor en aquella época. Puerto Rico, Imp. D. Julián Blanco, 1823).

Batalla de El Rodeo, el portal de Carabobo

Barrios, B. Héctor (1971). *Campaña de Carabobo*. Caracas, Venezuela: Ministerio de la Defensa.

Blanco, Eduardo (1971). *Carabobo*. Caracas, Venezuela: Ediciones Presidencia de la República.

González, G. Francisco (1954). *Historia contemporánea de Venezuela*. Caracas, Venezuela: Ediciones Presidencia de la República.

Hellmund, T. Arturo (1958). *Cumbres de gloria*.

Milano, M. José (1998). *Guatire en 5 siglos*. Guatire, Venezuela: Ediciones Alcaldía de Zamora.

Pereira, M. Juan (1983). *Paso de Guatire por la historia*. Guatire, Venezuela: Ediciones Concejo Municipal Distrito Zamora.

Sociedad de Amigos de la Biblioteca Nacional (1971). *Carabobo para todos*. Caracas, Venezuela: Ediciones Arte.

Tosta, Francisco (1976). *Carabobo*. Caracas, Venezuela: Ediciones Oficina Central de Información.

Velázquez, Ramón J. (1983). *Los libertadores de Venezuela*. Caracas, Venezuela: Ediciones Meneven.

Villarroel, A. Miguel (1971). *Batalla de Carabobo*. Caracas, Venezuela.

Juan Germán Roscio y la idea republicana de soberanía

Álvarez, Tulio (abril, 2020). «Juan Germán Roscio, pensamiento y acción constitucional: entre el Conciliarismo y la Ilustración». *Jornada sobre el Pensamiento Constitucional de Juan Germán Roscio*. Caracas, Venezuela: Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

Castro Leiva, Luis (2009). «¿Es posible una república liberal? Todos los caminos no llevan a Roma» (1996). En *Obras*. Volumen II. Caracas, Venezuela: Fundación Empresas Polar, Universidad Católica Andrés Bello.

Castro Leiva, Luis (2009). «Las suertes de la virtud en la república» (1995). En *Obras*. Volumen II. Caracas, Venezuela: Fundación Empresas Polar, Universidad Católica Andrés Bello.

Ferguson, Adam (1996). *An essay on the history of civil society*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

García-Pelayo, Manuel (1991). *Derecho constitucional comparado. Obras completas I*. Madrid, España: Centro de Estudios Constitucionales.

Guerrero, Carolina. «Soberanía-Venezuela». En Javier Fernández Sebastián (dir.) (2014). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: conceptos políticos fundamentales, 1770-1870. Iberconceptos-II*. Madrid, España: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Universidad del País Vasco.

- Hernández González, Manuel (2021). *Ocho monstruos de Monteverde: destierro en Ceuta de dirigentes de la Primera República*. Caracas, Venezuela: bid & co.
- Hobbes, Thomas (1992). *Leviatán*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Jellinek, Georg (2000). *Teoría general del Estado*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, Nicolás (2000). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Maquiavelo, Nicolás (1951). *El príncipe*. Madrid, España: Aguilar.
- Miranda, Francisco de (1982). *América espera*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Nay, Oliver (2004). *Histoire des idées politiques*. París, Francia: Armand Colin.
- Pérez Vila, Manuel (1997). «Juan Germán Roscio». En *Diccionario de historia de Venezuela*. Volumen III. Caracas, Venezuela: Fundación Polar, 1.005 y ss.
- Quintero, Inés (2002). *La conjura de los mantuanos*. Caracas, Venezuela: Universidad Católica Andrés Bello.
- Roscio, Juan Germán (1996). *El triunfo de la libertad sobre el despotismo (1814-1817)*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Roscio, Juan Germán (1996). «Prólogo». *El triunfo de la libertad sobre el despotismo (1814-1817)*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

- Roscio, Juan Germán (1971). *Escritos representativos*. Caracas, Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Rousseau, Jean-Jacques (1964). *Du contrat social*. París, Francia: Gallimard.
- Ruiz, Nydia (1996). *Las confesiones de un pecador arrepentido: Juan Germán Roscio y los orígenes del discurso liberal en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Tropykos, Faces-Universidad Central de Venezuela.
- Sanz, Miguel José (1979). *Teoría política y ética de la independencia (1810)*. Caracas, Venezuela: Colegio Universitario Francisco de Miranda.
- Skinner, Quentin (1998). *Liberty before liberalism*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Skinner, Quentin (1986). *Los fundamentos del pensamiento político moderno: La Reforma*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Soriano, Graciela (2003). *Venezuela 1810-1830: Aspectos desatendidos de dos décadas*. Caracas, Venezuela: Fundación Manuel García-Pelayo.
- Ugalde, Luis (2021). «Libertad, soberanía popular y cristianismo». En VV.AA., *El pensamiento político y jurídico de la Independencia*. Caracas, Venezuela: Academia de Ciencias Políticas y Sociales, Editorial Jurídica Venezolana.
- Ugalde, Luis (2007). *El pensamiento teológico-político de Juan Germán Roscio*. Caracas, Venezuela: Universidad Católica Andrés Bello.

Walzer, Michael (2010). «El liberalismo y el arte de la separación». En *Pensar políticamente*. Barcelona, España: Paidós.

La «nueva Iliada» venezolana: *Canto a la Batalla de Carabobo*, de José Tadeo Arreaza Calatrava

Arreaza Calatrava, José Tadeo (1964). *Poesías*. Colección Biblioteca Popular Venezolana. Volumen 98. Selección de Oscar Sambrano Urdaneta y prólogo de Fernando Paz Castillo. Caracas, Venezuela: Ministerio de Educación.

Briceño Méndez, Pedro (1988). «Batalla de Carabobo». En *Diccionario de historia de Venezuela*. Volumen 1. Caracas, Venezuela: Fundación Polar, Editorial Ex Libris, 557.

Calsamiglia, Helena y Tusón, Amparo (1999). *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona, España: Editorial Ariel.

Gaceta Oficial de la República de Venezuela N° 29.207. Año XCVIII. Mes VII. Caracas, Venezuela: Imprenta Nacional, 5 de mayo de 1970, 1.

Jaramillo Marín, Jefferson (julio-diciembre, 2012). «Representaciones sociales, prácticas sociales y órdenes de discurso. Una aproximación conceptual a partir del análisis crítico del discurso». *Entramado*, 8(2).

Kaplan, Nora (julio-diciembre, 2004). «Nuevos desarrollos en el estudio de la evaluación en el lenguaje: la teoría de la valoración». *Boletín de Lingüística*, (22) 52-78. Caracas, Venezuela.

Lepage, Ana Victoria (2021). *Análisis de las representaciones discursivas del héroe, lo epopéyico y la patria en el discurso*

épico de «Canto a la Batalla de Carabobo», de José Tadeo Arreaza Calatrava (Trabajo de grado presentado para optar al título de licenciada en Idiomas Modernos). Universidad Metropolitana, Caracas, Venezuela.

Madero, Alejandro (2018). *Premios nacionales de cultura literaria. José Tadeo Arreaza Calatrava (1964)*. Colección Premios Nacionales Serie Literatura. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El Perro y La Rana.

Mudarra, Miguel Ángel (1991). *Historia general de Venezuela*. Caracas, Venezuela: Editorial Biosfera.

Perelman, CH. y Olbrechts-Tyteca, L. (1990). *Tratado de la argumentación: la nueva retórica*. Madrid, España: Editorial Gredos.

Tejedor, Basilio. «El discurso épico colonial» (2006). En Pacheco, Barrera y González (eds.), *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. 4/1. Caracas, Venezuela: Fundación Bigott, Banesco, Equinoccio, 75-92.

Tejedor, Basilio (1990). *José Tadeo Arreaza Calatrava y su manuscrito de El héroe*. Caracas, Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República.

Tejedor, Basilio (1988). «Arreaza Calatrava, José Tadeo». En *Diccionario de historia de Venezuela*. Volumen 1. Caracas: Fundación Polar, Editorial Ex Libris, 204.

Urbina Pimentel, José (julio-diciembre, 2017). «La literatura y el arte del siglo XIX en Venezuela y su influencia en la construcción de un imaginario cultural republicano». *Revista Estudios Culturales*, 10(20), 163-170.

- Van Dijk, Teun A. (Maracaibo, abril-junio 2005). «Ideología y análisis del discurso». *Utopía y Praxis Latinoamericana*, (29) 9-36.
- Van Dijk, Teun A. (2003). *Ideología y discurso*. Barcelona, España: Ariel Lingüística.
- Van Dijk, Teun A. (septiembre-octubre, 1999). «El análisis crítico del discurso». *Anthropos*, (186) 23-36.
- Van Dijk, Teun A. (1996). «Análisis del discurso ideológico». *Versión 6, UAM-X*, (6) 15-43.
- Zanetti, Susana y Manzoni, Celina (2003). «No tan solo un género menor... Las cartas de Simón Bolívar». *Voz y Escritura*, (13), 11-32.

La representación artística también construye la historia: una mirada a la «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar

- Blanco, Eduardo (1970). *Venezuela heroica*. Madrid, España: Ediciones J. Pérez del Hoyo.
- Bolívar, Simón. *Obras completas*. Tomo I. Doc. 494.
- Burke, Peter (2001). *Visto y no visto*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- Calzadilla, Juan (1968). *Pintores venezolanos*. Ediciones Edime.
- Franceschi, Napoleón (1990). *El culto a los héroes y la formación de la nación venezolana*. Caracas, Venezuela: Litho-Tip.
- González Guinán, Francisco (1939). *Historia contemporánea de Venezuela*. Tomo I. Caracas, Venezuela: Tipografía Empresa El Cojo.

Larrazábal, Felipe (1973). *Bolívar*. Caracas, Venezuela: José Agustín Catalá.

Páez, José Antonio (1939). *Biografía del general Páez*. Caracas, Venezuela: Librería y Ediciones del Maestro.

Planchart, Enrique (1979). *La pintura en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar.

La «Batalla de Carabobo» de Martín Tovar y Tovar: una aproximación a la «cultura visual» patriótica y nacionalista en torno a la gesta libertadora

Acevedo Mijares, José (1949). *Martín Tovar y Tovar*. Caracas, Venezuela: Tipografía Vargas.

Ayala Calderón, Javier (2009). «El uso de las imágenes en la investigación histórica». En Graciela Velázquez Delgado (coordinadora), *Sobre algunos métodos y fuentes para la investigación histórica*. México: Universidad de Guadalajara, Publicaciones del Departamento de Historia.

Bermúdez Castillo, Jairo (2010). «Cultura visual». *Revista Nodo*, 4(8), 7. Recuperado de <http://revistas.uan.edu.co/index.php/nodo/article/view/32/25> (Consulta: 27 de julio de 2021).

Boulton, Alfredo (1987). *La pintura en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Ediciones Macanao.

Burke, Peter (2005a). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona, España: Ediciones Cultura Libre.

- Burke, Peter (2005b). *¿Qué es historia cultural?* Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Burke, Peter (ed.) (1996). *Formas de hacer historia*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Burke, Peter (1996). «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro». En Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Calzadilla, Juan (2021). «Miradas a la evolución de las artes plásticas en Venezuela». *Revista de Literatura Hispánica*, (51), 130. Recuperado de <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss51/8>. (Consulta: 12 de agosto de 2021).
- Calzadilla, Juan (1996). *La cultura de Venezuela. Historia mínima*. Caracas: Editado por Fundación de los Trabajadores de Lagoven.
- Calzadilla, Juan (1977). *Martín Tovar y Tovar*. Caracas, Venezuela: Siderúrgica del Orinoco.
- Calzadilla, Juan (s.f.). «Miradas a la evolución de las artes plásticas en Venezuela». *Revista de Literatura Hispánica*, (51).
- Calzadilla, Pedro Enrique (1999). «El olor de la pólvora: fiestas patrias, memoria y nación en la Venezuela guzmancista 1870-1877». En *CMHLB Caravelle*, N° 73, Toulouse.
- Carrera Damas, Germán (2003). *El culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Alfadil Ediciones.
- Carrera Damas, Germán, Leal Curiel, Carole, Lomné, Georges y Martínez, Frédéric (coordinadores.) (2006). *Mitos políticos en las sociedades andinas. Orígenes, invenciones y ficciones*. Caracas, Venezuela: Editorial Equinoccio.

- Diccionario de historia de Venezuela* (s.f.). Tomo 4. Caracas: Fundación Empresas Polar, 74.
- Esteva Grillet, Roldán (1986). «Guzmán Blanco y el arte venezolano». Caracas: Academia Nacional de la Historia, 145-148.
- Franceschi, Napoleón (1999). *El culto a los héroes y la formación de la nación venezolana*. Caracas, Venezuela: Publicaciones de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- Gaskell, Ivan (1996). «Historia de las imágenes». En Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- González, Juan Martín (1989). «Iconografía e iconología como métodos de la historia del arte». *Cuadernos de Arte e Iconografía*, 2(3), 10-11.
- Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (2006). «La Independencia y los héroes americanos en el monumento público». *Studi Latinoamericani / Estudios Latinoamericanos*. Udine, Università degli Studi di Udine, 189-206.
- Haiman El Troudi Haiman (2021). «Patriotas que murieron en Carabobo». En *Lo afirmativo venezolano*. Recuperado de <https://haimaneltroudi.com/patriotas-que-murieron-en-carabobo/> (Consulta: 17 de agosto 2021).
- Harwich Vallenilla, Nikita (1991). «National identities and national projects: Sapanish American historiography in the 19th and 20th centuries». *Storia della Storiografia*, N° 19.
- Hernández, Fernando (2005). «De qué hablamos cuando hablamos de cultura visual». *Educação y Realidade*, 2(30), 13.
- Langue, Frédérique (2015). «Venezuela: cultura política y “religión cívica” bolivariana». En Andrea Reguera y Eliane C.

- Deckmann Fleck (orgs.), *Uma História social e cultural do Direito, da Justiça e da Política: Do antigo Regime Ibero-americano à Contemporaneidade Latino-americana*, São Leopoldo-Porto Alegre: Ehila, PPGH Unisinos, Editora Oikos, 234-256. Recuperado de https://www.academia.edu/38081217/Venezuela_cultura_pol%C3%ADtica_y_religi%C3%B3n_c%C3%ADvica_bolivariana
- Langue, Frédérique (2009). «La Independencia de Venezuela, una historia mitificada y un paradigma heroico». *Anuario de Estudios Americanos*, 66(2), 245-276. Recuperado de <https://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/324/329>
- Palenzuela, Juan Carlos (comp.) (2007). *Mariano Picón Salas. Las formas y las visiones. Ensayos sobre arte*. Caracas, Venezuela: Publicaciones de la Universidad Católica Andrés Bello.
- Panofsky, Erwin (1998). *Estudios de iconología*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Panofsky, Erwin (1989). *Idea. Contribución a la historia de la teoría del arte*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Panofsky, Erwin (1987). *El significado de las artes visuales*. Madrid España: Alianza Editorial.
- Pino Iturrieta, Elías (2003). *El divino Bolívar. Ensayo sobre la religión republicana*. Madrid, España: Los Libros de la Catarata.
- Planchart, Enrique (1952). *Don Martín Tovar y Tovar 1828-1902*. Caracas, Venezuela: Publicaciones del Ministerio de Educación.
- Rodríguez, Ana María (2013). «Textos en contraste: imágenes pintadas versus imágenes narradas del Libertador Simón Bolívar», 1-6.

Una versión de este artículo fue publicada en Manuel Alberto Morales (coord.), *Imágenes, textos y contextos*. Recopilación de ponencias presentadas en el I Coloquio Internacional Imágenes y Cultura. México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Salvador González, José M. (s.f.). «Escenario y figura de Bolívar Súper-héroe en la Venezuela de 1870-1899», *Espéculo*, (35). Madrid, España: Universidad Complutense, 2-5.

Schmitt, Jean-Claude (1999). «El historiador y las imágenes». *Relaciones*, 20(77), 18.

Urbina Pimentel, José (2017). «La literatura y el arte del siglo XIX en Venezuela y su influencia en la construcción de un imaginario cultural republicano». *Estudios Culturales*, 10(20). Recuperado de http://servicio.bc.uc.edu.ve/multidisciplinarias/estudios_culturales/num20/art08.pdf (Consulta: 8 de agosto 2021).

Vanegas, Carolina (2012). «Iconografía de Bolívar: revisión historiográfica». *Artículos Arte*, (22), 113.

Weber, Alfredo (2011). «La pintura venezolana en la segunda mitad del siglo XIX», *Mañongo* 19(36).

Las diversiones estratégicas de la Campaña de Carabobo de 1821. Una mirada al concepto de «operación» del Libertador Simón Bolívar

Archivo General de la Nación (2020). *Carabobo, desde la perspectiva española*. Tomo I. Caracas, Venezuela.

Bencomo Barrios, Héctor (1991). *Campaña de Carabobo 1821*. 2ª ed. Caracas, Venezuela: Comando del Ejército de Venezuela.

- Bolívar, Simón (1987). *Escritos del Libertador*. XIX. Documentos N° 5.211-5.634: 7 de enero - 13 de mayo 1821. Caracas, Venezuela.
- Bolívar, Simón (s.f.). *Obras completas*. Editado por Pool Reading S. A.
- Diccionario militar de José Almirante* (1869). Madrid, España: Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra.
- Fernández Braulio (s.f.). *Memorias de un soldado*. Versión digital.
- Fuller, J. F. C. (1984). *La dirección de la guerra del general J. F. C Fuller*. Madrid, España: Colección Ediciones Ejército.
- Manual de táctica general del Ejército venezolano*. Recuperado de <https://amej20111.files.wordpress.com/2011/03/manual-tactica-general.pdf>.
- Mejía, Francisco (1980). *Biografía militar del excelentísimo señor general de los ejércitos de la República de Colombia, Benemérito José Francisco Bermúdez*. Próceres del Ejército. Biografías. Caracas, Venezuela: Edición del Ministerio de la Defensa.
- O’Leary, Daniel Florencio (1981). *Memorias del general O’Leary (1879-1888)*. Tomo 18. Caracas, Venezuela: Ediciones del Ministerio de la Defensa de Venezuela.
- Pérez Tenreiro, Tomás (abril-junio, 1971). «La diversión de Bermúdez 1821». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, LIV(214), 219.

Batalla de Carabobo. Guerra, imaginario político y nación

- Anderson, Benedict (1983). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Baczko, Bronislaw (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Blanco, Eduardo (1980). *Venezuela heroica*. Caracas, Venezuela: Eduven.
- Blanco, Eduardo (1971). *Carabobo. Tus hijos patria mía, supieron batallar*. Edición Conmemorativa del Sesquicentenario de la Batalla de Carabobo. Caracas, Venezuela: Presidencia de la República.
- Bolívar, Simón (1929). *Cartas del Libertador*. Tomo II. Caracas, Venezuela: Litografía y Tipografía del Comercio.
- Briceño Iragorry, Mario (1972). *Introducción y defensa de nuestra historia*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Caballero Torres, Mirian (enero-marzo, 1997). «El héroe cabalga sobre el lienzo de la gloria». *Revista Bigott*, (41), 29 y ss.
- Cappelletti, Ángel J. (1992). *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Cassirer, Ernst (1975). *Antropología filosófica*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, Cornelius (1975). *L'Institution imaginaire de la société*. París, Francia: Éditions du Seuil.

- Congreso de la República (1983). *Congreso de Cúcuta 1821*. Tomo II. Caracas, Venezuela: Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Libertador Simón Bolívar.
- Correo del Orinoco*. N° 11. Angostura, 25 de junio de 1821.
- Cortés, Santos Rodulfo (Comp.) (1971). *Antología documental de Venezuela. 1492-1900*. Caracas, Venezuela: Editorial Pregón.
- Ducrot, Oswald y Todorov, Tzvetan (1995). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. 17ª edición. México D. F., México: Siglo XXI Editores.
- Gellner, Ernest (1997). *Nacionalismo*. Barcelona, España: Ediciones Destino.
- González, Juan Vicente (1978). *Selección histórica*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Hermano Nectario María (1980). *La Batalla de Carabobo. 24 de junio de 1821*. Madrid, España: Villena Artes Gráficas.
- Hobsbawm, Eric (1992). *Nations et nationalisme depuis 1789*. París, Francia: Éditions Gallimard.
- López Contreras, Eleazar (2004). *Bolívar conductor de tropas*. Caracas, Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Lozano Cleves, Alberto (1980). *Así se hizo la Independencia*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Banco Popular.
- O’Leary, Daniel Florencio (1981). *Memorias del general O’Leary (1879-1888)*. Volumen VIII. Barcelona, España: Grafesa, Ministerio de la Defensa de Venezuela.

- Pensamiento político venezolano del siglo XIX (1960). *La doctrina conservadora*. Fermín Toro. Caracas, Venezuela: Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia.
- Rivas Moreno, Gerardo (ed.) (1998). *Correo del Orinoco. Angostura (Venezuela 1818-1821)*. Edición facsimilar. Bucaramanga, Colombia: Fundación para la Investigación y la Cultura FICA.
- Rojas, Reinaldo (2015). «La nación y el nacionalismo desde la perspectiva de los imaginarios políticos: una reflexión teórica». *Estudios Bolivianos*, (22), 15 y ss.
- Rojas, Reinaldo (2011). «El retorno de los héroes: el discurso político de Hugo Chávez Frías y el proceso constituyente en Venezuela de 1999». En *Venezuela. Fiesta, imaginario político y nación*. San Felipe, Venezuela: Edición de la Universidad Nacional del Yaracuy, 184-210.
- Rojas, Reinaldo (2011). «Los sucesos del 19 de abril de 1810 y su primera celebración como fiesta de la nación en Caracas, 1811». En Marcos González Pérez (coord.), *Fiesta y nación en América Latina. Las complejidades en algunos ceremoniales de Brasil, Bolivia, Colombia, México y Venezuela*. Bogotá, Colombia: Intercultura.
- Rojas, Reinaldo (2010). «El 19 de abril de 1810 y su construcción simbólica como fecha patriótica en Venezuela». *Cuadernos Americanos*. Nueva Época. Año XXIV, 4(134).
- Rojas, Reinaldo (2007). «Venezuela 1811: crisis del Antiguo Régimen, imaginario político y nación». En Moisés Guzmán Pérez (coord.), *Guerra e imaginarios políticos en la época de las independencias*. Morelia, México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

- Rojas, Reinaldo (22 al 25 de agosto, 2000). «El retorno de los héroes: el discurso político de Hugo Chávez Frías y el proceso constituyente en Venezuela de 1999». *Memorias del XI Congreso Colombiano de Historia*. Santafé de Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia. Edición electrónica.
- Soulet, Jean-François (1994). *L'histoire immédiate*. París, Francia: Presses Universitaires de France.
- Tosta, Virgilio (1954). *El caudillismo según 11 autores venezolanos*. Caracas, Venezuela: C. A. Tipografía Garrido.
- Vallenilla Lanz, Laureano (1983). *Obras completas, I. Cesarismo democrático*. Caracas, Venezuela: Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María.
- White, Hayden (1998). *Metahistoria*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Wunenburger, Jean Jacques (2001). *Imaginaires du politique*. París, Francia: Ellipses Edition.

Este trabajo colectivo que presentamos bajo el título de *El crisol de la República: reflexiones en torno a la conmemoración del bicentenario de la Batalla de Carabobo (1821- 2021)*, reúne diez visiones generosas, compactas, académicas y multidisciplinarias sobre el magno evento bélico que liberó a Venezuela de la corona —aunque es algo que varios autores discuten en estas páginas y a ellos remitimos— dando a Simón Bolívar y a los republicanos una victoria que fue disputada con no menor valentía por el bando realista, comandado por Miguel de la Torre. Convocadas tan variadas perspectivas en estas páginas, el lector podrá entender que el Libertador no fue un visionario cuando el 13 de junio le escribe a Francisco de Paula Santander: «Espere en la victoria de Carabobo que vamos a dar». En cambio, fue un estrategia que, como él mismo confesó, padeció grandes dificultades.

